

**David Safier**

Yo, mi, me... contigo



se

**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Ya es bastante difícil que un hombre y una mujer compartan la vida. Pero cuando un hombre y una mujer tienen que compartir además el mismo cuerpo, el caos es completo... Rosa busca soluciones para su corazón roto. Un día, mediante hipnosis, es transportada al pasado, con tan mala fortuna que se ve transformada en un caballero que está batiéndose en duelo. Estamos en el año 1594, y ese hombre se llama William Shakespeare. Rosa no podrá volver al presente hasta que descubra qué es el verdadero amor, y para lograrlo sólo cuenta con la ayuda de un Shakespeare enamorado que odia sentirse controlado por una mujer. Mientras discuten entre ellos compartiendo un mismo cuerpo, se darán cuenta de que antes de poder amar a alguien deben aprender a quererse a sí mismos.

**L**≡**LIBROS**

David Safier

**Yo, mi, me... contigo**

A Marion, Ben y Daniel...

... Y, naturalmente, también a Max:

sin vuestro ser, mi ser sería un « no ser» .

## **ADVERTENCIA ALLECTOR**

Este libro tiene una falta de fundamento histórico impresionante.

¡Vaya, hombre, yo era una especie de mujer cliché! Comparadas conmigo, incluso las protagonistas de las películas de Hollywood eran de lo más original: llevaba años siendo una *single*, mi reloj biológico me estaba tocando lo que no suena y me bañaba en una piscina de autocompasión: mi gran amor iba a casarse con su gran amor y, por desgracia, no era yo.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —lloriqueé mientras cogía de mi desastre de nevera una botella de licor de hierbas Ramazzotti.

—Tiene estilo, Rosa —contestó Holgi, mi mejor amigo homosexual que, a diferencia de los mejores amigos homosexuales de las protagonistas de Hollywood, no estaba como un tren, sino que más bien parecía un pequeño *hobbit*.

—Hay preguntas que no quieren respuesta —suspiré, y puse la botella y una copa encima de la mesa.

—Y parece una top model —prosiguió Holgi a pesar de todo. Él creía firmemente que los amigos tenían que tratarse con absoluta sinceridad.

Y, desgraciadamente, tenía razón: mientras que Olivia tenía un tipo que haría que hasta Heidi Klum se tirara de los pelos de envidia, yo tenía celulitis, las pantorrillas demasiado gruesas y, con mala luz, parecía un puma con la tripa caída.

Lo dicho, yo era un cliché total.

—Y ha estudiado una carrera.

—¡Yo también! —protesté.

—Tú, Magisterio en Wuppertal. Ella, Medicina en Harvard.

—Cállate ya —contesté, y me serví un Ramazzotti.

—Además, es de la misma clase social que él, Rosa.

—¿Qué parte no has entendido de «cállate ya»? ¿«Cállate» o «ya»? —pregunté.

—Y no es tan respondona como tú —dijo sonriendo burlón.

—Ya sabes —comenté con una sonrisa agrisada— que tengo muchos aparatos idóneos para arrancarle a alguien su virilidad... las pinzas para los espaguetis..., el exprimidor... la batidora.

—Y tiene buenos modales.

—¿O sea que yo los tengo malos? —pregunté, y bebí un sorbo de mi Ramazzotti.

—Bueno, Rosa, tú siempre ríes demasiado fuerte, a veces eructas y amenazas a tipos muy agradables y atractivos con despojarlos de su virilidad. Además, reniegas como si fueras la hija ilegítima de Uli Hoeneß y del pato Donald.

—Prefiero no imaginar el acto de procreación entre los dos —respondí.

Desgraciadamente, mi amigo también tenía razón en lo de los modales. Mientras que Jan siempre sabía exactamente cómo había que comportarse en un restaurante de postín, yo ya estaba contenta si reconocía el cuchillo del pescado y no hacía el ridículo al leer la carta y preguntar cosas como: «¿Vitello Tonnato no es un cantante italiano?».

Me quedé mirando la foto de la invitación a la boda: Jan y Olivia formaban una pareja de película, algo que Jan y yo nunca habríamos podido ser. Sin embargo, habíamos creído que estábamos hechos el uno para el otro. Eso había sido en otra época, cuando nos conocimos, el día en que le salvé la vida. Fue en la playa de Sylt. Yo tenía veintitantos años y estaba con Holgi de vacaciones en el *camping*; Jan pasaba las vacaciones con sus amigos de Harvard en la casa de veraneo de sus padres en Kampen. Sí, exacto, no sólo procedíamos de dos mundos distintos, sino también de dos universos distintos.

Si a Jan no le hubiera dado un calambre mientras nadaba y yo no me hubiera dado cuenta, seguramente nunca nos habríamos conocido. Y él se habría ahogado. Pero nadé unos pocos metros hacia él —en aquella época estaba más o menos en forma física—, me sumergí y lo saqué, casi inconsciente, a la superficie. Acudieron los socorristas en una lancha y nos subieron a bordo. Jan volvió a abrir los ojos cuando ya estaba en la barca. Me miró con sus maravillosos ojos verdes y susurró fascinado: «Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca».

Y yo susurré: «Gracias, igualmente».

Fue amor al primer susurro.

En cambio, la madre de Jan, que no me tragaba, valoraba ese primer encuentro de manera no tan romántica: «Su amor por ti lo provocó la falta de oxígeno».

En realidad, yo fui un dolor de muelas para la distinguida familia de Jan, sobre todo después de presentarles a mis padres. Cegados por nuestro amor, Jan y yo habíamos considerado atractiva la idea de que nuestros padres se conocieran en una cena informal. Desgraciadamente, la reunión se transformó en el peor encuentro de dos bandos distintos desde la batalla de Stalingrado.

Al principio, todos se esforzaron: los padres de Jan explicaron solícitamente sus vacaciones en un club de golf en las Seychelles, y mis padres hablaron jovialmente de su parcela en el *camping*. Entonces mi madre comentó divertida



que había contraído una infección vaginal por hongos muy molesta en Badese.

Acto seguido, la madre de Jan apartó a un lado su plato.

Mi padre no se dio cuenta y se sintió obligado a comentar que, ahora, él también necesitaba pomada fungicida. Entonces, el padre de Jan también apartó a un lado su plato. Y yo me pregunté si a mi edad aún podía conseguir que alguien me adoptara. La madre de Jan, mosqueada, calificó a mis padres de «rústicos originales», a lo que mi madre replicó: «Mejor rústicos que estirados». A partir de ahí, la velada cayó en picado: acabó antes de los postres, con la recomendación de mi madre a la madre de Jan de «vomitar la escoba que se había tragado», y con la recomendación de la madre de Jan a su hijo de «buscarse a una mujer en un establo de más categoría».

Al final, Jan y yo nos quedamos solos en la mesa del restaurante, yo me zampé con tristeza tres de las seis raciones de tiramisú que habíamos pedido y no sentía el más mínimo entusiasmo ni por mi establo ni por el de Jan.

Cuando estaba a punto de apurar de un trago el Ramazzotti, Holgi añadió:

—Pero hay una cosa que tú tienes y Olivia no.

—¿Padres que hablan de hongos vaginales?

—Sí. Pero me refería a otra cosa.

Puse los ojos en blanco, no quería oír nada más.

—No te preocupes, sólo pretendo completar mi lista —dijo Holgi con una sonrisa de ánimo.

Quizá, pensé, también le oiría decir algo agradable. Así pues, decidí seguirle el juego:

—Vale, ¿qué tengo yo que no tenga esa guarra?

—Olivia no lo ha engañado.

—¡Yo tampoco he engañado nunca a Jan! —protesté, y apuré de un trago el Ramazzotti.

—Sí lo hiciste, Rosa —objetó Holgi, sonriendo amablemente.

—Cuestión de definiciones —contesté tímidamente, sabiendo con exactitud que la definición no dejaba mucho margen de maniobra.

Ocurrió exactamente dos años atrás. Con el paso del tiempo, nuestro maravilloso amor había cambiado. Habíamos empezado como Romeo y Julieta y nos convertimos en Romeo y la Dromedario. Al menos así me sentía yo, que iba con la autoestima por los suelos. En esa época, Jan era ya un dentista de éxito, propietario de una consulta enorme con laboratorio dental anexo en el centro de Düsseldorf, y yo sólo era una insignificante maestra a la que no le gustaba demasiado su trabajo. Cada día me preguntaba más y más qué hacía un hombre tan maravilloso, exitoso y cosmopolita como Jan con una mujer tan mediocre como yo. Una pregunta que, por cierto, también se planteaban muchas personas de su entorno.

Yo contaba con que en cualquier momento Jan me engañaría con una de las

muchas mujeres de bandera que sus amigos, sus padres y sus colegas le presentaban continuamente con la esperanza de que Jan reconociera de una vez por todas que sería mejor enviarme al desierto, a ser posible sin agua.

Por eso fue tan edificante para mi autoestima que Axel, el profesor de gimnasia y ciencias naturales, intentara ligar conmigo en una fiesta con la gente del trabajo. Axel era un ligón tronera y sumamente encantador, que se parecía a Hugh Jackman y se había acostado más o menos con todas las maestras del mundo occidental. Yo era la única a la que aún no había logrado seducir porque yo quería mucho a mi Jan. Seguro que eso también era lo único que me hacía atractiva a sus ojos; Axel necesitaba mi foto para completar su álbum de trofeos.

En la fiesta, mientras sorbíamos un ponche de frutas tras otro y nos comíamos la fruta macerada en alcohol, Axel estuvo flirteando conmigo. Me hizo cumplidos e incluso consiguió que el término «maciza» me pareciera halagador. Al final, cuando se ofreció a acompañarme a casa, me entraron calores, puesto que estaba claro que sólo me llevaría a casa después de hacer una paradita en su piso. Me despedí a toda prisa de él y salí corriendo al exterior, donde me recibió un aire sofocante de tormenta de verano. Sin embargo, Axel no aflojó, me siguió afuera y me susurró al oído con voz profunda:

—Tú también quieres, Rosa.

La elocuencia no era precisamente su fuerte. Pero sí la espontaneidad. Me estrechó resuelto entre sus brazos, me atrajo hacia él y... qué voy a decir... Estaba borracha. Hacía calor, bochorno... Y yo sólo soy una mujer.

Axel me besó salvajemente, pero eso encajaba con un tipo que se parecía al actor que interpretó a Lobezo en el cine. Mientras mi conciencia realizaba los últimos intentos de lanzar una advertencia, mi libido gritaba de alegría, a coro con mi maltratada autoestima, que se sentía revaluada por el interés de aquel hombre atractivo. Lástima que a Jan se le hubiera ocurrido la idea de venir a buscarme a la fiesta porque habían anunciado tormenta y sabía que me daban miedo. Era un hombre tan tierno, tan cariñoso.

Cuando nos pilló, a Axel y a mí, besuqueándonos, preguntó conmocionado:

—Rosa... ¿qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —contestó Axel.

La delicadeza tampoco era su fuerte.

Yo sólo miraba fijamente la cara de espanto de Jan. En ese momento tendría que haberle dicho que lo había hecho por complejo de inferioridad, que el rechazo de sus amigos y de su familia me destrozaba... Pero, en vez de eso, balbuceé:

—Yo, ejem... Tenía una cosa en la boca... y él quería ayudarme...

Jan luchaba contra las lágrimas: la mujer a la que había apoyado durante años a pesar de tanta oposición se estaba besuqueando con un extraño. Y eso demostraba que todos tenían razón: yo no merecía ser su Julieta. En ese

momento, a Jan se le hundió el mundo. Mejor dicho: nuestro mundo. Y yo había pulsado la tecla de la autodestrucción.

Dejé la copa de Ramazzotti en la mesa, delante de Holgi; después de ese recuerdo prefería beber directamente de la botella.

—También hay otra cosa que tú tienes y Olivia no... —añadió Holgi en tono amigable.

—No quiero oírla.

—Tú...

—¡Me da la impresión de que lo que no quiero es oírte a ti! —refunfuñé.

Holgi tenía que parar de una vez de hurgar en mis heridas, tampoco había que exagerar con la franqueza entre amigos.

—Tú tienes más corazón que ella, Rosa.

Miré asombradísima a Holgi, que sonreía para darme ánimos.

—Y tienes mucho carácter —afirmó elogioso—. Nunca te quedas con el culo al aire.

—Y eso que es descomunal —dije sonriendo irónicamente.

—Y tienes sentido del humor. Y por todo eso eres también mucho más fantástica que Olivia.

Las palabras de Holgi me confortaron más de lo que podría haber hecho cualquier Ramazzotti. Era lo bueno de tener un amigo que siempre era franco. También era sincero en los elogios.

Volví a mirar la foto de la invitación de boda y me pregunté si Jan aún sentiría algo por mí, si aún seguiría pensando en secreto que yo era más fantástica que Olivia. Al fin y al cabo, sólo me había dejado porque yo le había roto el corazón. Tal vez debería luchar por él, ir a verlo a su consulta de dentista y recordarle que antes los dos pensábamos que estábamos hechos el uno para el otro. Proponerle que quizá deberíamos volver a intentarlo y que él podría decirle a la tontaina de Olivia que se fuera a pasear sola por su establo la escoba que se había tragado... Y mientras lo pensaba, volví a servirme una copa.

Tres Ramazzotti más tarde me ponía en camino hacia la consulta.

Quería volver a conquistar a Jan. Como las protagonistas de las películas de Hollywood.

Puestos a ser un cliché, ¡mejor serlo del todo!

Cuando Holgi se dio cuenta de que quería ir a ver a Jan, me siguió hasta la puerta de mi pequeño piso de alquiler diciéndome cosas como « ay, ay, ay », « madre mía » y « conozco a un psicólogo muy bueno ».

Le expliqué que yo era un cliché y que las protagonistas típicas y tópicas de las películas de Hollywood siempre tenían éxito cuando pedían perdón en el último momento y confesaban su amor. Ellas solían hacerlo delante del altar y yo, en comparación, lo hacía antes, puesto que la boda no se celebraría hasta dentro de dos días.

—Pero —me dio que pensar Holgi— todas esas mujeres han sufrido una evolución antes del final y han cambiado su carácter. Lo único que te ha cambiado a ti en estos años ha sido el tipo.

Eso era cierto; comparado conmigo, el monstruo de las galletas era un tío comedido.

—Y hay otra razón por la que no deberías ir a verlo —explicó Holgi, y se interpuso entre la puerta y yo.

—¿Cuál?

—Jan no es tan fantástico como piensas.

Lo miré sorprendida.

—¿Por qué no?

—¿Que por qué no? ¡Es dentista!

Aparté a Holgi a un lado, salí del piso y le oí gritar desesperado detrás de mí:

—El psicólogo es bueno... muy bueno... ¡Hasta me ha ayudado a superar la envidia fálica...!

Yo ya no lo escuchaba, cogí el coche y me dirigí al centro de Düsseldorf, a la gran clínica dental de Jan. La chica rubia de recepción me explicó con una sonrisa postiza de dentífrico que Jan tenía visitas hasta las seis, y se concentró de nuevo en el ordenador. Eché un vistazo al reloj y me di cuenta de que no estaba en condiciones de esperar un par de horas, puesto que tenía el nivel justo de alcohol para llevar a cabo mi alocado plan. En un par de horas seguro que habría perdido todo el ímpetu y el coraje ético.

—Pero ¡es que yo tengo visita con él ahora! —dije enérgicamente.

La mujer miró en el ordenador y dijo:

—No será usted el señor Bergmann, ¿verdad?

—Quería decir de aquí a diez minutos —me apresuré a corregir el farol.

—Ah, entonces usted es la señora Reiter.

—Sí, claro, yo soy la señora Reiter —repliqué pasada de rosca.

La recepcionista me miró dudando. Luego comprobó que yo (o sea, la señora Reiter) ya había dado antes los datos del seguro médico para el tratamiento y me señaló el consultorio número 1. Entré a lo que era como cualquier consultorio de dentista: un bonito y pequeño vestíbulo al infierno. Oía a desinfectante. Estaba iluminado con luz fluorescente y se oía la típica música de fondo. Cuando vi los instrumentos de tortura y mientras me preguntaba por qué la humanidad era capaz de volar a la Luna pero no conseguía inventar una odontología humana, oí unos pasos que se acercaban. Se me aceleró el pulso, enseguida volvería a ver a Jan. Respiré hondo, repasando mentalmente las palabras que iba a decirle. La puerta se abrió y entró... Olivia.

Se me cortó la respiración.

Olivia se había recogido el pelo en una trenza y llevaba una bata blanca, pero incluso con ese *look* tenía el descaro de parecer mucho mejor, mucho más elegante y mucho más aristocrática que yo. A juzgar por la bata, ahora trabajaba con Jan en la consulta. Y estaba como mínimo tan sorprendida de verme como yo de verla a ella.

—¿Rosa? Creía que la señora Reiter...

¿Qué iba a decirle? ¿Confesarle que había contado una trola porque quería quitarle a su futuro marido?

—Ejem... yo... yo... yo... me han dejado pasar, he venido para una revisión —balbuceé.

Olivia caviló un momento.

—Ya, bueno... Entonces, siéntate...

—Yo... yo pensaba que Jan...

—Tiene una intervención aquí al lado, puedo hacerlo yo.

Tragué saliva.

—¿O no te fías de mí? —preguntó machacona.

Pues claro que no me fiaba. Olivia no me había tragado nunca porque ya quería a Jan antes de que yo lo pescara en el mar.

—Ejem... sí... sí... claro... que me fio de ti —repliqué y me senté indecisa en la silla.

Olivia se puso en plan superprofesional y cogió uno de esos trastos con un espejito para ver los dientes.

—Pues entonces, abre la boca —me pidió.

Hice lo que me ordenaba.

—Uf —dijo, ligeramente asqueada.

—«Uf»... ¿Cómo que «uf»? —pregunté preocupada.

Hacia dos años que no iba al dentista porque una visita me habría recordado demasiado a Jan.

—El aliento te huele a alcohol —contestó Olivia un poco indignada.

Me puse colorada.

—Y esto no tiene buen aspecto.

—¿No tiene buen aspecto?

Me dio mal rollo.

—Con «no tiene buen aspecto» me refiero a que está fatal.

—¡¿Fatal?!  
Empecé a tener miedo.

—Realmente fatal. Un agujero enorme. Pero no te preocupes, enseguida lo arreglamos —explicó Olivia, y cogió un taladro.

—No... no hace falta que lo arreglemos ahora —repliqué despavorida.

—Sí, hay que arreglarlo —afirmó fría y profesionalmente. Luego pulsó un botón del intercomunicador y dijo: «Señora Asmus, necesito algodón en el consultorio 1.»

—¿Algodón? ¿Para qué necesitas algodón? —pregunté desconcertada.

—Para limpiar los instrumentos.

—Ah, bueno —dije.

—Y para detener la hemorragia.

—¡DETENER LA HEMORRAGIA!?

No me lo podía creer.

—No te preocupes —respondió Olivia.

¿No te preocupes? ¡¿No te preocupes?! Para la muy tonta era fácil decirlo, ella estaba en el lado correcto del taladro.

—Levanta la mano si te duele —recomendó.

Puso en marcha el taladro, que empezó a zumbar, y yo moví la mano al instante, antes de que la cabeza del taladro pudiera acercarse a mi boca.

—Eso no puede haberte dolido —dijo Olivia, y me hundió en la butaca.

El taladro zumbó entonces delante de mi cara, ya no podía huir sin que ese trasto me grabara en la mejilla un dibujo en zigzag, y entonces parecería que había caído en manos de un tatuador con párkinson.

El taladro entró en mi boca al abordaje y Olivia dijo:

—Oh, se me ha olvidado preguntarte si querías anestesia. Pero ya está bien así, ¿verdad?

Cuando lo preguntó, creí ver en ella el amago de una sonrisa sádica. Y, adrede, hizo caso omiso de mis manoteos.

Diez minutos más tarde, seguía allí sentada, con dolor y una pila de algodón en la boca. Olivia había dejado el taladro.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —preguntó.

Sí, había sido para tanto y más. Pero no pensaba reconocerlo y darle a Olivia esa satisfacción. Por eso le hice una señal levantando el pulgar con valentía. Con todo aquel algodón en la boca no podía articular palabra.

En la radio sonaba Abba. Me vino a la cabeza que Abba se llamaba así por las iniciales de los nombres de quienes fundaron el grupo —Agnetha, Björn, Benny y Anni-Frid— y me pregunté cómo se habría llamado Abba si sus nombres hubieran sido Frieder, Bjarne, Merle y Friedafrid. ¿FBMF? ¿O qué habría ocurrido si los músicos hubieran tenido los siguientes nombres: Frietjof, Ulla, Catherine y Karlsson?

En ese momento irrumpió en la sala Jan, también con bata y contando indignado:

—Alguien se ha hecho pasar por la señora Reiter, que ahora está en la sala de espera, enfadadísima...

Entonces me descubrió y se detuvo en medio del movimiento. Seguía teniendo un aspecto magnífico a sus casi cuarenta años, mucho mejor que el mío a los treinta y cuatro. Me quedé embelesada al verlo. Amaba a ese hombre. ¡Por encima de todo!

En cambio, Jan no parecía embelesado, sólo completamente atónito.

—Rosa..., ¿te has hecho pasar por la señora Reiter?

No tenía ni idea de qué debía contestarle. Pero nunca había podido mentir a Jan y por eso moví la cabeza afirmativamente.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque está borracha —explicó Olivia.

Jan se acercó a mi boca y me olió el aliento.

—Vaya, pues es verdad —dijo preocupado.

Me dio tanta vergüenza que deseé que la silla me tragara. Había imaginado mi gran acción de reconquista de una manera muy distinta.

—¿A qué has venido? —preguntó Jan con voz insegura.

Me levanté y me quité el algodón de la boca. Me dolía, pero me daba igual.

Las heroínas de Hollywood no conocen el dolor.

—Eso no es bueno para la herida —me reprendió Olivia.

—Tiene razón —añadió Jan.

Era reconfortante ver que todavía era capaz de preocuparse por mí.

—Tengo que decirte una cosa urgentemente —expliqué a Jan. Luego señalé a Olivia y añadí—: A solas.

Jan dudó. Eso puso visiblemente nerviosa a Olivia.

—¿No pensarás escuchar a esta mujer? —preguntó con cierto matiz de espanto.

Me gustó que tuviera miedo. Al parecer, todavía me consideraba una amenaza. Eso era una buena señal. Abba cantaba entonces *The winner takes it all*... Enseguida se sabría quién de nosotras dos sería la « winner» .

—Espera fuera, por favor —pidió Jan.

Olivia no daba crédito a sus oídos. Pero Jan se mantuvo firme con la mirada, de modo que salió del consultorio sin decir palabra. Y yo lo interpreté también como una buena señal: Jan echaba a su futura esposa por mí. ¿Podía tener esperanzas?

—Bueno, Rosa... ¿Qué querías decirme? —preguntó Jan.

Él también estaba nervioso. ¿Presentía lo que iba a ocurrir? ¿Tenía las mismas esperanzas? ¿Podía tener yo la esperanza de que él tuviera la misma esperanza?

Empecé a parlotear nerviosa.

—He venido para decirte que siento mucho la cerdada que te hice, y que me gustaría horrores deshacer lo hecho, pero por desgracia no se puede viajar al pasado... —Se me escapó una risita nerviosa, bebí un trago de agua de uno de esos vasitos de plástico que hay en las sillas de dentista y siempre están llenos, y proseguí—: Quiero pedirte perdón...

Él callaba, estaba confuso, intentaba procesarlo todo, pero saltaba a la vista que no lo conseguía. Luego pronuncié la única frase que importaba, todo el parloteo anterior era irrelevante, se trataba únicamente de esa frase y de la respuesta de Jan.

—Yo aún te quiero.

Jan tuvo que tragar saliva. Y yo tuve que esperar su respuesta. El tiempo se dilató, quizá sólo fueron segundos, pero a mí me parecieron horas, días, años, eones. Durante ese tiempo percibido habrían podido surgir civilizaciones y se habrían podido extinguir. Si Albert Einstein hubiera vivido ese momento, habría reescrito la teoría de la relatividad. Jan se dispuso por fin a contestar. Casi se me paró el corazón de nerviosismo. Aquel consultorio, aquel vestíbulo del infierno podía transformarse en el cielo en cualquier instante. Todos mis sueños podían hacerse realidad. Mi triste vida podía volver a tener sentido.

—Pero yo ya no te quiero —dijo en voz baja.

Fue como si alguien me desgarrara el corazón, de tanto que me dolió.



Jan me miraba disculpándose, era evidente que le sabía mal hacerme tanto daño.

—Yo te quería —empezó a explicar— y después de aquella historia me derrumbé... —Sonrió débilmente, pero yo me sentía demasiado débil para sonreírle débilmente—. Pero gracias a esa experiencia he madurado —prosiguió—. Ahora sé mejor lo que quiero, y el amor con Olivia es un amor profundo, adulto... un amor maduro... Sabemos que estamos hechos el uno para el otro... y... y... —Vio en mi cara que yo no quería oír por qué con Olivia todo era mucho más fantástico que conmigo, y concluyó—: Y tal vez no debería seguir hablando.

Me miró, calló y, antes de que me dijera algo tan tonto como «podemos seguir siendo amigos», lo liberé de su inseguridad.

—Ve con ella, yo ya encontraré la salida.

Asintió, volvió a mirarme un instante y luego se fue al pasillo con su Olivia y la abrazó, cosa que a todas luces la alivió. Realmente había tenido miedo de mí.

Los observé: así pues, su amor era maduro, maravilloso e inmenso, estaban hechos el uno para el otro... Eso había dicho Jan. No sólo no me quería. Quería más a Olivia de lo que jamás me había querido a mí. Entonces, en mi interior se quebró todo. Todas mis esperanzas, mis ganas de vivir y mi autoestima.

Abba cantaba «*The loser is standing small*».

Y yo pensé: Frietjof, Ulla, Catherine y Karlsson.

Odiaba horrores ser un cliché.

Y deseaba tanto no seguir siéndolo.

***Mientras tanto,  
en la vida de William Shakespeare  
Londres, 12 de mayo de 1594***

*Sir Francis Drake, el almirante de la reina, había desenvainado su imponente espada y me gritaba:*

*—¡William Shakespeare! ¿Osas compartir la cama con mi mujer mientras yo lucho en el mar por Inglaterra?*

*Yo estaba en cueros delante de él. En su noble alcoba. Junto a su esposa Diana, también desnuda.*

*Por lo visto, el almirante había regresado a la patria de su última travesía antes de lo que esperábamos y no habíamos oído sus pasos sobre la escalera de madera, probablemente porque los ahogaron nuestros gemidos voluptuosos. Evidentemente, yo sabía que me exponía a un inmenso peligro manteniendo relaciones carnales con la mujer del mayor héroe de Inglaterra, el vencedor de la Armada española. Sin embargo, en ese hecho radicaba todo el estímulo erótico, el hormigueo de pasión que justificaba el deseo por Diana. Había muchas féminas que la superaban en belleza, aunque eso no se le podía reprochar a Diana ya que, al fin y al cabo, era una mujer madura, casi pasada, pues ya tenía veintisiete años.*

*Y en lo tocante a sus artes amatorias, bueno, no estaban muy desarrolladas. En honor a la verdad, habrían dado motivo para entonar cantos de lamentación.*

*—¡Me las pagarás, Shakespeare!*

*La ira del noble, vestido elegantemente con un delicado jubón abullonado y calzas de seda ajustadas, hizo que las venas se le hincharan tanto que me atreví a confiar en una rápida salvación gracias a un repentino ataque de apoplejía por su parte.*

*Diana observaba temblando y aterrorizada a su esposo, y decidió escabullirse desmayándose.*

*—Estoy mareada —anunció con voz estridente, probablemente con la esperanza de que uno de nosotros dos la cogiera.*

*Cayó al suelo. Ninguno de los dos corrió en su ayuda.*

*Yo no, porque mi garganta desnuda estaba siendo amenazada por la espada, y sir Francis tampoco porque estaba demasiado ocupado manteniendo la hoja en mi*

garganta. Diana se golpeó la cabeza contra el armazón de la cama, tallado en madera noble de las nuevas tierras, lo cual provocó un sonido hueco del que no era posible saber con certeza si provenía del armazón de la cama o de la cabeza de Diana.

Bajé la vista un momento y sentí incluso compasión por ella, pero ni la mitad de la que sentía por mí: sir Francis me mataría allí mismo, sobre su piel de oso, ensartándome con la espada. Nunca podría escribir las grandes obras de teatro con las que soñaba desde niño, en la pequeña Stratford; sólo sería conocido por las mediocres que había escrito hasta entonces. Nunca sería rico y nunca más me entregaría al trato carnal sin compromiso con mujeres hermosas. Tampoco me pelearía nunca más con mis queridos amigos actores, ni me emborracharía ni iría de putas con ellos, ni los vería apostando fuerte a pedorrear... Bueno, a lo último, probablemente podría renunciar...

Pero, por encima de todo, nunca volvería a ver a mis hijos, nunca más podría oír sus maravillosas risas... y la idea me provocó una pena infinita.

—¡Defiéndete, Shakespeare! —exigió Drake, interrumpiendo mis pensamientos sentimentales sobre la vida que no podría seguir viviendo.

—Una idea excelente —repliqué—, pero ¿cómo voy a defenderme si mantenéis la hoja en mi garganta?

Drake sacó otra espada de un soporte que había en la pared y me la lanzó. No empecé con demasiada elegancia, puesto que era mucho más grande que las espadas con las que actuábamos en las escenas de lucha en el teatro. El arma pesaba en mi mano. Tenía que decidirme: podía implorar por mi vida como un ratón miserable o luchaba por ella contra el mejor espadachín del reino como un verdadero hombre.

Opté por el ratón miserable.

—Dejadme ir —imploré, y me arrodillé en el suelo—. No me matéis, os lo suplico, noble lord, concededme vuestra clemencia.

Ciertamente, mi conducta no era muy digna, pero era inteligente y sabia, pues ¿de qué servía la dignidad si estabas medio muerto?

—Te defiendas o no, Shakespeare, pagarás por tus actos.

Drake levantó la espada para asestar el golpe. Diana despertó, vio que su esposo iba a cortarme la cabeza y se apresuró a cerrar de nuevo los ojos.

Así no llegaba a ninguna parte. Rápidamente cambié de táctica.

—No volveré a ponerlos los cuernos, ya no deseo a vuestra mujer. Como bien sabéis, en la cama es como una tabla.

Diana abrió entonces de nuevo los párpados y gritó:

—¡Córtale la cabeza!

—¡Colgaré tu cabeza ante las puertas de la ciudad! —exclamó Drake con rencor, y avanzó un paso hacia mí.

Como no quería acabar de divertimento cruel para campesinos embrutecidos

que venían a Londres a poner en venta sus mercancías, busqué a toda prisa una escapatoria a mi terrible situación. Y la única escapatoria consistió en un avispa ardid:

—Sir Francis, detrás de vos...

Reconozco que el ardid no era demasiado original, sino más bien como los que se encuentran en las deplorables comedias de mis colegas dramaturgos, pero cumplió su cometido. Sir Francis, que estaba acostumbrado a que lo acecharan pérfidamente los alevosos asesinos católicos de la Corona española, miró atrás. En ese momento, me levanté de un brinco, corrí hacia la ventana de su palacio y miré abajo, al Támesis, que se deslizaba suavemente en la oscuridad. Aunque sabía que el agua estaría muy fría, trepé ágilmente por la ventana hasta alcanzar la repisa de piedra y salté sin titubear. Cuando me sumergí en las heladas aguas, me enojó por un momento la circunstancia de que los criados de Drake echaran precisamente allí las heces de la casa.

Al salir a la superficie, respiré en busca de aire y empecé a nadar para salvar mi vida. Miré atrás hacia el palacio de Drake, que estaba en la ventana rojo de ira. Pero no saltó tras de mí para emprender la persecución. Al parecer, él también sabía dónde solían echar sus heces los criados.

—¡Te mataré, William Shakespeare! —gritó.

Me sentía demasiado débil para contestarle con una réplica ocurrente. Me limité a nadar siguiendo la corriente del Támesis, levemente iluminado por unas cuantas antorchas en la orilla. El agua fría me helaba la piel desnuda, pero las venas se me helaron aún más al pensar que Diana deseó mi muerte. Precisamente aquella Diana que hacía tan sólo unos minutos había proclamado que me amaría eternamente. Así eran las mujeres de la gran ciudad de Londres, engañaban al marido y luego exigían la cabeza del amante. Pero no me importaba; al fin y al cabo, no pensaba volver a consagrar nunca más mi corazón a las mujeres, ¡sólo mi cuerpo! Porque si una cosa he aprendido en la vida es que, cuando se cae en las garras del amor, únicamente se pueden pedir dos cosas: una cuerda y una silla coja.

Después de unos cuantos Ramazzotti-curapenas más, Holgi me metió en la cama. Mientras me tapaba con cariño, pronunció la frase más tonta que se le puede decir a una mujer con penas de amor:

—Hay más madres que tienen hijos guapos —y completó—: Y no son dentistas.

No era que no hubiera intentado quedar con otros hombres. En los últimos dos años, me había apuntado a portales de contactos con nombres como «elite-amor.com» y había ligado con hombres que pertenecían a la élite tanto como yo. En los portales de contactos sólo encuentras mercancía estropeada.

Primero fue Thomas, un periodista educado, pero un poco aburrido, y cuando estaba en la cama con él sólo pensaba, alternativamente: « Pero ¿qué hace?» y « Esto tiene gracia» .

Luego vino Peter, que en su perfil detallaba que le interesaba la poesía, y había colgado una foto donde parecía agraciado. Por desgracia, en nuestra primera cita quedó claro que Peter escribía « poemas eróticos », que la foto era falsa y que en realidad parecía un ogro.

Finalmente apareció en mi vida Olaf, un trabajador social que lo hacía de mala gana porque aún no había superado lo de su exmujer, Eva. Lloraba tanto por ella que incluso le había escrito una canción:

*I love you Eva,  
And I will go,  
Wherever you are, Eva,  
even if it is in Papua Nueva.*

Después de que me la cantara en un momento de debilidad, yo también quise irme a la Papúa Nueva.

Pero lo comprendía un poco; al fin y al cabo, yo misma cantaba en pensamientos: « *I love you Jan, and I will go, wherever you are, Jan, even if it is Azerbayán* » .

Ése era el problema de los portales de contactos, que intentaban buscarte a alguien que estaba tan hecho polvo como tú. Y por eso sólo encontré hombres

que estaban tan hechos polvo como yo. Y yo no quería a nadie que se me pareciera. Yo quería a alguien que fuera diferente. Yo seguía queriendo a Jan.

—Tú sabes que lo he intentado con otros hombres —le contesté a Holgi, balbuceando un poco a causa del Ramazzotti.

—No necesitas a un hombre para toda la vida, te basta con alguien para una noche —replicó, y se puso a cantar de buenas a primeras, como le gustaba hacer a veces—: Una noche, una noche, si estás frustrada, pillate a alguien para una noche, luego te duchas y te maldices, ¡pero te olvidas del frustré por una noche!

Me miró esperanzado, pero yo no podía imaginarme una sola noche. No estaba de humor para algo así. Y aunque lo estuviera, ¿con qué hombre querría sexo si no con Jan?

A la mañana siguiente tenía una resaca horrorosa, y el hecho de que me tocara guardia a la hora del recreo no consiguió precisamente que mejorara. Doscientos alumnos de primaria hacían tanto ruido como ochocientas personas normales, y pensé que seguramente había más silencio en las pistas de un aeropuerto incluso cuando aterrizaba un Concorde supersónico.

Me había hecho maestra por vergüenza. En realidad, mi sueño había sido escribir musicales desde que, a los siete años, había visto *La sirenita* y había oído a Sebastian, el cangrejo, cantar *Bajo el mar*. Luego, a los quince, escribí mi primer musical. Se titulaba *Luna lobuna* y trataba de una muchacha que se enamoraba de un hombre lobo y cantaba con él el gran dúo final de la obra: « El amor que nuestro corazón acuna / es mucho más grande que la luna » (lo dicho, tenía quince años). Por desgracia, le enseñé el musical a mi profesor de lengua, que opinó que yo tenía más probabilidades de viajar a Marte que de escribir musicales en el futuro. Eso acabó con mi carrera de escritora antes de haberla iniciado y por eso decidí estudiar Magisterio después de aprobar la Selectividad. Para ese trabajo, yo era como la mayoría de mis colegas: bastante incompetente. Tal vez debería haber cambiado de trabajo, pero no tenía ni idea de qué tenía que hacer con mi vida. Además, era muy amiga de las vacaciones y de cobrar la nómina con regularidad. En cambio, no era muy amiga de los niños incordio. Y aún menos de los padres ambiciosos, por no hablar de las autoridades educativas y sus ideas sobre reformas siempre distintas (¿le darían todos al LSD?).

Mientras pensaba en mi desastrosa vida en general y en mi penosa actuación delante de Jan en especial, se me acercó el pequeño Max, un niño de segundo con rizos:

- ¡Kevin es un cabón! —despotricó.
- ¿Un cabón? —pregunté desconcertada.
- Sí, un cabón total.

Estaba claro que el pequeño tenía problemas para pronunciar algunas consonantes.

- ¿Y por qué? —pregunté, aunque no me interesara especialmente.
- Ha atado a León con unas esposas al radiador de la clase.

—¿QUÉ?

Había despertado toda mi atención.

—Con las esposas de su papá. Es policía. Las ha taído al colegio a escondidas.

—¡Cabón! —maldije.

—Lo que yo he dicho —comentó Max, y me llevó a la clase, donde el pequeño León, el típico niño-víctima gordo, estaba realmente encadenado a la calefacción.

—Tengo pipí —dijo León lloriqueando.

Manipulé las esposas, pero no tenía ni idea de cómo abrirlas. Cuando estaba a punto de llamar al director, llegó Axel, el profesor de gimnasia.

—Ya lo hago yo. Tengo experiencia con esposas... —aclaró.

—... De la que sería mejor no hablar en presencia de un alumno de segundo —lo interrumpí.

Axel sonrió burlón, abrió las esposas hábilmente con un alambre y León se fue corriendo al lavabo. De Kevin, ni rastro.

—Voy a machacar a Kevin —anunció el pequeño Max.

—No tienes que pelearte —dije, intentando de mala gana evitar una pelea, aunque realmente pensaba que el pequeño Kevin se había ganado un poco de leña.

—Pero Kevin es un capón —despotricó Max, y echó a correr.

—¿Un capón? —preguntó Axel desconcertado.

—Problemas con las consonantes —expliqué.

—Ah, por eso ayer gritaba: « ¡Timmy es un hili! » .

Suspiré y luego propuse:

—Tendríamos que mandarlo a clases de refuerzo.

—Y tú y yo tendríamos que hacer algo esta noche —replicó Axel esbozando una amplia sonrisa.

Me lo había pedido muchas veces desde el desastre del beso, hacía dos años. Pero siempre lo había rechazado, cosa que por lo visto me hacía cada vez más interesante a sus ojos.

—Tengo invitaciones para el circo —dijo sonriendo—. ¿Te apetece acompañarme?

Normalmente le habría dado calabazas, pero de repente oí en mi cabeza la voz de Holgi: « Una noche, una noche... » .



Aquella tarde, Axel llevaba una camiseta que le marcaba el cuerpo y una cazadora de cuero la mar de moderna. No se parecía en nada a mi intelectual y elegante Jan, y eso estaba bien. Con Axel no había que tener mala conciencia por aprovecharse de él para tener sexo intrascendente, al fin y al cabo, una relación que durara más de una semana sería para él un récord maratoniano.

Empezó la función. Una acróbata china salió a la pista. Doblaba el cuerpo con tanto arte que Axel dijo:

—Una amante así me daría miedo.

Pensé que no tenía nada que temer después conmigo en la cama, puesto que mi flexibilidad se situaba más bien por debajo de la media.

Cuando la acróbata china acabó su espectáculo, que sólo con verlo ya me dolían todas las articulaciones, el presentador anunció la gran atracción del espectáculo:

—Y ahora, damas y caballeros, ¡el incomparable, el único, el mítico mago Próspero!

Sonó una música envolvente y salió a la pista un hombre que parecía un comparsa sacado de una película de vampiros: era alto y flaco, tenía unos ojos negros de mirada penetrante y vestía ropa negra. Por encima, una capa ancha y negra. No costaba nada imaginarlo durmiendo en un ataúd con tierra de su Transilvania natal. Al llegar al centro de la pista, anunció con una voz que sonó mística:

—El alma de las personas es inmortal y renace una y otra vez.

—Ojalá no sea siempre de maestro —se burló Axel.

«Ojalá no sea de mí», completé en pensamientos.

—Aprendí —prosiguió Próspero— el venerable arte de la regresión con los monjes shinyen en el Tibet. Ellos me mostraron que en otro tiempo fui un poderoso guerrero del príncipe mongol Ablai Khan.

—Y todos se tronchaban de risa a sus espaldas —siguió bromeando Axel.

No me reí con su broma, el hombre de la pista me impresionaba. De alguna manera, removía algo en mi interior, como si estuviera a punto de anunciarme una profunda verdad.

—Ahora —explicó Próspero con gestos ceremoniosos— trasladaré a alguien

del público a una vida anterior. Y ese espectador descubrirá todo el potencial de su alma inmortal y podrá utilizarlo. ¡Se encontrará a sí mismo!

Esa promesa me pareció bastante imponente.

—¿Algún voluntario? —preguntó Próspero, mientras paseaba por la pista majestuosamente ondeando la capa.

—Ser voluntario nunca es bueno —comentó Axel.

Próspero se acercó al público y yo me sentí de repente inquieta. No me escogería precisamente a mí para bajar a la pista, ¿verdad? No me gustaba ser el centro de atención y, con mi visita a la clínica dental, había superado con creces mi necesidad de actuaciones penosas en esta vida. Aunque, curiosamente, me asaltó una sensación aún más honda: algo se agitaba dentro de mí, me daba miedo sumergirme en una vida anterior. Qué tontería, si yo nunca había pensado seriamente en la reencarnación. Además, mi intelecto sabía que eso no existía y que el tipo que paseaba por las filas de espectadores era igual de serio que un triler albanés. O que un vendedor de productos financieros.

Intenté tranquilizarme. Había muchos espectadores en el público y, además, yo estaba sentada bastante arriba en la grada: fijo que el hipnotizador se decidiría por otra persona. Con todo, cuando se acercó seguro a nuestra grada, empezó a temblarme todo el cuerpo.

***Mientras tanto,  
en la vida de William Shakespeare  
Londres, 13 de mayo de 1594***

—William, a nadie le gusta un final desgraciado en una comedia —me reprendió Kempe con su potente voz de barítono mientras caminábamos de madrugada por las estrechas callejuelas de Southwark.

Entre las casas inclinadas había vendedores y vendedoras ofreciendo a voz de grito su mercancía: ocas, sandalias o su propio cuerpo. Sí, señores, en Southwark, la ley de Londres no tenía ninguna influencia. Gentes de mal vivir; como prostitutas o actores, podían respirar allí libremente, aunque respirar libremente sólo procuraba un placer relativo gracias a los numerosos mendigos que orinaban en las calles.

Los burdeles estaban permitidos en Southwark, igual que los teatros. Por eso el dueño de nuestro Rose Theatre, el siempre avaro Philip Henslowe, había abierto un prostíbulo justo al lado del Rose, adonde atraía a los espectadores después de la función. No era de extrañar, pues, que siempre me exigiera condimentar mis obras con muchas escenas de amor turbulentas.

—Will, ya tuvimos la peste en la ciudad... —prosiguió Kempe.

Con sus estridentes calzas amarillas y su chaleco de colores alegres y chillones destacaba en la multitud. A su lado, a mí se me veía realmente pálido con mi última camisa de lana (literalmente, pues la penúltima tuve que dejarla en la alcoba de Drake).

—... Así que haz el favor de reescribir el final de Trabajos de amor perdidos y haz que todos se casen.

—Entonces la obra será una tragedia —repliqué.

Kempe frunció el ceño, y le expliqué:

—En la comedia, la pareja de enamorados se une siempre en el quinto acto. Pero si hubiera un sexto acto, ese acto mostraría el transcurso del amor, y la comedia se transformaría en tragedia.

—William —dijo Kempe compasivo—, tienes una visión muy triste del amor.

—Realista —repliqué, y añadí—: La visión realista del amor es siempre triste.

—Will, espero de todo corazón que algún día consigas curar tu alma. De lo

contrario, mucho me temo que nunca llegarás a ser un dramaturgo brillante.

Antes de que pudiera replicar a Kempe, vi delante del Rose a una joven de baja estatura y cabellos negros. Era Phoebe, la hija de Henslowe, el dueño del teatro. Phoebe bizqueaba un poco y no era en absoluto una belleza, pero tampoco era tan fea como para preferir emigrar a las colonias salvajes antes que mirarla.

—Ahí tienes a tu admiradora —dijo Kempe sonriendo burlón, y antes de entrar en el teatro, me advirtió—: Trátala bien o Henslowe contratará a otra compañía para su teatro.

Phoebe se me acercó y me preguntó tímidamente:

—Querido William, ¿has leído la carta que pasé ayer por debajo de tu puerta?

—Sí —mentí sin ambages.

Evidentemente, no la había leído, puesto que después de mi excursión nocturna a nado por el Támesis tuve que meterme a toda prisa en la cama para entrar en calor.

—¿Apruebas mi deseo? —preguntó Phoebe esperanzada.

—Sí, claro —la seguí engañando.

Fuera lo que fuera lo que había escrito en la carta, yo no quería ni podía ofender a la hija del dueño del teatro.

—¿De verdad? —preguntó.

—Por supuesto —contesté.

—Entonces, ¿esta noche me desvirgarás! —Phoebe me miraba radiante.

Me dio un ataque de tos.

—¿Te ocurre algo?

—No... no... —dije, y seguí tosiendo.

—¿Lo harás? —preguntó visiblemente turbada.

Contemplé su escaso atractivo, tragué saliva y me dije: ¡un hombre debe hacer lo que un hombre debe hacer!

—Pero debemos tener cuidado de que mi padre no se entere —explicó Phoebe —, porque si se entera tendrás que casarte conmigo. Y si te niegas, te torturarán sus esbirros.

Vaya, la cosa se ponía cada vez más alegre.

Me pregunté si no debería revelarle que yo ya me casé en su día, pero decidí que no. Nadie en Londres tenía por qué conocer la suerte que había corrido en mi ciudad natal.

Por lo tanto, esforzándome por ser encantador, dije:

—Ven a medianoche a mi modesto aposento.

Phoebe me dio un beso en la mejilla y se fue con paso alegre, mientras yo me juraba que el resto de mi vida leería todas las cartas justo al recibirlas. Apenas había concluido ese juramento, de repente oí pisadas de caballos y un fuerte griterío. Miré a mi alrededor y vi que los comerciantes, los pedigüeños y las prostitutas saltaban despavoridos a un lado para evitar ser pisoteados. A lomos de

*los corceles iban unos hombres vestidos con ropa aristocrática, unos hombres que nunca se veían en Southwark, sólo en la corte de la reina. ¡Y en cabeza cabalgaba sir Francis Drake!*

*—William Shakespeare, ¡te reto a un duelo! —gritó por encima de la algarabía.*

*En verdad, me dije, el valor, la energía y la temeridad de aquel hombre sólo eran superados por una cualidad: su testarudez.*

—No te preocupes, el hipnotizador no puede vernos aquí arriba.

Axel se había dado cuenta de que yo estaba temblando de miedo. Me cogió la mano para tranquilizarme. Suave y cariñosamente. Eso me sorprendió, puesto que solía ser más bien sobón. Lo miré y me sonrió ensimismado. ¿Había cierto enamoramiento en su mirada? Eso era prácticamente imposible. Axel no era de los que se enamoraban. Y menos aún de alguien como yo. ¿O tal vez sí? ¿Porque yo era la única que le había dado calabazas durante años? Retiré mi mano de inmediato. Los ojos de Axel parecieron entristecerse por un breve instante. Dios mío, ¿no estaría de verdad...?

Me apresuré en mirar al frente, y vi que Próspero se estaba acercando. El corazón me latió más deprisa. El mago venía directo hacia nosotros. Como si notara mi presencia. Estaba a tan sólo dos filas. Se me paró la respiración. Pero entonces se detuvo delante de un hombre gordo y bajito.

—Venga conmigo, por favor.

—Gracias a Dios —musité, y respiré hondo.

Próspero me oyó y me lanzó una mirada penetrante. Luego bajó a la pista con el hombre.

Un sudor frío me cubrió todo el cuerpo. Seguramente tendría que volver a ducharme antes de mi rollito de una sola noche.

Axel intentó cogermelo de nuevo la mano, pero esta vez la retiré antes de que se acercara demasiado, y también me aparté de él. Ese rechazo, al que no estaba acostumbrado, hizo que se pusiera a parlotear:

—Rosa, ya sé que piensas que soy un ligón... y que sólo quiero acostarme contigo, pero yo no quiero acostarme contigo...

—Vaya, ¡muy amable! —dije, sonriendo burlona.

—Perdona, no quería decir eso... Es sólo que... he cambiado... Ya he cumplido los treinta y cinco... y ahora busco algo sólido en la vida...

Típico. Precisamente cuando, por una vez en la vida, yo quería un rollo de una sola noche, el donjuán de las maestras maduraba.

No quise continuar con la conversación y le indiqué a Axel que callara. Asintió confundido y miramos hacia la pista. El hombre rechoncho le estaba confesando al mago que tenía poca autoestima y yo pensé: «Bienvenido al

club» .

Próspero explicó pomposamente que enviaría a aquel hombre tímido a una vida anterior y, gracias a ello, descubriría el potencial de su alma inmortal. El mago gesticulaba y matizaba las palabras como si hubiera asistido a la escuela de Klaus Kinski para sobreactuaciones. Próspero cogió un gran péndulo dorado, el gordinflón lo miró fijamente y cayó en trance con los conjuros del hipnotizador. Entonces, de repente empezó a hablar en inglés con un acento muy marcado:

—*Where am I?*

—*What's your name?* —preguntó a su vez Próspero.

—William Cody —contestó el hombre.

Axel me susurró al oído:

—William Cody... es Buffalo Bill, el héroe del Oeste.

El hombre gordo y bajito se levantó, de repente no sólo hablaba en otra lengua, sino que ya no vacilaba. Próspero le pidió a su ayudante que fuera a buscar a toda prisa las armas de la mujer pistolera del circo. El gordinflón empuñó los Colts y apuntó hacia el público. Todos temimos que acabaríamos siendo actores secundarios en una próxima masacre, y nos agazapamos. Pero antes de que el pánico aumentara, Próspero intervino y animó a Cody a ejecutar algún número de tiro. Lo hizo, ¡y cómo! Primero en dianas, siempre en el blanco. Acto seguido, disparó a unas velas encendidas y, para acabar, echó a volar a un papagayo del circo. El ave aleteó por debajo de la cúpula y Cody disparó tres veces al animal. Pero éste no cayó al suelo, sino que continuó aleteando despavorido. Tres plumas arrancadas de un disparo limpio descendieron planeando lentamente hacia la pista.

—Para sorprender a propios y extraños, pistoleros y protectoras de animales —intentó bromear Axel, pero yo no escuchaba; la transformación del gordo inseguro era demasiado fascinadora y emocionante.

Próspero le pidió a Cody que volviera a mirar el péndulo, y éste regresó a su antiguo «yo» alemán y vacilante. Con una pequeña diferencia:

—¿Cómo se siente? —le preguntó el hipnotizador.

—Más valiente —contestó el hombre, sonriendo satisfecho.

El público prorrumpió en aplausos. Y yo también.

Por primera vez en mi vida le tenía envidia a un gordo.

Cuando Axel y yo salimos de la carpa después de la función, nos hizo falta un rato para volver a charlar. Yo no tenía muy claro si me apetecía alargar la noche con él. Evidentemente, Axel notaba mis reservas. Confuso, me preguntó si quedaríamos otro día. Aquel hombre buscaba realmente una relación. Precisamente él. Precisamente conmigo. ¿Podía ser más absurda la vida?

Habría sido injusto dejarle creer que yo también buscaba algo sólido.

—Axel, ¿puedo serte sincera?

—Pues claro, Rosa.

—Yo sólo quería pasar contigo una noche agradable.

—De acuerdo... —dijo, y respiró hondo—. Eso ha sido sincero.

—Y ahora ya no quiero ni eso.

—Eso casi ha sido demasiado sincero.

—Porque tú buscas una relación y no jugaría limpio contigo.

—Bueno —dijo Axel con una sonrisa algo forzada—, también puedo soportar un poco de juego sucio.

—Pero a mí no me gusta jugar sucio —repliqué suavemente.

Axel estaba afectado. Y su vulnerabilidad me conmovió: el donjuán tenía corazón, y sentimientos. Y le sentaban bien. Pero tenía una pega decisiva: no era Jan.

Después de que Axel se despidiera, me compré un algodón de azúcar antifrustración, caminé mustia con él por el circo de noche y me fijé en que un gordinflón bajito, que había sido Buffalo Bill, se dirigía a una de las caravanas. Parecía contento y satisfecho. No era de extrañar: Próspero le había enseñado el potencial de su alma. Ni idea de cómo, probablemente todo había sido una farsa. Más aún, ¡seguro! No obstante, deseé un poco de esa maravillosa farsa: Jan iba a casarse con otra, y yo tenía una profesión que me producía más o menos la misma alegría que una erupción súbita de acné y no sabía qué hacer con mi vida. Ni siquiera me las apañaba con un rollito de una sola noche. Si mi alma tenía algún potencial, yo no tenía la más remota idea de cuál podía ser.



***Mientras tanto,  
en la vida de William Shakespeare***

*Al parecer, a la vida no le complacía complacernos, conjeturé cuando el caballo de Drake se detuvo delante de mí. La vida era más bien un sádico jovial y yo era su víctima predilecta.*

*—Ahora ya no podrás huir de mí —tronó el héroe de Inglaterra mientras sus hombres me rodeaban.*

*Efectivamente, la huida ya no era una opción.*

*—Sir, tenéis un inmenso talento para destacar lo evidente —repliqué.*

*A Drake no le divirtió el comentario, pero tanto daba si lo encolerizaba aún más; de todos modos, aquel hombre iba a apagar la luz de mi vida.*

*—Puedes elegir el lugar y las armas para el duelo —ofreció displicente.*

*Drake no era sólo el mejor espadachín del reino, sino también el mejor tirador; tendría ventaja con cualquier arma.*

*—¿Qué arma eliges, bribón? —inquirió.*

*—Patatas —contesté.*

*Drake no daba crédito a sus oídos.*

*—Son buenas para la salud. Especialmente en los duelos.*

*—Cogeremos las espadas —determinó Drake excitado.*

*—¿Aceptaríais que el lugar fuera la India?*

*—¡No!*

*—Ya me lo imaginaba... Pero quizá podría decidir la hora del duelo. Estaba pensando en el próximo siglo...*

*—¡No! —me interrumpió.*

*—No sois un caballero.*

*—¡No consiento que me hable así un canalla como tú! —Enrojeció de ira—. Lucharemos aquí y ahora.*

*Eso me pareció sin duda demasiado pronto.*

*—Elige a tus padrinos —masculló el noble.*

*Le pedí que me siguiera al Rose, pues allí estaban las únicas personas que tal vez querrían ser mis padrinos.*

*El teatro olía a madera y al sudor de los espectadores de la última función. El*

escenario se alzaba en el centro del edificio; los espectadores podían vernos situándose de pie alrededor o desde uno de los numerosos palcos. Hacía años que aquel teatro era mi mundo. Y si tenía que morir, quería hacerlo allí, sobre las tablas.

Junto al escenario sólo estaban Kempe y Robert, un muchacho vestido de mujer que estaba ensayando el papel de Julieta. Gracias a un maldito edicto del censor de la corte, las mujeres no podían actuar en el teatro, lo cual provocaba que, para mi gusto, las escenas de amor que escribía tuvieran siempre un toque demasiado afeminado en el escenario.

El animoso Kempe se acercó presuroso a Drake, queriendo salvarme de su ira bendita:

—Sir, sed clemente. William Shakespeare es ciertamente un bufón...

—¡Eh! —exclamé.

—Pero es nuestro bufón, y aunque sus obras son de una calidad mediocre...

—¡Eh, eh!

—... Y están empapadas de patetismo...

—Tres veces ¡eh!

—... Esas obras llenan esta casa de espectadores, y ellos son la razón de nuestra miserable existencia.

—¿Sabes qué me importa a mí todo eso? —preguntó Drake al rollizo actor.

—¿Nada? —conjeturó Kempe.

—¡Exacto!

Kempe se me acercó con la cabeza gacha y me susurró con tristeza:

—Perdona, amigo mío, yo lo he intentado.

—Habría renunciado con gusto a ese intento —repliqué.

En el acto me enojé conmigo mismo por haber sido tan brusco: Kempe era el mejor amigo que jamás había tenido. Me había salvado la vida en muchas ocasiones. La primera vez, cuando mi corazón estaba tan enfermo de pena que, a orillas del riachuelo de Avon, decidí clavarme un puñal. Si Kempe no hubiera ido de camino a Stratford con su compañía de teatro y, ágil como una gacela a pesar de su tripa, no me hubiera arrebatado el puñal, yo habría acabado con mi vida de puro dolor.

—¿Quién será tu padrino? —inquirió de nuevo Drake.

—Ese hombre —dije señalando al muchacho vestido de mujer, que se sorprendió tanto como Kempe, Drake y sus hombres.

Si había una posibilidad de sobrevivir, ésta consistía en encolerizar tanto a Drake que cometiera un error en el duelo. A ser posible, un error mortal.

El almirante de la reina miró a Robert, todo maquillado, y exclamó:

—¡Te burlas de mí!

—Robert es un buen padrino, y mejor amante, según cuentan en las calles de Southwark. Tal vez deberíais probar con él, no puede ser peor que vuestra esposa.

*Los hombres de Drake se echaron a reír. Y él tenía una mirada asesina en los ojos. ¡Bien!*

## II

Seguí a cierta distancia al gordinflón feliz que había sido Buffalo Bill y lo vi llamar a la puerta de una caravana. Abrió Próspero, que entonces llevaba vaqueros y una camisa de leñador, y le alargó un pequeño sobre. El gordo contó sin tapujos el dinero que había dentro.

El algodón de azúcar se me cayó del susto.

—No puede ser —me dije en voz baja.

Próspero, que por lo visto tenía un oído bastante fino, se percató de mi presencia. Vio que lo estaba mirando. Yo vi que él me miraba. El gordinflón vio que Próspero veía que yo lo miraba... y vio la manera de poner tierra por medio.

El mago me fulminó con su mirada penetrante, pero no me dio miedo. Sentía demasiada curiosidad por saber cómo se había producido exactamente el engaño, me acerqué a él y le pregunté abiertamente:

—¿Cómo lleva a cabo el truco? No puede sacar cada día al mismo hombre a la pista, eso no pasaría desapercibido...

—Hay muchos artistas en paro —respondió Próspero. Sorprendentemente, no intentó excusarse sino que parecía muy seguro—. Ayer tuve a una mujer que baila con serpientes, y en la función afirmamos que había sido bailarina en la corte del califa Abu Bakr.

—Seguro que con la regresión superó sus bloqueos sexuales bailando —conjeturé con cierto retintín sarcástico.

—Exactamente —confirmó, y volvió a entrar en la caravana.

Moví los pies un momento, indecisa; luego lo seguí. La caravana de Próspero era de lo más normal: una cama, ducha, unos cuantos libros. Ningún ataúd con tierra de Transilvania. Nada enigmático. Sólo el péndulo dorado, que estaba tirado de cualquier manera encima de una mesa plegable de madera. En las paredes había colgadas unas cuantas fotos suyas, en una se le veía vestido de monje en un templo. Al menos, no había mentido en lo del Tíbet.

—Así que todo eran chorradas —constaté dolida.

Una pequeña parte de mí había deseado realmente que aquel hombre no fuera un charlatán.

—Las regresiones no son una chorrada —objetó—. Los monjes shiny en han

hallado realmente el modo de enviar la conciencia al pasado.

Sonreí irónicamente.

—No me cree —afirmó.

—Muy observador.

—Hay cosas entre el cielo y la tierra que el saber erudito no imagina ni en sueños —dijo Próspero sonriendo—. Sabemos tanto del universo como un perro de telefonía móvil.

En eso quizá tenía razón: al fin y al cabo, los científicos cambiaban cada dos por tres los modelos que usaban para explicar el mundo.

—Quiero ayudar a la gente. Y las funciones en el circo me traen gente. Por eso las hago —dijo, y sus palabras sonaron extrañamente sinceras—. Siempre hay alguien entre el público que espera ayuda. Luego, algunos se atreven a venir a verme al día siguiente.

—O sea que es usted tímido por misericordia —me burlé.

—Podría decirse así —replicó sin rastro de ironía—. Seguro que usted ha pensado que sería maravilloso poder darle un nuevo rumbo a su vida.

Miré al suelo como si me hubieran pillado en falta.

—Al parecer he vuelto a ser muy observador —dijo, sonriendo satisfecho.

Aquel hombre leía en mí como en un libro abierto. Un libro titulado *Mi desastrosa vida y yo*.

—Puedo darle un nuevo rumbo a su vida —explicó Próspero con voz insinuante y profunda.

Tragué saliva, un nuevo rumbo para mi vida sería de agradecer, suponiendo que el nuevo rumbo fuera mejor que el viejo, lo cual tampoco podía ser tan difícil.

—¿Quiere? —preguntó Próspero, y yo empecé a sentir miedo. ¿Qué se proponía aquel tipo? ¿Hipnotizarme?

—Yo... yo... —farfullé—. Yo creo que me he dejado la plancha enchufada en casa...

Di media vuelta para irme. Pero Próspero se interpuso serenamente en mi camino, cerró la puerta de la caravana... y cogió el péndulo de la mesa.

*Drake estaba en el escenario, desenvainó su espada y cortó amenazadoramente el aire con ella, del mismo modo que pronto me rebanaría el cuello.*

*—Lo conseguirás, William. Tú eres el mejor —musitó Robert.*

*—Me animaría más si me lo dijera un hombre sin voz de falsete —repliqué en un susurro.*

*Drake se me acercó a paso ligero blandiendo su espada. Yo estaba obligado a desenvainar también la mía. Era una espada de teatro ligera con la que el príncipe de Navarra correteaba en nuestra última obra, Trabajos de amor perdidos. La cabeza me bullía. ¿Qué iba a hacer? Tenía que atizarle con mis armas, con palabras. Si provocaba con insidia a Drake, quizá cometería un error que yo podría aprovechar para asestarle una estocada mortal.*

*—Sólo he tenido una amante que fuera peor que vuestra esposa —proclamé.*

*—¿Quién? —preguntó Drake, picado por la curiosidad de saber quién podía ser más horrorosa que su esposa en la cama.*

*—Vuestra señora madre.*

*Drake se abalanzó rojo de ira hacia mí e intentó asestarme un primer golpe, que pude parar sin problema. Gracias a las escenas de espadachines poseía unas dotes modestas cuando se trataba de luchar a espada.*

*—Robert, mi padrino, también se acostó con vuestra madre. Ama a las mujeres que tienen más barba que él.*

*—Si vuelves a ofender a mi madre... —amenazó Drake.*

*—Se ofende todas las mañanas, justo cuando se mira al espejo —repliqué mientras paraba una estocada que apuntaba directamente a mi corazón.*

*Drake me obligaba a retroceder con pasos rápidos y yo estaba a punto de caerme del escenario. Había llegado el momento de intensificar las ofensas, a ser posible hasta lo inaudito.*

*—Vuestra madre trabaja en el puerto, en los pesqueros. —Drake se quedó desconcertado, y yo concluí—: ¡De hediondez!*

*Drake resolló. Yo continué con mi osado juego:*

*—Y cuando sale de allí y se adentra nadando en el mar, las ballenas se alegran de volver a acogerla en el seno familiar.*

—MI MADRE NO ES UNA BALLENA —gritó Drake, y me atacó con la espada, una y otra vez.

Habia conseguido apartarlo del elegante estilo por el que era admirado en todo el reino.

—Lo admito, es demasiado delgada para ser una ballena —gemí mientras intentaba rechazar los coléricos embates.

—ARGGG —gritó entonces como un animal enfurecido.

—Os expresáis de un modo fascinante —me burlé.

—ARGGG.

—Y tan variado.

—¡ARRRRGGGGGG!

—Dejadlo o sentiré celos de vuestro arte para fabular.

El enfurecido Drake me dio en el brazo. No fue un gran rasguño, pero la sangre brotaba de la herida como de una pequeña fontana. Mi estrategia parecía fallar. Miré a Kempe y vi que sus ojos también irradiaban poca confianza. Mi muerte parecía aproximarse inexorablemente y sería dolorosa. Dios mío, cuánto deseaba que otra persona estuviera en mi lugar.

Próspero sostenía el péndulo delante de mí.

—Las verdaderas regresiones no transcurren como en la pista —explicó.

—¿Y cómo transcurren? —pregunté, aunque hubiera preferido largarme, puesto que la curiosidad que sentía era tan grande como el miedo.

—Relajadamente. El viajero en el tiempo se tumba y cae en una especie de sueño. Luego permanece todo el rato relajado —contestó Próspero.

—¿Una especie de sueño? —inquirí.

—No dura mucho en nuestro tiempo, sólo unas horas. Pero, en la regresión, durante esas horas algunos viajeros han vivido toda una vida en el pasado.

—¿Toda una vida?

—Tienen la sensación de haber estado años o incluso décadas en el pasado. Yo mismo viví cinco años siendo un guerrero de Ablai Khan. Y sólo estuve dos horas en trance.

—Bueno, al menos la gente obtiene algo a cambio de lo que paga —me burlé, aunque las rodillas me temblaban ligeramente.

—No acepto dinero.

—Entonces, ¿qué? ¿Bonos?

—Mi misión es ayudar a la gente —replicó Próspero, y me acercó el péndulo dorado—. Mire fijamente el péndulo.

—No lo dirá en serio —dije sonriendo con nerviosismo.

—Mire fijamente el péndulo.

Quise apartar la vista, pero oscilaba tan plácidamente. Y la voz de Próspero era tan agradable.

—Mire fijamente el péndulo...

*—Vuestra madre, con su sola presencia, es capaz de despojar a los hombres de su fertilidad.*

*Mis tentativas de provocar a Drake eran cada vez más desesperadas. Entonces, de repente, se me cerraron los ojos.*

—Así, muy bien... sígalo con la mirada... —susurró Próspero.

El péndulo oscilaba de un lado a otro con regularidad, me sentía tranquila y pensé: « Realmente no está nada mal un péndulo, qué relajante » .



—¿Cuál es el mayor problema de su vida? —preguntó Próspero.

—El amor... —respondí relajada, y me senté en su catre.

—Suele ocurrirle a la mayoría de las personas. Eso se debe a que no saben qué es el verdadero amor.

Los párpados se me cerraron lentamente. Me invadió un cansancio inaudito.

*Fue como si alguien me hubiera dado un bebedizo para dormir. Todavía balbuceé:*

*—Seguro que vuestra madre también es capaz de castrar ovejas con su sola presencia...*

—Ahora túmbese —susurró Próspero.

Yo estaba completamente relajada y me tumbé de espaldas.

—No piense en nada.

—Hum... no pensar en nada... suena seductor...

Sonreí y cerré del todo los párpados.

*La vista se me nubló definitivamente, pronto moriría atravesado por la espada de Drake. Mi penúltimo pensamiento de añoranza fue para mis hijos: Susanna... Judith... Hamnet... Y mi último pensamiento fue para el amor de mi vida... Anne... mi maravillosa Anne...*

—Ahora viajará al pasado —oí decir a Próspero en la lejanía—. Pero debo advertirla. El viaje es peligroso y si muere estando en el pasado, su espíritu morirá también en el presente. O sea que tenga cuidado.

Si no hubiera estado tan profundamente relajada, eso me habría dado un miedo terrible.

Y, finalmente, oí decir a Próspero en voz muy baja:

—Volverá a despertarse cuando haya descubierto qué es el verdadero amor.

Lo primero que oí a continuación fue:

—¡Mi madre no castra ovejas!

Lo primero que vi fue a un hombre enfurecido, con bigote y de pie encima de mí, que por lo visto estaba tirada en el suelo. Distinguí que el hombre llevaba medias y, sin querer, me vino a la cabeza: «Homosexual. O bailarín de *ballet*. Probablemente ambas cosas».

Lo primero que sentí fue dolor. Me dolía el antebrazo, me ardía horrores. Miré instintivamente y vi que llevaba una especie de camisa ancha (me recordó las camisas de corsario de *Los piratas del Caribe*) y que la camisa estaba rasgada. O no, más bien estaba desgarrada. En el punto donde se encontraba el desgarró, la camisa era de color rojo oscuro. Estaba sangrando.

Dios mío, ¡estaba sangrando!

Descubrí que, por debajo de la sangre, el brazo era muy peludo. Los pelos negros estaban pegados por la sangre. Era imposible que eso fuera mi brazo, ¿no?

No, ¡fijo que no lo era!

Pero, entonces, ¿por qué sentía aquel terrible dolor?

Antes de que pudiera empezar a procesarlo todo, el hombre se inclinó hacia mí gritando:

—¡Mi madre no castra a nadie!

¿Por qué le importaba tanto eso? En otras circunstancias, le habría recomendado educadamente que hiciera psicoterapia; por lo visto, tenía que superar urgentemente algo con su madre. Pero la conversación era impensable, aquel tipo quería matarme... ¡con una espada! ¡Con una espada de verdad! ¿De qué iba aquel mal viaje? ¿Había ido a parar realmente a una vida anterior?

Tonterías... Seguro que era un sueño hipnótico. Próspero había hecho oscilar su péndulo ante mis ojos y yo había entrado en trance.

Pero todo aquello, aquel tipo bramando sobre mí, el dolor, el miedo, todo parecía mucho más real que cualquier sueño que jamás hubiera tenido. Mucho más intenso. Era en directo, en color y en 3-D. ¡Como la vida misma!

No, no exactamente, incluso daba la sensación de ser más real que la vida misma. Un poco más real. Quizá se debía a la gran cantidad de adrenalina que fluía por mi cuerpo. Si es que ése era mi cuerpo... Aquel antebrazo sangrando,

¡definitivamente no era mío! Al menos yo no quería que lo fuera. Dolía demasiado. Y si entonces ya dolía tanto, ¿qué terrible dolor sentiría cuando aquel loco me abriera el cráneo con su arma?

El hombre levantó la espada para asestar el golpe mortal.

Me dominó el pánico, la asfixia, un miedo increíble. Me sentí como un animal en el matadero, no se me ocurría ninguna idea.

—¡Échate a un lado! —oí gritar a una voz profunda—. ¡Rápido!

Eso hice exactamente de manera instintiva. La espada de aquel hombre descendió silbando y se clavó a menos de diez centímetros de mí, y noté una fuerte corriente de aire. Si no me hubiera echado a un lado, me habría partido por la mitad. Pero su espada se clavó en la tabla de madera donde yo estaba tirada un instante antes. Sí, estaba tirada sobre una tabla de madera. ¿Me encontraba en un barco pirata?

El hombre, maldiciendo, intentó arrancar la espada de la tabla; la había hincado con tanta fuerza que tenía dificultades para recuperarla. Me levanté de un salto y vi que me encontraba en una especie de escenario que se alzaba en medio de una gran sala, también construida en madera. Así pues, aquello no era un barco pirata. Algo era algo.

Lo que había alrededor y en lo alto, ¿eran palcos? Tanto daba. Bajé la vista para mirarme: llevaba botas negras y también medias. ¿Por qué estaban tan abombadas en la zona de la entepierna?

« No pienses en ello » , me dije.

Observé cómo el hombre que maldecía estaba sacando la espada del suelo y murmuraba algo así como « voy a castrarte » .

¿Castrarme? ¿Tenía eso algo que ver con las medias abombadas?

« ¡NO PIENSES EN ELLO! » , me ordené.

Antes que nada tenía que salir de aquel embrollo. Por un instante pensé que a lo mejor debería limitarme a esperar hasta que despertara de la hipnosis, pero entonces volvió a aquejarme un dolor en el brazo y recordé que todo aquello era muy real. Y me vino a la mente otro pensamiento: ¿Y si muero aquí? Próspero había dicho que también moriría mi espíritu. Entonces mi cuerpo, que estaba tumbado en la caravana del circo, sufriría una especie de apoplejía. ¿Iba a arriesgarme a ello? Terminantemente, ¡no!

El loco ya había arrancado la espada del suelo con una fuerza infinita y acababa de darle una patada a una segunda espada, más ligera y que estaba en el suelo, para que yo no pudiera alcanzarla. Pero yo no me proponía hacerlo, puesto que no sabía nada de esgrima. De hecho, no sabía luchar con nada. Ni siquiera con los puños. La última vez que me metí en una pelea fue en segundo de primaria, cuando el incordio de Niels, un niño gordo que siempre molestaba a los más pequeños en el parque infantil, se pasó toda la tarde cantando: « Rosa, Rosa, en los pantalones se hace una cosa » . En un momento dado, se me cruzaron

los cables, corrí hacia Niels y lo tiré del tobogán. El crío chocó con la barbilla en el borde metálico del tobogán. Empezó a sangrar y a llorar. Y yo recibí una larga ovación de los demás niños del parque.

El chalado se acercaba con mirada asesina. Salí corriendo, con unas piernas que, según comprobé contenta, corrían bastante deprisa aunque llevaran medias. Nunca antes había podido correr tan rápidamente, ni siquiera de jovencita, cuando aún practicaba deporte con regularidad. Por lo visto, me habían tocado en suerte unas piernas musculosas. ¿Serían tan velludas como los brazos? ¿Tendría eso algo que ver con las medias abombadas?

« ¡NO PIENSES EN ELLO! », me grité a mí misma.

Bajé de un salto desde el entablado al suelo de arena y eché a correr pasando por delante de un joven maquillado y vestido con ropa de mujer de otra época. (¿Eran todos homosexuales?). A su lado había un hombre gordo, vestido con ropa más extremada que Elton John. (Ya no había duda, todos eran homosexuales).

Seguramente aquel gordo había sido el que antes me había gritado con voz profunda que me echara a un lado. Eso lo convertía inevitablemente en la persona más simpática del recinto... sala... de donde fuera que me encontraba.

Busqué desesperadamente una salida de aquel extraño edificio, vi una gran puerta de madera y me dispuse a correr hacia ella.

— ¡Detente! — gritó el espadachín chalado detrás de mí.

« Pero si no me muevo », pensé.

— ¡Detente! — gritó de nuevo, en voz más alta y agresiva.

Corrí hacia la puerta sin volverme una sola vez. La puerta no estaba cerrada, sólo entornada. No tenía ni idea de qué mundo habría detrás, pero esperaba que fuera menos violento.

— ¡DETENTE! — oí de nuevo.

Mi mano ya se dirigía hacia la puerta para abrirla y huir, cuando oí un disparo. Sonó como un petardo de Fin de Año. A mi lado reventó un pedazo de puerta y olió a madera quemada. Aquel tipo había disparado. ¡Había disparado de verdad! Si, como dijo Próspero, aquello era una vida anterior, mi verdadera vida me pareció de repente enormemente atractiva.

Me temblaba todo el cuerpo. Me di la vuelta lentamente y vi que el tipo me apuntaba con una pistola antigua que parecía sacada del atrezzo de una película de piratas. Si me disparaba, lo único que yo podía hacer era rezar para que no me doliera y para que el espíritu de mi cuerpo, que estaba cómodamente tumbado en la caravana del circo, no muriera por mucho que Próspero hubiera insistido en advertírmelo. Pero si mi cuerpo perdía su espíritu, probablemente pasaría el resto de mi vida llevando pañales y babeando a causa de la apoplejía.

¿Qué debía hacer? En las películas, el héroe suele tener una idea genial en esos casos, como quitarle el arma al villano, por ejemplo, desconcertándolo con

comentarios agudos. Igual que James Bond al señalarle educadamente al amo del mundo en potencia que acababa de acostarse con su amiguita. Y que ella le había hablado de la impotencia del aspirante a amo del mundo. Pero, allí, la única que estaba desconcertada era yo.

El gordo con chaleco de Elton John agarró una tabla de madera. Quería tumbar de un trancazo a mi asesino en potencia.

« ¡Buena idea! », pensé, poco pacifista. Al menos, tenía a alguien de mi parte.

Por desgracia, unos cuantos hombres con medias muy elegantes avanzaron hacia el gordo. Estaba claro que eran partidarios del loco, pero no dijeron nada, se limitaron a amenazarlo lúgubrementemente con sus espadas. El gordo, resignado, dejó caer la tabla, que chocó estrepitosamente contra el suelo. Después me miró con tristeza, saltaba a la vista que no quería perderme. Al parecer, yo significaba mucho para él. Y si aquel hombre parecía homosexual y yo tenía los brazos peludos y llevaba medias bombadas, ¿podía ser que yo lo fuera...?

¡¡¡NO PIENSES EN ELLO!!!

El loco volvió a apuntarme. Apretaría el gatillo en cualquier momento. La mano no le temblaba en absoluto; de pronto parecía tener mucha sangre fría. Casi daba la impresión de que ya cargaba con muchas muertes en su conciencia, seguro que eso tenía algo que ver con algún trastorno en la relación con su madre.

Tenía que impedirselo, tenía que hacer algo para ganar tiempo, y dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Habéis probado con terapia?

El loco me miró extrañado y caí en la cuenta de que probablemente aún faltaba bastante para que se inventara el diván de psiquiatra.

Sin embargo, con esa pregunta había impedido que apretara el gatillo; tenía que continuar si quería aumentar mis probabilidades de sobrevivir.

—Me refería a si os habéis planteado alguna vez hablar con alguien sobre vuestra madre castradora.

—¡YO NO TENGO PROBLEMAS DE CASTRACIÓN CON MI MADRE!

—Ya, y por eso gritáis tanto —repliqué con mucha tranquilidad.

El loco se sintió atrapado en falta y bajó ligeramente la pistola. Ahora se trataba de seguir por ese camino:

—Seguro que vuestra madre era muy severa, puede que nunca os abrazara...

—¡Eso no es verdad! —objetó con vehemencia—. Me abrazaba a menudo. Siempre. ¡Incluso me dejaba dormir en su cama!

Los hombres del loco soltaron unas risitas a su espalda. Él empezó a sentirse avergonzado. Mostrándome lo más comprensiva posible, insistí:

—No tiene nada de malo que un niño duerma con su madre.

—¿De verdad? —preguntó inseguro, y bajó del todo la pistola.

Aquello parecía funcionar. Sólo le hacía falta un poco de consuelo.

—Es muy normal —susurré, y su semblante se suavizó—. Y también es muy saludable para el ánimo del crío.

—¿Sí?

—¡Segurísimo! —confirmé.

—¿Aunque el muchacho tenga ya diecisiete años?

Sus hombres se echaron a reír entonces a carcajadas.

Eso hirió visiblemente al loco. Los miró encolerizado y dejaron de reír de inmediato. Luego se dio la vuelta hacia mí, enfurecido. Y yo empecé a balbucear:

—Bueno... a los diecisiete... a algunos... digamos que quizá... les parecería... un poco extraño... Pero...

—¡Te estás burlando de mí! —gritó, y me apuntó con la pistola.

Pronto dispararía. Respiré hondo e intenté tranquilizarme: tal vez Próspero había mentido y a mí todo aquello no me afectaría en nada, quizá no acabaría en el asilo con una apoplejía, sino que despertaría en mi sano juicio en la caravana del circo. Y entonces le metería a Próspero el péndulo allí donde no pudiera volver a usarlo.

El dedo del loco apretó el gatillo muy lentamente, casi con placer. El muchacho vestido de mujer empezó a sollozar y gritó:

—Will... Will... Will.

A saber qué quería decir con eso.

Mi viaje al pasado —o mi descabellado sueño hipnótico— tocaría a su fin tan deprisa como había empezado, y probablemente sería un fin mortal. Se me encogió el corazón hasta convertirse en un grumo apocado.

Entonces oí que la puerta se abría a mi espalda. Me golpeó en todo el espinazo y caí al suelo. Detrás de mí oí unos pasos enérgicos y una voz de hombre:

—¿Qué ocurre aquí?

Abrí los ojos y vi que el loco no estaba demasiado entusiasmado con la interrupción.

—Walsingham, ¿qué hacéis vos aquí?

—He venido a buscar al dramaturgo —explicó un señor mayor con barba, que llevaba un sombrero alto negro y lucía una gran gorguera blanca en el cuello que seguramente identificaba su alto rango.

El viejo tenía el carisma de alguien que no estaba acostumbrado a que nadie le replicara. Probablemente tampoco sobrevivía nadie que le replicara. Y es que lo acompañaban unos soldados que llevaban cascos y corazas ligeras de metal, y daba la impresión de que harían cualquier cosa que aquel hombre les exigiera: luchar, morir, bailar la lambada...

—El dramaturgo debe morir —protestó el loco, a quien el tipo de la gorguera había llamado Drake.

Deduje rápidamente quién de los presentes debía de ser el dramaturgo. Y el

hecho de que utilizara el artículo masculino «el» para señalarme confirmó todos mis temores.

—La reina de Inglaterra quiere verlo —dijo el de la gorguera.

La reina de Inglaterra, y claro, primero pensé en la mujer bajita que había obstaculizado el camino al trono a Carlos con su recalcitrante longevidad. Pero, evidentemente, allí habría otra reina. Ni idea de cuál, pero, por lo visto, yo había ido a parar a Inglaterra y, a juzgar por las armaduras, a una época muy anterior.

Todo aquello era, por desgracia, demasiado concreto y consistente para ser una simple alucinación. Porque, pensándolo con lógica, una alucinación debería de componerse de imágenes y de informaciones que se hubieran acumulado en mi subconsciente. Pero yo nunca había estudiado historia de Inglaterra en el colegio, no había visto ninguna película ni ningún documental sobre el tema y ni por asomo me había interesado por ella. Sin embargo, entendía el inglés y lo hablaba todo el rato como si me hubiera criado con esa lengua. Cada vez era más verosímil: había ido a parar de verdad a una vida anterior.

Vaya, hombre, ¿por qué no podía haber aterrizado en un sitio más agradable? Por ejemplo, en Beverly Hills. En una mansión. Como novia de James Dean. Que de vez en cuando, mientras James estaba de rodaje, recibía la visita de un joven Marlon Brando.

Drake seguía apuntándome con el arma, no quería atender al otro hombre. Contuve la respiración.

—Drake, a la reina no le divertiría que lo matarais.

A mí tampoco, pensé, pero continué sin respirar del miedo que tenía.

Drake me miró, luego miró al tal Walsingham, de nuevo a mí y otra vez a Walsingham, que también lo escrutaba con una mirada sombría y, finalmente, bajó el arma de mala gana.

Volví a respirar.

—Bien hecho —comentó Walsingham.

—Lo mismo digo —se me escapó.

Los dos hombres me lanzaron una mirada severa. Probablemente no era buena idea hablar más de la cuenta en ese mundo anterior. Por lo tanto, cerré la boca. Drake se retiró a regañadientes con sus hombres, no sin antes susurrarme:

—Esto aún no ha acabado.

—Qué pena —dije suspirando.

¿Cuándo acabaría aquello? ¿Cuándo demonios volvería a despertar? ¿Qué había dicho Próspero? Puede darte la impresión de que vives toda una vida en el pasado. Ay, Dios santo, ¿duraría aquello muchos años?

Mientras yo luchaba desesperadamente contra la idea de tener que vivir mucho tiempo en esa pesadilla, el hombre gordo con el chaleco de colores chillones se sentó resollando en un banco, que se encorvó ligeramente bajo su peso. Se secó con un pañuelo el sudor que le cubría la frente. La situación parecía

haberlo agotado, lo más probable es que hubiera perdido tres kilos en los últimos minutos y ya sólo pesara 143. El muchacho, sin embargo, corrió hacia mí y me abrazó sollozando.

—Has sobrevivido, Will...

Entonces comprendí que ése era mi nombre: «Will».

Walsingham, el de la gorguera, se volvió hacia mí:

—Venid, enseñuida.

Asentí educadamente. Quería irme de allí. Y puesto que lo más probable era que una reina viviera en un palacio, allí todo debería de ser mucho más agradable que en ese... Sí, ¿dónde me encontraba realmente? Miré por primera vez con tranquilidad a mi alrededor: parecía un teatro. Seguramente allí se representaban las obras del escritor, que ahora era yo, y el muchacho que me empapaba con sus sollozos el hombro de la camisa era muy probablemente un actor.

Por primera vez sonreí un poco: no era de extrañar que de adolescente me hubiera gustado tanto pensar en musicales, ¡en otra vida había sido escritor!

Sin embargo, no debía de ser muy popular o el tal Drake no habría querido matarme. Walsingham hizo una señal a sus soldados para que arrancaran de mi lado al muchacho. Éste se deslizó hacia el escenario quejándose con vehemencia de la viril rudeza de los soldados, aunque por su mirada podía deducirse que, en sus adentros, la encontraba muy atractiva.

—¡Vámonos! —ordenó Walsingham, cuya autoridad era realmente impresionante.

Yo también habría bailado la lambada antes que ponerme a malas con aquel hombre. O el baile del limbo. Incluso «los pajaritos».

—La reina os necesita, a vos y vuestro arte, Shakespeare.

Pensé que no había oído bien.

¡¿¡Shakespeare!?!



¿Yo era Shakespeare? ¿El Shakespeare de verdad? Pero, sobre todo: ¿sería Shakespeare hasta que saliera de aquel embrollo?

Bueno, en cualquier caso, mejor eso que Kafka.

Intenté recapitular a toda prisa lo que sabía de Shakespeare. Tal vez habría algo que podría ayudarme. Nunca había prestado mucha atención en clase de inglés, aunque el profesor siempre nos decía que era importante para la vida conocer bien a Shakespeare. Pero no había comentado nada de una vida anterior. Y desgraciadamente también era un muermo, tenía una voz tan soporífera que podría haber sumido en un profundo sueño incluso a un predicador del odio. Para conseguir que el curso fuera al menos un poco atractivo, un día nos llevó al teatro municipal a ver una función de *Hamlet* en la que los actores se pasaban todo el rato brincando desnudos por el escenario. Apenas entendí una palabra del texto antiguo y lo único que aprendí aquella noche para la vida fue que los actores no tienen una bonita profesión.

Estudiamos *Hamlet* durante un semestre entero. O sea que tuvimos que analizar al tipo indeciso que hablaba con espíritus y calaveras durante semanas: no era una figura con la que se identificaran los adolescentes. Al menos, los que no estaban planeando una masacre. No trabajamos otras obras, y si tenía una ligera idea de *Romeo y Julieta* era porque había visto la película con Leonardo DiCaprio. A juzgar por ella, Shakespeare era un hombre romántico que creía en el verdadero y gran amor. Igual que yo.

—Venid presto —ordenó Walsingham, el Gorgueras, en tono áspero.

Aquel hombre me daba miedo. Me flanquearon dos de sus soldados y otro abrió el portalón. Salimos del teatro, los rayos cálidos del sol me dieron en la cara —en rigor no era mi cara, pero la sentía como mi cara— y vi que me encontraba en una callejuela llena de casas de madera viejas y torcidas. El aire olía tan fuerte a orina como sólo había notado en el centro de Düsseldorf cuando acababa el carnaval. Se veían muchísimas personas, la mayoría vestidas con harapos. Una mujer, calculé que rozaba los treinta, me sonrió:

—Una noche conmigo sólo te costara veinte chelines, cariño.

Como mucho tenía la mitad de los dientes, y los que le quedaban estaban llegando a su fecha de caducidad. Su boca parecía la pesadilla de cualquier

fabricante de cepillos dentales.

—¡Lárgate, ramera! —ordenó Walsingham, el Gorgueras.

—También puedo darte placer a ti, viejo —replicó la mujer—, salta a la vista que hace mucho que no has sacado a pasear la cola.

Walsingham contestó fríamente:

—Ya te buscaré si algún día siento la profunda necesidad de que me salgan forúnculos en los genitales.

Acto seguido, la puta se largó ofendida y maldiciendo a Walsingham, deseándole que «sus genitales» pasaran una buena temporada en un tornillo de banco. Walsingham, por su parte, le gritó que el tornillo de banco probablemente lo tenía ella entre las piernas. Por lo visto, en aquella época imperaba la grosería, allí no se percibía nada del romanticismo de *Romeo y Julieta*.

Los soldados de Walsingham me condujeron hasta un carruaje negro. Él se sentó frente a mí, el cochero se puso en marcha y yo contemplé por la ventana abierta las callejuelas llenas. El ruido que hacía la muchedumbre harapienta era ensordecedor. Su manera de expresarse era mucho más ordinaria que en nuestro tiempo. Y si no escuché mal, las enfermedades de transmisión sexual eran un tema de conversación muy popular. Allí, seguro que mi madre habría encontrado a alguien con quien hablar de sus hongos vaginales.

El carruaje llegó a una gran plaza donde cientos de personas se habían reunido delante de un escenario sobre el que se alzaba un gran tajo de madera. Walsingham dio la orden de detenerse al cochero. La gente vociferaba. Unos soldados subieron a rastras al escenario a un hombre encadenado y maltrecho. Los soldados empujaron al hombre sobre el tajo de madera, de modo que el cuello quedó encima y la cabeza sobresalía por delante. Estaba clarísimo: iban a decapitar al pobre hombre. La gente vociferó aún más entre risas. Había que decirlo: allí, la gente no tenía un buen sentido del humor.

—¡Larga vida a España! —gritó el prisionero.

—España vivirá más que tú —se burló el Gorgueras de Walsingham.

El verdugo levantó el hacha en el aire y el público contuvo la respiración. A mí me pareció un momento oportuno para examinar con interés el tapizado interior del carruaje.

Entonces oí un ruido sordo y, poco después, el júbilo de la masa.

—No habéis mirado, Shakespeare —censuró Walsingham cuando el carruaje volvió a ponerse en marcha.

—Pensé que sería de mala educación vomitar sobre vuestro elegante calzado —repliqué débilmente.

Durante los minutos siguientes estuve en silencio. Para mi corazón civilizado, aquello había sido demasiado. Para mi estómago, otro tanto de lo mismo. Eché de menos mi casa, mi sofá, a Holgi... ¡Jamás en la vida resistiría pasar allí unos años de tiempo percibido!

¿Qué más había dicho el mago chiflado? ¿Cuándo volvería a despertar? Cuando hubiera descubierto qué es el verdadero amor. Pero yo seguía pensando que mi amor por Jan era el verdadero amor, ¿o no?

A medida que avanzábamos por la ciudad, todo se iba volviendo más lujoso. Los carruajes se amontonaban en las calles, en muchas casas había picaportes dorados, apenas olía a orines y las mujeres llevaban vestidos con unos corpiños que parecían diseñados por sádicos extremadamente creativos. Casi todos los hombres paseaban con medias elegantes, o sea que las medias no indicaban una orientación homosexual, porque si todos los que llevaban medias eran homosexuales, Inglaterra se habría extinguido rápidamente. No obstante, la moda de los hombres constituía una prueba de que los diseñadores mencionados no eran heteros. Pero ¿en qué época lo han sido?

Un hombre vestido de negro, que tenía algo de monje, se irguió en lo alto de un muro de la ciudad y gritó:

—Son las doce en punto, y sereno en el Reino de Inglaterra.

El tipo debía de ser algo así como el servicio de información horaria local.

—¿Serenos?—ironizó Walsingham—. Una apreciación un tanto eufemística.

No quise preguntar por qué el clima no estaba tan sereno en el Reino de Inglaterra; al fin y al cabo, a mí me iba mucho peor que a la vieja Inglaterra.

—Que a Inglaterra le vaya bien o no depende de vos, Shakespeare.

Lo miré con sorpresa. ¿El destino del país dependía de un dramaturgo? ¿Por qué? Y si realmente era así y yo me encontraba en el cuerpo de Shakespeare, aquello no era una buena noticia para el país.

Ni para mí.

—Y si no cumplís vuestra misión también os irá mal a vos, tanto como al caballero que acabamos de ver.

¡Me lo imaginaba!

El carruaje torció por un camino de grava y subió hasta un palacio. No era el palacio de Buckingham que yo conocía por los documentales sobre la princesa Diana. Aquél era mucho menos ostentoso. Saltaba a la vista que allí vivía una reina que se preocupaba por cosas que no tenían que ver con la decoración. El carruaje se detuvo y nos recibió una guardia de soldados con unos preciosos uniformes azules y rojos. El de la gorguera les indicó con una señal que se apartaran a un lado, y los soldados se apresuraron a cumplir la orden; Walsingham era un hombre de cuyo camino te apartabas con sumo placer.

Entramos en las salas de techo alto del palacio. Por todas partes se alzaban imponentes columnas, en las paredes colgaban unos enormes tapices horrorosos y muchas pinturas en las que se veían batallas medievales en las que a nadie le habría gustado participar. Walsingham me acompañó hasta una gran puerta de roble ante la que hacían guardia dos soldados. Se detuvo y me dijo:

—Quiero que me escribáis un soneto de amor.

¿Un soneto? Eso era un tipo de poema, hasta ahí llegaba, pero ¿para qué lo quería? ¿Se había encaprichado de mí? ¿Eran todos homosexuales?

—No será para Inglaterra, ¿verdad? —inquirí.

—No —replicó, y de repente afloró en él algo parecido a un sentimiento—. Quiero entregárselo a una mujer muy especial.

¿Aquel hombre tenía sentimientos? ¿De quién podía haberse enamorado alguien como él? ¿De la bruja mala de Oz? Walsingham se dio cuenta de que lo estaba mirando con escepticismo y recuperó de inmediato la severidad, me agarró por el brazo y se dirigió a la puerta de roble. Los soldados la abrieron velozmente y entramos en una sala al fondo de la cual había una mujer sentada en un trono dorado. Debía de rondar los cincuenta, llevaba un imponente vestido blanco y dorado con corsé y lucía una diadema en la cabeza. Su pelo, recogido en un moño, era rojizo y su cara pálida parecía decir: tengo muy malas pulgas.

—Majestad —dijo Walsingham haciendo una reverencia.

Al darse cuenta de que yo no la hacía, me dio un codazo en las costillas y yo también me incliné de inmediato.

—Dejadnos solos, Walsingham —ordenó la reina.

A Walsingham, eso no le gustó, pero se dobló a los deseos de la reina y se fue.

—Me alegro de veros, Shakespeare —dijo la reina a modo de saludo, sin que yo tuviera la sensación de que pensara realmente lo que decía.

—Gracias —contesté esforzándome por ser cortés.

—¿Seréis tan amable de acompañarme a mis aposentos privados? —preguntó sin rodeos.

¡Oh, Dios mío! ¿Quería acostarse conmigo la reina?

*Lo primero que volví a oír fue la voz de la reina diciendo:*

—¡Hacedlo por Inglaterra!

*Lo siguiente que vi fue a la propia reina. ¿Por qué estaba ante ella? ¿Cómo había ido a parar allí? Hacía un momento, Drake se disponía a cortarme la cabeza con su espada. ¿No lo había conseguido? ¿Tal vez yo ya estaba muerto?*

—No temáis, mi querido Shakespeare, no pretendo seduciros —dijo la reina sonriéndose.

*Me vino a la cabeza, no sin cierta vanidad, la pregunta: ¿Por qué no? ¿No me encontraba lo bastante deseable?*

*Me dispuse a plantear la pregunta, pero mis labios no obedecieron y sólo oí salir de mi boca:*

—Qué alivio.

*Pero yo no quería decir eso.*

*Además, ¡tampoco era prudente decir algo así!*

—¿Os sentís aliviado porque no pretendo seduciros? —me preguntó la reina fríamente—. ¿No me encontráis deseable, joven?

—Bueno, ejem... nosotros dos... no sería apropiado... —dije para salir del apuro.

—Vaya, vaya. ¿No sería apropiado? ¿Y por qué no? —inquirió.

*¿Qué debía contestar? ¿Que yo realmente era una mujer en un cuerpo de hombre? Entonces me habría hecho encerrar en el manicomio y no costaba imaginar que, en aquella época, esas instituciones no serían precisamente acogedoras. Así pues, sin darle más vueltas comenté:*

—Soy demasiado joven para vos.

*¿Demasiado joven para la reina? Dios mío, ¿qué había dicho mi boca? ¡En presencia de la reina no estaba permitido mencionar su edad!*

*Quería dejar de soltar tonterías. Pero no podía parar, mi boca no parecía unida a mi conciencia. Tampoco podía darle órdenes a mi cuerpo: yo quería salir corriendo, pero él no me obedecía, y yo ni siquiera me lo notaba. Era como si un espíritu se hubiera apoderado de mí. Sí, eso debía de ser, ¡estaba poseído por un espíritu!*

La reina me miró sombría.

—Ejem... quiero decir... es culpa mía, naturalmente..., no vuestra... — balbuceé atemorizada.

—¿No es mía? —insistió.

—No, claro que no... Tampoco parecéis tan vieja.

—¿Tan viejaaaa?

*Por el amor de Dios, ¿aquel espíritu quería llevarme al cadalso?*

La reina me miró fríamente. La frente se me cubrió de sudor y continué hablando con nerviosismo:

—No sois vieja... Como mucho tenéis cincuenta y cinco años... o algo así...

—Tengo cincuenta y uno —replicó la reina glacialmente.

*Ya era una certeza, aquel espíritu quería matarme.*

—Ejem... sí, claro... lo sabía, parece que tengáis cincuenta y uno, ni un día más...

—Así pues, ¿no parezco más joven de lo que soy? —la reina siguió apretándome las clavijas.

El sudor me chorreaba por la frente.

—¿Tal vez sería mejor que me callara...? —propuse.

—Una sabia decisión —consideró la reina.

*—Una sabia decisión, espíritu —ratifiqué, pero nadie lo oyó, puesto que no podía hablar en voz alta, sólo podía pensar.*

*—Y ahora, seguidme —ordenó la reina.*

*Observé indefenso cómo mi cuerpo poseído seguía a la reina y cruzaba una puerta situada detrás del trono hasta un pasillo que conducía al ala privada del palacio.*

Dios mío, ¡la de cosas que podría hacer allí el espíritu para llevarme a la perdición!

—Vos y yo nunca, nunca, nunca más volveremos a hablar de la edad —ordenó la reina mientras recorríamos un pasillo revestido de madera sin el más mínimo *glamour*.

La parte privada del palacio era austera. En las paredes había antorchas colgadas, algunas estaban encendidas, puesto que no había suficientes ventanas por las que pudiera penetrar la luz del día. Descubrí un espejo y me paré delante, sumamente intrigada por saber qué aspecto tenía siendo Shakespeare. Vi a un hombre de cabellos oscuros, de veintitantos largos y con un rostro bastante atractivo, seguro que arrasaba entre el otro sexo. También tenía unos ojos muy tristes, de esos que solían despertar el instinto protector en las mujeres. Yo también tenía ojos tristes, al menos eso solía decirme Jan. Quizá era cosa de mi alma inmortal, que paseaba tristemente de vida en vida. ¿Había ido tal vez a parar al pasado para romper el círculo vicioso de mi tristeza?

—No tenemos tiempo para vanidades —apremió la reina y aligeró aún más el paso.

Caminaba a todo trapo a pesar del vestido con corsé, que debía de pesar más o menos como una camioneta.

—¿Conocéis la situación en Irlanda? —me preguntó mientras yo me esforzaba por seguir su marcha.

¿La situación en Irlanda? No la conocía ni siquiera en mi propia época.

—Hmmm —contesté, pues.

Murmurar sin definirme me pareció lo más prudente en esas circunstancias.

—Los irlandeses católicos se han rebelado y están a punto de alzarse con la victoria gracias a la ayuda de los españoles. Si los irlandeses ganan, los españoles se animarán a atacar a Inglaterra. Y nosotros no podremos vencer en esa guerra. ¿Sabéis qué significaría eso?

—Hmmm.

No tenía la más remota idea.

—Los españoles me ejecutarían.

—Hmmm.

—Por lo que parece, no lo lamentaríais mucho.

La reina puso de nuevo cara de no estar muy contenta.



—Oh... quiero decir... sí... sí... Eso me dolería muchísimo...

—Me alegra que mi bienestar signifique algo para vos —dijo la reina con un retintín sarcástico, y se detuvo ante una puerta—. Mi alcoba.

¿Qué quería de mí si no pretendía seducirme? La reina abrió la puerta y entramos en una gran pieza en la que había una enorme cama con dosel, del que colgaban unas cortinas ligeramente transparentes. A través de las cortinas se distinguía la silueta de un hombre que estaba tumbado en la cama y roncaba.

—Y aquí está el problema —dijo la reina.

¿Un hombre en la cama? Bueno, eso era un problema que compartían algunas mujeres.

—Es el conde de Essex —explicó la soberana— y en estos momentos debería estar dirigiendo nuestro ejército en la guerra contra los irlandeses.

Vi una jarra de vino tinto junto a la cama y até cabos.

—Pero ¿está demasiado borracho para encontrar el camino a Irlanda?

—De momento, no encuentra ni el camino a su cama. Y para que nadie de la corte lo vea en este estado, se encuentra en mi alcoba.

—¿Por qué bebe? —pregunté.

—Está enamorado y su amor no es correspondido.

—¿De vos? —quise sonsacar a la reina.

—No —replicó, y en su voz se escuchó cierto matiz de lamento. Por lo visto, sentía algo por él.

La reina Isabel pareció adivinar lo que yo estaba pensando y preguntó con severidad:

—¿No creeréis que yo siento algo por un hombre?

*Recé para que el espíritu no contestara. Por favor, por favor, espíritu, cierra tu boca... Quiero decir: ¡mi boca!*

—No... no... No lo creo —contesté con nerviosismo—. Vos sois la reina...

—Exacto.

—Y, como tal, los hombres no os importan...

—Exacto —ratifiqué.

—*Bien dicho, espíritu —solté aliviado.*

Todavía añadí:

—Seguro que aún sois virgen...

—¿Parezco una vieja solterona? —preguntó la reina ofendida.

*Oh, ¡Dios mío!*

—Ejem... no... no... No parecéis en absoluto una solterona... Seguro que

habéis tenido muchos hombres... —balbuceé.

—¡Arggggg!

—Así pues, ¿creéis que he perdido la inocencia sin estar casada? —preguntó la reina inquisitorialmente.

Dios mío, ¡allí podían usar en tu contra todo lo que decías!

Aquella conversación empezaba a ponerme de los nervios:

—Escuchadme, sinceramente, ¡me da lo mismo si os habéis acostado con algún hombre o no! Pensaba que hablábamos del conde de Réflex.

La reina se quedó sorprendida por mi arrebato, aunque intentó que no se le notara.

—Conde de Essex —me corrigió la reina fríamente.

—¿De quién está enamorado?

—De la condesa María de Warwickshire.

—¿Está casada?

—No, pero no quiere ver a ningún hombre en siete años.

Algunas mujeres lo comprenderían muy bien.

—¿Por qué precisamente siete años?

—Porque entonces terminará el luto. Su hermano ha muerto y eso le ha roto el corazón. María no volverá a la vida normal hasta entonces.

Vaya, por lo visto, la gente de esa época no sólo tenía debilidad por los insultos ordinarios, sino también cierta tendencia a la teatralidad.

—Vos, mi querido Shakespeare, ayudaréis a Essex con vuestro maravilloso instinto para el lenguaje. Escribidle poemas de amor. Escribidle canciones de amor... Haced lo que se os ocurra, lo único que importa es que lo ayudéis a conquistar el corazón de María.

—Para que luego, enamorado y correspondido, masacre a los irlandeses.

—Exacto. ¿Debo mencionaros qué os ocurrirá si fracasáis? —preguntó la reina.

Recordé al verdugo y repliqué:

—No, gracias, ya tengo el estómago revuelto.

La reina asintió, se acercó a la cama y corrió las cortinas de seda.

—Os presento al conde de Essex.

Al ver al hombre que roncaba, me quedé sin respiración. Me mareé. Y no porque exhalara tanto alcohol que podría haber anestesiado a un montón de reses en el matadero. No, me sentí mal por otro motivo: el conde era clavado a Jan.

El parecido con Jan era realmente chocante, sólo que el conde llevaba el pelo largo hasta los hombros, como un Beatle en la fase de experimentación con las drogas.

Pero lo más desconcertante, lo más sorprendente, lo más trastornante era que se parecía a Jan el día en que nos conocimos. En que nos enamoramos. En que nos besamos por primera vez. Y en que fue nuestra primera vez.

Después de que lo hubiera salvado, estando aún en la lancha de los socorristas, Jan me invitó a una fiesta informal en la playa esa misma noche. Lo único que tenía que hacer era ir a casa de sus padres en Kampen.

Mientras me arreglaba emocionadísima en la tienda de campaña de Holgi para ir a la fiesta, le pedí a mi amigo que me acompañara a la tierra de los ricos, a Kampen. Pero no quiso porque en el restaurante Mariachi había conocido a un simpático camarero de temporada, español, que, según Holgi, tenía unas castañuelas impresionantes.

Me puse un top, sandalias y mis mejores pantalones cortos, y me fui sola en coche a Kampen. La casa de los padres de Jan era grande y muy bonita. Con el dinero que había costado seguro que se podría haber saldado la deuda exterior de algún que otro país africano. Al llegar, me di cuenta de que los demás invitados no entendían lo mismo que yo por «informal». Mientras que yo me había plantado allí con mi mejor ropa de diario, las mujeres llevaban elegantes vestidos de diseño y los hombres camisetas caras de marca. Sólo una vez en la vida me había sentido tan fuera de lugar. El día en que me senté desnuda en el autobús de línea. Y, afortunadamente, sólo fue un sueño.

Por desgracia, la fiesta en la playa era real. De hecho, pensé en largarme enseguida, pero Jan me saludó:

—Aquí está mi salvadora.

Me llevó a la terraza, que daba directamente a la playa, y me agasajó con champán y gambas a la plancha. Cosas a las que podías acostumbrarte sin problema. Sus amigos me miraron un poco moscas cuando pedí ketchup, pero en general no me trataron con arrogancia, pues había librado a su amigo de morir ahogado. Olivia, que en aquella época ya parecía la mujer perfecta para Jan, me dio las gracias de todo corazón y dijo:

—Le has salvado la vida a un hombre muy especial.

En aquel instante no me tomaba por una competidora, ni le pasó por la cabeza que alguien como Jan pudiera interesarse por alguien como yo. En aquel momento, yo también lo consideraba improbable.

El *disc-jockey* inauguró el baile, puso la canción *Time of my life*, de la película *Dirty Dancing*, y me entraron ganas de bailar para reducir un poco la tensión. Pero, desgraciadamente, observé que todos bailaban en pareja. Jan y Olivia tenían muy buena estampa, podrían haber participado tranquilamente en un concurso. Me habría gustado mucho estar entre los brazos de Jan en lugar de Olivia, pero no dominaba el disco-fox. De adolescente, me había borrado del curso de baile a la segunda clase porque comprobé que, cuando se trataba de elegir chica, los chicos desarrollaban conmigo una tendencia a la huida parecida a la de los japoneses cuando Godzilla visitaba Tokio.

—¿Quieres bailar, salvadora? —me preguntó Jan cuando la canción acabó.

—Oh, a mí no me gusta *Dirty Dancing* —mentí.

No iba a meter la pata diciéndole que, además de no poder vestir tan bien como sus amigos, también era una nulidad bailando.

—¿Qué te gusta, entonces? —preguntó Jan.

Vi sus maravillosos ojos verdes, y le habría contestado: «*Dirty Kissing*».

Entonces vi que Olivia miraba hacia nosotros un poco molesta y sólo deseé una cosa: largarme de allí. A ser posible, con Jan.

—Me apetece dar un paseo —contesté.

Para mi sorpresa, Jan no se lo pensó dos veces.

—Fantástico. *Let's go* —dijo.

Y, en él, ese «*let's go*» no sonó ridículo como en la mayoría de los hombres, sino elegante y sofisticado. Fue increíble: ¡se marchó de su propia fiesta por mí! Caminamos junto al mar, y la luna pareció poner todo su empeño en demostrar lo cursi que podía llegar a ser. Las estrellas brillaban a centenares. Una visión de la que nunca disfrutabas si eras una niña de ciudad.

Jan y yo conversamos de maravilla y nos contamos incluso anécdotas bochornosas: él me explicó que, cuando estaba en el internado inglés, una vez tuvo que mear entre unos matorrales y justo entonces pasó por delante el director del internado, que tenía tan malas pulgas como Severus Snape. Yo le conté que, en una excursión con alumnos de primaria, estando de prácticas, tuve que mear entre unos matorrales y uno de los niños gritó: «*Mi móvil nuevo hace fotos*».

Jan se lo pasaba bien charlando conmigo. Según comentó, nunca había hablado con nadie de esas cosas. Y aún menos había podido reírse con alguien de anécdotas tan bochornosas. Cuanto más nos reíamos, menos importancia tenían las diferencias sociales. Cuando nos sentamos en la arena de la playa, vimos pasar un pequeño delfín nadando, una imagen romántica que, sin el desastre del cambio climático, probablemente nunca se habría dado en Sylt. Contemplamos

el animal, que saltaba contento sobre las olas, y nos miramos conmovidos. Me abrazó con ternura. Luego me besó. A partir de ese momento, no hubo vuelta atrás para mí: me había enamorado sin remedio. Y él también.

Ahora, delante de mí, en la cama de la reina, había un hombre que era casi clavado a Jan en aquel entonces. Acerqué mi mano temblorosa a su mejilla para cerciorarme de que no era un espejismo, lo toqué... y retrocedí al instante, estremecida. El hombre que tenía ante mí era real, de carne y hueso. Volví a acercarme a él, le acaricié la mejilla con ternura y me invadió el mismo hormigueo agradable de aquel día.

*¡¡¡Yo nunca le había acariciado la mejilla a un hombre!!!*

—¿Amáis a los hombres?—preguntó sorprendida la reina.

*Oh, Dios mío, ¿aquel espíritu pretendía arruinar también mi fama?*

—No... no... no amo a ningún hombre —aseguré, y retiré la mano de la mejilla del conde.

*Al menos el espíritu no amaba a los hombres. Una menudencia que cabía agradecer.*

—No amar a los hombres es una sabia postura —replicó melancólica la reina.

Seguro que había tenido malas experiencias.

Aún le quedaba una advertencia para mí:

—Querido Shakespeare, hay otra cosa que podría complicaros la vida.

—¿Y de qué se trata?

—En la corte hay espías de la Corona española que tienen mucho interés en matar a Essex. Su vida está siempre en peligro y, ahora, la vuestra también.

Ojalá no hubiera preguntado.

—¡Salvad Inglaterra! —me exhortó la reina, y salió del aposento.

Yo estaba demasiado trastornada para despedirme de ella. Simplemente, no podía apartar la vista de Jan..., quiero decir, del conde. Se despertó gruñendo, abrió los ojos y le costó enfocar la vista. Pasó un rato hasta que empezó a hablar:

—¿Dónde... dónde estoy?

—Estáis en la alcoba de la reina —contesté, intentando que no se me notara nada, ni que se parecía a mi ex ni que yo no pertenecía a esa alcoba ni a esa época, por no hablar de ese cuerpo.

—Yo... ¿he hecho algo con la vieja...?—preguntó.

—No, no habéis hecho nada.

—Bien —contestó, y pareció muy aliviado.

Me guardé de decirle que su alivio no entusiasmaría a la reina.

—¿Quién sois? —me preguntó.

A esas alturas, aquella pregunta no era tan fácil de responder. Después de cavilar un momento, opté por la respuesta simple:

—Soy... William Shakespeare.

—*¡No lo eres!* —grité desesperado.

—¿Por qué estáis aquí? —quiso saber el conde—. ¿Sois amante de la reina?

—No, no lo soy.

—Entonces, los dos hemos tenido suerte —replicó desprecizándose.

¡Incluso se desprecizaba igual que Jan!

—¿Qué hacéis aquí? —me preguntó.

—Debo ayudaros a conquistar a María.

—María —suspiró enamorado.

Sus ojos verdes miraron con añoranza a la lejanía. Y yo sentí un soplo de celos. Era totalmente absurdo. ¡Aquel hombre no era Jan!

—María es el amor de mi vida —dijo con melancolía.

—Por mi experiencia, el amor de la vida no dura toda la vida —contesté con tristeza.

—Entonces no sabéis qué es el verdadero amor —contestó despectivamente.

—Eso... puede ser —dije tragando saliva, puesto que, según Próspero, mi tarea consistía precisamente en descubrir eso en el pasado.

—No sé cómo podéis serme de ayuda con vuestra falta de conocimientos, Shakespeare.

—Sinceramente, yo tampoco —contesté en tono apagado, y me eché en la cama de la reina.

El colchón era durísimo, cómo no iba a tener tan mal humor la reina. Dormir en una cama como aquélla debía de ser el infierno.

—¿Sois poeta? —preguntó Essex de repente, después de un rato de silencio.

—*No, ¡yo soy el poeta!* —exclamé.

—Yo también le escribí un poema a María —explicó Essex.

Antes de que yo pudiera replicar nada, empezó a recitarlo:

—Oh, María, cuando no te veo, siento un gran vapuleo, oh, María, a tu lado iría con brío...

*El conde no era poeta.*

—Oh, María, si supieras cuánto te ansío...

*Haria mejor ultrajando a Irlanda y no nuestra hermosa lengua.*

—¿Qué os parece? —preguntó Essex inseguro, y se dio cuenta de que mi entusiasmo era limitado. Por eso, sin esperar respuesta, dijo—: Lo sé... lo sé... Yo no soy poeta. Pero en estos tiempos alocados hay que hacer la corte a las mujeres con poemas. No con hechos. Y yo tengo otros talentos: soy valiente, soy fuerte, soy buen amante...

—Los hombres que afirman ser buenos amantes no suelen ser buenos amantes —objeté.

—¿Y vos cómo lo sabéis? —me preguntó.

—Yo... ejem... lo sé en teoría —repliqué.

Essex se echó a mi lado en la cama, se quedó tumbado muy cerca de mí y esa proximidad me electrizó como aquella vez con Jan.

—¿Podrías hablarle a María en mi favor? —preguntó Essex—. Hablarle bien de mí. Un hombre con vuestro don de la palabra tal vez podría encargarse de que María rompiera sus votos. Tal vez incluso podríais conquistar su corazón para mí.

Me miró suplicante, parecía que su vida dependiera de conquistar a aquella mujer. Eso no me gustó nada. En ese momento sentí realmente celos.

—Veré qué puedo hacer por vos —contesté, evasiva.

La esperanza brilló en sus ojos. Me dio un abrazo y dijo:

—Sois un buen amigo, Shakespeare.

El abrazo me trastornó, casi me sentí como en nuestra primera noche a orillas del mar. ¡Apenas conseguía distinguir entre Jan y aquel hombre!

Trastocada, trastornada, casi espantada, me deshice del abrazo del conde. Sólo me faltaba eso, ¡estar en el pasado y encima enamorarme!

Salí de la alcoba a toda prisa. El conde corrió desconcertado tras de mí, asegurando de nuevo que yo era en verdad su única esperanza de conquistar a María. Me dio un medallón en cuyo interior encontraría una imagen de su adorada para que la identificara. Dejé plantado a Essex y corrí pasillo abajo; al pasar el siguiente recodo me apoyé en la pared e intenté pensar con claridad: deseé encarecidamente que aquel *alter ego* de Jan no tuviera nada que ver con mi tarea de descubrir qué era el verdadero amor.

Pero, por supuesto, comprendí que así sería.

De algún modo.

Y entonces constaté otro problema: ¡tenía que hacer pis!

La problemática de «estoy en otro cuerpo» cobró de repente una nueva dimensión. Urdí a toda prisa un plan para poder manejar esa situación algo delicada: me aguantaría mientras fuera posible. A lo mejor conseguía descubrir qué era el verdadero amor en los próximos quince minutos y volvería a despertar en el presente. Entonces, el problema del pis se habría solucionado por sí solo. Pero notaba bastante presión en la vejiga y, cosa interesante, esa sensación en un hombre era exactamente igual que en una mujer.

Anduve arriba y abajo dando pasitos, inquieta. Cuando me asomé al patio por una ventana y vi una fuente que murmuraba contenta, lo tuve claro: no aguantaría quince minutos. Si no quería hacérmelo encima, tenía que encontrar un lavabo. Ya pensaría en cómo haría pis siendo un hombre cuando llegara el momento.

Así pues, le pregunté a una cortesana emperifollada con un vestido ancho de volantes y exageradamente maquillada que venía hacia mí:

—Perdón, ¿dónde hay un baño por aquí?

—¿Baño? —preguntó extrañada.

—Váter —aclaré.

—¿Váter? —preguntó.

—¡RETREEETEEE!

—Todas las alcobas tienen uno —replicó la mujer mosqueada, y reemprendió la marcha.

Yo esperaba que hubiera aseos públicos. Pero tanto daba, no había otra elección. Abrí la puerta de la habitación más próxima y, afortunadamente, estaba vacía. De hecho, dentro sólo había un escritorio noble con una silla aún más noble delante; parecía tratarse de una especie de despacho. A primera vista no se divisaba ningún aseo. Pero había una puerta de madera forrada de piel. Al otro lado, supuse, podría estar el baño.

Me acerqué, abrí la puerta con ímpetu, y sí, allí había un váter medieval: una gran caja de madera noble, con un agujero rodeado de cojines donde podías sentarte. O sea que podría haber meado allí tranquilamente.

Lástima que la reina ya estuviera sentada en él.

En plena faena real.



Me vio.

Y no le hizo ninguna gracia.

*En verdad, habría preferido renunciar a esa visión.*

La reina me miraba con extrema frialdad, la temperatura ambiente descendió perceptiblemente varios grados.

—Ejem... ¿así que está ocupado? —comenté, intentando romper el hielo.

Los ojos de la reina se fruncieron hasta convertirse en una ranura, y yo empecé a temblar.

—No es lo que creéis... —intenté tranquilizarla.

—¿O sea que no estoy sentada delante de vos en el retrete? —preguntó la reina gélidamente.

—De acuerdo, sí es lo que creéis —reconocí por fuerza.

—Alegraos de que aún os necesite para salvar Inglaterra —explicó con voz de hacha de verdugo—. Y ahora desapareced tan deprisa como podáis.

—¡Ya me voy! —contesté, cerré de un portazo y salí corriendo tan deprisa como pude para volver al pasillo.

*Lo supe a ciencia cierta: la visión de la reina en el retrete me perseguiría hasta el final de mis días.*

Cuando me detuve, me di cuenta de que, del susto, ¡aún tenía más urgencia! A través de una ventana, mi mirada fue a parar a los jardines del palacio y se me ocurrió que las mujeres siempre envidiábamos a los hombres porque podían mear sin problemas entre los arbustos. Así pues, decidí ir al jardín a hacer precisamente eso. Al llegar al exterior, lo primero que vi fue de nuevo la fuente, que con su murmullo hizo que mi problema se acuciara aún más. Corrí hacia el matorral más cercano y rumié cómo debía manejar la situación: decidí bajarme las medias, no tocar nada por abajo ni tampoco mirar. Para que todo se desarrollara sin manos y sin que me alcanzara el chorro, me incliné ligeramente hacia delante.

*El espíritu se complicaba la vida para hacer aguas menores.*

Me alivié y de repente oí ladridos a lo lejos.

*¡Los perros guardianes de la reina!*

Parecían perros.

*Si el espíritu no se subía velozmente las calzas y echaba a correr, los perros me morderían en mis partes ¡y en el futuro yo también podría interpretar papeles de*

*mujer en nuestro teatro!*

Parecía que los perros se acercaban. Me subí las medias.

—*¡Corre! —le grité al espíritu, pero no me oyó.*

Ya podía ver a los perros, eran dos dóbermans que recordaban a Zeus y a Apolo, de la serie *Magnum*, aunque se los veía aún menos mimosos. De repente oí gritar a una voz en algún sitio:

—*¡Correeeeeeeeeeee!*

Pensé que, gritara quien gritara, era una buena idea y salí a la carrera entre los matorrales, por los caminos de grava bien trazados...

*Estaba pasmado, el espíritu echaba a correr. ¿Me habría oído?*

Corrí y corrí, los perros me perseguían y acortaban la distancia. Deprisa.

—*¡Más deprisa! —grité.*

Eso también era una buena idea. Corrí aún más deprisa.

*¡El espíritu podía entenderme! Mis gritos lo habían empujado a escucharme.*

Por muy deprisa que corriera y por mucho que mi cuerpo de Shakespeare fuera notablemente más atlético que mi cuerpo de Rosa (lo cual tampoco era especialmente difícil), no podía escapar de semejantes perros. Aquellas bestias estaban ya a pocos metros de mí. Vi que enseñaban los dientes y pude distinguir en sus ojos una especie de ilusión por el sabroso bocado. El miedo me impedía percibir las cosas claramente, entonces oí exclamar a la voz:

—*¡Trepá al muro!*

Los canes casi me habían dado alcance y pronto me convertiría en comida para perros. Pero, afortunadamente, en ocasiones así la adrenalina invade el cuerpo humano. Justo cuando el mal aliento de los perros penetraba en mi nariz (¿con qué los alimentaban, con *tzatziki*?), hice acopio de mis últimas fuerzas, pegué un brinco y seguí corriendo hacia el muro. Los perros ladraban como locos y daban dentelladas al aire. Uno de ellos, un poco más grande, le dio un mordisco a la manga de mi camisa abullonada, pero sólo agarró la tela, no mi brazo.

*Los perros pronto despedazarían mi cuerpo. ¿Qué había hecho yo para merecerlo? De acuerdo, sabía perfectamente qué había hecho para merecerlo. Cargaba con una gran culpa. Entonces me vino a la cabeza una idea tan obvia como espeluznante: ¿era aquel espíritu un espíritu vengador?*

Alcancé el muro jadeando y trepé deprisa a lo alto, un logro que mi cuerpo

de Rosa no habría conseguido ni siquiera con todas las drogas que produce el propio cuerpo. Di una voltereta en lo alto y me tiré al otro lado. Caí a plomo sobre un césped blando y oí a los perros aullar, frustrados porque les habían quitado su comida. Respiré con dificultad y me sequé el sudor de la frente.

—¿Puedes oírme, espíritu? —pregunté, intentando disimular el miedo de que se tratara de un terrible espíritu vengador.

Miré asustada a mi alrededor, pero no se veía a nadie.

—Estoy aquí dentro, espíritu.

La voz procedía realmente de mi interior. Y le pregunté:

—¿Quién eres?

—¿Quién voy a ser... Soy William Shakespeare.

Así pues, no sólo estaba en el cuerpo de Shakespeare, sino que también me encontraba con Shakespeare en el cuerpo de Shakespeare. La cosa se ponía cada vez mejor. El único pequeño consuelo era que no estaba con Kafka en el cuerpo de Kafka.

—*¡Deja libre mi cuerpo, espíritu!*

¿Shakespeare me tenía por un espíritu? Bueno, seguramente eso tenía lógica para él; en su época, la gente era supersticiosa y él no se había apuntado como yo a un seminario involuntario de regresión con Próspero. Con todo, sorprendía que aquello no fuera un simple viaje hipnótico, en el que se estimulaban y despertaban algunas áreas desaprovechadas del cerebro con ayuda de las cuales podías recordar una vida anterior. Aquella regresión funcionaba de otra manera, como un auténtico viaje en el tiempo. Así que a eso se refería Próspero al decir que los monjes shinyen habían descubierto cómo se puede enviar la conciencia de viaje al pasado. Si algún día daba con esos monjes, les daría una patada de aúpa en sus cuencos tibetanos.

—*¿Me has oído, espíritu?*

—Sí, habláis en voz bien alta —contesté en pensamientos. Pasé del «tú» al «vos» más respetuoso; después de todo, estaba hablando con Shakespeare.

—*¿Espíritu? Te he hecho una pregunta.*

No me había oído. Eso significaba que yo podía oírlo en pensamientos, pero cuando yo hacía lo mismo, Shakespeare no me entendía. Por lo visto, sólo funcionaría si lo decía en voz alta:

—Sí, puedo oíros.

—*¿Eres... eres un espíritu vengador?*

—No... no lo soy.

—*¿Lo juras?*

Quería quitarle un poco el miedo a Shakespeare, y por eso dije:

—Lo juro por lo más sagrado.

—*Gracias a Dios...*

—Me llamo Rosa —me presenté.

—*¿Eres una mujer?*

—No, ¡un caniche! —dije irritada—. Pues claro que soy una mujer.

—Eres respondona, luego eres realmente una mujer. Eso explica también tu manera poco ortodoxa de hacer aguas menores.

—Creo que en las próximas horas beberé muy poco para evitar esas situaciones —contesté.

—¿Qué significa eso...? Tú... tú... ¿no vas a salir de mi cuerpo?

—Lo siento, pero no puedo —le confesé.

—¿No puedes?! ¿Qué significa eso?

—Creedme, si pudiera, lo haría de inmediato. Pero el hombre que me ha enviado...

—¿Qué clase de hombre? —la interrumpí.

—Bueno... ejem... era una especie de mago...

—¿Entonces tenemos que ir de inmediato a ver a ese mago!

—Vive... vive demasiado lejos para ir a visitarlo —aclaré compasiva.

Lo de que la distancia no era tanto espacial como temporal, me lo guardé. Antes de que Shakespeare pudiera replicar, se acercó un soldado joven y grandullón.

—Eh, ¿qué haces tú aquí? —me preguntó de malos modos.

Levanté la cabeza para mirarlo y contesté ciñéndome a la verdad:

—La respuesta es bastante compleja.

—¿No serás un espía español que planea un atentado? —inquirió el soldado, y puso la mano en la espada, listo para desenvainar.

Aquella gente estaba empezando a hincharme las narices con su agresividad latente, y por eso contesté con un ligero deje de irritación:

—¿Qué espía español que preparara un atentado contestaría a esa pregunta diciendo: « Sí, soy un espía español que prepara un atentado » ?

El soldado me miró muy ofendido y desenvainó la espada.

—Espiritu, tienes tendencia a meterme en líos.

—Haced el favor de cerrar la boca —grazné.

El soldado, que no podía oír a Shakespeare, contestó desconcertado:

—Pero... si no he dicho nada.

—Yo tampoco hablaba contigo —le expliqué.

El soldado miró a su alrededor y afirmó confundido:

—Pues aquí no hay nadie más.

Sin duda, le dio la sensación de que le estaba tomando el pelo y me puso la espada en el gazonate. En ese instante, noté que yo tenía nuez.

—Yo, ejem... Hablaba conmigo mismo —balbuceé.

—¿Contigo mismo? —El soldado estaba sorprendido.

—Me reprendía por haber sido tan insolente contigo —mentí—, y por no haber tratado con el merecido respeto a un hombre como tú, que lucha con tanta valentía y honor por su reina.

El soldado se sintió muy halagado, y Shakespeare me elogió por ello:

—*Eso no ha sido del todo necio, espíritu.*

—Gracias —contesté. Y el soldado afirmó de nuevo confundido:

—Si ahora tampoco he dicho nada...

—Pero he visto comprensión en tus ojos.

El soldado movió la cabeza asintiendo, gritó « ¡Larga vida a la reina! » y se fue. Respiré hondo. Eso sí, sólo un momento, y a que Shakespeare preguntó:

—*¿Y qué haremos ahora? —inquirí impaciente.*

Me devané los sesos pensando en ello: tenía que salir de algún modo de aquel embrollo. Sólo lo conseguiría si descubría en qué consistía el verdadero amor. Y la única pista que tenía hasta entonces era que el conde se parecía a Jan.

—*¿Tienes por fin una respuesta a mi pregunta, espíritu?*

—Dejad de llamarme « espíritu ». ¡Me llamo Rosa! —contesté crispada.

Una voz cortante preguntó sorprendida a mi espalda:

—*¿Os llamáis Rosa?*

Me volví y vi al Gorgueras de Walsingham. No me había dado cuenta de que se había acercado; aquel hombre era como una sombra silenciosa. No supe qué contestar y balbuceé:

—Ejem... yo... yo...

—... *Estoy ensayando una nueva obra —le apunté al espíritu.*

*No estaría bien que Walsingham pensara que yo estaba loco. Comparadas con las casas de locos de Londres, las mazmorras de la Torre eran un pedacito de paraíso.*

—Estoy ensayando una nueva obra —contesté a Walsingham, tal como Shakespeare me había dictado.

—Ajá —replicó Walsingham. Pareció que se lo tragaba, y luego preguntó—: ¿Y por qué estás aquí fuera?

—Bueno, ejem... tenía que hacer pis —contesté ciñéndome a la verdad.

Walsingham me miró indignado, y si alguien podía mirar indignado, ése era él. Señaló con la mano un carruaje que estaba cerca y le hizo señas al cochero para que se aproximara.

—El carruaje os llevará ahora de vuelta y os recogerá mañana para ir a la finca de la condesa María. Os aconsejo que tengáis éxito haciendo de alcahuete. La Torre ya está abarrotada de enemigos de Inglaterra y no me gustaría que los verdugos tuvieran que trabajar aún más por vuestra causa.

—Yo... también estoy a favor de la jornada laboral regulada —contesté tragando saliva.

—*¿Jornada laboral regulada? —preguntó Walsingham enarcando una ceja ligeramente perplejo.*

Puesto que no parecía una persona muy abierta a las ideas sindicalistas, contesté:

—Olvidadlo. —Y subí rápidamente al carruaje.

Poco antes de que cerrara la puerta, Walsingham todavía me susurró al oído:

—Y acordaos del soneto que debéis escribirme. Os lo advierto. Si es malo, también haré que os encierren en la Torre.

El carruaje se puso en marcha, miré por la ventana a aquel hombre enigmático y suspiré.

—Ese tipo no tiene una manera muy agradable de motivarte.

—*¿No conoces a Walsingham, Rosa?*

—No soy de aquí —contesté—, y me gustaría añadir de todo corazón: ¡gracias a Dios!

—*Walsingham es el hombre más poderoso del reino, los servicios secretos están a sus órdenes. Es el más estrecho consejero de la reina y durante casi una década también fue su amante secreto. Luego ocurrió algo entre ellos. Nadie sabe qué fue. Probablemente la menopausia.*

—O Essex —repliqué.

—*¿Essex?*

—La reina siente algo por él, eso salta a la vista.

—*La reina es incapaz de albergar verdaderos sentimientos.*

—*¿Porque es una reina?*

—*Porque es una mujer poderosa.*

—Vaya, no me gustaría veros en un debate con Alice Schwarzer —comenté.

—*¿Quién es Alice Schwarzer? ¿Una dama atractiva?*

—Una feminista que se os comería en el desayuno.

—*Yo nunca me quedo a desayunar con una mujer.*

—Con vuestra actitud no es de extrañar que las mujeres no os inviten.

—*A las mujeres les gustan los cumplidos. Y yo tengo talento para los cumplidos.*

Aquel hombre tenía una curiosa imagen de las mujeres y, como diría mi alumno con problemas de pronunciación, era un hilipoias redomado. Si ésa era realmente mi alma en una vida anterior, no la soportaba.

—*Los cumplidos son los atrapamoscas de las mujeres.*

—Y pensar que en mi época creen que erais un romántico —dije sacudiendo la cabeza.

—*¿En tu época? ¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertado.*

¿Debía explicarle a Shakespeare de dónde venía? Eso seguramente dinamitaría su imaginación. Así es que decidí mentirle un poco:

—Me refería a mi tierra.

—*¿No eres de Londres?*

—No, nací en Wuppertal... —empecé a decir, y Shakespeare me interrumpió antes de que pudiera explicarle que ahora vivía en Düsseldorf.

—*Wuppertal, nunca he oído hablar de ese lugar.*

—Tampoco os habéis perdido nada.

—*Y en... Wuppertal... ¿han oído hablar de mí? —Me sentía muy halagado.*

Estaba claro que el poeta necesitaba que le mimaran el ego. Pero ¿quién no lo necesitaba? A mi propia inseguridad siempre le había ido bien que Jan dijera que me encontraba guapa. Por eso aún dolía más que ahora se lo dijera a Olivia.

—*¿Qué dice de mí la gente de Wuppertal? —pregunté, ansioso por saber el eco de mi fama en el mundo.*

Pensé un momento qué debía contestar y llegué a la conclusión de que Shakespeare estaría más a buenas conmigo si lo halagaba. Por eso contesté:

—Admiran vuestras obras.

—*¿Alguna en especial?*

—*Hamlet...* —mencioné la única que había estudiado en el colegio.

—*Hamlet, pero si aún no la he terminado —repliqué con perplejidad.*

—Bueno... ejem... La fama precede a la obra incluso antes de estar terminada —me apresuré a decir.

—*Con razón, será una comedia magnífica.*

—Ejem... ¿Comedia? —pregunté sorprendidísima.

—*Trata de un danés que no consigue decidirse —expliqué—. Por ejemplo, si Hamlet va a una taberna, se pregunta: «Tomo vino o no tomo vino». Y si quiere comer algo, reflexiona: «Como cerdo o no como cerdo»...*

Por lo visto, Shakespeare aún estaba muy lejos de la versión definitiva de la



obra. Aún era un hombre relativamente joven. Me pregunté qué lo habría movido en el transcurso de los años a convertir una comedia en una tragedia.

—... *Y si Hamlet yace desnudo en la cama con una mujer, se pregunta: «¿entro o no entro»...*

—Os agradecería que no prosiguierais —le pedí entonces.

—*Como quieras, espíritu... Ya me callo* —contesté un poco dolido de que no quisiera saber nada más de mi nueva obra.

—Bien...

—*Puedo estar callado como una tumba...*

—Es bueno saberlo...

—*Para ser exactos, comparada conmigo, una tumba es una auténtica cotorra...*

—Perfecto...

—*Yyo...*

—¿Shakespeare?

—¿Sí?

—¡¡¡Cerrad el pico de una vez!!!

*El espíritu era más maleducado que una prostituta infectada de hongos.*

Mientras Shakespeare por fin se callaba y el carruaje cruzaba las zonas pudientes de la ciudad, jugueteé con el medallón donde se encontraba el retrato de la condesa María. Entonces me asaltó un terrible pensamiento: ¿Y si aquella mujer se parecía a Olivia igual que Essex se parecía a Jan?

La idea me puso muy nerviosa y se me humedecieron las manos.

*Ahora, encima, el espíritu se ponía a transpirar. ¡Con mi cuerpo!*

Decidí contar mentalmente hasta tres y luego abrir el medallón. Y mientras contaba, no dejaba de pensar:

« Uno: Ojalá la condesa no se parezca a Olivia» .

« Dos: No soportaría que Jan y ella también acabaran siendo pareja aquí» .

« Tres: Porque eso probablemente significaría que sus almas se habían amado a lo largo de los siglos» .

« Cuatro: En cuyo caso Olivia, y no yo, sería para Jan el gran amor de su vida» .

« Cinco: Ya había contado hasta tres» .

« Seis: Volveré a contar hasta tres» .

« Uno: Estoy demasiado jñada para abrir el maldito medallón» .

« Dos: Pero también tengo demasiada curiosidad para dejarlo correr» .

« Tres: ¿Qué hago?» .

« Cuatro: Debería practicar otra vez lo de contar hasta tres» .

« Cinco: O sea, volver a empezar desde el principio» .

« Uno: Ah, ¡qué caray!» .

Abrí el maldito medallón.

La mujer del retrato no se parecía a Olivia.

No, ¡era una versión todavía más guapa y encantadora de Olivia!

Por lo visto, no sólo yo había vivido en esa época, sino también Jan y Olivia. ¿Sería que sus almas habían vagado de vida en vida, siempre en circunstancias distintas? A lo mejor sus almas ya se habían enamorado en la época de los romanos o en el antiguo Egipto, o habían recorrido ya nuestro planeta en la Edad de Piedra. Tal vez Jan fue un hombre prehistórico llamado Urggh, y Olivia una mujer prehistórica llamada Uftata, y un día Urggh le sacudió un mazazo en la cabeza a Uftata, la arrastró hasta su cueva y allí se lo montó con ella.

¿Tenía que aprender algo de todo eso? ¿Que existe el verdadero amor entre dos almas predestinadas? ¿Que había que dejar que ese verdadero amor siguiera su curso en vez de interferirlo como yo había hecho? Yo me había cuidado de que Jan estuviera unos años conmigo, hasta que, como él había dicho, había encontrado « el amor más profundo, maduro » con Olivia. Lo habría encontrado mucho antes si yo no me hubiera entrometido. ¿Había sido yo una mera interferencia en el ciclo eterno del amor?

Sí, creo que era eso: el verdadero amor entre dos almas existe. Recorre milenios. Y está predestinado. Y yo tenía que hacerle el favor de no cruzarme en su camino. Había aprendido la lección en el pasado. Una lección terriblemente dolorosa.

Entonces pensé que en cualquier momento despertaría de nuevo en la caravana del circo.

Pero no lo hice.

Esperé. Y esperé. Y esperé. Pero seguía sin despertar. Me incorporé, me asomé por la ventana abierta del carruaje en marcha, miré hacia el cielo y grité desesperada:

—¡Lo he pillado! ¡Misión cumplida!

Y me acordé de que George Bush había anunciado lo mismo en la guerra de Irak « ¡Misión cumplida! » .

*El espíritu no sólo era maleducado, también desvariaba como un perro castrado intentando fornicar con una castaña.*

No tenía ni idea de a quién le gritaba. ¿A Dios? Bueno, seguro que toda esa idea de las almas había sido suya. Y fijo que también había inventado lo del amor. ¿Quién más podía haber sido? ¿O eran las almas simplemente algo que se originó sin la intervención de un poder superior? ¿A través de la evolución? ¿Un simple elemento de la naturaleza? Entonces, la cuestión de qué almas estaban predestinadas para qué almas y cuáles no tampoco tenía nada que ver con un ser divino, sino con la biología. Una biología que los humanos simplemente todavía no conocíamos, por no hablar de comprenderla. Y si la evolución había

producido las almas, entonces no tenía que gritarle a un dios en el cielo. Al parecer, lo que mi alma tenía que aprender era otra cosa. Pero ¿qué podía ser? ¿Qué tenía que saber yo del verdadero amor de las narices?

*Tenia que librarme imperiosamente de aquel espíritu. No quería ni pensar que mis hijos se encontraran con él. Quedarían trastocados de por vida. Más de lo que ya estaban a causa de su madre.*

*Pero ¿cómo escaparía del espíritu? Mientras reflexionaba sobre esa cuestión, me noté muy cansado. Estar poseído por un espíritu, hablar con él, estar a su merced, me exigía una fuerza casi hercúlea. Cada vez me costaba más pensar; aun así, poco antes de perder el sentido, se me ocurrió una solución al dilema: la única persona que podía sacarme de aquella pesadilla era el gran alquimista John Dee, un hombre que conocía los secretos de la magia negra mejor que mi amigo Kempe a las prostitutas de Londres. Ese alquimista ya había obrado maravillas: había hecho fértiles a los infértiles e infértiles a los fértiles, y se decía que incluso había inventado una pildora que estimulaba a los hombres viejos en el trato carnal. Sólo con ese invento habría podido acumular más oro del que había en el Tesoro de Inglaterra. Sin embargo, por alguna razón oscura, eso no le interesaba. Según decían, lo único que le interesaba eran las lejanas tierras asiáticas: sus religiones, usos y costumbres. Habría podido comprenderlo si le interesaran las mujeres asiáticas. Pero sus gustos no importaban, él podría ayudarme. Sólo había un problema: ¿cómo conseguiría llevar al espíritu hasta el alquimista? Y, mientras cavilaba sobre la cuestión con mis últimas fuerzas, perdí definitivamente la consciencia.*

Contemplé desde el carruaje la agitada vida de Londres. Los comerciantes, los paseantes, los niños que correteaban por las calles con camisas hechas jirones, todos eran mucho más ruidosos que la gente de nuestro tiempo. Renegaban más alto, hablaban más alto, reían más alto... Simplemente, eran mucho más animados. Si aquellos londinenses no hubieran tenido tan mal la dentadura, casi habrías podido envidiarlos por su vitalidad.

Con todo, seguro que ellos tenían una existencia más complicada y más problemas que nosotros en nuestro tiempo. Sí, claro, nosotros también lo teníamos complicado con el miedo a perder el trabajo, la globalización o el cambio climático, pero, si lo comparábamos con la vida de la gente que había vivido en los milenios anteriores (ya fuera la mujer prehistórica Uftata, los esclavos romanos o las amantes de Gengis Khan), lo teníamos bastante bien.

Por otro lado, ¿de qué servía la comparación? Como solía decir mi padre: « Por desgracia, mi ciática no mejora porque la gente pase hambre en África» .

Aquellas gentes no se lamentaban de nada, a pesar de tantas fatigas: en vez de eso, renegaban, vociferaban y gritaban. Y mientras las miraba, no pude evitar pensar que, en mi época, llevaban siglos muertas. Hacía mucho que eran polvo en la tierra, incluso sus ataúdes eran polvo en la tierra, y probablemente también lo eran sus lápidas. Aunque vivieran ochenta años, su existencia sólo sería un abrir y cerrar de ojos en el curso de la historia del mundo. Lo mismo valía para la gente de nuestra época en el tercer milenio. Todo lo que tanto nos alteraba acabaría siendo completamente insignificante en el transcurso del tiempo: las crisis económicas, las catástrofes climáticas, las tarifas de los móviles...

Todos éramos de lo más efímero.

El único consuelo era que, por lo visto, el alma renacía aunque no nos diéramos cuenta. Al parecer, el alma vivía su propia vida inmortal, mientras todo lo demás moría: tanto los distintos cuerpos que albergaban sucesivamente el alma, como el espíritu que constituía nuestro « yo » , nuestra personalidad, nuestra individualidad. El « yo » consciente de mí, Rosa, moriría. Lo único que siempre quedaría era el alma, una sustancia eterna sin conciencia.

Me pregunté si aquella gente haría las cosas de otra manera si supiera lo que yo sabía ahora: que su « yo » era efímero. La mujer gorda con una falda raída, ¿se enfadaría tanto porque las manzanas que pretendían venderle estaban carcomidas por los gusanos? El viejo de las calzas demasiado ceñidas, ¿seguiría permitiendo que su mujer se burlara de él diciendo que era « hombre con unos cataplines que parecían ciruelas pasas » ? La condesa María, ¿lloraría la muerte de su hermano durante siete años si supiera que no habría muchos más períodos de siete años en su vida? El chaval de unos once años que se ofrecía en la calle a los viandantes para echar las ratas de sus casas a cambio de dinero, ¿no iría a la escuela si fuera más consciente de que sólo podía desarrollar esa vida?

Y yo, ¿me habría hecho maestra?

Más bien no.

En aquel instante comprendí cuánto tiempo precioso había malgastado ya. Por ejemplo, con mi primera experiencia sexual. Y con la segunda. Y con muchas otras. Y con mis primeras relaciones. En total, eso sumaba aproximadamente una tercera parte de mi vida, que había malgastado y nunca recuperaría.

Además, aún había un montón de cosas que no había apreciado en mi vida y de las que, visto en retrospectiva, debería haber disfrutado más: el tiempo que mis padres querían pasar conmigo. Tampoco había sabido valorar nunca debidamente el tiempo que pasaba con Holgi (siempre pensaba que necesitaba amigas de verdad, como las chicas de *Sexo en Nueva York*, pero Holgi siempre estaba a mi lado: cada vez que me emborrachaba, él me llevaba a la cama y así

impedía que pasara noches enteras durmiendo con la cabeza metida en la taza del váter) y, naturalmente, también contaba el tiempo que había pasado con Jan y que yo, tonta de mí, no había disfrutado lo suficiente porque estaba preocupada por el miedo a que me dejara por otra, más inteligente y hermosa. ¿Tal vez era eso lo que tenía que aprender? ¿Que debía disfrutar más de la vida? ¿Que el verdadero amor se centra en la vida?

Si era así, aún me quedaba un largo camino por delante.

El carruaje llegó al empobrecido barrio donde se encontraba el teatro en cuyo escenario y había aterrizado en el pasado por la mañana. El cochero me dejó delante del Rose y me recordó que pasaría a buscarme al día siguiente para ir a ver a la condesa María. No me apetecía nada encontrarme con una reencarnación (o mejor dicho, una predecesora) de Olivia, pero aún tenía menos ganas de que me encerraran en la Torre. Así pues, le dije al cochero:

—Hasta mañana.

Cuando se fue, pregunté:

—¿Qué hacemos ahora, Shakespeare?

No recibí respuesta.

—¿Shakespeare? ¿Me habéis oído?

No dio señales de vida. O aún se sentía ofendido o había abandonado el cuerpo. Eso habría sido al menos una suerte en la desgracia. A falta de alternativas, me dirigí al teatro. En ese momento, cientos de personas acudían en masa al edificio para ver la función. La mayoría llevaban ropas harapientas. Al parecer, en esa época el teatro no era para ciudadanos cultivados, sino que más bien era comparable al cine en nuestra época, aunque, afortunadamente, sin palomitas ni nachos con salsas que causaban los mismos estragos en las paredes del estómago que los ácidos de Alien en el suelo de la nave espacial *Nostromo*.

Sentí curiosidad y decidí seguir a la gente, sobre todo porque, según deduje a partir de un cartel, se representaba la mejor comedia que la humanidad jamás había visto: *Trabajos de amor perdidos*. En lo que respecta a textos publicitarios, el teatro de entonces y el cine actual también eran comparables. Sólo cabía sorprenderse de lo poco que había evolucionado la industria publicitaria con el paso de los siglos.

En la entrada del Rose estaba el joven vestido de mujer que había visto por primera vez en el duelo con el loco de Drake. Se alegró muchísimo de verme y chilló emocionado:

—Will, temíamos que Walsingham te hubiera encerrado en la Torre.

Me abrazó y me dio cientos de besos en las mejillas, se comportaba como Bruce Darnell hasta los topes de éxtasis.

—Lo de la Torre aún podría ocurrir —contesté con un deje de fatalismo, y

aparté educadamente al joven.

—¡Hola, bardo! —resonó una voz detrás de mí.

Era el gordo con el chaleco de colores chillones. Me agarró por los hombros con sus zarpas, tan fuerte que fue un milagro que no me rompiera en mil pedazos.

—Después de la función —atronó—, ¡iremos a emborracharnos!

En vista de las circunstancias, emborracharse era una idea muy atractiva, y tampoco quería hacerle un desaire a aquel tipo simpático. Lo último que necesitaba era que a alguien le asaltara la sospecha de que yo no era Shakespeare. Así, pues, contesté:

—Eso estaría bien.

—¡Y nos zamparemos unos muslos de pollo asados! —exclamó contento el gordo.

De hecho, me ladraba el estómago y, puesto que deduje que los muslos de pollo asados no tendrían un sabor muy distinto a los de nuestra época, contesté de nuevo:

—Eso aún estaría mejor.

—¡Y luego fornicaremos con las prostitutas! —exclamó el gordo radiante de ilusión.

—¿QUÉ?

—Fornicaremos con las prostitutas. Hasta que nos paguen de puro agradecimiento.

—¡No, gracias! —me apresuré a contestar.

—¿Por qué no? —preguntó el gordo, sorprendido.

—Porque no —contesté.

—¿Y por qué no?

Con las prisas, sólo se me ocurrió una respuesta típica.

—Tengo la regla.

—¿Que tienes... QUÉ? —El gordo estaba estupefacto.

—Ejem... —me corregí deprisa y corriendo—, quiero decir que tengo la regla de no dormir con prostitutas.

—Pues ayer no tenías esa regla.

¿Shakespeare frecuentaba los burdeles? Mi alma me resultaba menos simpática a cada segundo que pasaba.

—Yo mismo te elegí la prostituta —prosiguió el gordo—. Se llama Kunga y viene de tierras lejanas de África. Sabe hacer cosas maravillosas en el trapecio...

—¿En el trapecio? —pregunté con desasosiego.

—Sí, se cuelga cabeza abajo y cuando el hombre que tiene delante se desabrocha los...

—¡No te lo he preguntado! —me apresuré a interrumpirlo.



—¿En serio no quieres acompañarme?—El gordo estaba muy desilusionado.

—No, no... Necesito dormir urgentemente.

—Shakespeare, ahora mismo no me gustas nada —comentó el gordo, y me miró lleno de preocupación, como siempre hacía Holgi. ¡Exactamente igual!

Luego cantó una canción tonta, igual que hacía Holgi:

—¡Runga, Kunga, tú te pierdes a la chatunga!

Sus rimas eran igual de malas que las de Holgi. Además, el gordo se parecía mucho a mi mejor amigo en su manera directa de ser. ¿Sería que no sólo las almas enamoradas se arrastraban juntas a través de los siglos, sino que también lo hacían las almas amigas?

—Empieza la función —gritó el chico vestido de mujer, y salió corriendo hacia la parte de atrás del escenario.

El gordo lo siguió y quiso que yo lo acompañara. Pero, en primer lugar, yo no tenía ganas de seguir escuchando sus canciones sobre las cualidades de Kunga y, en segundo lugar, quería quedarme entre el público. La gente estaba de pie alrededor del escenario, sólo había asientos en la parte de arriba para los pocos nobles que se atrevían a frecuentar la zona. El ambiente no era como en el cine, sino que se parecía más bien al de un concierto de *rock*. Y las estrellas eran los actores. Nada más salir a escena los primeros, el público ya lanzó gritos de alegría. Empezó la obra y los espectadores disfrutaron huyendo de sus duras vidas y dejándose llevar a las imaginarias tierras de Navarra, donde el joven rey y sus amigos prestaban juramento de no relacionarse con mujeres y dedicarse únicamente al estudio de la literatura y la ciencia. Como era de imaginar, esa promesa no resultaba fácil de cumplir, pues la princesa de Francia y sus amigas aparecían en Navarra y los jóvenes nobles se volvían locos por ellas. Una historia de amor delirante, al estilo de las que conocíamos por las comedias de Hollywood, se puso en marcha sobre el escenario. Al público no le molestaba que el reino de Navarra donde transcurría la acción se ilustrara con poquísima escenografía (desde una perspectiva moderna, francamente ridícula). No necesitaban grandes decorados, ni efectos especiales que costaban una millonada; se los imaginaban gracias a los actores. Y eso que hacía falta mucha imaginación: por algún motivo que se me escapaba, todos los papeles femeninos estaban interpretados por jovencitos, con lo cual las escenas de amor tenían cierto aire de *La jaula de las locas*.

Aquel teatro era muy distinto al de nuestra época; allí se trataba de entretener a la gente, de ofrecerles emociones, y no de rollos macabeos abstractos para culturetas. Y los espectadores se implicaban: se alborotaban cuando los hombres, locos de amor, hacían el ridículo, se ablandaban cuando los enamorados confesaban sus sentimientos y contenían el aliento cuando el rey de Francia moría y la princesa tenía que regresar a su país sin poder casarse antes con su gran amor, el rey de Navarra.

Incluso en hombres rudos, que probablemente sólo lloraban si les metían el dedo en el ojo en una pelea, afloraban los sentimientos. Yo también tenía lágrimas en los ojos, y no sólo porque me identificara con el hombre vestido de mujer que interpretaba a la princesa. Lo que me emocionó sobremedida fue que más de mil personas se entusiasmaran tanto con la historia que olvidaran sus preocupaciones y experimentaran emociones profundas y maravillosas. Emociones que en sus vidas reales quizá nunca sentirían. Y todo porque Shakespeare había escrito una obra.

Mi alma era capaz de eso... ¡increíble!

¿Significaba que yo también era capaz? ¿Que había más cosas en mí?

¿No sería fantástico?

No muy probable.

Pero fantástico.

Al final de la función, hombres y mujeres estaban de acuerdo en que Shakespeare debía de ser la persona más romántica del mundo o no habría podido escribir semejantes diálogos amorosos. « Si supieran... », pensé.

Pero luego me vino algo a la cabeza: ¿Se podían escribir semejantes manifestaciones de amor si no se sentían? Quizá la gente tenía razón: Shakespeare debía de tener un lado romántico en algún lugar profundo de su interior.

Y aún me chocó otra cosa: *Trabajos de amor perdidos* era una comedia alegre, pero no acababa bien. ¿Por qué tenía un final tan triste? ¿Estaría relacionado con la vida de Shakespeare? ¿Algo lo había afligido tanto que sólo podía expresar su romanticismo en sus obras? ¿Era un alma herida? ¿Igual que yo?

Al acabar la obra, le pedí al gordinflón llamado Kempe que me acompañara « a casa ». Yo no tenía ni idea de dónde vivía Shakespeare, y el dramaturgo seguía sin responderme. Kempe salió conmigo del teatro, a la calle iluminada por la luz rojiza del atardecer, donde los espectadores animados se ponían en camino hacia sus hogares.

—¿No me dirás que no tenemos un oficio fantástico? —preguntó apasionado el gordinflón.

—Yo... diría que sí —afirmé dándole la razón.

Hacer feliz a la gente debía de ser realmente fantástico. Sí, claro, también había maestras que ejercían de maravilla su oficio y encontraban satisfacción en él, pero yo no pertenecía en absoluto a ese grupo. Yo más bien hacía infelices a los niños, y la cosa era mutua. Los alumnos y yo estábamos en una situación donde todos perdíamos.

—La gente sale muy contenta, eso es magnífico... —opiné.

—No me refería a eso —replicó Kempe.

—¿Ah, no? —pregunté sorprendida.

—No tenemos que ir a trabajar todos los días, podemos dormir hasta tarde, podemos enseñar el culo en el escenario sin que los soldados nos corran a latigazos... Somos bufones y gozamos de la libertad de los locos. Y la guinda del pastel de nuestra vida es que el dueño del teatro también tiene un burdel. ¿Seguro que no quieres acompañarme a ver a Kunga?

—No, no... Me duele la cabeza.

—Hay otra prostituta nueva, se llama Kitty —dijo Kempe, y se puso a cantar otra vez—. Y Kitty es tan prieta que me encanta tocarle una te...

—No, gracias —lo interrumpí antes de que continuara cantando—. Necesito tumbarme.

—También hay una mujer nueva que se llama Vicky.

—¡Ni se te ocurra hacer una rima con su nombre!

—Te estás haciendo viejo —dijo Kempe suspirando—. Y eso que tienes diez años menos que yo.

Kempe me acompañó hasta una casita de madera que tenía un aspecto bastante miserable por fuera, y se despidió de mí para ir a ver bailar a Kunga:

—Cuando Kunga baila es una joya, y a mí se me excita la...

Le cerré la puerta en las narices.

Luego escudriñé con la mirada aquella casa vieja y vi una escalera estrecha y muchas puertas; era obvio que allí vivía mucha gente. Seguramente Shakespeare no ganaba mucha pasta con sus obras; de lo contrario, se podría haber permitido un alojamiento mejor. No tenía la más remota idea de en qué habitación viviría. Subí por la escalera estrecha y torcida, encontré la puerta de una habitación abierta, me colé dentro y vi un camastro de madera espartano, una tina de madera donde probablemente podías sentarte para tomar un baño y una pequeña mesa sobre la cual había una pluma, un tintero y un montón de pergaminos. Me acerqué a la mesa, eché un vistazo al texto escrito en la hoja de encima y leí: «Hamlet, una comedia. De William Shakespeare». Entonces lo supe: aquél era el hogar del bardo, podía echarme a descansar por fin.

Me senté en la cama, me quité los zapatos y descubrí que Shakespeare era propenso a que los pies le olieran a queso.

Ignoré como pude el olor y me tumbé. Contemplé el techo de madera oscura, luego el ventanuco desde donde se podía ver el cielo estrellado —ya era de noche—, que brillaba de manera realmente impresionante. Como aquel día junto al mar, cuando Jan y yo nos besamos por primera vez. El recuerdo de aquel maravilloso momento me confortó: aquel beso había sido uno de los escasos momentos de mi vida que había disfrutado enteramente, del que nunca tuve que arrepentirme y por el que había valido la pena vivir.

Mientras me deleitaba con los recuerdos, llamaron a la puerta. Por un instante temí que entrara Kempe con Kunga, Kitty y Vicky, y que colgaran allí mismo un trapecio. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió y entró una chica con un vestido marrón. Tenía un rostro corriente y me miraba ensimismada con sus ojos ligeramente bizcos.

—Soy yo —dijo exultante.

—Sí... Ejem... Cierto... Eres tú... —confirmé.

Encendió las velas que había en la habitación y yo intenté descubrir

discretamente cuál era mi situación:

—Y... ¿Y qué haces por aquí?

—Voy a desnudarme.

—¿DESNUDARTE?

De golpe y porrazo comprendí cuál era mi situación.

—Exacto, tu pequeña Phoebe va a desvestirse —confirmó, y me sonrió con los ojos un poco más bizcos.

Luego, la pequeña Phoebe hizo realidad sus palabras. ¡Y era más que rápida desnudándose! Por lo visto había subestimado a las mujeres de la época, que eran realmente hábiles despojándose de sus corsés.

Pocos segundos después, la joven estaba completamente desnuda delante de mí y me pedía:

—Ahora desnúdate tú.

—Ejem... Mejor no... —baluceé.

—¿Por qué no?

Busqué una excusa deprisa y corriendo, y la encontré:

—Porque... me huelen los pies.

—Pues no te quites las calzas —dijo Phoebe sonriendo.

—Pero es que el olor las traspasa —repliqué con voz ligeramente aguda, intentando salir de aquel follón.

—Cuando amo a un hombre, lo amo todo entero.

No se dejó liar y se sentó a mi lado en la cama. Nunca había estado tumbada tan cerca de una mujer desnuda. ¡Y tampoco lo había echado nunca de menos!

—Ejem, pero es que mis pies apestan de verdad. Huele —dije, y acerqué desesperada el pie a Phoebe.

—Aguantaré la respiración —replicó sonriendo ampliamente Phoebe, que apartó el pie y empezó a desabrocharme la camisa.

—Yo... Yo... También me huelen los sobacos.

Siguió desabrochando imperturbable.

—Y he comido cebolla —expliqué presa del pánico.

—Nada me detendrá —dijo Phoebe con una sonrisa.

Para subrayar sus palabras, empezó a besuquearme el cuello. Eso me resultó extremadamente desagradable. Antes de que la cosa degenerara, me apresuré a decir:

—Deberías irte.

Phoebe me miró totalmente estupefacta:

—Pero... tú... Tú prometiste desvirgarme.

¡Shakespeare era un capullo!

—Tal vez en otra ocasión —le ofrecí torpemente—, cuando tenga los pies limpios.

—No, la noche maravillosa tiene que ser hoy.

—Oh, sabes, la primera vez no es tan maravillosa, si uno pudiera saltársela...

—Hace poco me dijiste otra cosa —me interrumpió—. Dijiste que eras el rey de la desfloración.

¡Shakespeare era el rey de los capullos! Antes de que pudiera replicar nada, la joven deslizó su mano hacia mi entrepierna, ¡directa a las calzas!

No podía ser que hiciera eso.

Me acarició allí con la mano.

¡No podía hacerme eso!

Continuó acariciando.

Algo se movió dentro de mis calzas.

¡Oh, Dios mío!

Acarició con más esmero.

Algo se movió aún más dentro de mis calzas.

¡OH, DIOS MÍO!

Phoebe se esforzaba de verdad.

Las calzas empezaron a tensarse ligeramente.

¡OH, DIOS MÍO! ¡OH, DIOS MÍO! ¡OH, DIOS MÍO! ¡DIOS! ¡DIOS!

¡DIOS!

Salté de la cama, despavorida.

—¡No me toques ahí! ¡No me toques ahí! —grité.

—¿Por qué no?

—¡Yo tampoco me toco! —contesté fuera de mí.

—¿Tú tampoco te tocas? ¿Y cómo haces pipí?

—Me inclino hacia delante.

—¿Te inclinas hacia delante? —preguntó Phoebe, francamente perpleja.

—¡Da igual! —apremié—. ¡Sal de mi habitación!

Phoebe me fulminó con la mirada.

—¿Sabes qué pasará si me echas?

—Sí —contesté agitada—. ¡Evitaré el acto sexual más extraño de toda la historia de la humanidad!

No replicó a ese comentario, seguramente sorprendente para ella, sino que masculó:

—La pequeña Phoebe le contará a su padre que tú me has desvirgado.

—Pero eso no es verdad —contesté desconcertada.

—Aun así, lo haré.

—Pero ¿por qué?

No acababa de entenderlo.

—Porque entonces sus hombres te perseguirán y te arrojarán por la ventana.

¡La pequeña Phoebe era una cabronaza!

—Pero si me desvirgas, la pequeña Phoebe no le dirá a su padre que tú la has desvirgado —dijo sonriendo con malicia y una mirada bastante bizca.

Si todas las mujeres de aquella época eran así, comprendía un poco la imagen negativa que Shakespeare tenía de ellas.

—¿Qué? ¿Te acostarás conmigo? —me pidió con su mirada bizca que probablemente pretendía ser seductora.

Y volvió a deslizar la mano hacia mi entrepierna. Yo me enfrentaba a la elección entre la muerte y unas calzas donde se podía colgar una percha.

Eso no era una elección.

—¡Haz el favor de irte! —le pedí sin ambages.

Phoebe escrutó mi semblante decidido. Lágrimas de furia y desesperación brotaron de sus ojos; estaba furiosa como la madre de un alumno de primaria cuando le explican que su hijo no destaca por su conducta de superdotado, sino simplemente por su conducta.

—¡Eres muuuuuy malo! —gritó Phoebe.

Agarró sus cosas y se vistió casi tan deprisa como se había desvestido. También había subestimado a las mujeres de la época en lo tocante a la velocidad para vestirse.

—¡Te arrepentirás! —refunfuñó al salir de la habitación.

Me la quedé mirando. Me daba miedo, pero intenté tranquilizarme. Tal vez sólo era un farol. Si tanto quería que Shakespeare la desvirgara, no se encargaría ahora de que lo mataran. La gente de aquella época estaba más loca que yo en las cosas del amor, pero no llegarían tan lejos. ¿O sí?

Volví a tumbarme en la cama y suspiré profundamente. Cuando menos lo esperaba, echaron la puerta abajo. Tres hombres enormes, vestidos con camisas negras, calzas negras y capuchas oscuras que recordaban al Ku Klux Klan, se precipitaron en la habitación. Y yo pensé: « Oh, mierda, ya han llegado» .

Los hombres con capucha me agarraron y me arrancaron de la cama. Hicieron el trabajo con suma dureza y me pregunté si no habría sido mejor dejar que Phoebe se entretuviera en las calzas. Yo misma contesté a la pregunta con un categórico: « ¡No! ».

—Puedo explicarlo todo... —empecé a decir, si bien no sabía exactamente cómo explicarlo.

Phoebe había ido a contarle a su padre que yo la había desvirgado. Si me limitaba a decir que era mentira, seguramente no me creerían.

—No queremos explicaciones... —musitó el primer encapuchado.

—Yo... Yo... lo admito... He estado con ella..., pero soy impotente —solté presa del pánico. A lo mejor se creían que no me había acostado con Phoebe porque no podía y que, por lo tanto, ella continuaba siendo virgen. Así pues, proseguí:— No se me levanta.

Jamás habría pensado que algún día pronunciaría esa frase.

—Pues ya va bien con lo que planeábamos hacerte —dijo el segundo encapuchado amenazando a saco—. ¡Te vamos a cortar los huevos!

Hacía muy poco que era un hombre, pero aquello me sonó bastante desagradable. Me pregunté de nuevo si no habría sido mejor acceder a los deseos de Phoebe. Y de repente ya no estuve tan segura de seguir contestando a la pregunta con un « no ».

—Y después te rebanaremos el cuello —se guaseó el tercer encapuchado.

Era el más alto de los tres, tenía una voz profunda y vibrante y parecía ser el jefe. Para dar más fuerza a sus palabras, sacó un puñal de plata.

¡Ah, tendría que haberme acostado con Phoebe!

El cabecilla me puso el puñal en la nuez y presionó con la hoja. Noté que la piel se desgarraba y un pequeño reguero de sangre caliente fluía por mi cuello. Estaba a punto de gritar de miedo.

—La boca cerrada —musitó el cabecilla.

Sentí un miedo increíble, como nunca antes en toda mi vida, ¿o debería decir en mis dos vidas? Estaba a punto de hacérmelo encima.

—Harás lo que te digamos —exigió el cabecilla intimidándome.

No le contesté.



—¿Por qué no contestas? —preguntó.

Me habría encantado responderle: ¡Porque tú, tonto del haba, has dicho que tuviera la boca cerrada! Pero, como la sangre ya me chorreaba lentamente desde el cuello hasta el esternón, decidí que era mejor contestar suavemente:

—Entendido.

—Bien.

El hombre bajó el puñal.

Yo respiré hondo.

—Ahora mismo iré a ver a Phoebe.

—¿Phoebe? ¿Qué Phoebe? —preguntó desconcertado el jefe.

—La mujer a la que tenía que desflorar —contesté.

Otra frase que jamás pensé que llegaría a pronunciar algún día.

—No tengo la más remota idea de qué me estás hablando —comentó el cabecilla, que parecía confundido.

—Pero si vosotros queráis matarme porque no me acosté con ella — comenté, no menos perpleja ante su perplejidad.

—Válgame Dios, poeta, por lo visto tienes problemas a mansalva —dijo riendo el hombre con voz profunda y vibrante.

Y los otros dos encapuchados también se rieron.

—Ya lo sé —contesté, aún más confusa: ¿Aquella gente no tenía nada que ver con Phoebe? ¿Entonces? ¿Qué querían de mí o, mejor dicho, de Shakespeare?

El hombre dejó de reír en seco y explicó:

—Nuestro jefe quiere que Essex siga siendo infeliz. Tú te ocuparás de ello. De lo contrario, ¡volveremos! Y no seremos tan clementes contigo.

Luego, los tres hombres salieron del pequeño cuarto de Shakespeare. Así pues, no los había enviado el padre de Phoebe, ellos tenían en su agenda algo más siniestro: si su misterioso señor no quería que Essex levantara cabeza, entonces actuaban contra los intereses de la reina. ¿Qué había dicho la soberana? Que si Inglaterra ganaba la guerra a Irlanda, los españoles recibirían un duro golpe. Y para ganarla, Essex tenía que dirigir las tropas. Si no lo hacía, Inglaterra perdería contra Irlanda. Y España aprovecharía ese momento de debilidad para aplastar su reino. Por lo tanto, deduje que los encapuchados y su jefe eran espías españoles que pretendían impedir que Essex superara sus penas con mi ayuda y partiera hacia Irlanda.

¡No hacía ni veinticuatro horas que estaba en el pasado y ya me había implicado en una intriga de Estado!

Eso me infundió más miedo que el puñal en el cuello, pues una cosa estaba clara: tenía que descubrir a toda prisa qué era el verdadero amor. Porque allí, antes o después, alguien me mataría. Probablemente antes.

Me dolía la herida del cuello y me hacían daño los brazos. Me levanté y me acerqué a un pequeño espejo colgado en la pared. Estaba sucio y torcido. Por lo visto, Shakespeare no era precisamente un fanático del orden, lo cual lo hacía un poquito más simpático.

En el espejo comprobé que el corte del cuello se estaba cerrando. Me quité la camisa y examiné los hematomas de los brazos. El torso de Shakespeare estaba bien formado, quizá era un poco delgado, pero atractivo. En cualquier caso, más atractivo que mi poco atractivo cuerpo de mujer en el tercer milenio. Si hubiera visto el torso de Shakespeare en una playa, me lo habría quedado mirando. Pero, puesto que en aquel momento yo me encontraba dentro de ese cuerpo, volví a ponerme la camisa a toda prisa. Caminé arriba y abajo con nerviosismo por la pequeña habitación. Estaba demasiado inquieta para echarme en la cama, por no hablar de dormir. Después de lo ocurrido, ya no podía pegar ojo. En casa me habría tumbado en el sofá, me habría mordido las uñas y habría pasado horas haciendo *zapping*, buscando la enésima reposición de series como *Mujeres desesperadas*, *The O. C.* o incluso *Sensación de vivir*, sólo para constatar que todos los canales estaban atarugados de programas de cocina o de mujeres medio desnudas que, con problemas de dicción, pedían que alguien las llamara. Pero, puesto que en la Inglaterra de Shakespeare había cierta carencia de televisión por cable, desgraciadamente no podía distraerme con eso. Así pues, continué caminando por la austera habitación, arriba y abajo sobre las tablas de madera que crujían. En verdad, Shakespeare no disfrutaba de un estatus elevado. O bien no ganaba dinero con sus obras, lo cual costaba imaginar con tantos espectadores, o bien se gastaba el dinero en otras cosas: ¿prostitutas?, ¿alcohol?, ¿tabaco? Mi Holgi —y Kempe también— seguramente habría dicho que hay inversiones bastante peores.

Mi mirada se posó en un cuadro colgado en la pared que estaba tapado con un paño rojo. Me acerqué, quité el trapo y vi a una mujer dulce de mirada cariñosa. Quizá no era de una belleza deslumbrante, pero tenía una sonrisa confortadora. Comparada con aquella mujer, la trillada Mona Lisa era una sonrisitas *amateur*. Eché un vistazo al dorso del retrato y allí, en letras pequeñas, ponía: Mrs. Shakespeare.

O sea que Shakespeare estaba casado. Pero ¿por qué no había ningún indicio de que allí viviera una mujer? A lo mejor estaba divorciado. Pero ¿existía el divorcio en aquella época? Seguramente no. Era de suponer que los matrimonios sólo podían separarse usando una guadaña y borrando todo rastro acto seguido.

Lo más probable era que Mrs. Shakespeare viviera en otro sitio porque hacía mucho que no soportaba al rey de la desfloración.

Volví a tapar el retrato de Mrs. Shakespeare y eché un vistazo a los papeles que Shakespeare había escrito con una larga pluma negra y tinta del mismo color. *Hamlet, una comedia* estaba encima. Aparté el *Hamlet* cómico y debajo encontré el comienzo de un poema:

eres comparable a un día de verano  
tanto me gustara.

Hum, eso todavía no era un poema, por mucho que los versos fueran del poeta más célebre de la historia del mundo. Saltaba a la vista que al joven Shakespeare todavía le faltaba algo para convertirse en un gran autor.

Me senté en el pequeño taburete de madera que había junto a la mesa y empuñé la pluma. Me iba como anillo al dedo. Noté una agradable sensación al sujetarla. La mojé en el pequeño tintero manchado y empecé a escribir sobre el papel apergaminado:

in día de verano te comparo?  
tiempo de verano es muy avaro...

Me salió con mucha facilidad, no tuve ni que pensarlo. Y, sorprendentemente, no sonaba tan mal. Y eso que hacía mucho que no había escrito nada; de hecho, desde que mi profesor del instituto me comentó que a nadie le gustaría una historia donde una chica se enamora de un ser sobrenatural.

Haría bien el profesor en preguntarle a Stephenie Meyer.

Los profesores son unos idiotas.

Yo tenía que saberlo, después de todo también daba clases.

Componer aquellos versos me deparó una alegría enorme. Así pues, seguí pensando qué más podía decirse en contra del día de verano para que pareciera malo frente a la belleza de la persona de la que se hablaba en el poema. Con todo, no había que empañar demasiado el día de verano si se pretendía que la comparación continuara teniendo fuerza y ensalzara en su gracia a la persona amada. Recordé una escena de amor que había escrito para mi musical mucho tiempo atrás, en la que el hombre lobo y su gran amor estaban de picnic en un campo cubierto de flores mientras se acercaba una tormenta:

y agita los capullos en el viento.

Eso tampoco sonaba mal. Con el viento conseguía deslucir las hermosas flores ligeramente, sin despojarlas de su belleza. Por lo visto, seguía teniendo la misma sensibilidad para imágenes cursis que cuando era una quinceañera. Pero ¿qué rimaba con « viento » ?

¡, qué hermoso portento!

uizá:

cúchame bien, esperpento!

el vez:

playa huele a pescado que es un lamento.

Tuve que concentrarme un poco, seguro que había algo más que peces muertos a orillas del mar: ¿« argento » ?, ¿« unguento » ?, ¿« pimienta » ? Todo bastante flojo. ¿Qué tal si probaba con « sentimiento » ?

in día de verano te comparo?

tiene más dulzura y sentimiento.

tiempo de verano es muy avaro

gita los capullos en el viento.

Contemplé los versos y me inundó una sensación maravillosa. Por fin había vuelto a escribir algo después de tantos años. Y no estaba nada mal. Un poema con rima y métrica. Lo había logrado. ¡Había logrado algo!

Era fantástico lograr algo. Aunque sólo se tratara de unos versos. O quizá era fantástico precisamente porque se trataba de unos versos.

¿Debía aprender que mi verdadero amor era la escritura?

—*Tus versos no son espantosos del todo.*

Me llevé un susto tremendo al oír esas palabras. Estaba tan absorta en el poema.

—¿Sha... Shakespeare?

*Volvía a estar despierto, muerto de cansancio, pero verdaderamente encantado con lo que el espíritu llamado Rosa había hecho con mis versos:*

—*Cambiar el poema para que la persona sea mucho más hermosa que el día de verano ha sido muy buena idea.*

Era la primera vez que alguien elogiaba lo que yo había trasladado al papel. Fue una sensación increíble, que me llenó de orgullo como ninguna otra cosa en toda mi vida. Y no lo había hecho cualquiera. No era mi madre, que en alguna ocasión, cuando yo era adolescente, había elogiado cómo tocaba la batería mientras los vecinos organizaban un pequeño linchamiento. No, ¡era el mismísimo Shakespeare quien me tributaba el reconocimiento!

*Me entusiasmó que Rosa hubiera conseguido avanzar en el soneto que me ocupaba desde hacía tanto tiempo. Su logro liberó algo en mí.*

—*Podría continuar devaluando el verano —sugerí, y declamé:*

*O bien abrasa el sol desde la altura  
o un velo nubla su óculo dorado...*

—*Ahora tenemos que encontrar algo que rime con «altura», Rosa.*

Ya no me llamaba «espíritu», sino Rosa. Eso también me colmó de alegría y empecé a buscar con él una rima:

—Partitura...

—... *Violeta oscura*...

—... *Corsé basura*...

—... *Miembro de envergadura*...

—Eso último no me interesa —comenté mirando hacia mi entrepierna, y sugerí—: ¿Por azar de la natura?

—¡Muy bien! —celebré—. Pero no acaba de funcionar la métrica. Es mejor así:

*O bien abrasa el sol desde la altura  
o un velo nubla su óculo dorado;  
ya por azar o anhelo de natura  
lo bello va perdiendo su legado.*

Rosa escribió los versos con ágil pluma. Examiné la estrofa. Era realmente buena. Fue algo sorprendente, delirante, reconfortante. Embelesado, comenté:

—Nunca había escrito tan bien.

—¡No me digáis!

—Con lo que hemos intimado hasta ahora, ya podríamos tutearnos, ¿no? —le propuse a Rosa en un arrebato de euforia.

—De acuerdo —repliqué, y me sentí halagada. Bueno, él me había tuteado todo el tiempo, y ahora yo podía hacer lo mismo—: Me llamo Rosa, ya lo sabes.

—Encantado. Yo, William.

—Sí, ya lo sé —dije sonriendo satisfecha. Los estudiosos del arte dramático palidecerían de envidia ante ese tuteo con Shakespeare.

—¿Tú también eras poeta cuando vivías, Rosa? —inquirí.

Me pregunté si debía explicarle que yo procedía del futuro. Pero había visto suficientes películas al estilo de *Regreso al futuro* para saber que, si lo hacía, se embarullarían algunas cosas. Si le hablaba de la vida en nuestro milenio, el curso de los acontecimientos podría variar. Tal vez entonces Shakespeare escribiría un libro como el de Nostradamus, en el que advertiría de muchas catástrofes a las generaciones venideras: guerras, accidentes de avión, Dieter Bohlen y su música...

Quizá no sería tan malo, pero sólo a primera vista. Porque, y eso también se sabía por las películas, siempre que alguien intentaba influir positivamente en el futuro, la cosa se torcía y luego iba a parar a un presente completamente distinto. Un presente en el que tal vez Erich Honecker gobernaría en toda Alemania. O Joseph Goebbels.

O incluso el televisivo Florian Silbereisen. Por lo tanto, decidí ser parca en información y me limité a contestar:

—Soy maestra.

—*El oficio más infame del mundo.*

Vaya, ni siquiera allí eran bien vistos los maestros. Sólo me faltaba oír que teníamos demasiados días de vacaciones. Un poco alterada, me defendí:

—Bueno, seguro que hay algún que otro oficio más infame.

—*Mi rival Marlowe estuvo encerrado un tiempo en la Torre. Cuando salió, me explicó con bravuconería que los verdugos no eran tan terribles como su antiguo*

*profesor de latín.*

¿Qué podía contestar? ¿Tenía que defender una profesión que no me gustaba? En vez de eso, volví a echarle una ojeada al poema.

—Es realmente hermoso...

—*Podemos estar satisfechos, aunque no esté acabado.*

—Por lo visto, formamos un buen equipo —constaté.

*Un equipo. La idea era sorprendente pero muy acertada, al menos en lo referente a la escritura. Así pues, dije:*

—¿Quién lo hubiera imaginado?

—Sí —afirmé, igual de perpleja que Shakespeare—, ¿quién lo hubiera imaginado?

Seguro que mi profesor de alemán no.

Me contó que trabajábamos en un soneto: un poema de cuatro estrofas y catorce versos, o sea que aún nos faltaban seis para completarlo. Mientras escuchaba atentamente las explicaciones de Shakespeare, oí que fuera se acercaban unos pasos.

—Vaya, hombre, seguro que vienen por lo de Phoebe —me lamenté.

—¿Phoebe? —pregunté con espanto—. ¿Por qué iban a venir por lo de Phoebe? ¿Y por qué hablas en plural? Dios mío, Rosa, ¿qué has hecho?

—Ya te lo contaré luego —contesté para acallar a Shakespeare, porque ya estaban llamando a la puerta.

Los golpes sonaron demasiado educados para ser de los encapuchados o de los esbirros del padre de Phoebe, a los que aún no conocía, aunque tenía muy claro cómo serían sus modales.

—¿Quién es? —pregunté con voz temblorosa.

—Soy yo. Permitidme entrar —contestó una voz profunda y hermosa.

Era la voz de Jan.

Corrí hacia la puerta, la abrí con el corazón latándome a mil y allí estaba el conde de Essex. Su parecido con Jan volvió a dejarme sin habla. Llevaba una camisa abullonada negra y unas calzas del mismo color muy elegantes y, sobre todo, muy anchas. Por fin un hombre que no daba la impresión de que en cualquier momento se pondría a bailar el *Lago de los cisnes*.

—¿Cuándo iréis a ver a María? —preguntó Essex con un ligero balbuceo.

Había vuelto a beber. Cuando Jan me pilló con el profesor de gimnasia, también se emborrachó como un mercenario en el Congo o un estudiante en Lloret de Mar. Por lo visto, no era emocionalmente tan estable como yo pensaba.

—Walsingham quiere que vaya a ver a la condesa mañana —le expliqué.

—¿Conseguiréis conquistarla para mí? —preguntó Essex, inseguro.

La inseguridad le sentaba muy bien a aquel hombre con redaños. Lo contemplé fascinada.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó desconcertado.

—¿Co... cómo os miro? —repliqué, sintiéndome descubierta.

—Con ojos de afeminado —fue la respuesta clara y directa.

Tragué saliva.



—¿De verdad lo estás mirando con ojos de afeminado? —exclamé asustado. Yo no podía ver la expresión de Rosa.

No le di respuesta a Shakespeare porque Essex la habría oído.

—Y cuando alguien me viene con afeminamientos, me convierto en un jabalí rabioso...

—No creo que se refiera a un jabalí rabiosamente afeminado.

El semblante de Essex corroboraba la suposición de Shakespeare. Y yo busqué una excusa:

—Mis... mis ojos dan esa impresión porque hay poca luz.

Mientras hablaba, encendí unas cuantas velas más.

—Entonces, ¿podéis conquistar a María para mí? —insistió Essex mientras abría una botella de vino que estaba junto a la cama de Shakespeare.

No se tomó la molestia de buscar una copa y bebió directamente de la botella. Por muy noble que fuera, tenía los modales de un famosillo de las revistas del corazón.

¿Qué podía hacer? Por un lado, la reina ordenaría mi muerte si no ayudaba a Essex y, por otro, los espías españoles me matarían si lo ayudaba. Un dilema genial. De repente tuve una idea: si Essex conquistaba por su cuenta a la condesa, la reina estaría contenta y los espías españoles no podrían cargarme el mochuelo, ya que yo no habría participado en ello. Encendí la última vela y me volví hacia Essex.

—Tal vez sería mejor que la condesa os escuchara directamente a vos.

—¿Escuchar? —preguntó el noble.

—¿Qué tal con un soneto? —propuse.

—¡Pues escribidme uno, bardo! —me exhortó—. ¿O tendré que encargárselo a Marlowe, vuestro rival?

—Él sólo proporcionaría material de escaso valor —aclaré quisquilloso.

No tenía la más remota idea de quién era el hombre del que los dos hablaban. Y me importaba un bledo. Así pues, contesté:

—Debéis escribirlo vos.

—Ya sabéis que mis poemas son como vuestros pies. —Essex arrugó la nariz.

—¿Apestan? —conjeturé, y él movió la cabeza afirmativamente.

—Eh, vosotros dos, ¿estáis insultando a mis pies?

De nuevo no contesté al bardo, y me calcé a toda prisa sus zapatos, que estaban junto a la cama.

—Tenéis que escribirme el poema, pies malolientes.

—El olor es por culpa de los zapatos —intenté explicarme sin que nadie me hiciera caso.

—Tal vez podríais cortejar a la condesa de otro modo —le propuse al conde

—. ¿Cómo soléis actuar con una mujer?

—La aúpo, le doy un beso apasionado y luego la llevo con brío a mis

aposentos.

—Ah..., ya —repliqué.

Siempre había sospechado que Jan tenía garra, que bajo su aspecto refinado dormitaba algo salvaje, pero ahora tenía la prueba y no conseguía decidir qué debía pensar al respecto.

—¿Se lo habéis hecho también a la condesa? —pregunté cautelosa.

—Lo intenté, pero después de haberla aupado, se interpuso una nadería...

—¿Qué nadería?

—Me dio una patada en mis partes...

—*Semejantes reacciones de una dama me resultan harto conocidas.*

—Pero vuestras partes no eran la nadería, ¿verdad? —pregunté atónita.

—*No creo —comenté divertido.*

—No —contestó Essex, un poco cabreado—, me refería a la patada de la condesa.

Carraspeé sin saber dónde meterme y procuré volver a encarrilar el tema.

—No tenéis que escribir un poema perfecto. Bien mirado, no tiene por qué ser un poema, lo que importa es que vuestras palabras salgan de vuestro corazón, ¿no es cierto?

Essex no entendía a qué me estaba refiriendo.

—Intentadlo. Imaginad que yo soy la condesa —propuse.

Cuando hacíamos cursillos de formación para profesores, los encargados del *coaching* siempre nos obligaban a participar en juegos de roles y, sorprendentemente, a veces funcionaban. A lo mejor podía echarle una mano a Essex con eso.

—¿Vos... vos sois la condesa? —preguntó desconcertado.

—Sí, como en una representación teatral.

El conde asintió, eso lo entendía. Al parecer, en aquel siglo a todo el mundo le gustaba el teatro. Era un auténtico espectáculo de masas.

—Decid lo que sentís por mí —lo animé.

—¿Por vos? —preguntó desconcertado.

—Os lo explicaré otra vez. —Realmente, era un poco duro de mollera—. En estos momentos, no soy un hombre, ahora soy la condesa que tanto adoráis.

El conde no estaba muy seguro.

—No sé...

—Intentadlo. Dejad volar la imaginación.

—*Los soldados no tienen imaginación, Rosa.*

Essex vacilaba.

—Pero... yo no domino las palabras.

—Seguro que podéis confesar vuestro amor a la condesa sin necesidad de poemas —afirmé para animar a Essex.

El conde se puso entonces muy nervioso.

—¿Qué podéis perder? —pregunté.

Lo meditó, tomó un buen trago de vino, dejó la botella a un lado, hizo de tripas corazón y se plantó delante de mí:

—Condesa... —balbuceó, hecho un manojo de nervios.

—¿Sí? —pregunté; realmente me divertía aquel juego.

Me miró a los ojos y, desde lo más hondo de su corazón, dijo:

—Condesa, sois la criatura más bella, maravillosa y fantástica que jamás haya visto.

Hacía años que no oía ningún cumplido de Jan. Por eso sus palabras me tocaron de lleno. Era tan hermoso oírlas de boca de un hombre con un cuerpo idéntico al de Jan y que incluso albergaba su alma.

—Yo... yo... —Dejó de hablar, sobrepasado por sus propios sentimientos. Gracias al alcohol, se había metido por completo en situación.

—¿Qué ibais a decirme? —inquirí, y me acerqué a él.

Sólo nos separaban unos pocos centímetros. Saltaban chispas. Como ocurre en una primera cita. Mejor dicho: como al final de una primera cita fantástica. Como aquel día con Jan a orillas del mar. Justo antes de nuestro primer beso.

—*Ejem, Rosa... ¿de qué va todo esto exactamente?* —pregunté espantado.

Yo ya no escuchaba a Shakespeare, sólo al conde.

—Yo... yo... os amo —susurró Essex, lleno de sentimiento y mirándome con anhelo.

¡Cuánto tiempo había añorado oír aquellas palabras! Y aunque se vertieran en la más estafalaria de todas las situaciones imaginables, fue maravilloso.

—Yo... también a ti —repliqué, sobrepasada por mis propios sentimientos, y olvidé tratar de vos al conde.

*Oh, Dios mío, lo último que me faltaba, Rosa estaba enamorada del conde.*

Nuestros rostros estaban a sólo unos milímetros de distancia y el conde, totalmente inmerso en el juego de roles, sonrió feliz.

—¿Es eso cierto?

—Sí —contesté de todo corazón.

—¡¡¡No!!!

—¿Tú también me amas? —preguntó el conde, sonriendo radiante de felicidad; él también había renunciado al « vos» .

—*¡Ni lo sueñes!*

Mirar a los ojos a Essex... a los ojos a Jan, me hechizó. Fuera de mí, acerqué mis labios a los suyos. Él no se apartó. También estaba fuera de sí. Por el alcohol. Por sus sentimientos hacia la condesa.

—Es hermoso oír que me amas... —susurró Essex.

—Gracias, igualmente —repliqué en voz baja.

Y luego lo besé.

—*Oh..., ¡Dios... mío!*

Los labios del conde eran un poco más ásperos que los de Jan, pero sabían igual. Durante un milisegundo me sentí en el séptimo cielo.

*Aquello era el infierno y por eso grité:*

—*Ahhhhhhhhhhhh!*

El grito de Shakespeare me espantó, y yo también grité a pleno pulmón:

—*¡Ahhhhhhhhhhhh!*

Y luego Essex bramó:

—*¡Ahhhhhhhhhhhh!*

Sin embargo, no lo hizo porque yo hubiera gritado « ¡Ahhhhhhhhhh! », sino más bien por el beso.

—*¿¿¿¿¿Me has besado?!?!?* —exclamó el conde, horrorizado—. *¿Qué juego infame te traes conmigo?*

—Bueno... —Busqué las palabras adecuadas, pero no encontré ninguna.

—*¡Cállate!* —Se apartó tambaleándose y cada vez más descontrolado—. *¡Debería matarte, miserable!*

Continuó retrocediendo, dispuesto a desenvainar la espada, pero tropezó con la mesa. Al hacerlo, tiró una vela encendida, que cayó sobre los papeles y los prendió de inmediato.

—*¡Hamlet, la comedia!* —*grité despavorido.*

—*¡Nuestro poema!* —*grité yo.*

—*¡También!*

Me abalancé sobre la mesa, aparté la vela de un manotazo y tiré al suelo los papeles que ardían. No había que sentir lástima por *Hamlet*, de todos modos Shakespeare tendría que transformar la historia del danés indeciso en una tragedia. La buena suerte en la desgracia fue que, con esa acción, conseguí salvar el poema que habíamos empezado. La mala suerte en la desgracia fue que la madera seca del suelo se incendió rápidamente. En un abrir y cerrar de ojos me encontré en medio de un círculo de fuego.

A las casas de la vieja Inglaterra había que reconocerles una cosa: ardian como la paja. Las llamas se avivaron a mi alrededor y me entró un pánico atroz: ¡iban a achicharrarme! Me vino a la cabeza una imagen de una película sobre Juana de Arco que había visto tiempo atrás. Al principio de la película, unos religiosos quemaban a unos herejes. Los herejes gritaban y gritaban mientras las llamas los devoraban lenta y dolorosamente, y vociferaban implorando a Dios que los salvara de aquel terrible tormento. Al verlo, pensé tres cosas. Primera: qué forma más horrible de morir. Segunda: aquellos religiosos tenían una manera muy curiosa de interpretar el amor cristiano al prójimo. Y tercera: ¿qué dios permite algo así? ¿El dios de las bromas pesadas?

Ahora, yo misma me encontraba cercada por las llamas y sentía un miedo indescriptible a sufrir el mismo dolor que aquellos herejes. Y a que, al morir allí mismo, mi cerebro y mi cuerpo también murieran en el presente. Bueno, mi alma probablemente se reencarnaría, eso ya lo tenía claro a aquellas alturas. Viviría una nueva vida (ojalá no fuera en Afganistán ni en Bangladesh, ni en casa de Britney Spears). O sea que el alma estaba más o menos a salvo. Pero mi espíritu, mi conciencia, mi «yo»... ¡se extinguiría para siempre! Además, continuaba sin saber qué era el verdadero amor. Sería tremendamente triste morir sin haber conocido el verdadero amor.

Las llamas eran cada vez más altas y me tapé la cara con los brazos para protegerme. Entonces oí gritar a Essex:

—¡Allá voy!

Saltó dentro del círculo de fuego envuelto en una manta gris, la echó encima de los dos, me agarró por las caderas y dio otro salto para retroceder. Las calzas se me quemaron un poco por abajo, pero la manta nos protegió de las llamas. Al parecer, Essex se había rociado con el agua de la jarra que había junto a la cama (confié en que se trataba de una jarra de agua y no de un orinal).

*Essex era como todos los hombres del ejército: un idiota insensato. Nadie en sus cabales navegaría por medio mundo por orden de la reina ni cortaría la cabeza a hachazos a gentes de otras tierras sólo para llevar plátanos a Inglaterra. Pero a veces era bueno tener cerca a uno de esos necios valerosos. ¡Ahora, por ejemplo! Si no hubiera besado ya a Essex —por mediación de Rosa—, ¡seguro que*

*le habría dado un beso en aquel instante!*

—¡Aún no estamos a salvo! —me gritó Essex.

Levantó un poco la manta para que pudiéramos encontrar el camino y vi que el fuego ya había alcanzado una viga de madera que estaba sobre nosotros. Echamos a correr y entonces la viga cayó al suelo con estrépito y nos cerró el paso. Había llamas detrás y había llamas delante. Y, por desgracia, también al lado y encima de nosotros. ¡No había escapatoria!

Con todo, al menos moriría en brazos de Jan. En aquel momento estábamos muy juntos, al menos físicamente. Agazapados debajo de la manta gris, ignoré la circunstancia de que realmente olía un poco fuerte a cuña de enfermo. Miré a la cara a aquel hombre maravilloso y no pude evitarlo: volví a darle un beso en la boca.

*¡En verdad que no había imaginado así mi último instante en este mundo!*

Esa vez, Essex no me miró sorprendido ni tampoco espantado, sino totalmente desconcertado. No quería matarme por el beso, como unos segundos antes, sino que más bien parecía... ¿agitado emocionalmente? ¿Le había gustado un poco el beso? Eso era imposible, ¿no? Sería una locura. Una locura aún mayor que todo lo que me había pasado hasta entonces.

Pero quizá, tal vez, a lo mejor, podía ser que nuestras dos almas estuvieran predestinadas y que él lo notara en ese instante aunque yo me hallara dentro del cuerpo de un hombre. A lo mejor yo no era la interferencia en el ciclo del amor eterno entre Jan y Olivia. ¿Quizá era Olivia la que no dejaba de torpedear una y otra vez el amor eterno de dos almas predestinadas? ¿El alma de Jan y la mía?

Tenía que saberlo y por eso volví a besar a Essex, esta vez dulcemente en la mejilla.

No supo cómo reaccionar.

Algo en su interior se sentía terminantemente atraído por mí.

Y, a pesar del increíble calor que hacía, eso me produjo un agradable escalofrío.

*Seguro que Essex tampoco había imaginado así sus últimos instantes en este mundo.*

Fue un momento casi romántico, lástima que el fuego se avivara a mis pies. El calor allí abajo se hizo insoportable. Tanto que tuve que ponerme a dar brinco para escapar de las llamas que devoraban el suelo. Essex hizo lo mismo. Y, así, los dos saltamos arriba y abajo como turistas que se han olvidado de ponerse las chanclas en una playa de Grecia a pleno mediodía. El fuego empezó a chamuscarme las calzas; ya estaban negras y arderían en cualquier momento.

Despavorida, brinqué cada vez más y más alto. Eso ya no tenía nada que ver con el romanticismo, sino más bien con ideas como: ¡ojalá me hubiera ido a la cama con Axel y no a la caravana del hipnotizador.

Entre el chisporroteo de las llamas oí de golpe un crujido. Procedía de la madera carbonizada debajo de nuestros pies. El suelo cedía lentamente a causa de nuestros saltos despavoridos.

—¡Tenemos que dejar de saltar! —le dije aterrizada a Essex.

—Entonces nos quemaremos —replicó.

—Y, si no, romperemos el suelo.

Fue acabar de decirlo y lo atravesamos. Entramos en caída libre y yo le grité a Essex al oído:

—¡SOCORROOOO!

Nos desplomamos contra el suelo del piso de abajo, de donde los moradores debían de haber escapado del fuego hacía rato. Yo aterricé encima del pobre Essex, que amortiguó mi caída. Aun así, continué gritándole al oído:

—¡OOOOOOO!

—Deja de gritar o me volveré... ¡mierda!

—¿Te volverás «mierda»? —pregunté perpleja.

—No —contestó señalando hacia arriba—. El techo está a punto de derrumbarse. Por eso he gritado «mierda».

—Mierda —confirmé con la vista clavada en un madero en llamas que acababa de soltarse.

Con gran presencia de ánimo, Essex cogió impulso y rodó conmigo hacia un lado mientras el madero se estampaba a tan sólo medio metro de nosotros.

Entonces fue Essex quien quedó encima de mí. Y yo miré de nuevo a mi salvador con ojos enamorados, cosa que lo desconcertó visiblemente.

—Te estaría muy agradecido si dejaras de mirarme constantemente de ese modo.

—¿Te molesta? —pregunté.

—Por asombroso que parezca, no —contestó en voz baja.

*¡Pues a mí, sí!*

—Hay algo en ti que me atrae... —balbuceó Essex confundidísimo, y lo dijo mirándome realmente fascinado.

Si yo hubiera estado en un cuerpo de mujer, fijo que en aquel momento me habría besado. El corazón me latía con fuerza porque ya no cabía negarlo: ¡existía realmente una conexión entre nuestras almas! Una conexión que había perdurado a través del tiempo. Incluso más allá de la línea divisoria entre los sexos.

*En situaciones extremas la gente reacciona de manera extrema, naturalmente. Y si salíamos de aquélla, Essex tenía mi permiso para besarme. Por mí, como si quería lamerme la cara como un chucho. Pero ¡aquél no era el momento adecuado! Por eso grité:*

—¡Tenemos que salir de aquí, Rosa!

Aunque Shakespeare tenía razón, no me gustó que destruyera aquel momento mágico con sus palabras.

—Tenemos que levantarnos —le dije a Essex, que asintió moviendo la cabeza.

Sacamos fuerzas de flaqueza y salimos corriendo del piso vacío hacia la escalera, que también estaba ardiendo. Había humo negro por todas partes, apenas se veía nada. Bajamos las escaleras a trompicones y cada vez costaba más respirar. El humo era cada vez más espeso, te obstruía los pulmones. Por asombroso que pareciera, Essex era el que peor lo llevaba.

*El cuerpo de un actor que se desgañita todos los días en el escenario está en mejor forma que el de cualquier soldado.*

Sujeté a Essex, que poco a poco fue perdiendo el conocimiento. A mí apenas me sostenían las piernas y me sacudían unos fuertes ataques de tos. Pero no podía dejar tirado a Essex. Además, amaba demasiado a aquel hombre... o a Jan... o a su alma... Así pues, lo bajé entre estertores por la escalera. A través de la espesa humareda distinguí el contorno de la puerta. Bajé el último peldaño, sólo faltaban unos metros para llegar a la libertad. Sin embargo, el humo era cada vez más espeso e insufrible, yo tosía mucho y me daba la impresión de que escupía grumos de alquitrán. Sentí un mareo, mi conciencia menguaba segundo a segundo. Con mis últimas fuerzas alcancé la puerta. Palpé a través del humo negro buscando el picaporte. Mi mano resbaló por la madera de la puerta en busca de un tirador. La madera estaba muy caliente, noté en los dedos un hollín denso y pegajoso... ¡y por fin di con el picaporte! Iba a tirar de él con mis últimas fuerzas... y comprobé que ya no me quedaban últimas fuerzas. Me desplomé, con Essex inconsciente en mis brazos, justo ante la puerta, a pocos



centímetros de la salvación. Los dos moriríamos asfixiados. O quemados. Lo que ocurriera antes. Y mi último pensamiento fue: una muerte al estilo de las grandes tragedias de amor.

Si no se tenía en cuenta el mal olor de la manta.

*Si aquellos dos paletos no hubieran pasado tanto rato mirándose enamorados a los ojos, nos habríamos salvado y no moriríamos vilmente delante de la puerta. Pero tuve suerte en esa desgracia inconmensurable: al desmayarse Rosa, de repente volví a notar mi cuerpo. Asombradísimo, intenté mover los dedos... ¡y lo conseguí! ¡Podía controlar de nuevo mis extremidades! ¡Qué alegría tan increíble! A pesar del calor sofocante y de hallarme en peligro de muerte, me sentí inmensamente feliz de no estar aprisionado en mi cerebro. Sin embargo, ironías del destino, llevado por la euforia perdí unos segundos valiosísimos moviendo los dedos contento arriba y abajo, como un niño pequeño que aprende a contar. Cuando quise levantarme a duras penas, el humo me privó de mis sentidos y me desplomé. A pocos centímetros de la puerta de mi casa. Ahí, fue mi último pensamiento, acabaría mi vida, en los brazos de un soldado. Eso no era un final para una gran tragedia, ni tampoco para una gran comedia. Hacía falta un nuevo vocablo para mi estúpido modo de actuar: ¡aquello era una cretineda!*

—WILL... —Oí decir a alguien en la lejanía.

—¡WILL! —El grito fue más fuerte.

—¡¡¡WILL!!!

No me atrevía a abrir los ojos. ¿Dónde estaba? ¿Con Próspero en la caravana del circo? ¿O en una nueva vida en casa de Britney Spears? Pero ni Próspero ni Britney me habrían llamado « Will ». Además, aún hacía mucho calor y apenas podía respirar; por lo tanto, seguía en las escaleras llenas de humo. Les di a mis ojos la orden de abrirse y a través del humo negro distinguí una figura alta y gruesa: ¡era Kempe! Había derribado la puerta y me había cogido en brazos.

—Te llevaré fuera —dijo jadeando el gordo.

—Salva a... Jan —balbuceé.

—¿Quién es Jan? —preguntó Kempe confundido.

Entonces volví a perder el conocimiento.

Cuando volví a despertar, estaba tumbada en la calle frente a la casa incendiada; junto a mí, Essex, aún inconsciente. Y, delante de mí, el actor rechoncho que ahora llevaba el chaleco de colores chillones totalmente tiznado.

—Me has salvado la vida —murmuré.

—Empieza a ser costumbre —replicó.

—¿Costumbre?

—Ya es la quinta vez —dijo sonriendo burlón.

—¿Cómo?

—Las he contado. La primera vez fue cuando intentaste matarte.

—¿Yo intenté matarme?

—Por la pena que te había causado tu esposa...

¿Shakespeare tenía penas de amor por su esposa? ¿Y por eso incluso intentó quitarse la vida? En aquel momento, sentí simpatía por él. Así pues, en el fondo de su corazón no era un arrogante que despreciaba a las mujeres, sino que su rechazo frente al sexo femenino tenía su origen en un gran dolor. Era un alma herida, como yo había supuesto. Igual que yo. A lo mejor incluso más que yo, puesto que yo nunca había intentado matarme por Jan, tan sólo había malgastado algunos años de mi vida.

¿Dónde se había metido Shakespeare? Estaba callado. No creía que hubiera

desaparecido, me parecía notar su presencia en mi cuerpo, perdón, en su cuerpo. ¿Estaría todavía inconsciente?

—La segunda vez que te salvé la vida —prosiguió Kempe— fue cuando expresaste ante el conde de Worcestershire la suposición de que sus padres eran con toda seguridad hermanos. La tercera vez fue cuando la abadesa del convento de Cambridge iba a matarte a palos por haberles enseñado a dos de sus monjas que la ascesis era una bobada.

Soltó una carcajada. Tenía la misma risa reconfortante que mi amigo Holgi, y era realmente un buen amigo de Shakespeare, igual que Holgi para mí. Cuántas veces me había consolado cuando yo estaba hecha polvo. Cuántas veces tuvo que verme llorando por Jan mientras me dormía. Cuántas veces había venido a mi casa porque, estando ya en el váter, me había dado cuenta de que una vez más me había olvidado de comprar tampones.

Cierto que Holgi no arriesgaba su vida, pero había renunciado a más de un rollito de una noche, que seguramente le habría complacido más que pedirle tampones al dependiente de la gasolinera. ¿Y cómo se lo había agradecido yo? No especialmente. Siempre lo había dado por hecho, nunca le había dicho que, a su modo, significaba tanto para mí como Jan. ¿Era eso lo que debía aprender sobre el verdadero amor? ¿Que es la amistad?

—Ahora mismo acabo de salvarte por cuarta vez —dijo Kempe sonriendo, y con ello interrumpió mis pensamientos.

—Creía que ésta era la quinta vez.

—No, ésa viene ahora, amigo mío.

Miré con sorpresa a Kempe.

—Los hombres de Henslowe quieren matarte. Phoebe le ha explicado a su padre que la has desvirgado.

—Pero ¡no es verdad! —protesté.

—Pues entonces vas a tener bronca sin la diversión previa —dijo Kempe con una sonrisa de fingida compasión.

—Muy gracioso —refunfuñé.

—Escóndete en el teatro —propuso Kempe.

—¿No será donde irán a buscarme primero? —inquirí.

—Ya lo han hecho, por eso no volverán. Y yo los despistaré en la búsqueda, los llevaré al burdel, donde unas cuantas damas, a las que he pagado, los esperan para distraerlos... y para alegrarles la vida con un poco de sífilis.

—Eres un buen amigo —dije, suspirando de alivio y pronunciando la frase que debería haberle dicho a Holgi hacía mucho tiempo. Pero como no estaba allí, estreché a Kempe. Muy fuerte. Y confié en que algún día también tendría la oportunidad de estrechar a Holgi de la misma manera.

—Me estrujas como un luchador —dijo Kempe soltando una estruendosa risotada.

—Lo hago por amor —repliqué sonriendo, lo cual lo dejó visiblemente asombrado.

—No me gustaría ser testigo del amor de los luchadores —dijo Kempe esbozando una sonrisa.

Entonces mis ojos se posaron en Essex, que continuaba inconsciente. Parecía tan desvalido, allí tumbado, cubierto de hollín y con la ropa llena de agujeros provocados por el fuego.

—¿Y qué pasará con él? —pregunté con preocupación.

—Lo llevaremos con nosotros al Rose.

Cuando llegamos al teatro, subimos a Essex como pudimos al escenario y lo dejamos allí tumbado. Kempe se despidió para ejecutar la misión sífilis. Shakespeare continuaba sin hablar conmigo. Así pues, me encontraba totalmente sola en el teatro, que presentaba un ambiente radicalmente distinto al de unas horas antes. Estaba tranquilo, la multitud revoltosa y entusiasmada que a última hora de la tarde enfebrecía con los actores y se lo pasaba bomba se había acostado hacia rato. La luna y las estrellas brillaban por encima de la claraboya, con una claridad que jamás había visto, ni siquiera aquella noche con Jan junto al mar. Aquella vista era una de las ventajas de estar en un siglo sin problemas medioambientales. La única polución salía de mi ropa llena de humo, que tenía que cambiarme ya. Pero, puesto que en mi cuerpo de hombre eso seguramente me complacería tanto como antes vaciar la vejiga, decidí esperar un poco. Respiré hondo y procuré ordenar mis pensamientos: había aprendido mucho sobre el amor. Que hay almas que están predestinadas a través de todos los tiempos. Aunque seguía sin saber exactamente si Jan estaba predestinado para mí o para Olivia. El alma de Jan y la mía seguro que estaban unidas de alguna manera, eso ya lo tenía claro. Pero, aun así, me pregunté: ¿Era yo realmente su gran amor eterno o sólo era la tentación que entorpecía el verdadero amor? Una tentación que siempre le afectaba en situaciones extremas: antes, cuando estuvo a punto de ahogarse en Sylt y, en el pasado, a punto de morir quemado en casa de Shakespeare.

También había aprendido que no había cultivado suficientemente mi amor por mi mejor —y único— amigo. Y que la vida era demasiado corta para no gozar de ella, aunque no sabía exactamente cómo debía disfrutarla. Pero saltaba a la vista que, a pesar de todo, aún no había aprendido bastante del verdadero amor como para regresar a mi presente.

Suspiré, miré a mi alrededor, fui hacia la parte de atrás del escenario y vi un pequeño escritorio con tinta, pluma y una vela. Igual que el que había en casa de Shakespeare. Probablemente allí escribía de vez en cuando algún cambio en sus obras. Me incliné sobre los papeles y vi una sola frase garabateada: « El infierno se ha vaciado y todos los demonios están aquí» .

Esboqué una sonrisa y recordé que también había aprendido algo más sobre el amor: que yo amaba la escritura.

Me saqué del bolsillo de la camisa el soneto comenzado y me alegré de que el papel estuviera sano y salvo, si bien se le habían chamuscado un poco los bordes. Encendí la vela y extendí el papel sobre la mesa. Un poco de hollín de la camisa se esparció encima del papel. De golpe y porrazo, oí:

—*El papel se va a manchar.*

—¡Dios santo! —grité espantada, y lo abronqué—: Tienes debilidad por los momentos de impacto.

—*Un momento, un momento, ¿quién ha impactado aquí a quién? ¡No fui yo quien besó a un hombre!*

—Bueno... Hilando fino, sí que fuiste tú —insinué—. Era tu cuerpo.

—*No me apetece que me lo recuerden.*

—Tú has sacado el tema.

—*Y también lo zanja.*

—Buena idea.

—*Pero me agradecería que no volvieras a besar a ningún hombre.*

Puesto que no podía prometérselo, callé. Al cabo de un rato, Shakespeare propuso:

—*Tenemos que cambiarnos de ropa.*

—¿Qué?

—*Tenemos que lavarnos y cambiarnos de ropa.*

—Soy una mujer y no pienso desvestir a un desconocido aunque esté metida en su cuerpo —aclaré.

—*Pero no podemos presentarnos así, cubiertos de hollín, delante de la condesa María para cumplir nuestro encargo. Y si no lo hacemos, acabaremos en la Torre.*

—Por lo que me han dicho, no sería mucho peor que estar en el colegio —comenté corrosiva, aun sabiendo que el hombre tenía razón. Había que lavarse y cambiarse de ropa. Decidida, puntualicé—: Pero los calzoncillos se quedan donde están.

—*¿Qué son unos calzoncillos?*

—¿Cómo que « qué son unos calzoncillos » ?

—*No he oído nunca esa palabra.*

—¿No sabes qué son unos calzoncillos?

No me lo podía creer. ¡Había ido a parar a un siglo en el que todavía no se habían inventado los calzoncillos!

—*¿Qué son unos calzoncillos? —pregunté otra vez.*

Cavilé un momento y pensé que difícilmente cambiaría el futuro si le revelaba a Shakespeare el concepto de calzoncillos y, por lo tanto, le describí en qué consistía uno de los mejores inventos de la humanidad. Cuando acabé, dije impresionado:

—Con unos calzoncillos, más de uno podría evitar las marcas marrones en las calzas.

Considerándolo de ese modo, los calzoncillos tal vez eran el mejor invento de la humanidad. No obstante, saberlo no me ayudaba. Si me cambiaba de ropa, tendría que desvestirme. Así pues, preferí no cambiarme de ropa.

—¿De veras no quieres desnudarme?

*Al parecer, Rosa era una mujer decente, de las que no abundan. Poco a poco iba pensando que podrían haberme asaltado espíritus mucho más terribles que Rosa: el espíritu de Atila, rey de los hunos, el de Nerón o —no quería ni imaginarlo— el de mi detestable madre. Si ella hubiera tenido que desvestirme... No quería ni imaginar semejante pesadilla. Volví a concentrarme a toda prisa en el problema que se había presentado.*

—Existe una posibilidad de salir del dilema.

—Como me digas que podrías llamar a una mujer para que te desnude, ¡te arreo!

—Pues entonces te arrearías a ti misma.

—Valdría la pena.

*Rosa los tenía bien puestos, hablando metafóricamente, claro, puesto que eran míos. Sin embargo, me lo estaba pasando en grande, me gustaban las mujeres con temperamento.*

—He descubierto una cosa en el incendio. Cuando tú duermes o estás inconsciente, puedo recuperar mi cuerpo —le revelé.

Eso me extrañó. Pero realmente parecía una buena solución; así no tendría que lavarle el cuerpo a Shakespeare. Además, después de tantas aventuras estaba muerta de cansancio, agotada.

—Parece un buen plan —contesté, pues, a Shakespeare—. Tengo muchas ganas de dormir.

Me acerqué a un diván que había en un rincón entre objetos de atrezo como banderas, lanzas y caballos de madera. El diván tenía cierto aire romano, parecía uno de éstos desde donde los Césares gritaban: « ¡Orgias, dadme más orgias! ». Me tumbé, pero no hubo manera de conciliar el sueño. Tenía demasiada adrenalina en la sangre. Además,apestaba a humo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No puedo dormir.

—Tal vez yo pueda ponerle remedio. Desde hace unos años, la gente canta una nueva nana que gusta mucho a todos los niños ingleses. Una cancioncilla de verdad. A lo mejor te ayuda.

—No lo dirás en serio... —dije sonriendo burlona.

—Duerme, niño, duerme. Papá está guardando el rebaño... —empecé a cantar sin más.

—¡Oh, no! —exclamé, echándome a reír.

—*Mamá está sacudiendo el tronquito...*

—Francamente, eso suena malicioso...

—*Seguro que lo es.*

—Sobre todo porque el padre está guardando el rebaño —comenté sonriéndome—. Por lo tanto, la pregunta es: ¿qué tronquito sacude la madre?

—*Sólo cabe suponer que se trata de otro hombre. Alguien que no huele tan mal como el pastor.*

—¿El cuñado, quizá?

—*O el cura.*

—Por eso la mamá quiere que el niño se duerma de una vez. Para que el niño no se forme una mala opinión de Dios si los pilla juntos.

—*Tarde o temprano, todo el mundo se acaba formando esa opinión.*

—Por ejemplo, el padre, que está en el prado y no sospecha nada del asunto del tronquito.

—*El pobre hombre seguro que entretanto busca satisfacción con las ovejas.*

—Gracias, con esa imagen en la cabeza fijo que ya no podré dormir —comenté sonriendo con ironía.

—*A mí me sabe mal por el cura.*

—¿Porque tendrá problemas con sus superiores por tener relaciones carnales?

—*No, de las relaciones carnales disfrutan hasta los obispos.*

—Entonces, ¿por qué?

—*Porque tiene un tronquito en vez de una buena tranca.*

Solté una carcajada; había que reconocer que Shakespeare tenía sentido del humor.

—En ese caso, a mí me sabe peor por la mujer —contesté.

*Solté una carcajada; había que reconocer que Rosa tenía sentido del humor.*

Era la primera vez que me divertía de verdad en el pasado. Para ser exactos, era la primera vez que me divertía de verdad desde hacía bastante tiempo.

*Era la primera vez desde hacía tiempo que estaba alegre de veras. Para ser francos, era la primera vez que estaba alegre de verdad desde la gran catástrofe de Stratford.*

¿Tal vez tenía que ser capaz de apreciar mi alma?

*Rosa y yo continuamos fabulando con la historia del pastor, el cura y el tronquito; constatamos entre otras cosas que el término «amor pastoril» poseía cierta connotación zoofílica y nos lo pasamos en grande. Nuestras risas se fueron convirtiendo en amplias sonrisas a medida que Rosa se adormecía, y al final se durmió contenta. Me pregunté qué aspecto tendría Rosa, qué impresión causaría ver a aquella mujer tumbada en el diván. ¿Era encantadora? ¿Incluso fascinante? ¿Tan fascinante como ocurrente?*

*Ahuyenté de mí esos pensamientos, no podía volver a perder un tiempo precioso. Recuperé el control de mi cuerpo, me quité la ropa sucia, me apresuré a lavarme, encontré ropa limpia en los arcones del teatro y me puse en camino para ir a ver al alquimista Dee. Caminé de noche por Southwark, cuyas calles estaban desiertas. A esas horas, en las calles y en los prostibulos sólo quedaba la chusma de la chusma: rateros, ladrones y recaudadores de impuestos. Pasé a toda prisa por delante del burdel de Henslowe, que estaba cerrando sus puertas. Los clientes se tambaleaban por las calles, algunos ya se rascaban sus partes. Pensé si no debería hacer una paradita en el burdel —a la gente del teatro nos hacían descuento y también nos servían después de cerrar—, pero entonces salió Kempe tambaleándose borracho con unos cuantos matones de Henslowe. ¿Qué hacía con aquellos canallas despreciables? ¿Por qué le daban las gracias por haberlos invitado? Y, sobre todo, ¿por qué me hacía señales con la mano para que me esfumara?*

*Algo malo, deduje, tenía que haberle causado Rosa a Phoebe. O bien había desvirgado al pequeño mal bicho o justamente no lo había hecho. Y si uno pensaba en el pudor que Rosa había sentido ante la idea de lavarme, seguro que el problema más bien radicaba en una no desfloración. Pero de ese dilema relativamente insignificante ya me ocuparía en otro momento. Primero tenía que expulsar a Rosa de mi cuerpo.*

*Me alejé a toda prisa del burdel, caminando por las callejuelas vacías en dirección al Támesis. Allí alquilé un pequeño bote y remé río abajo, por las aguas iluminadas por antorchas, hasta un edificio de piedra en ruinas que había sido construido por los normandos durante su dominio. Allí residía el alquimista Dee. Llamé a la puerta de hierro forjado y al cabo de unos segundos me abrió un chino de baja estatura, con bigote, un gorro negro y una indumentaria verde.*



—¿Qué quiere? —me preguntó.

—Quiero ver a John Dee. Soy William Shakespeare.

El asiático se puso de muy buen humor al oír mi nombre.

—¿Shakespeare?... Me encanta Tlabajos de amor perdidos.

¡Era un admirador de mi arte! Lo sabía: mis obras podían entusiasmar a las gentes de todo el mundo.

—¿Qué es exactamente lo que le gusta de la obra? —pregunté cuando entramos en el gran vestíbulo de piedra. Siempre era un placer escuchar cumplidos sobre mi trabajo.

—Los personajes no palan de hacer el tonto.

Sí, ése era uno de los grandes secretos de las buenas historias: el público quería ver que la gente más hermosa y más rica también lo tenía difícil. Por eso escribía sobre los miedos de los señores, sobre amores de condes y sobre los amores incestuosos de los reyes.

El chino amante del teatro me condujo a una sala en la que había muchísimos planisferios celestes, con ayuda de los cuales Dee elaboraba horóscopos para aristócratas y, por lo que se rumoreaba, también para la reina. Además, las paredes estaban llenas de tapices asiáticos. Seguro que todo aquello, incluido el pequeño chino, eran recuerdos de los viajes legendarios de Dee a la remota Asia. El alquimista estaba ante un escritorio de piedra, inclinado sobre un pergamino chino en el que había un planisferio celeste dibujado. Probablemente elaboraba sus predicciones astrológicas con la ayuda de sus conocimientos de métodos orientales. Dee era un anciano, tenía las cejas pobladas y parecía un hombre al que no le interesaba nada más que la ciencia.

—¿Por qué osas estorbarme, Hop-Sing? —le preguntó con voz suave al chino, sin levantar la vista del planisferio.

—William Shakespeare quiere velos.

—¿Qué quieres, bardo? —preguntó, pero siguió sin levantar la vista del pergamino.

—Estoy poseído por un espíritu y necesito vuestra ayuda.

—No me interesa —fue la respuesta, y el alquimista hizo un gesto con la mano para indicarme que me fuera.

—Yo... os lo ruego... —suplicó desesperado—. El espíritu es una mujer...

—Me trae sin cuidado.

—... Procede de una tierra lejana con un extraño nombre...

—También me trae sin cuidado.

—Esa tierra se llama Wuppertal...

Fue acabar de decirlo y el alquimista dejó el planisferio, me miró con los ojos abiertos como platos y me preguntó asombrado:

—¿Wuppertal?

*Dee se incorporó y me preguntó inquisitorialmente qué sabía sobre Rosa y Wuppertal. Puesto que era muy poco, mis respuestas le resultaron ampliamente insatisfactorias.*

*—¿Por qué os interesáis tanto por Wuppertal? —acabé por preguntarle.*

*—Porque ese lugar no existirá hasta llegado un futuro lejano —replicó.*

*Lo miré sorprendido, ahora era yo quien tenía cientos de preguntas, pero Dee me dejó con la palabra en la boca y me ordenó:*

*—Vuelve dentro de dos noches. Ni antes ni después. Entonces te liberaré de ese espíritu, ¡de una vez por todas!*

*—¿Vas... vas a destruirlo? —pregunté.*

*De golpe me sentí un poco preocupado; después de todo, le había cogido cierta simpatía a Rosa.*

*—Cabe la posibilidad.*

*Tragué saliva y, puesto que el alquimista notó que me embargaban las dudas, comentó:*

*—Para hacer tortilla, hay que romper huevos.*

*Era una de las frases de moda que últimamente aparecían en el tesoro de la lengua londinense.*

*Sentí un escalofrío ante la idea de que el espíritu de Rosa tal vez sería destruido. Pero yo no podía seguir viviendo con ella en mi cuerpo y, por tanto, confirmé en voz baja:*

*—Para hacer tortilla, hay que romper huevos.*

*Sali de la casa del alquimista y regresé a Southwark al alba. Delante del teatro me esperaba ya el carruaje que debía llevarme a ver a la condesa María. Apenas sentarme en él, volví a perder el control de mi cuerpo porque Rosa se estaba despertando...*

*... Por un instante confié en que despertaría en la caravana de Próspero en el circo y que el viaje al pasado sólo habría sido un mal sueño. Pero, evidentemente, no se dio el caso.*

*Noté un vaivén y oí un trote de caballos. Abrí los ojos: volvía a estar en el carruaje, llevaba una camisa abullonada marrón y unas calzas verdes. Noté algo dentro, metí la mano en el bolsillo y encontré un medallón. Sin embargo, no era*

el que contenía el retrato de la condesa rubia que se asemejaba tanto a Olivia; dentro había un retrato de dos criaturas de la misma edad, unos siete u ocho años. La niña llevaba un casto vestido blanco, era guapa y estaba radiante. El niño vestía calzas, camisa abullonada y gorguera, y parecía triste, sensible y muy frágil.

—*Hamnet y Judith, mis gemelos.*

—O sea que tienes hijos —constaté.

Poco a poco me iba acostumbrando a que Shakespeare hablara conmigo desde la nada en mi cabeza.

—*¿Dudabas de mi potencia?*

—Tu potencia no me interesa —repliqué.

—*Pues a todas las mujeres les interesa.*

—Yo no soy «todas».

—*Sí, ya me lo parecía.*

No lo dijo despectivamente, sino más bien con amabilidad. ¿Empezaba a apreciarme? ¿Igual que él a mí me resultaba cada vez más simpático? Volví a hablarle de sus hijos:

—Es que como vives en un cuarto pequeño y eso no es lugar para una familia...

—*Mis hijos siguen en mi pueblo natal, en Stratford-upon-Avon.*

—Entonces, ¿por qué tú estás en Londres y no en Stratford?

—*En mi pueblo, por desgracia, hay una demanda infima de dramaturgos. Allí sólo podría haberme ganado la vida trabajando de zapatero. Igual que mi padre. Y si hay algo que no me gustaría es acabar siendo como mi padre.*

Lo comprendía perfectamente, yo tampoco quería ser como mi madre. Llena de curiosidad, continué preguntando:

—¿Y ves a tus hijos a menudo?

—*Poquísimo.*

Se esforzó en reprimir el tono de pena en su voz, pero no lo consiguió.

—Los quieres mucho, ¿verdad? —pregunté compadecida.

—*¡Sólo un bárbaro no querría a sus hijos!*

—¿Estás divorciado?

—*¿Divorciado? ¿Qué quieres decir?*

Ah, claro: el divorcio todavía no se había inventado. Ni los contratos matrimoniales, las pensiones alimenticias y los litigios por la patria potestad. Corregí la pregunta:

—Me refería a tu mujer. ¿Por qué no quiso venir contigo a Londres?

—*Eres muy curiosa, Rosa.*

—Perdona... —contesté.

Tenía razón, aquello no me incumbía. Yo no era una amiga, sólo era un espíritu que se había apoderado por casualidad de su cuerpo.

*Me supo mal haber puesto a Rosa tan bruscamente en su sitio. Parecía interesarse sinceramente por mi suerte y, además de mi fiel amigo Kempe, era la única criatura en este mundo de Dios que quería ser partícipe de mi ventura. ¿Debía hablarle a Rosa de Anne?*

Shakespeare se quedó callado y yo noté automáticamente que quería hablar de sus sentimientos, pero no se atrevía. ¡Típico de hombres!

—A veces va bien hablar de tus sentimientos... —le planteé.

*Hablar de tus sentimientos, pensé, qué idea más rara.*

—Ya sé que a los hombres os cuesta mucho. Pero hablar de tus sentimientos es como vomitar.

—¿Vomitara?

—Al principio es desagradable, pero luego se siente alivio.

—Tienes un interesante olfato para las metáforas —apunté divertido.

—Gracias —dije esbozando una sonrisa.

*Durante un breve instante medité si no debería atreverme. Al fin y al cabo, hacía años que no hablaba con nadie de mis penas. Excepto aquella noche en que le confié todo lo que abrumaba mi corazón a la prostituta Sophie, a sabiendas de que la prostituta roncaba durmiendo la borrachera. Pero, aunque casi creyera a Rosa en que abrir mi corazón podría aliviarme, continuaba siendo incapaz de reunir el valor suficiente para confiarle a alguien la historia de mi ventura.*

—¿Y bien? ¿Quieres hablar? —pregunté cautelosa.

—Estoy agotado. Tengo que descansar...

A partir de entonces, Shakespeare no dijo una palabra más. Seguramente, no habíamos llegado tan lejos como para hablar de sentimientos. Probablemente, tampoco era necesario, ni oportuno... Bien pensado, incluso era absurdo: ¿por qué iba a hablar el gran Shakespeare de sus sentimientos precisamente con alguien como yo?

Acaso porque teníamos una y la misma alma.

Al pensarlo, sentí una pequeña esperanza: Shakespeare y yo no lo habíamos tenido fácil en el amor. Tal vez cabía la posibilidad de que algún día nos ayudáramos mutuamente. Quizá podríamos descubrir juntos qué es el verdadero amor.

El carruaje recorría la ciudad de camino a casa de la condesa y confié en que los espías españoles no me siguieran. También caí en la cuenta de que Essex no venía con nosotros, ¿seguiría en el teatro? Había estado tan ocupada con Shakespeare y con mi situación que casi me había olvidado de él. Era la primera vez en años que no me despertaba pensando en Jan.

El carruaje se acercaba a la puerta de la ciudad, vigilada por soldados. En el camino nos cruzamos con campesinos de aspecto miserable que entraban en la ciudad avanzando despacio y tirando de carros cargados de cereales; por lo visto, no podían permitirse un caballo. Los hombres estaban demacradísimos y seguro que les habrían encantado las subvenciones agrarias de la UE. Al franquear la puerta, vi algo terrorífico: dos cabezas humanas cortadas y ensartadas en unas lanzas. Nunca había visto nada tan horrible y conté con que vomitaría en cualquier momento, pero por lo visto el estómago de Shakespeare era más resistente que el mío. Probablemente él ya estaba acostumbrado a esas imágenes. Una vez más, me compadecí de él.

William seguía sin decir esta boca es mía, era evidente que estaba durmiendo en algún lugar en el fondo de su... mi... nuestro cerebro. Se lo había ganado, el tiempo que pasaba conmigo seguro que también era agotador para él. Confié en que el resto de la noche lo hubiera utilizado realmente sólo para lavarse y cambiarse de ropa, y no para algún desfloramiento.

El carruaje salió de la ciudad y el aire mejoró mucho al instante. Los prados estaban cubiertos de preciosas flores amarillas y rojas, a las que les sentaba bien que aún no se hubiera inventado la lluvia ácida ni las emisiones de monóxido de carbono. La visión de aquellos prados era maravillosa y me distrajo de la de las cabezas cortadas. Por desgracia, también me llevó a imaginar lo fantástico que sería pasear por ellos con Jan/Essex. En esa fantasía, yo poseía mi cuerpo de Rosa, claro. De lo contrario, habría recordado a *Brokeback Mountain*.

Después de recorrer unos cuantos kilómetros a través de un paisaje maravilloso llegamos a un pequeño castillo. Era un castillo de verdad, no una mansión de la campiña inglesa como las que conocemos por las películas de Jane Austen. Pasamos por un puente levadizo, cruzamos un portalón abierto y recorrimos un precioso jardín en el que había un laberinto de setos. Todo el

complejo era fascinante y pensé: si yo fuera condesa, también querría tener un castillo como éste.

El carruaje se detuvo ante el portal, bajé y llamé a la puerta maciza de roble. Al cabo de unos instantes abrió un señor mayor, vestido con calzas blancas, chaqueta azul, chaleco rojo y una gorra que recordaba vagamente esos chismes que lleva la gente en la gala del carnaval de Mainz. El hombre parecía muy envarado y hablaba por la nariz:

—Soy Malvolio, el *maior domus* de la casa.

—De acuerdo... —contesté, sin tener la más remota idea de qué era realmente un *maior domus*.

—Y vos, ¿quién sois? —inquirió el hombre.

—William Shakespeare.

Era la primera vez que pronunciaba el nombre sin titubear.

—¿Y qué deseáis? —preguntó.

—Ver a la condesa.

—Cómo no, sólo tenéis que esperar un poco.

—¿Cuánto?

—Siete años.

El hombre sonrió y me cerró la puerta en las narices.

¿Siete años? Aquella mujer se había tomado realmente en serio su voto de guardar la memoria de su hermano muerto y no ver a ningún hombre durante ese largo período de duelo.

Ni corta ni perezosa, rodeé el castillo, encontré una ventana abierta y entré por ella. Dentro, todo era mucho menos acogedor que en el jardín. En las paredes había más animales disecados que en una taberna del Tirol. Y entre los cadáveres de animales colgaban un montón de cuadros de un hombre joven y un poco regordete. Se lo veía cazando, practicando la esgrima o mirando tontamente a la nada como sólo vemos hacer a las personas que quedaron inmortalizadas en un lienzo. Seguro que aquel hombre era el hermano muerto al que tanto lloraba María. Confié en que no se tratara de uno de aquellos amores fraternales ante los que cualquier persona socializada con normalidad exclamaría: «maldita procreación consanguínea».

Al final del pasillo descubrí una puerta abierta que conducía fuera de la casa, a la parte posterior de la finca.

De repente oí a mis espaldas los pasos y resoplidos del *maior domus*. Salí por la puerta a toda prisa y me dirigí a un pequeño estanque lleno de nenúfares. El *maior domus* no me siguió, o sea que no me había oído. Respiré hondo y entonces oí otros pasos, esta vez más ligeros. Volví la cabeza y vi salir a la condesa. Era clavada a Olivia, llevaba el pelo recogido en un moño alto y una toalla en la mano, pero, más que nada, iba completamente desnuda. Saltaba a la vista que quería bañarse en su pequeño estanque. Aún no me había descubierto, pero si me

veía, seguro que gritaría pidiendo auxilio. Y entonces no estaría tan predispuesta a aceptar mi petición y el jefe de los servicios secretos Walsingham haría realidad su amenaza de cortarme el cuello.

Por otro lado, entonces Essex estaría libre y podríamos besarnos de nuevo... Dios mío, ¡qué tonterías se me ocurrían!

Quise desaparecer rápidamente, pero ¿hacia dónde? Presa del pánico miré a mi alrededor y sólo vi una salida: salté al estanque. Justo al zambullirme debajo de los nenúfares me di cuenta de que había tenido mejores ideas en la vida. Seguramente no podría quedarme debajo del agua hasta que la condesa hubiera acabado su baño. Vi un pie desnudo sumergiéndose junto a mí en el estanque y luego, otro.

*Cuando desperté, vi las piernas bien formadas de una mujer debajo del agua. Había tenido visiones mucho peores al despertar.*

La condesa se había sumergido junto a mí hasta la cintura, pero no me veía gracias a los nenúfares.

*También vi un trasero prominente, que despertó todo mi interés.*

No podía moverme si quería evitar que se percatara de mi presencia. Pero se me estaba acabando el aire; de mi boca salían burbujas que ascendían. Oí la voz amortiguada de la condesa que, en la superficie, exclamaba extrañada:

—¿Burbujas?... Pero si no me he tirado un pedo.

Su voz sonaba como la de Olivia. La oía distorsionada, pero la entonación, el timbre, eran idénticos...

—Avisaré al *maior domus* de que no pienso comer más lentejas —oí decir a la condesa.

Cada vez subían más burbujas.

—Ni tampoco cocido de alubias con cebolla.

No pude reprimir más las burbujas.

—¡Ni cerveza!

No tenía ni idea de qué debía hacer.

*—Rosa, no me gustaría ser maleducado ni meterte prisa para que salgas del agua, a mí también me encanta contemplar el magnífico trasero y las piernas de la condesa...*

Shakespeare era realmente increíble.

*—... Pero, cómo lo diría, ¡no quiero morir ahogado, maldita sea!*

Shakespeare tenía razón, si permanecía más rato allá abajo, moriríamos

ahogados. Oí a la condesa decir desconcertada:

—¿De dónde salen todas esas burbujas? Yo no noto que me esté tirando pedos.  
Me armé de valor y salí a la superficie.  
Delante de la condesa desnuda.

Como era de esperar, gritó espantada:

—¡Santa madre de Dios!

Sin embargo, después del primer susto, la condesa se serenó, se tapó los pechos y me preguntó:

—¿Qué hacéis aquí?

Yo boqueé en busca de aire.

—¿Qué hacéis en mi estanque?

—*Admirar las vistas.*

—Yo... yo... soy un mensajero del conde de Essex —intenté explicarle.

A lo cual la condesa replicó:

—El conde es un hombre importuno, pero salta a la vista que sus mensajeros aún lo son más.

—Debo daros un recado de su parte —le dije.

—¿Cuál?

Eso mismo me preguntaba yo. Tenía que conquistar a aquella mujer para Essex, por lo tanto, no podía declamar su bodrio de poema. Mientras pensaba enfrebrecidamente, Shakespeare vino en mi ayuda y me sopló:

—*Recítale el principio de nuestro soneto.*

Así pues, chorreando en el estanque, de pie delante de una mujer que era clavada a mi rival Olivia, declamé:

in día de verano te comparo?  
tienes más dulzura y sentimiento.  
tiempo de verano es muy avaro  
gita los capullos en el viento.

La condesa quedó visiblemente fascinada y, antes de que yo pudiera continuar, me puso los dedos sobre los labios y me indicó que me callara.

—Eso... eso no lo ha compuesto el conde, ¿verdad? —preguntó.

—Sí... sí... —mentí.

—No, seguro que es de un espíritu menos belicoso —replicó emocionada.

—*Los poetas también son mejores amantes que los soldados —rematé. Pero, por desgracia, la bella condesa no me oyó y Rosa no le reveló lo que yo había dicho.*

—Más bien creo que es vuestro, señor —supuso la condesa—. ¿Cómo os llamáis?

—Ejem... William Shakespeare.



—Disculpád, maese Shakespeare, creo que nunca había oído hablar de vos.

*¡Maldición! Lo sabía: tenía que escribir a toda costa obras más buenas para acrecentar mi fama. Para que también supieran de mi criaturas tan maravillosas como aquélla.*

—Maese Shakespeare, ahora debo pedirlos que salgáis de mi estanque y os vayáis de mi castillo.

Me disponía a protestar, pero ella dijo con severidad:

—Ahora.

Y yo hice mutis por el foro calada hasta los huesos.

—*Rosa, ¡aún no podemos irnos!*

No podía hablar con Shakespeare delante de los oídos de la condesa o me tomaría por lela. Así pues, le dije:

—Si me disculpáis un momento.

Y me fui detrás de un árbol. Goteando, le aclaré a Shakespeare en voz baja:

—Quiere que nos vayamos.

—*Cierto. Pero hay muchas cosas que hablan en contra de abandonar este lugar. Por un lado, Walsingham y la reina nos castigarán cruelmente si desistimos.*

—Eso es verdad —admití.

—*Y, por otro, disfruto mucho estando con la condesa desnuda.*

—Pero ¡yo no!

—*Porque tú también eres una mujer.*

—En estos momentos, por desgracia, no.

—*La condesa es toda una belleza.*

—¿Te parece guapa?

—*Me encantaría acostarme con ella.*

—¡¿Qué?!

—*Naturalmente, cuando tú hayas salido de mi cuerpo.*

—Vaya, muy amable por tu parte —dije con ironía.

—*Una noche conmigo la distraería a buen seguro de la pena que la aflige por su hermano.*

—Muy generoso por tu parte —dije con sarcasmo.

—*Yo soy así. Generoso y encantador.*

—Eso no hay quien se lo crea —dije suspirando.

—*A fe mía que la condesa lo creará. Y una relación amorosa de esa indole podría serme muy lucrativa.*

—¿Lucrativa? ¿Y eso? —pregunté desconcertada.

—*Todos los dramaturgos soñamos con una benefactora pudiente. Si la condesa cayera rendida a mis pies, y a fe mía que lo hará si me lo propongo, podría financiarme un teatro propio. Un teatro donde yo representaría las obras que quisiera y donde no tendría que contraer compromisos con el propietario de un*

*burdel. Hace tiempo que sueño con ello; hasta sé qué nombre le pondría: ¡Globe Theatre!*

Hice caso omiso de esas declaraciones. Sólo pensé una cosa: ¡A Shakespeare lo ponía cachondo la condesa!

En mi cuerpo de mujer, seguro que me habría entrado una fuerte migraña. Pero, por suerte, el cuerpo de Shakespeare no era propenso a ello. Al menos, una ventaja.

Tenía que convencerlo de que no se interesara por la condesa.

—La reina quiere unir a la condesa y a Essex.

—*Ya lo sé.*

—Si actuamos en contra de sus deseos, como tú mismo has dicho, nos castigará cruelmente.

—*Eso también es verdad.*

—Por lo tanto, sería muy poco inteligente seducir a la condesa.

—*Así es.*

—Entonces, ¿podrías hacerme el favor de no incordiarme más con el tema?

—*No.*

—*¿¿¿Qué???*

—*Está decidido: ella financiará mi teatro. Es la primera mujer que conozco que es rica y hermosa a la vez. Tiene un rostro distinguido, un cuerpo impecable...*

—De eso, nada —protesté—. La condesa tiene cartucheras —lo interrumpí, picada, aunque no estaba del todo segura. En cualquier caso, en nuestro milenio, Olivia tenía un poco de celulitis en los muslos, como pude comprobar un día que fuimos a bañarnos con los amigos de Jan. Ciertamente que no tenía ni mucho menos la piel de naranja que tenía yo, pero igualmente estuvo bien constatar que ella tampoco era perfecta.

—*Yo no he visto ninguna cartuchera. Y créeme, he mirado a fondo. La condesa tiene una figura realmente impresionante, como si los dioses hubieran creado su cuerpo, y cuando digo «dioses» me refiero a dioses inmensamente capaces...*

—¡ARGGGGGG! —grité a pleno pulmón. No podía soportarlo más.

—¿Estáis bien? —oí preguntar a la condesa, preocupada.

Me volví; estaba a unos pocos metros de mí, envuelta en su gran toalla. No era una toalla bonita, de colores vivos y esponjosa como las de nuestra época, sino un simple trapo áspero y gris, que parecía una manta carcelaria. Por lo visto, las mujeres de la época no sólo tenían que soportar los corsés.

—¿Cuánto... cuánto hace que escucháis? —pregunté a la condesa.

—Desde « la condesa tiene cartucheras» —contestó.

*Si hubiera tenido poder sobre mi cuerpo, me habría hundido en la tierra de vergüenza.*

—Yo... ejem... me refería a otra condesa —repliqué no muy convencida y, claro, ella no se creyó una palabra.

—Es hora de que regreséis con el conde —me exigió.

Asentí, pero Shakespeare protestó en mi cabeza.

—*Sigue recitándole nuestro soneto.*

—No pienso recitar ningún soneto —repliqué con cabezonería.

A lo cual la condesa replicó con frialdad:

—Maese Shakespeare, tampoco esperaba que lo hicierais.

También sabía comportarse con altanería, como Olivia. Me fui de allí a paso rápido, pero Shakespeare no aflojaba:

—*Si no le recitas el poema, a partir de ahora estaré todo el rato cantando God save the Queen en tu cabeza.*

—¿Qué?

—God save our gracious Queen —*entoné.*

—¿No irá en serio?

—Long live our noble Queen, God save the Queen —*canté desafiando en un tono agudo que induciría al suicidio a cualquier amante de la música.*

—Si no estuviéramos los dos en un mismo cuerpo, ahora mismo te arreaba...

—*Send her victorious...*

—A lo mejor te arreo de todos modos...

—*Happy and glorious...*

—Vale, vale, tú ganas.

*No había arma más poderosa que la insistencia para conseguir algo. Ésa era también una de las fórmulas más exitosas de la Iglesia anglicana. Junto con la tortura.*

Di media vuelta y retrocedí hasta la condesa. Ya me había oído y seguramente había llegado a la conclusión de que me había pasado todo el rato hablando disparatadamente a solas. Por eso me miraba compasiva.

—¿Habéis luchado en alguna guerra y esa vivencia os ha hecho perder la razón?

—No, nunca he luchado en una guerra —contesté.

—Entonces, ¿qué os ha turbado el juicio? —preguntó preocupada.

—Sería muy largo de explicar.

Y luego hice lo que me había dicho Shakespeare, y recité nuestro soneto inacabado:

in día de verano te comparo?  
tienes más dulzura y sentimiento.  
tiempo de verano es muy avaro  
gita los capullos en el viento;  
en abrasa el sol desde la altura  
1 velo nubla su óculo dorado;  
por azar o anhelo de natura  
ello va perdiendo su legado.

Los versos arrancaron lágrimas a la princesa. A medio recitar, dijo extasiada:  
—Tenéis una lengua muy locuaz.  
—*Y también muy diestra* —*exclamé.*

Preferí no comentárselo a la condesa y contemplé su semblante conmovido. Me resultó extrañísimo que precisamente yo hubiera fascinado tanto a mi mayor rival. Con rimas en cuya composición yo había participado.

Entonces me dispuse a irme de verdad; Shakespeare ya podía cantar lo que quisiera, me daba igual. Por eso dije «adiós» e hice una reverencia. Y me di cuenta de que aquel gesto había sido galante, pero también bastante masculino. ¿Influiría el nuevo cuerpo en mi conducta? ¿Me convertiría en un hombre si continuaba mucho tiempo allí? ¿En alguien que continuamente estaría tocándose el paquete?

Sacudí la cabeza para apartar esos pensamientos y me fui a toda prisa.

—¿Podrías darle un recado al conde de mi parte? —gritó turbada Olivia a mis espaldas. Me di la vuelta y pregunté:

—¿Cuál?

—Que vuelva a mandarme noticias tuyas.

Parecía muy nerviosa. Yo no acababa de entender qué le pasaba. Quería que los hombres la dejaran tranquila durante siete años, ¿y ahora quería encontrarse con el conde?

—Se lo diré.

—Gracias. Pero hay una condición.

—¿Cuál? —pregunté.

—Sólo vos podéis traerme las noticias, maese Shakespeare —contestó con voz temblorosa.

Entonces lo comprendí todo: realmente no quería recibir noticias del conde. Quería volver a verme a mí. Sólo a mí. O mejor dicho, quería volver a ver al hombre que la había comparado con un día de verano: Shakespeare. El poeta exclamó lleno de júbilo:

—*¡Gracias, oh, dioses!*

Si la condesa se había enamorado de Shakespeare y yo albergaba

sentimientos por Essex, quien a su vez quería a la condesa, entonces nos estábamos abocando a un cuadrado amoroso.

Un cuadrado amoroso con tres cuerpos únicamente.

Antes de que pudiera analizar de qué manera el reciente desarrollo de los acontecimientos complicaría aún más nuestro cuadrado amoroso de tres cuerpos, el *maior domus* Malvolio se me plantó delante:

—Si me quitas a la condesa, te retorceré el pescuezo.

¿Estaban todos los hombres pringados de aquella tonta?

—Tranquilo, no tengo ningún interés en ella —dije intentando calmarlo.

—*Pero ¡yo sí!*

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar urgentemente —le dije a Shakespeare, con los nervios de punta.

—¿De qué? —preguntó Malvolio.

—No me refería a ti, idiota.

—Ejem... Entonces, ¿a quién? —preguntó extrañado, después de haber mirado alrededor y no haber descubierto a nadie.

—A otro idiota —contesté, y me marché.

Tenía muy claro que allí no podía machacar a Shakespeare sin estorbos. Por eso me apresuré a salir del edificio, vi el laberinto de setos y pensé que sería el lugar perfecto para conversar sin dificultad. Al cabo de unos minutos comprobaría que aquella idea no era más que una falacia.

Entré en el laberinto, pasé de un camino zigzagueante al siguiente, y enseguida comprendí por qué algunas personas ricas se los hacían instalar en los suntuosos jardines: allí dentro te sentías de inmediato apartado del mundo normal. Como si estuvieras en una tierra aislada.

Junto a uno de los setos cortados con meticulosidad había un banco de madera. No era un banco sencillo como los que había en nuestros parques públicos, sino con muchos ornamentos tallados a mano que representaban al hermano de la condesa. Casi daba la impresión de que el difunto era el Salvador. Me senté y respiré hondo por fin. Después de ordenar un poco las ideas, me dirigí a Shakespeare:

—Te lo digo por última vez: olvida a esa mujer.

—¿Sabes qué empiezo a sospechar, Rosa?

—No, pero seguro que me lo dices ahora mismo.

—*Estás celosa de la condesa.*

—¿Que yo estoy celosa de la condesa? —exclamé indignada.

—*Amas a Essex, eso está más claro que el agua; no tiene sentido desmentirlo.*

Guardé silencio.

—*¡Lo besaste! Y lo hiciste apasionadamente.*

Me estaba abroncando, casi se podía creer que él estaba tan celoso de Essex como yo de la condesa.

*El tono de mi voz había sonado demasiado áspero. Pero es que no entendía por qué las mujeres se sentían atraídas por necios simplones como Essex. Sobre todo si se trataba de criaturas tan ingeniosas como Rosa. Puesto que seguía callada, continué chinchándola:*

—*Y te habría encantado irte a la cama con él.*

No quise callar por más tiempo y protesté:

—¡Yo no quería acostarme con Essex!

—Me alegra oírlo —comentó una voz gélida femenina.

Espantada, levanté la vista y descubrí delante de mí... a la reina. ¡Era la maldita reina!

—¡No te jode! —exclamé sin pensarlo.

—Eso es muy vulgar, Shakespeare —me reprendió la reina, que llevaba un vestido azul y dorado y lucía en la cabeza una pequeña corona de paseo.

—*Rosa —advertí despavorido—, no sería la primera vez que la reina hace enterrar vivo a alguien por motivos mucho más insignificantes.*

¿Enterrar vivo? Se me heló la sangre al imaginarlo. Tenía que desdecirme de alguna manera.

—Yo... yo... yo... no he dicho «no te jode» ...

—Entonces, ¿qué? —inquirió la reina.

Buena pregunta.

Mientras cavilaba, la reina torció la cabeza ligeramente a un lado, como un ave de rapaña.

—Ejem... decía que «no-de-jo-de» admirar el fagot.

—*¿El fagot?*

—¿El fagot? —preguntó la reina, también desconcertada.

—El instrumento... —expliqué débilmente.

—*Ya sabe qué es un fagot —dije suspirando.*

—Ya sé lo que es un fagot —replicó la reina con voz cortante.

—*¿Qué te había dicho?*

En aquel instante parecía que la reina, además de querer enterrarme con vida, haría que pusieran una colonia entera de termitas en el ataúd. Luego, no sin razón, puntualizó:

—No veo ningún fagot por aquí.

—Ejem... —balbuceé—, quería decir que me gustaría saber tocar el fagot.

—Me veis y, al verme, ¿exclamáis que os gustaría tocar el fagot? —La reina



puso cara de « otras veces me han tomado el pelo con más gracia » .

—Ejem... Sí... En vuestro honor —repliqué tímidamente.

—O sea que deseáis tocar el fagot en mi honor.

Como respuesta, sonrei débilmente.

—¿No se os ocurre nada mejor para excusar vuestra grosería?

—*Eso mismo iba a preguntar yo.*

—Por desgracia, no —respondí aún más tímidamente.

La reina torció un poco más la cabeza a un lado y casi fue de temer que se le resbalara la corona.

—*Sabía que me llevarías a la tumba, Rosa.*

La reina entornó los ojos y abrió la boca. Supuse que llamaría a sus guardias, que debían de esperar fuera del laberinto, para que me sepultaran en el bosque más cercano. Me preparé para el final. Pero entonces la reina se echó a reír. A carcajadas.

*Eso resultó un tanto inesperado.*

La risa de la reina era franca y abierta, casi simpática, como si detrás de la fachada de dureza se escondiera en el fondo una mujer alegre, sólo que atrapada por reglas y convenciones. Sin embargo, aún no me sentí aliviada; a lo mejor sólo reía porque se le había ocurrido algo más divertido que enterrarme viva...

*Seguro que se le ha ocurrido alguna infamia con un fagot y los orificios de mi cuerpo...*

La reina se sentó a mi lado en el banco y se secó las lágrimas de los ojos.

—Sabéis, Shakespeare, habría ordenado ejecutar a cualquiera que pronunciara semejante grosería en mi presencia. Pero me habéis hecho reír. ¿Sabéis cuánto hacía que no me reía tanto?

Debía de hacer mucho tiempo, pensé al observar las arrugas que tenía en las comisuras de los labios. Pero no quise darle esa respuesta, y repliqué:

—No, no lo sé.

—Yo tampoco.

La reina suspiró; de pronto parecía tan tierna y dulce. ¿Cómo habría sido de joven, sin el peso del cargo? ¿Había sido una muchacha que, como todos los adolescentes, tuvo una pubertad irresponsable y alegre, bebió demasiado alcohol, sacó de quicio a sus regios padres y vivió su primer amor y, acto seguido, sus primeras penas amorosas? ¿Se podía hablar del tema con ella?

Seguramente no, porque enseguida se controló y recuperó el tono frío e impersonal de quien habla de negocios:

—He venido a ver si habíais hecho progresos.

¿Qué le explicaba? ¿Que Shakespeare estaba colado por la condesa, la

condesa por mí y yo por Essex? Eso sería con toda seguridad el camino más corto hacia la tumba.

—Ejem... Sí... Voy haciendo progresos... No muy deprisa... Más bien pequeños progresos... Algo así como progresos chiquititos de bebé...

—¿Y por qué gritabais que no queríais acostaros con Essex? —me interrumpió.

*Me temía la pregunta.*

—Porque no quiero acostarme con él —dije con franqueza y a falta de una respuesta más inteligente.

—Lo sabía —comentó sonriendo la reina—. Sois invertido.

—¿Invertido? —pregunté desconcertada.

—«*Invertido*» significa amar a los hombres. ¡Ahora la reina cree que yo amo a los hombres! Y todo gracias a ti, ¡criatura insensata! ¡Rectifica de inmediato!

No me gustó el tono de Shakespeare y todavía estaba mosqueada por su palabrería arrogante y celosa de antes. Por eso pensé que no le vendría mal una pequeña lección. Ya le enseñaría yo quién era el mandamás de su cuerpo.

—Sí, soy invertido —dije.

—¿*Qué?*

—Sólo me gustan los hombres.

Me divertía hacer enfadar a Shakespeare.

—*Rosa, ¡estás destruyendo mi fama!*

—Era lo que pensaba. Tenéis un aspecto un poco afeminado.

—*Eh, un momento!*

—Totalmente afeminado —corroboré.

—*Te mataré...*

—A veces también me pongo cosas de mujeres: zapatos altos, un vestido...

—... *¡Te daré una muerte lenta y dolorosa!*

—... Y me encanta pintarme las uñas.

—*Me trae sin cuidado que quieras darme una lección, Rosa. Pero quisiera advertirte de que, en nuestro país, ¡la Iglesia quema en la hoguera a los invertidos!*

Tragué saliva y la reina sonrió.

—A mis religiosos les gustaría quemar en la hoguera a todos los invertidos...

—*Te avisé...*

Tal vez debería de haber buscado otra cosa para jugarle una mala pasada a Shakespeare. Fue acabar de pensarlo y la reina comentó:

—Pero tranquilo, yo me llevo bien con los invertidos.

—Yo también —dije esbozando con alivio una sonrisa y pensando en mi amigo Holgi.

—Con los invertidos puedes hablar de tus propias penas.

—¿Y cuáles son vuestras penas? —pregunté.

No contestó, seguramente no le gustaba hablar de sus penas con el primer invertido que pasaba.

—Disculpadme, mi reina, he mostrado demasiada curiosidad —dije.

—No, no, estimado Shakespeare, está bien. Hablemos. Necesito a alguien a quien poder abrir mi corazón.

—De acuerdo...

—Pero os advierto. El último invertido al que abrí mi corazón pregonó mis secretos en la corte.

—¿Y qué le ocurrió?

—*¡No queremos saberlo!*

—Ordené que lo colgaran de la lengua.

La reina sonrió y yo me estremecí.

—*¿Qué te había dicho, Rosa? No queremos saberlo.*

—Voy a contaros lo que oprime mi corazón —empezó—. Una reina nunca tiene vida privada. Nunca puede enamorarse. A lo sumo, de un hombre de sangre real. Pero ¿sabéis quiénes son mis pretendientes de sangre real?

—No, no lo sé.

—El rey de Dinamarca es un hombre toscos que en un banquete me confesó que le gusta satisfacer a varias doncellas a la vez, y me preguntó si quería ser testigo de su legendaria potencia. El rey sueco, en cambio, no es capaz de controlar su vejiga y, por lo que cuentan, al príncipe italiano le encanta vestirse de mujer.

Guau, pensé, la reina lo tenía peor para elegir que yo en «elite-amor.com».

—Y los nobles de los que me enamoro son tabú para mí.

—Como Essex —dije en voz baja.

No contestó. Pero su mirada triste revelaba que había dado en el blanco. Sentí verdadera lástima por ella.

Recordé que, hacia el año 1930, un sucesor a la Corona inglesa había renunciado al trono para casarse con su amor plebeyo. Por eso, ingenua de mí, le pregunté:

—¿Y si abdicarais? ¿Si cedierais la corona a otra persona?

—En tal caso, mi media hermana María ocuparía el trono. Pondría el país en manos de los españoles y mi Inglaterra perdería su grandeza, su dignidad y su orgullo. ¡Sería su ruina!

En su cara de asco podía reconocerse hasta qué punto le resultaba insufrible la idea.

—¿Amáis más a Inglaterra que a vuestra propia felicidad?

—Sí —respondió con franqueza y con un orgullo majestuoso en la voz.

La observé. Aquella mujer amaba su país. Con ello tenía algo que daba sentido a su vida. Y su vida tenía más sentido que la de la mayoría de la gente. También más que la mía.

¿Debía aprender de ella que el verdadero amor no se profesaba a una persona, sino a algo superior?

—Incluso estoy dispuesta —prosiguió la reina— a enviar al hombre que amo a Irlanda, a la guerra. Pongo en juego su vida por Inglaterra.

Por un breve instante le tembló la voz, pero luego recuperó la compostura y declaró con una profunda convicción:

—Lo hago de todo corazón por Inglaterra.

Estaba dispuesta a sacrificar a su amor. ¿Era eso? ¿El verdadero amor significaba hacer sacrificios?

Me rebelé contra esa idea. ¡Con todas mis fuerzas! Yo no quería acabar como la reina. Siendo una mujer infeliz que se sacrificaba en aras de un objetivo más elevado. Tenía que haber otro camino. Más placentero. Más alegre.

—¿Visitará la condesa a Essex y lo amaré? —preguntó la reina, volviendo a los negocios.

—Hará falta un poco más de tiempo —contesté sin revelar nada más.

—No tenemos tiempo. Nuestro ejército está a punto de ser rechazado en Irlanda. Essex debe ponerse al mando de inmediato o la derrota de Inglaterra está asegurada. Ordenaré a mis guardias que vayan a por la condesa.

—¿Que vayan a por ella? —pregunté desconcertada.

—La obligaré a casarse con Essex —explicó la reina, y se levantó del banco.

Era increíble: no sólo iba a enviar a su gran amor a la guerra, ¡sino que también iba a casarlo con otra mujer!

—Pero ¿y si la condesa no quiere casarse...? —pregunté.

—Si no está dispuesta a hacerlo, ordenaré que la ejecuten.

—*Rosa, no... no podemos permitirlo...*

Por una vez estuve de acuerdo con Shakespeare, que probablemente ya veía derrumbarse el futuro teatro Globe financiado por la condesa. Yo no la soportaba, pero aquella mujer no se merecía ni un matrimonio forzoso ni una ejecución.

Salí corriendo detrás de la reina y grité:

—Esperad, Majestad.

Se detuvo y se dio la vuelta.

—Dadme un poco más de tiempo —le pedí.

La reina me observó con mirada penetrante. Al cabo de un poco, contestó:

—Me sois simpático, Shakespeare. Dentro de dos días daré una gran fiesta en el barco de la Armada que capitanea el almirante Drake. Tenéis de plazo hasta entonces para conseguir resultados. En caso contrario, desposaré allí mismo a Essex y a la condesa. Pero os lo advierto, ¡no me decepcionéis!

—No lo haré —empecé a parlotear agradecida—. Yo tampoco soporto las decepciones. Son siempre tan decepcionantes y...

—Os he entendido —dijo la reina en tono cortante, y abandonó el laberinto haciendo crujir su vestido de amplio vuelo.

Volví a sentarme en el banco y me sequé el sudor de la frente. Había salvado a la condesa, al menos de momento. Y, sin querer, pensé que había dejado de ser un simple cliché. ¿Qué heroína de Hollywood intercedía por la rival intachable en las comedias románticas? Vaya, ¿me convertiría tal vez en una persona más madura gracias a aquel viaje al pasado?

Con ese bonito pensamiento, levanté la vista al cielo, vi los árboles por encima de los setos y contemplé sus copas. Era un día hermoso de verano, el cielo era azul y el aire cálido, con la brisa justa para no sudar. Había pájaros cantando en las ramas, ardillas brincando y hombres de negro con flechas y arcos...

Los reconocí enseguida, eran los espías españoles que en casa de Shakespeare me habían amenazado con matarme si ayudaba a la reina a emparejar a Essex con la condesa.

Vaya, no hay respiro que valga en el pasado.

—¿Quiénes son esos hombres agazapados en lo alto de los árboles? —inquirí.

—Seguro que no son ornitólogos —contesté lacónica, y me entró el canguelo de que en cualquier momento me apuntarían con sus arcos.

—¿Qué son «ornitólogos»?

—Gente que observa a los pájaros.

—¿Y por qué rediante habría que observar a los pájaros?

—Para ellos es un entretenimiento...

—¿Quién es tan necio para dedicarse a ese entretenimiento?

—Bueno, está el escritor Jonathan Franzen... Bah, ¡eso ahora no importa una mierda!

—¿O tal vez te referías a los que observan a la gente cuando le están dando al pajarito? Claro que, a éstos, nosotros no los llamamos ornitólogos...

—¿Podríamos concentrarnos en el problema que tenemos delante? Esos hombres quieren matarnos, ¡maldita sea!

—Oh —dije, tragando saliva—, en tal caso, preferiría que fueran ornitólogos.

Le expliqué a Shakespeare a toda prisa que aquellos hombres eran espías españoles y que por eso querían nuestro pellejo. No se sorprendió, después de todo llevaba más tiempo viviendo en tiempos políticamente complejos. Le pregunté quién podría ser el jefe de aquellos hombres. Pero Shakespeare sólo contestó que no lo sabía y que era difícilísimo descubrir siquiera por asomo ese tipo de intrigas.

—*Quien intenta comprender la política acaba loco por fuerza.*

Shakespeare me tranquilizó diciéndome que no intentarían matarnos en presencia de la reina. Por consiguiente, volví a entrar en el castillo, busqué otra salida y abandoné la finca por una puerta que se encontraba muy lejos de los árboles donde se agazapaban los espías. No podían vernos, pero seguro que vigilarían el camino que llevaba a Londres. Así pues, la pregunta era: ¿adónde íbamos? Quedarse era muy peligroso. Regresar a la ciudad era todavía más peligroso. Entonces, Shakespeare formuló una propuesta:

—*Hay un lugar donde podemos escondernos: Stratford-upon-Avon. Mi pueblo natal.*

Llegamos al atardecer a Stratford-upon-Avon, un pueblecito con pocas calles de aspecto muy cuidado. Las casitas del lugar, de ladrillo y madera, eran encantadoras, seguro que sería fantástico tener una casita de veraneo allí, mucho mejor que en Kampen, en la isla de Sylt. Y fijo que también más barato.

—¿Dónde pasaremos la noche? —pregunté—. ¿En casa de tu mujer?

Shakespeare no contestó, se limitó a guiar mis pasos hacia un monasterio situado en lo alto de una pequeña colina verde. Mientras el sol de mayo se ponía y la pequeña localidad pintoresca se sumergía en una luz aún más pintoresca, llamamos a la puerta del monasterio. Nos abrió un hombre barbudo y afable, vestido con hábito de monje y que llevaba una botella de vino en la mano. Si hubiera sido un tejón, habría tenido el mismo aspecto que el fraile Tuck del *Robin Hood* de Disney.

—¡Will! —exclamó el fraile contento, me abrazó y me besuqueó la mejilla con sus labios húmedos.

—*Rosa, tal vez debería haberte dicho que Lorenzo estuvo enamorado de mí cuando éramos jóvenes.*

« Sí, seguramente habría sido una información útil », pensé.

Después de que Lorenzo me hubiera estampado suficientes besos húmedos macerados en vino, me condujo al interior del monasterio. Era austero, lúgubre, y había crucifijos y antorchas colgados en las paredes, pero no me fijé demasiado porque lo llamativo era que no paraban de pasar jovencitos guapísimos de aire añado. Con ellos, incluso mi amigo Holgi, un ateo convencido, se habría hecho monje. Él siempre decía: « Si Dios existe, ¿por qué permite los problemas de erección? ».

Mientras Lorenzo iba a ver a sus monjes y les daba instrucciones para que me prepararan algo de comer, Shakespeare me explicó en tono de elogio:

—*El monasterio de fray Lorenzo, más que para creyentes, es un lugar de refugio para invertidos.*

—Eso hace que el monasterio me resulte simpático —opiné.

—*Y que a ti te resulte simpático te hace simpática —contesté con toda sinceridad.*

—Y que a ti te resulte simpático que a mí me resulte simpático te hace

simpático —dije sonriendo.

—¿Me encuentras simpático? —pregunté sonriendo satisfecho. Me sentía halagado.

—Por lo que parece, tú también me encuentras simpática —dije sonriendo burlona.

—Dime, Rosa, ¿estás coqueteando conmigo?

Ésa fue una pregunta sorprendente, pero más sorprendente aún era que probablemente tenía razón: nuestras pequeñas discusiones y trifulcas estaban adoptando realmente características de coqueteo. Hacía años que no coqueteaba con nadie, ¿y ahora lo hacía precisamente con Shakespeare? En todo caso, no pensaba admitirlo, no fuera a creérselo, pues ya era bastante creído. Por lo tanto, dije:

—No, ¡tú coqueteas conmigo!

—¿Yó coqueteo contigo?

Ésa fue una afirmación sorprendente, pero más sorprendente aún fue que probablemente Rosa tenía razón. Pero no pensaba admitirlo, claro. No fuera a creérselo, pues ya era bastante creída. Por eso pregunté:

—¿Por qué iba a coquetear contigo?

—Coqueteas conmigo porque, a diferencia de las mujeres con las que sueles tratar, prostitutas y Phoebes, yo no soy una cabeza hueca —contesté.

Me divertía de verdad discutiendo con él.

—Es posible. Pero esas mujeres, a diferencia de ti, poseen un cuerpo.

—Es su única ventaja —lo chinché.

—Aunque la condesa posee unas cuantas bondades más: educación, dinero, distinción...

De golpe y porrazo, aquello ya no me divertía. Volví a sentirme muy inferior a la condesa: ella era rica, podía financiarle un teatro y también tenía un cuerpo propio.

—Esa tontaina no es tan fantástica como todos pensáis —le espeté.

—O sea que era verdad que tienes celos de la condesa —constaté después del estallido de Rosa.

Me callé, era demasiado evidente.

—Pero —pregunté entonces un poco confuso—, ¿lo estás por Essex o... por mí?

¿Celosa por Shakespeare? La idea era del todo desacertada. Sólo podía venir de un ego hinchado como el suyo. Yo no quería nada de Shakespeare, aunque en algunos momentos había sido un placer coquetear con él... Pero todo lo que pasara de ahí habría sido completamente absurdo... No pegábamos ni con cola, éramos de distintos siglos, teníamos un enfoque diferente de la vida y, además, ni siquiera teníamos dos cuerpos con los que podríamos comenzar algo juntos. Lo único que teníamos en común era el alma... y el gusto por la escritura... y el



gusto por discutir... Bueno, en realidad, eso era cantidad... Más de lo que había tenido con muchos otros hombres en mi vida..., eso había que reconocerlo, pero... ¿amarlo?

Yo amaba a Jan.

¿No?

Antes de que pudiera contestar a Shakespeare con una evasiva, fray Lorenzo me condujo a la pequeña y austera celda que normalmente habitaba.

—Fray Marcus está dispuesto a hacerme sitio en su cuarto. Esta noche dormiré con él.

Me guiñó el ojo y deduje que debía de pasar a menudo la noche con fray Marcus. Entré en la habitación sin el monje, piqué un poco de la comida que los hermanos me habían facilitado, pan casero y vino tinto, y me tumbé en silencio sobre el jergón. Shakespeare se despidió de mí, cansado, y se durmió. Yo también tenía unas ganas locas de sobar. Pero justo al cerrar los ojos, Lorenzo entró en la celda. Vio mi cara de susto y dijo:

—No temas, no voy a seducirte. Los tiempos en que nos besábamos ya pasaron.

—¿Nos besábamos?

Me quedé pasmada: ¿Shakespeare y Lorenzo se habían enrollado?

—No tienes por qué negarlo, Will. Fue hace mucho tiempo. Y éramos muy jóvenes.

O sea que Shakespeare había experimentado sexualmente de adolescente... ¿Quién lo hubiera dicho?

Observé al fraile: cuando no te comía a besos la cara, era un tío simpático. Y conocía a Shakespeare y, seguramente, también la historia con su mujer. Si Shakespeare no quería contarme qué se había torcido en su matrimonio, tal vez podría hacerlo Lorenzo. Así pues, empecé a interrogarlo discretamente.

—Ejem, ¿cómo está mi esposa?

—¿Que cómo está Anne?—replicó el fraile, y su semblante, hasta entonces muy alegre, se mostró airado de golpe—. Muerta, como siempre.

Se me secó la garganta: ¿la esposa de Shakespeare estaba muerta?

Lorenzo juntó inconscientemente las manos, como si fuera a rezar.

—Era una criatura tan dulce. En su presencia, incluso olvidaba que era invertido.

Pensé automáticamente en el retrato del cuarto de Shakespeare, donde Mrs. Shakespeare realmente sonreía con mucha dulzura. ¿Qué debió de ocurrirle a... cómo se llamaba... a Anne? ¿Cómo murió? Quería, tenía que enterarme de más cosas. Por eso pedí:

—Lorenzo, por favor, haz como si yo fuera un desconocido y explicame qué pasó entre Anne y yo.

—¿Por qué iba a hacer algo tan estúpido?

Lorenzo me miraba preocupado.

—Porque te lo pido de buena fe...

El fraile estaba desconcertado. Por eso le pedí:

—Mírame y sabrás que no lo hago con mala intención.

Lorenzo me examinó con la mirada y reconoció en mis ojos que mi deseo no ocultaba ningún engaño.

—O sea que quieres saber cómo alguien de fuera narra la tragedia de vuestro amor, tal vez incluso cómo la contaría un poeta, alguien como tú.

—Sí..., por favor —contesté con voz entrecortada.

—Entonces te contaré la historia del amor más grande que jamás haya habido en Stratford-upon-Avon y probablemente en toda Inglaterra.

Pronunció esas palabras en un tono que me provocó un escalofrío.

—En Stratford había dos familias; la familia del zapatero Shakespeare y la familia del granjero Hathaway, ambas iguales en nobleza, enemistadas por antiguos rencores...

—¿Antiguos rencores? ¿Qué antiguos rencores? —lo interrumpí.

—Con los antiguos rencores, nunca se sabe —contestó lacónico.

Eso sonaba un poco a *Astérix en Córcega*. O como en los Balcanes.

Lorenzo prosiguió con la narración.

—De los troncos funestos de esos dos enemigos nacieron los amantes. Yo desposé en secreto a esos dos amantes, contra el deseo de sus familias, aquí, en

esta abadía. Albergaba la esperanza de que al fin reinaría la paz entre las dos pendencieras familias. Y lo conseguí, como pude constatar con orgullo. Sin embargo, esa paz fue frustrada por Tybalt, el primo de Anne. Un hombre al que Anne quería como a un hermano desde su más tierna infancia. Llevado por un falso orgullo, Tybalt difamó a William afirmando que era infiel.

Y eso sonaba a *Dinastía*.

—Shakespeare, entretanto, se burlaba con lengua ingeniosa de su primo y lo describía como «un hombre que cabalga a lomos de un gran caballo para compensar la pequeñez de su miembro». Tybalt rezumaba cada vez más odio y confundía a la sensible y cándida Anne con nuevas mentiras. Finalmente, quiso demostrarle a su prima hasta qué punto Shakespeare era un canalla infiel. Y puesto que éste no se permitía ningún desliz, pues amaba demasiado a Anne, Tybalt contrató a cuatro prostitutas de buena casta para que lo sedujeran.

—Y Shakespeare se dejó seducir... —murmuré.

Así pues, a William le había pasado lo mismo que a mí con Axel, el profesor de gimnasia. Y que nuestra estúpida alma cometiera cada siglo los mismos errores tontos...

—¡No! —protestó Lorenzo—. Permaneció firme. Incluso el bellaco de Tybalt tuvo que reconocerlo.

Me quedé asombradísima. Shakespeare, el fornicador, ¿era mucho más fiel que yo?

—Tú siempre has dicho —explicó Lorenzo— que el acto sexual sin amor te procura el mismo placer que meter los testículos en una mata de ortigas.

O sea que Shakespeare era un hombre para quien el sexo sin amor no significaba nada. Eso lo hacía mucho más simpático. Y ahora, por lo visto, el pobre sólo tenía sexo ortiguero sin amor.

—Las prostitutas desplegaron toda su feminidad para intentar seducirlo y de veras que tenían feminidad para dar y vender. Pero William Shakespeare se mantuvo firme, y no me refiero a su verga.

La vista se me fue involuntariamente hacia mis calzas, y la retiré a toda prisa.

—Las prostitutas de buena casta quedaron tan frustradas que entraron en un convento. No obstante, cabe mencionar que, desde aquel día, ese convento recibe con mucha frecuencia la visita de nobles caballeros y que esos señores donan a continuación mucho dinero a la institución.

Vaya, en esa época, al papa Benedicto seguro que le habría salido un sarpuellido.

—Tybalt estaba furioso porque su farsa no había dado frutos, pero no quiso ceder. Perfumó a escondidas la camisa de Shakespeare, le habló a Anne del supuesto desliz, hizo que las prostitutas declararan como testigos antes de ingresar en el convento, evidentemente las sobornó con dinero, y la pobre, crédula y frágil Anne salió de casa anegada en lágrimas y entró en la iglesia de nuestro

pueblo buscando refugio para su alma mancillada. Shakespeare la siguió y se sentó junto a ella en un banco de la iglesia. Le suplicó que confiara en él, pero por mucho que le dijo, ella no pudo. La enemistad de tantos años entre las familias era más fuerte que su fe en Shakespeare. Anne subió al campanario y trepó al pretil para lanzarse a los brazos de la muerte.

En ese siglo, la gente tenía una verdadera tendencia al drama. Por otro lado, aquella mujer se había matado porque creyó que había perdido al verdadero amor de su vida. Cuando yo perdí a Jan, me limité a comer chocolate y a beber Ramazzotti. ¿Resultaría finalmente que Jan no había sido mi gran amor? ¿Por eso había sido capaz de engañarlo con el profesor de gimnasia? En cualquier caso, Shakespeare no quiso engañar a Anne...

—Shakespeare subió corriendo al campanario en pos de Anne. Lloró, le suplicó que se apartara del pretil o saltaría él, pero ella no pudo oírlo porque justo en aquel momento las campanas tocaban la hora. Shakespeare, dándose cuenta de que sus palabras no le llegaban por su hondo pesar, se le acercó por detrás. Iba a cogerle la mano, a impedirle en el último momento que saltara, pero entonces, con el último toque de campana, ella se precipitó... al vacío...

Se me cortó la respiración.

—Shakespeare corrió hacia ella y vio que se había roto el cuello, que su dulce rostro estaba destrozado. Nunca más volvería a contemplar su maravillosa y dulce sonrisa. Totalmente fuera de sí, se dirigió al riachuelo de Avon para quitarse también la vida. Pero por allí pasaba una compañía de actores, lo cual, como creo con firmeza, fue una providencia divina. Un cómico llamado Kempe impidió que Shakespeare se lanzara al agua.

Y Kempe, comprendí entonces, tuvo que salvarle la vida una y otra vez porque Shakespeare continuaba albergando un profundo deseo de morir que lo llevaba a meterse continuamente en situaciones peligrosas.

—¿Con quién están sus hijos? —inquirí.

—Los cuida la mujer de Tybalt en su granja.

—¿Viven con ese monstruo?

—Su esposa es muy bondadosa. Y a él, los sentimientos de culpa lo volvieron loco. Se pasa todo el día y toda la noche con los cerdos de la granja.

—Dándoles de comer.

—Fornicando con ellos.

—Pobre diablo —se me escapó.

—Pobres diablos, los cerdos —comentó Lorenzo.

—También.

Sin embargo, el pobre diablo que se llevaba la palma era el hombre cuyo cuerpo yo habitaba. Después de semejante vivencia, probablemente no podría volver a abrir su corazón a nadie. De nuevo acababa de aprender algo sobre el «verdadero amor»: podías perderlo. Para siempre.

—Bueno, ahora que ya he cometido la insensatez de contarte una tragedia que conoces de sobra —retomó la palabra fray Lorenzo—, tú tendrás que hacerme un favor a cambio.

—Lo intentaré. ¿De qué se trata?

—De explicarme la parte de la tragedia que no conozco.

—¿Cómo dices?

—¡No te hagas el tonto! Tú mismo me explicaste en un momento de debilidad que te cargaste de culpa en el campanario, pero no quisiste revelarme nada más. Desde entonces, cada día me estrujo la cabeza pensando qué culpa podría ser. Nunca engañaste a Anne y querías salvarla... Me gustaría saberlo de una vez: ¿qué culpa tuviste tú?

A mí también me gustaría saberlo.

*Cuando me desperté, Rosa todavía dormitaba. Salí del monasterio y me encaminé a la extensa granja de los Hathaway. Me quedé esperando, dubitativo, en el camino que había delante de la finca: ¿debería visitar la tumba de Anne por primera vez desde su muerte? ¿Llevarle flores por fin? No tenía tantas fuerzas. Tal vez me atrevería a ir si Rosa estuviera de nuevo conmigo y no me encontrara solo. Por otro lado, entonces sería Rosa la que visitaría la tumba de Anne, y no yo. Deseé con toda mi alma que Rosa fuera una persona y no un espíritu, y que me acompañara al cementerio.*

*Mientras pensaba en ello, pasó un cerdo corriendo y dando chillidos. Huía despavorido.*

*Un instante después apareció el perturbado Tybalt, corriendo detrás del cerdo y gritando de muy buen humor:*

*—¡Espera, mon amour!*

*Hubo épocas en las que habría estrangulado con gusto a Tybalt, no sin antes haberle demostrado cuán desagradable podía ser una vibora metida dentro de las calzas. Pero ahora le envidiaba su locura al canalla: a él no lo atormentaban terribles sentimientos de culpa como a mí, y era feliz con sus cerdos, aunque éstos no parecieran felices.*

*Entonces se abrió la puerta de la casa y salió un niño rubio y delicado. Hamnet. Mi hijo. Llevaba la cartera para ir a la escuela. Hamnet caminó en dirección a mí y yo me alegré de que Rosa aún durmiera y de ser yo quien pudiera abrazarlo. El pequeño me vio y exclamó feliz:*

*—¡Papá!*

*Tiró la cartera y corrió hacia mí por el camino de grava.*

*Mi corazón rebosaba de alegría: después de mucho tiempo, por fin volvería a abrazar a mi hijo, y no lo soltaría en mucho tiempo. Hamnet estaba tan sólo a unos pasos de mí. Extendí los brazos, con la feliz esperanza de que él también extendería los suyos, también con la feliz esperanza de...*

*—Uf... ¿cuánto tiempo he dormido?*

*Y entonces Rosa volvió a controlar mi cuerpo. Por lo visto, el don de la oportunidad de Rosa era deficiente. Por eso eché chispas de rabia.*

*—¿Por qué te enfadas? —dije bostezando.*

Apenas lo hube preguntado, algo me tocó la espinilla.

—*Por eso.*

Bajé la vista y vi al niño rubio del medallón de Shakespeare, pero esta vez en directo y en color. El crío me miraba muy decepcionado.

—*Abrázalo...*

Yo no reaccionaba tan deprisa. El niño me miró con tristeza y dijo:

—Hacia mucho que no venías, papá.

—*Abrázalo de una vez... —le imploré.*

Naturalmente, le haría ese favor a Shakespeare. Así pues, me apresuré a abrazar al pequeño.

—Te he echado mucho de menos —murmuró, y se apretó a mí con fuerza.

Tenia muy claro lo que debía contestarle:

—Yo también a ti... Yo también a ti...

Y se apretó a mí con mucha más fuerza.

—*Gracias, Rosa...*

A Shakespeare le tembló la voz al decirlo. ¿Había lágrimas en su voz? Lo que Shakespeare sentía en ese momento era probablemente el verdadero amor: el amor por su hijo.

Jan y yo también habíamos pensado en tener hijos, pero siempre habíamos aplazado la tarea hasta un futuro indeterminado. Al llegar a los treinta, todavía nos considerábamos muy jóvenes. Ahora, él tendría hijos con Olivia, mientras que mi reloj biológico avanzaba a toda prisa. De nuevo acababa de comprender algo: si no hubiera malgastado mi valioso tiempo, haría mucho que habría sido madre.

—Por favor... Por favor... no vuelvas a irte... —murmuró el pequeño Hamnet, y las lágrimas le rodaban por las mejillas.

¿Qué debía contestarle?

*¿Qué le habría contestado si hubiera tenido poder sobre mi cuerpo? Que sólo podía ganar dinero en Londres, que no podía permitir que él y su hermana crecieran en medio del pecado de la gran ciudad... Un niño jamás de los jamases lo comprendería...*

—Yo... Yo te quiero esté donde esté —le dije al pequeño a falta de una respuesta más directa a su pregunta.

De hecho, no era mentira, puesto que, dado que mi alma amaba al crío, yo sentía realmente algo por aquel niño pálido.

—*Ha sido una buena respuesta.*

Shakespeare tenía ahora con toda certeza lágrimas en la voz. En cambio, Hamnet se tranquilizó: se secó las lágrimas de los ojos y, de una manera casi fría e impersonal, cogió su cartera. Había comprendido perfectamente qué significaba mi « Te quiero », igual que los niños siempre notaban perfectamente a

qué se referían en realidad los adultos. Hamnet sabía que, en aquel contexto, significaba: « Te quiero, pero no voy a quedarme» . El pequeño dio unos pasos, se volvió hacia mí y, con ojos tristes, contestó:

—Yo también te quiero, papá.

Hasta yo me habría echado a llorar.



Me supo mal por Shakespeare, que no pudo abrazar a su hijo por mi culpa. Me había lamentado todo el rato de lo horrible que aquella situación era para mí, pero para él tenía que ser mucho más terrible. Por eso le dije:

—Perdóname por estar dentro de ti.

—*Tú no tienes la culpa, ¿no? Fue un mago quien te envió.*

—Pero el... llamémoslo maleficio no se deshará hasta que no descubra qué es el «verdadero amor».

—*¿Qué mago tan poco ingenioso es ese que ha puesto semejante condición?*

—No lo he inventado yo.

—*¿Y has descubierto ya qué es el «verdadero amor»?*

—He descubierto algunas cosas: puede durar siglos, puedes amar a tu país, a tus hijos, o puedes amar escribir historias tan sangrientas como *Hamlet*...

—*Hamlet es una comedia, no una «historia sangrienta» —protesté.*

—Todavía. Pero cuando te des cuenta de que «ser o no ser» puede ser una frase sobre el suicidio...

—*¿Suicidio? ¡Eso es genial!*

—La idea es tuya.

—*No, no lo es —repliqué, desconcertado por un breve instante.*

—Todavía.

—*Pero esa frase libera en mí pensamientos —comenté entusiasmado—. Convertiré Hamlet en una tragedia y luego, en una escena en la que riñe con su madre, de hecho duerme con ella...*

—Eso les encantará a los directores de teatro modernos —dije sonriéndome.

—*Y a los espectadores. A la gente le gusta el incesto...*

Sí, eso también lo sabe la gente que lee el diario *Bild*.

—*Y Ofelia, la amante de Hamlet, enloquece..., Pero Hamlet sólo se hace el loco... Y el bufón Yorick está muerto y sólo es una calavera con la que Hamlet habla... Lo cual, además, estará muy bien en cuanto a dramaturgia, ya que el actor mantendrá un monólogo, pero a la vez podrá hablar con algo... y no parecerá que hable solo como ocurre con los demás monólogos...*

Así pues, era eso: el estallido de creatividad, la creación de personajes y situaciones distraía a Shakespeare de su propio dolor. Para él, inventar historias

era mejor que las drogas, el alcohol o mi dieta de Ramazzotti y chocolate contra la frustración.

—... *No hay nada más ridículo que hablar solo en el escenario...*

—Está muy bien escucharte en pleno proceso creativo —dije, interrumpiendo aquel raudal de pensamientos—, pero a lo que yo quería llegar es: ¿podrías ayudarme a descubrir qué es el «verdadero amor»?

*Para mí, no había lugar a dudas. En mi vida sólo había un verdadero amor. Por eso contesté afligido a Rosa:*

—*Anne... Siempre Anne...*

—Entonces, ¿el verdadero amor es siempre una gran tragedia? —pregunté.

Aunque no me gustaba esa respuesta, para Shakespeare era la verdad.

Y si era acertada, enseguida me despertaría en el catre de Próspero.

Esperé un momento..., pero no abandoné el cuerpo de Shakespeare. Y tampoco me desperté en la caravana del circo.

—Tiene que haber otra cosa... —comenté.

—*El amor acaba siempre trágicamente, Rosa. Sólo cabe preguntarse de qué modo.*

Shakespeare lo dijo con mucha seguridad, y yo intenté rebatirlo:

—Si realmente fuera eso lo que tenía que aprender, ya no estaría aquí.

—*No es necesario que descubras qué es el verdadero amor para salir de mi cuerpo.*

—¿Ah, no?

—*No, hay una alternativa...*

—¿Cuál?

—*Ir a ver a un alquimista...*

Al atardecer regresamos a Londres haciendo «autoestop». Como suponíamos que los espías españoles vigilarían la puerta principal de la muralla de la ciudad, a falta de alternativas nos escondimos en el carro de un campesino que llevaba estiércol para los jardines de palacio. Así olía y cuando salté del carro en Londres y me dirigí al edificio de piedra donde vivía el alquimista Dee. Llamé a la puerta sin estar nada segura de que en aquella casa misteriosa podría encontrar realmente ayuda. Pero Shakespeare estaba convencidísimo. ¿En qué podía perjudicarnos entrar e intentarlo? Me abrió un asiático menudo, que se parecía un poco a un personaje secundario de Tintín en *El loto azul*. El hombre arrugó la nariz al olerme.

—Apestáis a glande...

—¿A glande?

—Sí, a glande... animal de cloaca —corroboró.

¿Hablabla en serio?

—¡Odio los glandes! —puntualizó.

Por lo visto, tenía un problema sexual.

—Cuando los veo, los machaco —dijo con vehemencia.

Eso me pareció un poco radical.

—Hasta que los dejo bien aplastados.

Bueno, cada loco con su tema.

—Y luego cojo una antolcha y los quemo.

—Pero eso es muy drástico —espeté.

—¿Y qué hacéis vos cuando los veis? —preguntó el chino.

Eso dependía de a quién pertenecían.

La pregunta me pareció un poco indiscreta. De esas cosas no hablaba ni con mi mejor amigo, Holgi.

—Eso a vos no os importa —contesté.

El chino me miró indignado.

—Entlad —dijo.

—¿Entlad?

—Entlad. ¿Pol qué nadie me complende nunca?

El chinito se apartó dando un brinco, enojado.

Por fin comprendí y esboqué una sonrisa.

—No hay lazón pala sulfulalse.

El pequeño asiático me miró como si fuera a convertirme en *chopsuey* allí mismo. Por eso le dije sonriendo:

—Peldón.

Con la mirada torva, me guio hasta una sala abovedada, llena de objetos de Asia. Un hombre mayor con cejas pobladas se levantó de un enorme escritorio lleno de planisferios celestes, le indicó al maniaco de los glandes que saliera y se me acercó contento.

—¡Hola, Rosa! —me saludó.

Efectivamente, el alquimista me había llamado Rosa, o sea que había creído a Shakespeare cuando le dijo que yo estaba en su cuerpo. Pero ¿por qué se había tragado el alquimista algo tan disparatado, aunque fuera verdad? ¿Por qué no había tenido ninguna duda?

—¿Así que eres de Wuppertal? —preguntó Dee con los ojos brillantes.

—Sí..., así es —contesté un poco sorprendida.

Shakespeare probablemente le había explicado que yo había nacido allí. ¿Sospechaba también que procedía del futuro? Eso no lo sabía ni Shakespeare.

—¿Y cómo es esa ciudad?

—No queráis saberlo.

—Tiene que ser maravillosa —afirmó Dee radiante.

—« Maravillosa » tal vez no sea la palabra adecuada...

—¿Fantástica?

—Hum... si con « fantástica » uno se refiere a « muy por debajo del promedio » ...

—¡Cuéntamelo todo de Wuppertal!

Seguramente, Dee era la única persona en toda la historia de la humanidad que había pronunciado semejante frase.

—Prefiero no hablaros de ella —contesté prudentemente.

—¿No quieres?

Estaba muy decepcionado.

—Creo que... sería demasiado peligroso —intenté explicarle.

El alquimista meditó un momento y luego asintió con la cabeza.

—Tal vez tengas razón. Sería demasiado peligroso. Tanto para mí, que podría dominar el mundo con esos conocimientos, como para Wuppertal.

Estaba más que claro: Dee sabía que yo venía del futuro. Pero ¿cómo se había enterado?

—A Wuppertal no puede irle mucho peor —dije—, pero me alegra que lo comprendáis.

—Eres muy sabia, Rosa —comentó el alquimista.

Y, con ello, probablemente también fue la primera persona en toda la historia

que había pronunciado esa frase sobre mí.

Pero si realmente era «sabia» ..., entonces cada vez debía de ser menos un cliché. Y eso me hizo sentir un poco orgullosa.

—Enseguida os separaré a ti y al maestro Shakespeare —anunció el alquimista.

—Ejem, ¿cómo vais a expulsarme del cuerpo de Shakespeare? —pregunté, aunque no creía que fuera capaz de hacerlo.

—Pasé muchos años viviendo con los monjes shinyen en el Tíbet —contestó—. Y allí aprendí que puede haber problemas con el venerable arte de la regresión.

¡Oh, Dios mío, conocía a los monjes que habían instruido a Próspero, el hipnotizador! ¡Sabía de regresiones! Y que podían surgir complicaciones como la mía con Shakespeare. Seguro que los monjes incluso habían escrito informes sobre gente que conocía el futuro y habían elaborado mapas de nuestra época en los que se nombraba a Wuppertal. Sentí escalofríos: ¡aquel alquimista quizá podría ayudarme de verdad! Y los monjes shinyen le habían explicado que era posible recibir la visita de almas del futuro.

—Voy a buscar un péndulo para liberarte del cuerpo extraño.

Salió de la sala y entró en una pequeña habitación contigua para coger el péndulo. Excitadísima, le dije a Shakespeare:

—Creo que ese hombre puede salvarnos de verdad.

Pero Shakespeare no me contestó.

*Me mantuve callado todo el rato porque me atormentaba la mala conciencia: planeaba la posible aniquilación de Rosa, puesto que el alquimista me había dicho en nuestro último encuentro que había muchas posibilidades de que el espíritu de Rosa se destruyera en el proceso. Sólo podía justificarme con el argumento de que con su espíritu en mi cuerpo no podría ser un buen padre para mis hijos. De acuerdo, ahora tampoco era un buen padre, igual que Enrique VIII no había sido un marido ejemplar, pero decidí mejorar en el futuro de cara a mis vástagos para que la destrucción del espíritu de Rosa tuviera una justificación más honda.*

Notaba perfectamente que Shakespeare no dormía, simplemente callaba. Yo quería animarlo, aliviar de algún modo el dolor que había sufrido con la muerte de Anne. Gracias a mi viaje al pasado, había adquirido una nueva perspectiva frente a las cosas y, en caso de que realmente fuera a abandonar a Shakespeare, quería ofrecerle de despedida algo de lo que había aprendido. Por ejemplo, que no era buena idea desaprovechar los pocos años que uno tiene en este mundo. Así pues, le dije:

—Desde que estoy aquí contigo, he aprendido muchas cosas sobre la vida.

—¿Y de qué cosas se trata? —pregunté, con un poquito de curiosidad.

—La vida es demasiado corta para desperdiciarla con tristezas.

—Eso parece sabio —tuve que admitir—. Un poco morboso. Pero sabio.

—Entonces, no malgastes tu vida mirando atrás —le pedí.

*¿No había expresado Rosa algo cierto? De hecho, probablemente tenía que intentar olvidar a Anne de una vez y hacer sitio a otra mujer en mi vida. ¿A alguien como Rosa? ¿O como la condesa? Sólo que, ¿cómo se conseguía?*

—Disfruta de la vida, aprovecha el tiempo —insistí, y evité mencionar que, en mi época, él llevaba muchísimo tiempo muerto.

—¿Seguías tú ese consejo antes de venir a mi cuerpo?

—Bueno... Ejem... —balbuceé.

—Me lo imaginaba.

—Mi caso es diferente... —intenté explicarle—. Yo aún tengo una pequeña esperanza de poder conquistar a mi gran amor, de que somos almas predestinadas a través de los siglos...

—¿Y precisamente Essex es ese gran amor?

—Sí... No... Eso espero...

—Pareces indecisa.

Todo aquello era demasiado complicado para hablarlo con Shakespeare. No sólo por los embrollos que surgirían si se enteraba de que yo procedía del futuro. También me daba miedo que me echara en cara que el alma de Jan no estaba destinada a mí. Y que luego me agobiara con mis propias palabras diciéndome que la vida era demasiado corta para malgastar un tiempo precioso y que tenía que cortar definitivamente con Jan.

—Alguien me dijo una vez que sentaba bien hablar de los propios sentimientos... —me burlé.

Me sentí pillada. Y como no podía soportar sentirme pillada, contesté con cierta insolencia:

—Hablaré contigo de mis sentimientos cuando tú hables conmigo de los tuyos. ¿Por qué te cargaste de culpa?

—¿Cómo dices? —pregunté espantado.

—Fray Lorenzo me explicó que tú te sentías culpable de la muerte de Anne. Pero nadie se explica de qué culpa se trata.

—¡Lorenzo debería limitarse a hablar con Dios! —despotiqué por las confidencias del fraile—. Espero que cuando fallezca vaya a parar a un infierno donde sólo haya mujeres.

—Puedes confiar en mí, William.

—¡Ten por seguro que no me desahogaré contigo!

—No era mi intención disgustarte...

—¡Esperaremos a Dee callados! —le corté la palabra con acritud.

El anuncio había sido claro: si el alquimista conseguía separarnos, Shakespeare y yo nunca estaríamos tan cerca para tenernos mutua confianza.

Eso me puso triste. Muy triste.

En aquel momento, Dee volvió a entrar en la sala con el péndulo. Era un péndulo pequeño y dorado, exactamente igual que el que tenía Próspero. Mi tristeza se transformó en ilusión: ¡aquel hombre me mandaría realmente a casa! Me pidió que me acomodara en un diván. Luego pronunció las palabras más hermosas que había oído hasta entonces en el pasado:

—¡Mira el péndulo!

—¡Con mucho gusto! —exclamé radiante.

—Te pesan los párpados —continuó hablando el alquimista.

—¡Y yo que me alegro!

—Cada vez te pesan más los párpados...

—No hay nada que me guste más que los párpados caídos...

*Ahora, Rosa probablemente sería destruida. Mi ira hacia ella se transformó en mala conciencia: Rosa era una buena persona... espíritu... lo que fuera... y nunca había sido su intención disgustarme. Me era cercana, tan cercana como nadie me había sido desde Anne. Bueno, eso se debía esencialmente a que se encontraba en mi cuerpo, pero aun así...*

—¡No mires el péndulo, Rosa! —exclamé.

—¡Y tanto que lo miro! —le dije a Shakespeare.

—Cierra los ojos —me pidió Dee.

—¡No lo hagas! —supliqué.

Evidentemente, cerré los ojos.

—¡Rosa...!

Y me dejé llevar lentamente a la deriva.

—¡Rosaaaaaaaaaaaaaaaa...!

Eso fue lo último que oí en el pasado.

—Vaya, ya vuelven a activársele los párpados.

Eso fue lo primero que oí en el presente. Lo primero que olí fue la madera de la caravana del circo. ¿Era cierto? ¿Me encontraba realmente en el presente? En cualquier caso, ya noapestaba a glande. Y la voz que había oído ¡no era la del alquimista John Dee, sino la del hipnotizador! Abrí los ojos y vi... a Próspero en calzoncillos. Quise volver a cerrarlos de inmediato.

—Perdone, me estaba cambiando para irme a la cama. Enseguida me pongo algo encima —comentó el hipnotizador, y se puso a toda prisa un albornoz lila.

Yo me levanté corriendo, me acerqué a un espejo de cuerpo entero que había en la caravana... ¡y me vi a mí misma! ¡Realmente a mí misma! Estaba todo en su sitio: la cara, los pechos, la barriga... ¡mi querida tripa caída!

—¿O sea que ha descubierto qué es el «verdadero amor»? —preguntó Próspero.

Interpretó consecuentemente mi alegría barriguil y dedujo que todo había salido bien. Al fin y al cabo, había despertado de la hipnosis. Su pregunta me confundió: yo no había descubierto qué era el verdadero amor, sino que en cierto modo había hecho trampa con la ayuda de Dee. Y aunque al principio sólo quería descubrir lo del verdadero amor para volver al presente, ahora sentía una gran decepción por no haberlo descubierto.

—De repente no parece usted tan feliz —comentó Próspero sorprendido.

—Usted me ha enviado a un viaje en el que han querido matarme. Y estaba dentro del cuerpo de un hombre. ¿No pretenderá que me lo coma a besos de alegría?

—Comprendo su disgusto —contestó Próspero lleno de empatía—. Yo mismo fui concubina de Calígula en una vida anterior... Y si le cuento lo que me hacía con miel y una zanahoria...

—No quiero saberlo...

—Pero se sentirá mejor ahora que sabe qué es el verdadero amor, ¿no? Gracias a eso conocerá por fin el potencial de su alma... —comentó Próspero no muy seguro. Estaba claro que las demás víctimas de su hipnosis eran mucho más agradecidas.

No tenía ganas de continuar hablando ni de discutir con él, y me di prisa en



salir de su caravana, cosa que lo dejó visiblemente consternado.

Caminé por la ciudad en plena noche, cruzándome con coches ruidosos, farolas y jóvenes con auriculares en las orejas. Y, sorprendentemente, esa ciudad, mi ciudad, me pareció más apagada que el Londres isabelino. Era un poco como cuando sales del cine y te preguntas: ¿Por qué nuestro mundo no puede ser tan colorido, vivo y excitante como en la pantalla?

Al llegar a casa, lo primero que hice fue ir al baño. Sentada. Una actividad que nunca me había puesto tan contenta.

Luego me duché a conciencia y, mientras el agua me salpicaba, pensé que el viaje al pasado no había sido del todo inútil, puesto que había aprendido algo: que tenía que aprovechar la vida. Y que quería escribir. Ya había desaprovechado demasiados años con una profesión equivocada. Al día siguiente me despediría. *Arrivederci* a los alumnos, a los padres de los alumnos y a las reformas educativas que podían inducir al suicidio a cualquiera que les buscara sentido.

Una vez tomada la decisión, mientras me secaba, se me ocurrieron innumerables historias que podría escribir; el bloqueo mental de tantos años se rompía de golpe. Las ideas salían a raudales de mi imaginación: el cuento de Cenicienta, Blancanieves y Rapunzel, que descubren que todas están casadas con el mismo príncipe. O la historia de una mujer triunfadora que se transforma en hormiga. Y el relato de Jack el Destripador en versión musical (yo no he dicho que sólo salieran buenas historias). Me senté a la mesa de la cocina con bolígrafo y libreta, y estuve escribiendo toda la noche. Por la mañana, con la excitación de unos cuantos cafés, me encaminé a la escuela para hablar con mi vieja directora y despedirme. La directora era una mujer sumamente correcta que me despreciaba profundamente por no tener ningún talento en muchos ámbitos que para ella eran importantísimos: puntualidad, orden, cálculo mental. Esto último era especialmente trágico porque yo impartía matemáticas.

Cuando entré en su despacho, la vieja señora estaba sentada a su mesa, inclinada sobre un montón de expedientes. De hecho, siempre estaba inclinada sobre un montón de expedientes. Frente a aquella mujer, la reina Isabel, a la que había conocido en el pasado, parecía una pasota. Siempre había pensado que la última vez que se rio debió de ser hacia el año 1972.

Le expliqué que me despedía porque quería dedicarme a escribir, que dentro de mí vivía el alma de un escritor. Y, llevada por la euforia, también le confesé que se trataba del alma de William Shakespeare.

Al concluir mi discurso, la vieja amargada se tronchaba de risa. Entre carcajadas iba soltando frases como: « qué bueno », « no puedo parar de reír », « no me reía tanto desde 1972 » y « vaya, hombre, acabo de mearme encima ».

Consecuentemente, decidí no explicarle a nadie más el asunto de Shakespeare, ni siquiera a Holgi. No quería que volvieran a reírse de mí. Salí de la escuela y respiré hondo. Me embargaba una sensación de felicidad inusitada:

haber encontrado el valor para seguir la disposición artística de mi espíritu, la escritura, me daba unos ánimos increíbles. Paseé por las calles como extasiada. Así debieron de sentirse los esclavos liberados por Abraham Lincoln cuando caminaban por los campos.

En plena sensación de felicidad sonó el móvil. Era Holgi y, antes de que pudiera decirle nada, me acordé de que en el pasado había comprendido que lo tenía muy abandonado. Así pues, empecé a hablar a borbotones: le expliqué que él era mi mejor amigo, que yo nunca había reconocido suficientemente su valía y que nunca, nunca, nunca más lo mandaría a paseo si venía de noche a mi casa porque el « amor de su vida» lo había engañado con un lanzador de disco ruso...

Al acabar el discurso, Holgi lloraba emocionado y sollozaba frases como: « qué bien» , « yo también te quiero, Rosa» , « no era un lanzador de disco ruso, era un lanzador de martillo ruso» , « de hecho, era de Albania» , « pero tenía una buena herramienta» , « nunca había visto una herramienta como la suya» , « le daba un nuevo significado a la expresión “a macha martillo”» .

Lo escuché atentamente todo el rato y volví a reconfortarlo, le di consejos, le ofrecí consuelo y me sentí bien haciéndolo. El amor por mi amigo, junto con el amor por la escritura, hizo que mi corazón casi estallara de alegría. Estaba cambiando definitivamente. ¡*Bye, bye*, cliché!

Holgi se sonó con un pañuelo y luego preguntó:

—¿A qué hora salimos esta tarde?

—¿Salimos?

—Para ir a la boda de Jan.

*Hello again*, cliché.

De repente volvía a aparecer lo que había reprimido completamente desde mi regreso del pasado: que Jan y Olivia iban a casarse ese mismo día y que yo seguía sin saber si ellos dos eran almas predestinadas a estar juntas a través de los siglos, o si Jan y yo estábamos unidos en un amor eterno. Sí, claro, el día antes en la consulta (por el viaje al pasado me daba la impresión de que hacía muchísimo tiempo), Jan me había dicho sin andarse por las ramas que Olivia y él estaban hechos el uno para el otro y había desbarrado con no sé qué de la «madurez de su amor». Pero, madurez arriba, madurez abajo, Essex, o sea, el alma de Jan, quiso besarme en el pasado, ¡y eso que yo me encontraba dentro del cuerpo de un hombre!

Le pedí a Holgi que pasara a recogerme más tarde, cerré el móvil, conduje hasta casa, me preparé una buena taza de té y me arreglé para la boda. Mientras lo hacía, deseé oír la opinión de Shakespeare, que tanto había temido en nuestra visita al alquimista. ¿Qué me aconsejaría? ¿Hacíamos pareja Jan y yo? ¿O la que estaba hecha para él era Olivia? Sentía la imperiosa necesidad de hablar de ello con alguien que estuviera al tanto de todo y que, por lo tanto, pudiera juzgar. Y al desear tanto charlar con Shakespeare, de pronto me di cuenta de cuánto lo echaba de menos.

Cuando aún me hallaba en el pasado, el bardo me ponía de los nervios, pero me era muy cercano. Bueno, eso probablemente se debía sobre todo a que estábamos juntos en un mismo cuerpo, pero con él no me había sentido sola por primera vez en mi vida. Incluso en los años en que estuve con Jan me había sentido sola muy a menudo porque siempre tuve la impresión de que no le llegaba a la suela de los zapatos.

Mi mirada se posó en las historias que había escrito frenéticamente durante la noche. ¿Qué le habrían parecido a Shakespeare? A lo mejor habríamos podido reescribirlas juntos. ¿Y nuestro soneto de verano? De pronto se me ocurrió una idea: si supiera exactamente a quién dedicábamos el poema, a quién considerábamos más hermoso que un día de verano, los últimos versos podrían cobrar aún más fuerza. Hasta entonces no tenía un destinatario concreto. ¿Quién podría haber que fuera tan hermoso? ¿Jan?

En aquel instante deseé de veras tener de nuevo a Shakespeare conmigo para

hablar de todo aquello: de la escritura, del amor.

Pero como bien dicen, « cuidado con lo que deseas...» .

Después de embutirme en mi vestidito negro y de ponerme mis únicos zapatos de tacón en el pasillo, la vista se me nubló de repente y perdí el conocimiento.

*Lo primero que noté al despertar fue que no tenía los pies en firme. Bajé la vista y reparé en que llevaba puestos unos zapatos de tacón alto y fino. Y en que tenía el cuerpo cubierto con una especie de vestido. Desconcertante. ¿Quién me había ataviado de tan grotesca manera? ¿Había sido el alquimista? Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Me encontraba todavía en su casa?*

*Eché un vistazo a mi alrededor: no estaba en casa de Dee, sino en una casa en el extranjero. En una pared había un cuadro peculiar. En él, un hombre desnudo, que a juzgar por la inscripción respondía al nombre de Davidoff, se revolcaba en las olas azules de un mar esplendoroso. ¿Quién colgaba en la pared un cuadro tan atrevido?*

*Quise continuar examinando el entorno, pero me torcí el pie con sólo dar un paso y caí de bruces sobre el suelo de madera.*

*—Maldita sea, ¿quién ha inventado estos maléficos zapatos? —exclamé en voz alta.*

*Al oír mi exclamación, no tuve más remedio que darme cuenta, espantado, de una cosa: mi voz no era la mía. Sonaba aguda, realmente... ¿femenina?*

*Confuso, levanté medio cuerpo para quitarme los zapatos, aquellos chismes del diablo que, cabía suponer, eran una obra chapucera de los verdugos de la Torre de Londres. ¿Tal vez me encontraba en la prisión con peor fama de la historia de la humanidad? ¿Me había hecho apresar Walsingham? ¿Era aquello una sala de tortura especialmente funesta?*

*Me quité los zapatos y descubrí que tenía los pies metidos en unas calzas negras y finas que ni de lejos podían calentar como las que yo acostumbraba a ponerme. Y, sobre todo, noté que aquellos pies no eran los míos. Yo no los tenía tan pequeños y, sobre todo, yo no llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo, excepto cuando había pasado una noche de borrachera con mis amigos invertidos.*

*Me invadió un pánico cerval. Me llevé la mano al corazón, que me latía con fuerza, y me di cuenta de que en la parte del pecho presentaba una extraña protuberancia. Para ser exactos, eran dos protuberancias.*

*Resumí los hechos mentalmente: llevaba un vestido, las uñas de los pies rojas y tenía dos protuberancias en el pecho. Conté, uno más uno más dos, y llegué al resultado de: «¡Virgen santa!».*

*Intenté tranquilizarme con todas mis fuerzas, seguro que me había equivocado al echar las cuentas. Me palpé detenidamente el tórax y, puesto que yo era un experto en cuestión de féminas, el análisis arrojó un resultado indiscutible: tenía pechos. Colgaban un poco, pero eso no era esencial en aquel momento. Lo decisivo era únicamente la conclusión siguiente: «¡¡¡Dios mío, tengo pechos!!!».*

Lo primero que dije suspirando al volver a despertar fue:

—Shakespeare, ¿podrías dejar de meterme mano?

Entonces me di cuenta de que no era dueña de mi cuerpo. Algo había vuelto a salir mal, esta vez con la hipnosis del alquimista. Los malditos monjes shinyen deberían optimizar cuanto antes el tema del péndulo y las regresiones.

—¿Eres... eres tú, Rosa?

—No, soy Frank Walter Steinmeier —respondí mosqueada.

—¿Frank Walter Steinmeier?

—¡Pues claro que soy Rosa! —contesté.

¿Yo había sido tan dura de mollera cuando había ido a parar a su cuerpo?

—¿Yo... yo... estoy en tu cuerpo...?

—Sí, así es —confirmé.

Era horrible actuar sólo como una voz dentro de tu propio cuerpo, sin poder tocar ni notar nada. Me sentía impotente a rabiar y eso me dolió tanto que ni siquiera fui capaz de pensar que Shakespeare también tenía que haberse sentido así en el pasado.

—¿Tienes un espejo?

William parecía de pronto lleno de curiosidad; saltaba a la vista que no acababa de comprender la gravedad de la situación, aunque, bueno, también se trataba de un asunto de unas dimensiones que no se podían definir a las primeras de cambio. Shakespeare se levantó, dejó mis zapatos de tacón, y yo lo conduje al espejo de Ikea que tenía al final del pasillo. Los dos contemplamos en el espejo mi cuerpo, que gracias al maquillaje y a la ropa estaba bastante perfecto, dentro de mis posibilidades. Puesto que yo no tenía el control de mi cuerpo, tuve que ver cómo Shakespeare me miraba: de arriba abajo. Fue como observar algo a través de una cámara que otro sostiene en su mano.

*Ante la imagen de Rosa, mi miedo cedió paso al desconcierto. Por un lado, su aspecto era como habría podido imaginarme: parecía inteligente y en el contorno de sus ojos podías reconocer que tenía un sentido del humor pícaro, incluso audaz. Por otro lado, me llevé una sorpresa enorme: su rostro la hacía parecer vulnerable, casi un poco tímida. En absoluto como la mujer enérgica por la que yo la había tomado. Luego observé el cuerpo y me sentí tan desbordado por todos sus encantos que sólo pude hacer una observación sobre su físico.*

—¿Rosa...?

—¿Sí? —pregunté, ansiosa por saber qué diría después de observarme.

—*Te cuelgan un poco los pechos.*

—¡Vaya, muchas gracias! —repliqué—. ¡Me pregunto cómo he podido echarme de menos!

—*¿Me has echado de menos?* —pregunté sorprendido y halagado.

—Sí..., así es —admití, y la ira desapareció lentamente de mi voz.

—*Lo comprendo.*

—Qué poco vanidoso por tu parte —me burlé.

—*Efectivamente, lo decía sin vanidad* —repliqué—, *porque yo también me alegro mucho de estar contigo.*

*Sentía en verdad un gran alivio porque el espíritu de Rosa no hubiera sido aniquilado. No podría continuar viviendo con la culpa de ser el responsable de su muerte. Junto con la culpa que ya arrastraba por Anne, probablemente me habría hundido con tan pesada carga sobre mi conciencia.*

Me sentí halagadísima. Si mi cuerpo aún hubiera sido mío, fijo que me habría sonrojado.

—Me encantaría darte un abrazo.

—*Lástima que no pueda ser. Pero a mí me gustaría hacer otra cosa.*

—¿Qué? —pregunté con curiosidad.

—*Quitarme la ropa para examinar mejor tu cuerpo...*

—¡¿Qué?!

—*Y sentirlo.*

—¡¿Sentirlo?!

—*Siempre he tenido curiosidad por saber cómo se siente el goce femenino...*

—Si lo intentas, eres hombre muerto.

—*Pero me ayudaría a perfilar de forma más realista a los personajes femeninos de mis obras...*

—Muerto y enterrado.

—*No sé cómo vas a matarme si no tienes cuerpo...*

—¡Y ése es exactamente nuestro problema! Yo ya no dispongo de mi cuerpo. Pero ¡tú tampoco tienes el tuyo!

Fue acabar de decirlo y la verdadera magnitud de la situación empezó a entrarle en la cabeza a Shakespeare. Me miró para abajo y constató perplejo:

—*Estoy realmente dentro de un cuerpo de mujer...*

—Del mío, para ser exactos.

—*Y... mi Willy no está en su sitio...*

—¡¿Llamas Willy a tu cosa?!

 —pregunté asombrada.

—*Mi madre la llamaba siempre «maese pipi».*

—Prefiero Willy.

—*Es lo que yo le decía siempre a mi madre* —dije suspirando.

—¿Podríamos cambiar de tema y pensar qué vamos a hacer ahora? —

propuse.

—*De acuerdo.*

Le indiqué a Shakespeare el camino hacia la sala de estar y, una vez allí, le pedí que se sentara (o me sentara) en el sofá para que no se cayera de culo cuando le explicara dónde se encontraba exactamente. Saltaba a la vista que Shakespeare estaba pasmado con el mobiliario de mi piso. No como Jan, que antes siempre se quedaba perplejo de que alguien pudiera vivir en medio de aquel caos. Para Shakespeare se trataba más bien de una perplejidad del tipo: «¿qué es esa caja que parpadea?». Antes de que pudiera explicarle el principio de la televisión, tenía que explicarle que había ido a parar al futuro.

—Tú... tú... —Busqué la manera de comunicarle la verdad con el máximo tacto posible, y entonces dije—: Tú... estás en el futuro.

De acuerdo, tal vez se podría haber arreglado con un poco más de delicadeza.

Le conté lo de Próspero, mi viaje en el tiempo y que él se encontraba en el tercer milenio. Esperaba recibir millones de preguntas sobre nuestra época: si lo conocían, si sus obras eran famosas, qué obras le gustaba ver a la gente en la actualidad, si había guerras, progresos en Medicina, por qué la caja parpadeante mostraba imágenes de beneficiarios del subsidio por desempleo encargando test de embarazo en el programa de Olli Geissen, qué es un beneficiario del subsidio por desempleo, qué es un test de embarazo, qué es un Olli Geissen. Sin embargo, Shakespeare me planteó una única pregunta:

—*Entonces..., ¿hace mucho que mis hijos están muertos?*



Shakespeare se quedó triste y callado durante un buen rato, y mi cuerpo se fue derrumbando en el sofá. Igual que en el pasado, la situación en el presente era también mucho más complicada para él que para mí. También por eso tenía que ocuparme a toda prisa de que volviera a su época, y eso sólo lo conseguiría con la ayuda de Próspero. Pero ¿cómo llegaríamos hasta el hipnotizador? Siendo un hombre del pasado, seguro que Shakespeare acababa arrollado por un coche en los primeros metros del camino.

Así pues, tenía que dormirse para que yo pudiera volver a controlar mi cuerpo. Pero ¿cómo me lo montaba para conseguirlo? En el estado de ánimo en que se encontraba, no podía ponerme a cantar «duerme, niñito, duerme» y a mofarme con él de pastores zoofílicos hasta que se durmiera. Además, podía despertar en cualquier momento, como ya había comprobado yo dolorosamente en el pasado. ¿Qué ocurriría si, estando al volante de mi coche, Shakespeare se despertaba y volvía a controlar mi cuerpo? En mi mente se mezclaron imágenes de maniqués de pruebas de choque, coches que explotaban y médicos de urgencias que me consideraban demasiado joven para morir.

No tenía elección: si los dos queríamos sobrevivir, tenía que poner en forma a Shakespeare para el presente. Pero ¿cómo lo haría? Si lo preparaba para el mundo actual a través de la programación de tarde de la tele, pensaría que había ido a parar a un manicomio.

¿Le enseñaba vídeos en Internet? Claro que ya me imaginaba qué preguntas me plantearía: «¿qué es Internet?», «¿cómo funciona?» o «¿qué es un servidor?». Y, aunque yo navegaba a diario por la red, no tenía ni idea de cómo contestar a esas preguntas. Ni siquiera era capaz de conectar el módem sin que me diera un ataque de nervios. Por lo tanto, decidí llevar a Shakespeare hacia la ventana, y punto. Tenía que ver el nuevo mundo con sus propios ojos.

*Todos mis pensamientos se concentraban en mis hijos, por eso al principio ignoré la petición de Rosa de que me levantara y me acercara a la ventana. Sólo después de que insistiera explicándome que era de vital importancia, me puse en pie, di unos pasos, corrí la cortina y vi ante mí un mundo realmente exótico: en la calle, a muchos metros por debajo de mí, pasaban zumbando a una velocidad increíble unos proyectiles que recordaban vagamente un carruaje. Rosa me*

*explicó que a esos proyectiles los llamaban automóviles y que ponerse en su camino era muy mala idea. Me señaló muchas más cosas vertiginosas con las que había que tener cuidado: un vehículo alargado llamado «tranvía», unas luces desconcertantes llamadas «semáforos en rojo» y las criaturas más peligrosas de todas, los «bicimensajeros».*

*Las impresiones me sobrecogieron y me hicieron olvidar la tristeza. Siguiendo las instrucciones de Rosa, abrí la ventana para descubrir cómo olía el futuro. Y no olía, ¡apestaba! Y había mucho polvo. Rosa llamó al pestazo «humo de los tubos de escape» y cuanto más lo respiraba, más deseaba regresar a las calles de Londres impregnadas de orina. El hedor de aquel humo aturdió igual que otras muchas cosas en aquel nuevo mundo: ¿Qué eran aquellos pájaros de hierro en el cielo? ¿Qué eran aquellas cajitas que la gente sostenía a la altura de la oreja y con las que hablaban? Casi todo el mundo hablaba consigo mismo, igual que Hamlet con la calavera. ¿Se sentían tan solos y melancólicos como yo me imaginaba al príncipe de Dinamarca?*

*¿Y qué absurdos personajes eran esos que, contestando a mi pregunta, Rosa denominó «deportistas que practican la marcha nórdica»?*

*Una cosa era segura: si algún día regresaba a mi época, no podría explicarle a nadie mis impresiones sin que me encerraran en una casa de locos. Tampoco podría utilizarlas en mis piezas teatrales: no podía hacer que Hamlet hablara en el escenario con una de aquellas cajitas. No podía hacer que los ejércitos de Macbeth marcharan a la batalla en uno de aquellos curiosos tranvías. Y el público del Rose se las compondría muchísimo menos con bicimensajeros que con brujas y espíritus. Mientras meditaba sobre ello, oí de repente una voz a mi espalda:*

*—¡Rosa, tenemos que ir a la boda!*

¡Ay, madre! ¡Debido a la excitación había olvidado por completo la boda! Holgi había venido a recogerme. Ya estaba en el pasillo, puesto que tenía llaves de casa.

¿Qué iba a hacer? ¿Me las apañaría para que Shakespeare se durmiera, para ir a ver a Próspero, enviar a Shakespeare de vuelta al pasado y luego llegar a tiempo a la boda para sabotearla? Eso era más o menos igual de realista que un sistema económico mundial estable.

¿Y si primero saboteara la boda y luego iba a ver a Próspero? Tal vez no sería muy justo para Shakespeare, aunque sí al menos un poco más realista. Pero, con ese plan, también tenía que dormirse antes.

—¿Rosa? —dijo Holgi al entrar en la sala.

Llevaba un traje rosa con chaleco lila. Shakespeare volvió a animarse un poco ante aquella visión, irguió mi cuerpo y soltó un comentario espontáneo sobre el *look* de Holgi:

—*Señor mío, ante tal estampa cegadora cualquiera confunde los colores.*

Holgi se quedó visiblemente perplejo, un lenguaje tan rebuscado no era propio de mí.

—Tú estás imponente. El vestido te realza el trasero —dijo con cautela.

—¿Ah, sí? —pregunté con curiosidad.

Shakespeare intentó echar un vistazo a mi trasero. Cogió el espejo de maquillaje que estaba sobre la mesa de la sala, miró con él mi trasero y lo confirmó con aprobación:

—*Cierto... unas curvas bien formadas...*

Volví a sentirme halagada. En lo referente a cuerpos femeninos, Shakespeare tenía un montón de referencias.

—*Me gustaría ver este trasero desnudo.*

—¡Ni se te ocurra! —exclamé.

—*Me gustaría saber si tiene rugosidades.*

A Holgi, que a mí no podía oírme, le preocupó esa extraña conducta.

—Dime, Rosa, ¿has vuelto a beber por lo de la boda?

—¿Qué boda? —pregunté extrañado.

—¿Cuál va a ser? —replicó Holgi, que sacó la invitación del bolsillo de la

americana y se la plantificó a Shakespeare en las narices. Y en la tarjeta se veía a Jan y a Olivia.

*Lo que vi en aquella imagen era increíble: la maravillosa condesa y el belicoso conde. Iban peinados de otra manera y llevaban ropas extravagantes, pero los rostros... no cabía duda... los rostros eran los mismos.*

—¿Los dos... se... se casan en el futuro...? —pregunté con voz temblorosa.

—Sí, y en un futuro muy próximo. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar puntuales —contestó el hombre del traje rosa.

William no contestó a Holgi, estaba aturdido, desbordado por la lluvia de estímulos y novedades que le estaba cayendo encima. Por eso le pedí:

—Luego te lo explico todo, pero antes echa discretamente a mi amigo.

Shakespeare pensó un momento cómo podría echar con buenas palabras y el máximo tacto posible a Holgi y luego le pidió:

—Sal de la habitación, por favor. Tengo que hacer aguas menores.

—¿Aquí? ¿No vas a ir al baño? Dime, Rosa, ¿qué te pasa? —Holgi estaba cada vez más preocupado.

—Ah, sí... —carraspeé—. El baño... una excelente idea.

William buscó con la mirada, descubrió una puerta, se acercó a ella tambaleándose sobre los zapatos de tacón y la abrió.

—Eso es el trastero —comentó Holgi.

Shakespeare esbozó una sonrisa algo forzada, volvió a buscar con la mirada, encontró por fin la puerta, la cruzó, la cerró y se encontró en un cuarto de baño que, aunque el alicatado era de los años setenta, para él tenía un aspecto totalmente futurista.

—Supongo que ese chisme de ahí es el excusado.

—No, eso es el bidé.

—¿Qué es un bidé?

—Un invento casi tan bueno como los calzoncillos —contesté, y le expliqué brevemente por qué a las mujeres les gustaba tanto.

—No pretendía saberlo con tanto detalle —contesté después de la explicación de Rosa, y conjeturé—: Entonces, el excusado será la jofaina de cerámica que hay al lado.

—Sí... Pero ¿no me digas que tienes que usarlo? —pregunté; era muy extraño no saber si tenía ganas de ir o no.

—Pues sí, ¡tengo la vejiga llena!

—¡Mierda de té! —maldije. Ojalá no me hubiera bebido toda la taza. Intenté tranquilizarme y le dije con determinación—: William, hay tres reglas que tendrás que cumplir a rajatabla.

—¿Cuáles?

—Primera: no me mirarás. Segunda: ¡tienes que sentarte!

—¿Sentarme? *Qué forma más rara de orinar.*

—Desgraciadamente, eso mismo opinan muchos hombres de nuestra época  
—dije con un suspiro.

—¿Son nobles?

—Nosotras los llamamos de otra manera.

—¿Cómo?

—Idiotas.

—*Nosotros también llamamos así a muchos nobles... ¿Y en qué consiste la tercera?*

—Tendrás que tirar de la cadena.

—Será un placer, sea lo que sea « tirar de la cadena » .

Pocos y desagradables minutos después, Shakespeare se levantó del váter, me puso bien la ropa y constató suspirando:

—*Ésta ha sido probablemente la experiencia más extraña de toda mi vida.*

—¿No me digas? —repliqué.

—*No te digo. Al contrario, me encantaría correr un tupido velo sobre este asunto.*

—Yo también lo correré.

—*Me alegra saberlo —dije sonriendo.*

Entonces le expliqué en qué consistía exactamente « tirar de la cadena » . Lo hizo y, mientras el agua caía, admiró los agradables progresos de la humanidad en cuestiones de técnica sanitaria. Luego sacó el tema de la boda y le conté lo de las almas que siempre renacen. Que algunas vuelven al mundo en cuerpos siempre iguales, como Essex y María, y otras lo hacen en el cuerpo de alguien del otro sexo, como era el caso de nuestras almas. Y que todas se reencontraban siempre. Shakespeare calló. Mucho rato. Finalmente, me preguntó con aspereza:

—¿No creerás que Essex y tú estáis predestinados?

—Ejem... Bueno, eso espero —contesté, sorprendida de que hubiera reaccionado tan secamente.

—*Pero Essex no puede ser el alma que te está predestinada.*

—¿Y por qué no? —pregunté, y tuve miedo de la respuesta.

—*Porque entonces Anne no podría ser el alma predestinada para mí.*

—Ejem... ¿Cómo dices?

Así, de entrada, no lo entendí.

—*Anne y yo estábamos predestinados. Yo siempre la amé. Siempre a ella y a nadie más. Si es cierto lo que has dicho sobre la inmortalidad de las almas, la suya también se encuentra en algún sitio de esta época. Y sea de quien sea el cuerpo que ahora habita, esa persona está predestinada para ti.*

Si hubiera tenido boca, me habría quedado boquiabierta.

Era lógico. Muy, muy, muy lógico. El alma de Anne tenía que estar viviendo en la actualidad. Probablemente en el cuerpo de un hombre. Y ése sería el amor de mi vida.

Pero yo había amado a Jan de verdad. ¿Había sido tan sólo una equivocación por mi parte? Seguramente. Porque si hubiéramos estado predestinados, si te parabas a pensarlo detenidamente, Essex y Shakespeare tendrían que haber formado pareja en el pasado. A fin de cuentas, eran las encarnaciones anteriores de Jan y mía.

Claro que era bastante improbable que ellos dos pudieran amarse. Aunque, por otro lado, ¿podía excluirse totalmente esa posibilidad? Essex me había besado siendo yo un hombre. O sea que en él latían tendencias homosexuales. Y, de adolescente, Shakespeare había pasado semanas enteras con fray Lorenzo, o sea que, en su caso, tampoco podía excluirse por completo que volviera a amar a un hombre. Por lo tanto, Essex y Shakespeare podrían haber estado predestinados en el pasado. En cualquier caso, yo tenía esa esperanza. Y si mi esperanza no me engañaba y realmente no había sido una equivocación que el alma de Jan y la mía estuvieran hechas la una para la otra..., eso significaría que Anne había sido una equivocación de Shakespeare. Por lo tanto, dije:

—Aun así, quiero ir a la boda.

—*¿Por qué? ¡El novio no está predestinado para ti, sino para la condesa María!*

—A lo mejor, sí —objeté.

—*¡No, de ninguna manera!*

—Bueno, podría ser... —me atreví a decir— que Anne no fuera la mujer predestinada para ti, sino que Essex fuera el hombre predestinado para ti.

—*¡Esa afirmación es tan absurda como repugnante, Rosa! Puede que tú y yo poseamos una única y misma alma, pero tu mente es de naturaleza endeble.*

—*¿Que mi mente qué?* —yo también me puse de mala uva.

—*¡Y su estado es tan deplorable como el de tus pechos!*

—A lo mejor eres tú el que se engaña —objeté cabreada—. Algo debió de pasar entre tú y Anne o no te sentirías culpable. ¡Vamos, que no pudo ser todo tan maravilloso entre vosotros dos!

—*¡No sabes de qué hablas! —la increpé.*

*Lo que me encolerizó no fue tanto que Rosa considerara posible un amor invertido entre Essex y yo como que ensuciara mi amor por Anne.*

—Pues dímelo tú —lo reté—. *¿Qué pasó entre Anne y tú?*

—*¡Calla, maldita! —rugí temblando de ira.*

—*¡No me da la gana!*

—*Ojalá Dee hubiera tenido razón con su advertencia —se me escapó.*

—*¿Qué te advirtió? —pregunté desconcertada.*

—*Dee me explicó que tu espíritu podía quedar aniquilado con el procedimiento del péndulo. Pero, desgraciadamente, ¡no se dio el caso!*

—Tú... *¿Tú habrías aniquilado mi espíritu?*

No me lo podía creer, y me sentí traicionada y vendida por él. Los dos callamos enfurecidos. Luego, Shakespeare dijo:

—*Te demostraré que Essex y tú no estáis predestinados. ¡Y con ese objetivo iremos a la boda!*

*Después de que yo pronunciara esas palabras, Rosa guardó silencio, perpleja. Volví a la sala de estar con su amigo. Por el efecto que causaba verlo, aquel hombre me recordaba a Kempe. Por lo visto, deduje, las almas amigas también caminaban juntas a través de los siglos. Era todo un consuelo. ¿Sería Dios el responsable? ¿O la naturaleza había dotado a nuestras almas de una energía vital que duraba eternamente?*

*Sí, eso parecía convincente. Siempre me había resultado más fácil creer en las fuerzas de la naturaleza que en un dios. Entre el cielo y la tierra había más de lo que nuestra erudición soñaba, eso ya lo dijo mi amigo Kempe cuando me enseñó aquel libro de tierras lejanas llamado Kamasutra.*

*Mientras se hacía evidente que Rosa había decidido guardar silencio ofendida después de nuestra discusión, el gordinflón me sacó de casa. Holgi, como se llamaba la reencarnación gordinflona de Kempe, me hizo subir a uno de aquellos curiosos vehículos, al que él mismo denominó curiosamente «dos caballos», aunque no se viera equino alguno por ningún lado.*

*Holgi (por cierto, ¿qué nombre era ése?) metió una llave en una cerradura y el vehículo se puso en marcha al instante, como por arte de magia, y corrió a una velocidad increíble por aquellas extrañas calles. Sin embargo, aún más chocante que todos aquellos vehículos era el hecho de que en ellos hubiera tantas personas de avanzada edad. ¿Cuántos años tendrían? ¿Sesenta...? ¿Cien...? ¿Doscientos? Y si la gente podía llegar a ser tan vieja, ¿por qué la mayoría, incluso los jóvenes, parecían mucho más infelices que la gente de mi Londres? ¿No sabían que la vida les estaba obsequiando años con suma generosidad? ¿Por qué no se mostraban agradecidos por ello?*

*Todos aquellos vehículos y aparatos mágicos ¿les aceleraban tanto la vida que no eran capaces de percibir su felicidad? Si yo viviera en su lugar, ¿le hablaría también a una cajita, embargado por la tristeza?*

*En contraste con los rostros taciturnos, había imágenes descomunales colgadas en casi todas las esquinas, en las que aparecían chicas escasas de ropa desperpezándose. Daba la impresión de que recomendaban mercancías. Mercancías cuya finalidad se me escapaba. Le pregunté a Holgi discretamente por ello, y él respondió crípticamente:*



—*La de Bacardi, la tengo clara. La de la crema bronceadora, también. Pero la de los clubes de fitness es realmente absurda.*

*Al ver en una de las imágenes a una dama especialmente escasa de ropa, su anatomía me pareció muy poco natural (ninguna mujer podía tener el vientre tan liso y a la vez unos pechos tan voluminosos). Y aún menos natural era su sonrisa, como si no le saliera del corazón. Pensé inevitablemente en Anne, que siempre tuvo una sonrisa cálida y afectuosa. Y recordé lo que Rosa había afirmado en su casa: al parecer, las almas predestinadas se atraían siempre. ¡Eso significaba que una de las personas infelices y atosigadas que vivían allí era Anne!*

*¿La hallaría? Aunque se encontrara en un nuevo cuerpo, yo reconocería sin falta su dulce sonrisa. Si la hallaba, le imploraría perdón. Y si me perdonaba, entonces... entonces creería a buen seguro en Dios.*

Delante de la iglesia, situada en el barrio más elegante de Düsseldorf, Holgi aparcó en zona prohibida, se arregló el traje rosa y bajó del coche. Shakespeare lo siguió con mi cuerpo y observó con interés a los invitados a la boda.

Vimos a un montón de amigos ricos de Jan y Olivia, luciendo trajes elegantes y vestidos de noche caros. Por primera vez en mi vida, esa gente elegante no me intimidó, puesto que había aprendido de forma muy gráfica que los aristócratas también eran humanos: había visto a la reina Isabel en el retrete.

Shakespeare observaba en silencio a la multitud, buscando algo con la mirada. Examinaba a una mujer tras otra, aunque no se fijaba en sus cuerpos, sino en sus caras.

*Ninguna sonreía como Anne. Ni siquiera por asomo. Aquellas mujeres no poseían la bondad de su corazón. Y examinaban con desconfianza a las otras hembras: ¿Había alguna más guapa que ella? ¿Iba mejor vestida? Las mujeres también me escrutaban a mi y, a juzgar por sus miradas, se consideraban mejores que Rosa. Entonces lo comprendí de golpe: todo el mundo me veía como a una mujer y si yo era una mujer... ¡seguro que en esa época Anne estaba en el cuerpo de un hombre!*

*A partir de ese momento me dediqué a observar a los hombres. Llevaban calzones largos y anchos en vez de calzas, lo cual, bien pensado, era un grato avance en cuanto a estética.*

*La mayoría de aquellos hombres no sonreía, de modo que intenté animarlos con mi propia sonrisa.*

En un primer momento pensé espantada: ¿William pretende ligar con hombres para sentir el goce femenino? Pero luego recordé que conocía bien a Shakespeare: era un alma herida. Y seguro que estaba buscando a Anne. Lástima que la buscara en Björn sonriéndole. Björn era un amigo soltero de Jan que creía ser un tipo que gustaba a las mujeres. Una opinión que nadie compartía.

*Animado por mi sonrisa, se me acercó un hombre fornido. Me sonreía ampliamente. Por desgracia, su sonrisa no recordaba en nada a Anne.*

*—Los dos estamos en la mesa de los solteros —dijo el hombre, sin que yo*

*tuviera ni idea de qué me estaba hablando. Y luego añadió—: Y si tienes suerte, pasarás la noche en mi cama de soltero.*

Si hubiera tenido el control de mi cuerpo, habría vomitado encima de los zapatos de Björn.

*El hombre acarició el prominente trasero de Rosa, y yo me quedé totalmente perplejo ante su insolencia: ¿No era costumbre en aquella época requebrar a las mujeres con palabras prominentes? ¿Recitarles poemas de amor, extasiarlas con cumplidos o susurrarles tiernamente al oído? ¿Aunque sólo se quisiera compartir cama con la dama una noche?*

*El acto de la conquista era al menos tan excitante como el acto carnal en sí. Y por lo general, duraba más. O sea que sacabas más provecho de todo. Pero, si la gente de aquella época no sabía saborear la conquista, ¿de qué podían disfrutar?*

Björn apartó la mano de mi trasero. Agradecí realmente no haber podido notar cómo me tocaba. Antes de que pudiera avisar a Shakespeare de que no sonriera a todos los hombres que se sentaran en la mesa de los solteros, la madre de Jan vino hacia nosotros. Saltaba a la vista que se había hecho un repaso general en una clínica de belleza: el moreno de la piel era artificial, la frente una zona contaminada por el bótox y los labios tenían demasiado relleno. Antes de que pudiera explicarle a Shakespeare, que estaba aturdido, quién era aquella mujer, la madre de Jan se plantó delante de mí. Estaba increíblemente contenta de que yo no fuera su nuera y murmuró:

—Rosa, querida, ¿cómo está tu madre? ¿Aún tiene hongos en la vagina?

—*Señora mía, su vocabulario es tan basto como su aspecto* —repliqué fríamente.

*Aunque estaba enfadadísimo con Rosa, no me gustaba que nadie la ofendiera. Y menos aún semejante arpía. Por eso le pregunté:*

—*¿De dónde han salido esos labios? Parecen de una ballena azul.*

*La vieja bruja cogió aire y luego contestó indignada:*

—Rosa, algún día sabrás lo que significa envejecer. Entonces ya no te burlarás de mí. Y teniendo en cuenta lo estropeada que estás, eso será muy pronto.

—*Por su aspecto, madame —objeté—, diría que tiene tantos años que seguramente conoce los tiempos bíblicos por experiencia propia.*

*Los labios de la vieja comenzaron a temblar, y yo proseguí:*

—*No creo equivocarme si digo que sobrevivió al Diluvio Universal nadando junto al arca.*

*Entonces sus labios se hincharon de verdad, y yo rematé el escarnio:*

—*Y cuando Dios creó al hombre el sexto día, ya hacía tiempo que usted estaba en el mundo.*

La boca de la madre de Jan pareció entonces la de una ballena azul nadando en medio del plancton. Nunca nadie le había hablado así. A mí me habría encantado hacerlo, pero nunca me había atrevido. Ni siquiera Jan le había plantado cara nunca. No permitía que nadie dijera nada malo de ella. Me gustó muchísimo que Shakespeare defendiera mi honor.

Antes de que la madre de Jan pudiera replicar nada, nos pidieron que entráramos en la iglesia: iba a dar comienzo la ceremonia. Vi de lejos a Jan, que estaba elegantísimo y de infarto con un esmoquin que le quedaba perfecto. Igual que Olivia, que iba del brazo de su padre y llevaba un vestido de novia fantástico, ceñido y largo hasta los pies, que realzaba y favorecía su cuerpo intachable. Shakespeare la miró fascinado. Rabiando, le dije entre dientes:

—¡Decídetes de una vez! ¡O te lamentas por Anne o quieres a esa tontaina!

*Con ese comentario, Rosa me tocó en el corazón: no debía entusiasmarme con la condesa, tampoco tenía que intentar conquistarla para que me financiara un teatro en caso de que algún día regresara a mi época. Tales ideas calculadoras, únicamente había podido permitírmelas porque estaba seguro de que mi gran amor había muerto.*

Shakespeare entró en silencio con mi cuerpo en la iglesia, realmente quería demostrarme que Jan no estaba hecho para mí. O quería buscar a Anne allí dentro. Probablemente, ambas cosas. Se sentó con Holgi en uno de los bancos de atrás, al lado de una viejecita que tenía cierto parecido con un perro salchicha con malas pulgas.

A Shakespeare le molestó que la Iglesia siguiera desempeñando un papel importante en la vida de las personas. Sin embargo, cuando le expliqué que estaba equivocado y que la Iglesia no tenía ni de lejos el poder sobre la suerte de un Estado que había tenido en la vieja Inglaterra, se alegró: nuestro mundo probablemente no era tan triste como permitían suponer las personas de mirada taciturna y aquellos extraños «deportistas que practican la marcha nórdica».

Comprendí que, para Shakespeare, las nuevas sensaciones debían de ser mucho más estresantes y apabullantes de lo que fueron para mí en su época, puesto que yo poseía algunos conocimientos rudimentarios sobre el pasado cuando fui a parar allí, pero él no sabía nada del futuro.

Mientras el muermo del sacerdote pronunciaba un sermón larguísimo y soporífero, en el que explicaba que el matrimonio estaba expuesto a un gran número de duras pruebas (enfermedad, celos, las reformas en el hogar), a Shakespeare empezó a entrarle sueño, más aún que al resto de los invitados. Finalmente se durmió y yo recuperé por fin el control de mi cuerpo y la oportunidad de reconquistar a mi gran amor.

Sí, ¡el cliché celebraba su regreso a lo grande!

—Si alguien se opone a esta unión, que hable ahora o calle para siempre — recitó el sacerdote de carrerilla.

Ésas eran las palabras que señalaban mi entrada en escena.

Me levanté insegura, con las piernas temblándome, la garganta seca y el corazón a mil, para decir lo que tenía que decir. Igual que tantas mujeres habían hecho antes que yo en las comedias románticas. Lástima que yo, a diferencia de esas heroínas, por culpa del temblor me di con la rodilla contra el banco de madera y lo primero que exclamé fue:

—¡Ay, mierda!

Como consecuencia, todos los invitados me miraron sorprendidos. El sacerdote puso cara de indignación, Olivia estaba desconcertada y Jan, perplejo.

—No quería decir «mierda» —me apresuré a explicarle al sacerdote—. Me he pegado un golpe en la rodilla... y no me ha dado tiempo a que se me ocurriera decir: «ay, córcholis» .

El sacerdote me miró con severidad, pero Jan sonrió levemente, me perdonaba la palabrota. El sacerdote volvió a su escrito y comenzó otra vez desde el principio, los novios se dieron la vuelta hacia él y todo el mundo dedujo que yo volvería a sentarme de inmediato. Pero me quedé de pie.

—Siéntate —masculló Holgi.

No le hice caso y seguí de pie.

El sacerdote acabó la frase de nuevo con las palabras «... que calle para siempre» .

—Lo de « calle para siempre» va por ti, Rosa —insistió Holgi.

Me tiró de la manga e intentó arrastrarme a mi asiento. Yo me resistí y mascullé:

—¡Suéltame!

—No pienso hacerlo.

—¡Suéltame!

—Como quieras. Todos tenemos que cometer nuestros propios errores —dijo Holgi suspirando, y me soltó de golpe. Perdí el equilibrio y cai de culo, justo encima de mi vecina de banco, la vieja perro salchicha.

—¡Joder! —exclamé de mala manera.

Todos los que estaban en la iglesia volvieron a mirarme.

Me levanté a toda prisa de encima de la señora, la señalé y dije:

—¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella!

—¡Yo no he sido! —me desmintió la viejecita, conforme a la verdad.

—Síntese —me ordenó el viejo sacerdote severamente.

Entonces oí que la madre de Jan decía a media voz en la iglesia:

—A poder ser, en la silla eléctrica.

Pero yo continué de pie.

—¿O tiene algo que decir? —me preguntó el sacerdote en tono de «ni se le ocurra decir nada».

La pregunta estuvo cimentada por una mirada de la novia de «ni se te ocurra decir nada» y la mirada del novio de «miedo me da que digas algo». La cuestión era: ¿tenía miedo Jan de que yo continuara fastidiando su boda o tenía miedo de sus sentimientos hacia mí?

—Rosa no tiene nada que decir —explicó Holgi por mí.

—Entonces puedo proseguir con la ceremonia —manifestó aliviado el sacerdote.

Estaba a punto de abrir la boca para contradecirlo, cuando Holgi contestó:

—Sí, sí, ya puede.

Yo no me avine y por fin solté lo que quería decir:

—Yo... tengo algo que objetar a esta boda.

—¿Tenemos que escucharlo? —preguntó Olivia echando espuma por la boca.

El sacerdote estaba confuso, era evidente que en toda su carrera nunca le había ocurrido algo semejante. Después de pensarlo un momento, decidió:

—No, no tenemos que escucharlo.

Y volvió a echar mano de su escrito. Pero yo no me dejé abatir tan deprisa; ya que había llegado tan lejos, tenía que llegar hasta el final:

—¡Un momento! —protesté—. Usted ha hecho un llamamiento para que dijéramos si teníamos algo en contra de esta unión.

—Lo decía más bien retóricamente —replicó el sacerdote no muy seguro.

—Entonces, ¿usted sólo pronuncia palabras huecas? —pregunté.

El reproche dio en el blanco, y el sacerdote se puso a darle vueltas. A Olivia le entró miedo:

—¿No... no irá a hacerle caso a esa descarada?

Me gustó que tuviera miedo, a lo mejor no estaba tan segura de que yo no pudiera recuperar a Jan. Eso me animó.

—Deje hablar a Rosa —le pidió Jan al sacerdote.

Y eso me animó todavía mucho más.

Olivia miró enfadada a Jan, pero él le sostuvo la mirada y luego se volvió hacia mí:

—¿Qué quieres objetar a este matrimonio?

Respiré hondo y fui a lo mío:

—Querido Jan, te he amado mucho tiempo y tú me has amado mucho tiempo. Sí, ya lo sé, me explicaste que ahora amas mucho más a Olivia y que los dos tenéis un amor maduro y que crees que estáis hechos el uno para el otro y etcétera, etcétera, etcétera... Cuando lo dijiste, me dolió, y no sólo porque acababan de hacerme un empaste. Iba a renunciar a nuestro amor, pero en un viaje, ahora no entraré en detalles, he descubierto que las almas que están hechas la una para la otra transitan a través de los siglos y se enamoran una y otra vez.

Jan me miraba con los ojos abiertos como platos. Holgi, en cambio, se tapaba los ojos con la mano y sólo observaba por entre medio de los dedos.

—Nuestras almas, la tuya y la mía, intentan estar siempre cerca y creo que lo hacen porque están predestinadas...

Miré a Jan a la cara y no me pareció que, con mis palabras, hubiera cobrado fuerza en él la sensación de que estábamos predestinados.

—Y ahora que te miro a la cara compruebo que esas palabras no provocan nada en ti...

Jan se encogió de hombros, disculpándose.

—... Si nuestras almas estuvieran realmente hechas la una para la otra no te limitaría a encogerte de hombros...

Se encogió de hombros otra vez.

—... Te agradecería que dejaras de...

Se encogió de hombros una vez más.

—Aunque, pensándolo bien, si tú y yo estuviéramos realmente hechos el uno para el otro, no te encogerías de hombros y, además, alguna vez me habrías defendido de tu horrible madre y, a lo largo los años, algún día le habrías tapado esos morros de zódiac que tiene.

Oí que su madre boqueaba en busca de aire.

—... Haría tiempo que tendríamos hijos y no me habrías dejado sólo porque una vez besé a otro hombre. Eso habría sido insignificante para alguien que realmente te ama durante siglos o incluso milenios.

Jan tenía los ojos clavados en sus zapatos.

—Y, ahora que te miras los zapatos, también comprendo que, en realidad, para ti sólo fue una buena ocasión para dejarme y marcharte con Olivia.

Jan clavó los ojos más insistentemente en sus zapatos.

—Pero no hace falta que sigas contemplando tus zapatos, porque probablemente no habría besado al profesor de gimnasia si tu alma y la mía hubieran estado realmente predestinadas. Shakespeare nunca besó a nadie más mientras estuvo con Anne...

—¿Shakespeare? —Jan levantó la vista de sus zapatos.

—... Shakespeare no engañó a Anne, ¡no, no lo hizo! —proclamé bien alto—. Y eso que lo tentaron un montón de veces.

Entonces, como muy tarde, fue el momento en que la mayoría de los que estaban en la iglesia se preguntaron si me había escapado de un manicomio. Y si llevaba armas conmigo.

—... Además, al profesor de gimnasia lo besé porque me sentía muy sola.

—Tú..., ¿te sentías sola? ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Jan, confuso.

—Porque no lo he comprendido hasta que no he dejado de sentirme sola.

—¿Y con quién no te sientes sola...? —inquirió entonces Jan.

—Con alguien que me saca de mis casillas, pero también me apoya y me defiende. Y que me ha enseñado que puedo hacer mucho más que aburrir a los niños en una escuela, que sirvo para escribir. Él y yo formamos un buen equipo...

—¿Un equipo? ¿Significa eso que sois pareja? —preguntó Jan con curiosidad, sin demasiados celos.

—Pareja... —Se me escapó una risita nerviosa—. No, no lo somos, y además es imposible. —Mi risita fue a más.

—¿Por qué es imposible? —preguntó Jan.

—Es que no tenemos dos cuerpos.

—¿QUE NO TENÉIS QUÉ?

—Al menos, no al mismo tiempo.

—¿No... al mismo tiempo? —Jan me miraba como si creyera que sería una gran idea prepararme una buena taza de tila.

—Olvidalo —repliqué—, en cualquier caso, ¡gracias a ese hombre ya no soy un cliché! ¡O sea que tengo que dejar de comportarme como tal y dejar que os caséis de una vez!

Mis palabras resonaron en la nave de la iglesia sin que nadie reaccionara. Pasaron unos segundos de silencio larguísimo hasta que el sacerdote se atrevió a preguntar:

—Ejem, ¿significa eso que puedo proseguir con la boda?

—Sí —contesté, y anuncié a los perplejos parroquianos—: Las almas de estos novios están hechas la una para la otra.

Y así fracasó estrepitosamente el regreso a lo grande del cliché.



Salí de la iglesia antes de oír el « sí ». Holgi quiso llevarme a casa, pero lo dejé plantado sin explicarle qué me pasaba. Cogí un taxi para ir al circo. Holgi era mi amigo y, como tal, lo quería, pero tenía que desprenderme de Shakespeare sola. Esperaba de todo corazón que Próspero consiguiera hacerlo regresar a su época.

Estaba claro que el taxista llevaba mucho sin ducharse y olía al viejo Londres. Para apartar la nariz de él, miré por la ventana y de nuevo tuve la sensación de que todo era distinto, mucho menos vivo con nosotros que en los tiempos de Shakespeare. Las personas del presente estábamos de demasiada mala uva para lo bien que realmente nos iba. Y yo siempre había estado de demasiada mala uva para lo bien que realmente me iba.

Cuando llegué al circo, la función ya había acabado. Próspero, que aún llevaba la capa del espectáculo, estaba delante de su caravana, pagando a una mujer a la que supuestamente habría hipnotizado aquella tarde. Justo cuando la mujer se iba, Shakespeare se despertó y yo perdí de nuevo el control de mi cuerpo. Shakespeare se sintió confuso porque ya no estaba en la iglesia, y mientras Próspero cerraba la puerta después de entrar sin habernos visto, le expliqué emocionada a mi compañero de cuerpo lo que había pasado en la boda: que él tenía razón con lo de Jan, que Jan y Olivia estaban hechos el uno para el otro y que lo había comprendido porque él, Shakespeare, me era más próximo de lo que Jan nunca me había sido. Que él me había dado mucho, que yo había descubierto la escritura gracias a él, que por primera vez había colaborado con alguien del modo en que colaboré con él en el maravilloso soneto y que me encantaría terminarlo con él de inmediato...

—¿Has dejado a Essex por mí? —*interrumpí asombrado la verborrea de Rosa.*

—Bueno, en primer lugar, no era Essex, sino Jan —comencé a aclarar—. En segundo lugar, no lo he abandonado, sólo lo he dejado plantado en el altar y, en tercer lugar... —entonces me di cuenta y me asusté—, es verdad que tú me gustas más que él.

—¿No irás a decirme que me amas, verdad? —*pregunté, asombrado y perplejo.*

Con ello, William planteó una pregunta realmente sorprendente. Y aún más

sorprendente fue que yo no supiera contestarla. Hasta entonces, sólo había pensado en Shakespeare dentro de la categoría «gustar», pero si él me gustaba más que Jan, en el que hasta entonces sólo había pensado dentro de la categoría «amar», ¿qué significaba eso? En medio de mi silencio indeciso, Shakespeare aclaró secamente:

—*¡No puedes amarme! Hay muchas cosas que hablan en contra: por un lado, no tenemos suficientes cuerpos. Y, por otro, un hombre como yo no puede esperar otro amor en esta vida.*

Shakespeare intentó hablar en un tono decidido, pero le tembló la voz, porque en ella había mucho dolor. Por eso le pregunté:

—¿No crees que va siendo hora de que me expliques que pasó entre tú y Anne?

—*¿Tengo que hablar de una vez de mis sentimientos?*

Shakespeare lo dijo en un tono amargo, luego guardó silencio y se sentó en las escaleras de la caravana de Próspero. Finalmente, empezó a hablar:

—*Anne estaba en el campanario. Lloraba. Desconsoladamente. Emponzoñada por el veneno de las mentiras de su primo, que le había contado que yo la había engañado. Quise impedirle que saltara y me acerqué a ella. Anne me miró y yo sentí que si en aquel momento le hubiera tendido la mano... ella la habría cogido y se habría salvado... Pero dudé un instante porque... porque...*

Se encalló de nuevo. La culpa parecía oprimirlo. No quise atosigarlo con preguntas y esperé a que continuara hablando.

—... *Sentí que la ira se apoderaba de mí...*

—¿Ira? —pregunté.

Y Shakespeare habló entonces a borbotones:

—... *porque Anne no había confiado en mí, pero sí en su primo, incluso en las prostitutas con las que supuestamente me había acostado; a todos los había creído más que a mí...*

Entonces bajó la voz, que de hecho era la mía:

—*Y... cuando en ese instante de ira, que sólo duró un soplo, vio la furia ardiendo en mis ojos...*

No hizo falta que dijera nada más. Yo misma completé en pensamientos que Anne había saltado acto seguido. Después de un breve silencio, intenté consolarlo:

—Pero seguramente habría saltado aunque no la hubieras mirado de ese modo, estaba muy trastornada.

—*Es posible... —La voz me falló de nuevo.*

—¿Pero?

—*Pero lo último que vio en su vida... fueron mis ojos llenos de ira...*

Shakespeare luchaba por no echarse a llorar. Y como no encontré ninguna palabra que pudiera aliviar sus abrumadores pensamientos, le susurré:

—Llora, tranquilo...

—*Un hombre no da rienda suelta a sus lágrimas —repliqué con huero orgullo.*

—En primer lugar, esa afirmación es de lo más tonta, y en segundo lugar, ahora mismo no eres un hombre, sino una mujer.

—*Eso es cierto...*

—O sea que no pasa nada si lloras —lo animé.

Shakespeare se lo pensó, luego asintió con un movimiento de mi cabeza y dio rienda suelta a las lágrimas. Me supo mal, lo habría abrazado con gusto. Era una sensación extraña ver llorar a tu propio cuerpo y no ser partícipe. Me di cuenta, por ejemplo, de que mi llanto sonaba como el de un bebé foca herido de bala. Shakespeare tardó un buen rato en tranquilizarse. Al secarse las lágrimas con la manga de mi vestido, constató asombrado:

—*Llorar es en efecto liberador...*

—Es recomendable para cualquier hombre —dije sonriendo.

—*Pero, a poder ser, no cuando sus amigos estén cerca —repliqué sonriendo entre lágrimas.*

—No, claro que no —contesté divertida, y entonces le expliqué que teníamos que ver al hipnotizador para que, ojalá, pudiera devolverlo al pasado con el péndulo.

—*No pienso ir.*

—Ejem... ¿Cómo dices? —pregunté insegura.

—*Me quedo aquí.*

—¿Será una broma?

No me lo podía creer.

—*No es ninguna broma. Si el alma de Anne vive aquí, quiero estar con ella. ¡Y por eso voy a ponerme a buscarla!*

—¿No vas a devolverme mi cuerpo?

Aquello me había cogido por sorpresa. Le tenía cariño a Shakespeare y estaba a gusto con él, probablemente incluso empezaba a sentir algo por él. Pero cederle mi cuerpo, eso era demasiado.

—Comprenderás que es una locura...

—*Quien ama está aún más loco que un hombre criado en Luton-on-Hull.*

—¿Luton-on-Hull?

—*Un pueblo con siglos de tradición en parentescos de consanguinidad.*

—Pero quedarte en mi cuerpo no es sólo una locura, también es extremadamente injusto —protesté levantando la voz.

—*Sería en verdad sorprendente que la vida fuera de repente justa —objeté.*

—No me refiero sólo conmigo.

—¿Pues con quién más?

—Con tus hijos. ¿De verdad vas a dejarlos solos? —pregunté con énfasis.

Shakespeare calló, al poco respiró profundamente y luego dijo con voz triste y muy digna:

—*Vamos a ver al hombre del péndulo.*

El hipnotizador se sorprendió muchísimo cuando Shakespeare le contó nuestro dilema. Tras un primer desconcierto, Próspero explicó que el alquimista Dee tenía razón; en casos excepcionales, podían surgir complicaciones en los viajes al pasado. Pero que eso mismo ocurriera en el viaje de regreso y que un espíritu del pasado se trasladara al futuro era un fenómeno totalmente nuevo. Eso sólo podía suceder, reprendió Próspero severamente (sabía que yo lo estaba escuchando en lo más hondo de mi cuerpo), porque yo había hecho trampa: no había descubierto qué era el «verdadero amor» y había acudido a un alquimista. El hecho de que yo me hubiera saltado las normas, me amenazó Próspero, clamaría venganza, no se podía y no se debía huir del destino. Próspero me metió mucho miedo. Shakespeare lo notó y le cortó la palabra exhortándolo a hacer oscilar el péndulo y dejarse de grandes discursos. Me gustó que Shakespeare me defendiera de nuevo. A eso podía acostumbrarme sin problemas.

Próspero replicó que antes tenía que telefonar a los monjes vía Internet (sí, los tibetanos también conocían Skype) para recabar instrucciones concretas. Habló en tibetano a través de unos auriculares con micro conectados al portátil, cerró el ordenador al cabo de un rato y nos explicó lo que había que hacer para reexpedir a Shakespeare al pasado. Antes iría a buscar el péndulo a la carpa del circo. Cuando Próspero salió de la caravana, comprendí que Shakespeare y yo nos despediríamos para siempre.

—Bueno, esto se acabó —dije, esforzándome por parecer relajada. No quería que se notara que eso me entristecía.

—*Sí, esto se acabó —repetí, esforzándome por parecer calmado; no quería que se notara que eso me apenaba.*

Seguí un rato de silencio en el que me entristecí aún más. Finalmente, no soporté que estuviéramos callados y dije:

—No ha estado mal el tiempo que hemos pasado juntos.

—*Al contrario, yo incluso he disfrutado.*

—¿No te pesa haber compartido el cuerpo conmigo una temporada? —pregunté.

—*Para nada —contesté sinceramente.*

Me hizo muy feliz que dijera eso.

—*Bueno, hay una cosa que sí me pesa —señalé.*

—¿Cuál? —pregunté. No me gustó que a Shakespeare le pesara algo.

—*No haber podido sentir el goce femenino. Tal vez podríamos aprovechar el poco tiempo que nos queda para...*

—¿William? —lo interrumpí con voz risueña.

—*¿Sí?*

—A veces eres un idiota.

—*¿Significa eso que no podré probarlo? —pregunté esbozando una amplia*

*sonrisa.*

—Y a veces eres un listillo —dije riendo.

—*Y a veces una listilla —repliqué sonriendo más ampliamente.*

—Todos los hombres deberían pasar por la experiencia de ser mujer —dije riendo.

Shakespeare también se echó a reír. Luego, muy sentimental, dijo:

—*¿Rosa...?*

—*¿Sí?*

—*Ha sido un verdadero placer discutir contigo.*

—Gracias, William, lo mismo digo —contesté, no menos sentimental.

Si hubiera podido, incluso le habría dado un beso.

Próspero entró con el péndulo y, cuando lo vi en sus manos, volvió a entrarme miedo de repente: iba a perder a Shakespeare. Para siempre. Eso era casi insoportable. ¿Tal vez debería dejarlo vivir un poco más en mi cuerpo? Unos días... Por mí, hasta unas semanas. A pesar de todo, podría ser una buena época.

El hecho de que se me ocurriera algo tan disparatado era definitivamente un signo de que albergaba sentimientos por Shakespeare.

Pero ¿cuáles exactamente? ¿Lo amaba como él había supuesto?

Probablemente, ésa era la pregunta del millón de euros. Y, para contestarla, no podía echar mano del comodín de la llamada.

Próspero preparó el péndulo y, mientras yo aún dudaba de si debía pedirle que volviera a guardarlo, lo hizo oscilar delante de mis ojos. A Shakespeare y a mí se nos nubló la vista y perdimos lentamente el conocimiento.

Lo primero que oí al despertar fue:

—Mistel Dee, mistel Dee, ¡el glande animal de cloaca se está despejando!

Abrí los ojos y vi que el alquimista y el chino me observaban.

—¿Shakespeare? —preguntó cauteloso el alquimista.

—¡Aún duerme! —respondí.

Dee estaba visiblemente decepcionado de que su reregresión no hubiera funcionado. Aunque yo también debería estar triste, no lo estaba. Incluso estaba un poquito contenta de que William y yo tuviéramos algo más de tiempo juntos.

En vez de relatarle al alquimista con todo lujo de detalles lo que había sucedido, me limité a comentarle lo que Próspero me había anunciado:

—No se puede engañar al destino. —Y aún añadí algo que comprendí en ese instante—: Sólo quien se enfrente a su destino será recompensado.

El chino comentó mi juicio lapidariamente:

—En nuestro pueblo hay un loco que escribe sentencias por el estilo y las mete dentro de las galletas.

Pero el alquimista entendió a qué me refería. Me pasó el brazo por los hombros y dijo:

—Eres una mujer sabia, Rosa. Aunque de momento seas un hombre.

Me sentí halagada, pero sólo me duró un breve instante, ya que Dee me preguntó:

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Estaba claro que, para enfrentarme a mi destino, tenía que encontrar el verdadero amor. Cosa nada fácil, puesto que seguía sin un punto de partida para iniciar la búsqueda.

A no ser que mis disparatados sentimientos por Shakespeare tuvieran algo que ver con ella.

No, ¡no podía ser! Sería completamente absurdo. Dos personas en un cuerpo, eso seguro que no era el verdadero amor. No debía considerar ni por asomo semejante tontería. Sobre todo teniendo como tenía que solucionar otro problema más urgente: si antes de la noche no había hecho de alhaueta entre Essex y María, la reina ordenaría que me ejecutaran. Y el hecho de que la condesa estuviera coladita por mí o, en este caso, por Shakespeare no facilitaba precisamente la tarea.

Le pedí a Dee que me llevara a ver a María y el alquimista prometió que me

acompañaría su ayudante. El chino propuso con cara de asco que antes me bañara, puesto que seguía apestando como un animal de cloaca.

—Así está bien. Cuanto más apeste, menos me querrá la condesa —repliqué sonriendo con malicia.

Arrugando la nariz, el chino me condujo al patio, a un carruaje adornado por dentro con imágenes de monjes shiny en rezando. El alquimista era en verdad un fan de aquellos pelones tibetanos, de los que yo no sabía nada hasta hacía unos días. Me pregunté si, gracias a esos tibetanos, acabaría siendo una persona más feliz o si la diñaría de mala manera en el pasado. Si ocurría lo primero, les besaría la calva con gratitud; si ocurría lo segundo, los monjes irían a parar incluso por debajo de nazis y dentistas en mi lista de favoritos.

Hop-Sing me condujo a través de un Londres matutino, iluminado por los suaves rayos de una maravillosa salida del sol. Los primeros comerciantes colocaban sus mercancías en las calles, al lado de hombres que no habían conseguido llegar a casa esa noche y roncaban tirados en el suelo. Los niños, según el caso, o bien se encaminaban a la escuela o bien robaban a los borrachos que dormían. Ver despertar el Londres isabelino, sentir cómo el pulso de la ciudad latía más deprisa segundo a segundo levantaba el ánimo. Aquel lugar me electrizaba, despertaba mis sentidos. Una parte de mí quería quedarse allí para siempre, igual que Shakespeare por un momento quiso permanecer en el futuro. Pero, claro, esa idea era del todo imposible: no podía quedarme por las buenas y para siempre en el cuerpo de Shakespeare.

¿O tal vez sí?

Cuando el sol acababa de salir en el cielo, el carruaje se detuvo delante del castillo. Se trataba de lo siguiente: tenía que persuadir a la condesa para que al atardecer acudiera a la fiesta de la reina en el barco del almirante. Allí se encontraría con Essex y yo por fin podría unirlos.

Golpeé la puerta con la aldaba de hierro forjado y al poco me abrió la condesa en persona.

—William Shakespeare, ¡has venido a verme! —exclamó radiante de alegría.

De hecho, debería haberle confesado de inmediato que no la amaba, pero el caso fue que sólo me quedé asombrada porque no me sentí inferior en presencia de la condesa. Tampoco me corroían los celos, puesto que por fin había aceptado que su alma y la de Jan estaban hechas la una para la otra. Contenta por el dominio recién adquirido, sonreí a la condesa. Ella lo interpretó mal en el acto y se echó feliz a mis brazos. Por lo visto, no se había dado cuenta de lo mal que olía. O, como bien señaló Hop-Sing: «A la señola no le lepugna nada». (Una frase que a mí también solía venirme a la cabeza cuando veía a Carla Bruni en las revistas del corazón).

Mientras le indicaba con la mano a Hop-Sing que desapareciera en el carruaje, la condesa me apretujó tanto que casi no podía respirar. Y todo porque

la habían hechizado las hermosas palabras del soneto. Había que romper el hechizo:

—Nosotros dos no podemos ser pareja —expliqué, y la aparté de mí, incluso con más brusquedad de la necesaria para reforzar mi postura.

—¿Po... por qué no? —preguntó; de repente parecía tan frágil.

Me compadecí de ella y procuré herirla lo menos posible. Así pues, mentí:

—Yo... yo soy invertido.

—¿Significa eso que... que no me amas? —preguntó con voz temblorosa.

—Así es, sólo me gustan los hombres —contesté, esta vez sin mentir.

A la condesa le temblaba todo el cuerpo. Durante años había deseado romperle el corazón a Olivia, igual que ella me había roto el corazón en compañía de Jan. Pero ahora que tenía la oportunidad, me daba pena.

—Siendo así —murmuró, esforzándose por demostrar valentía—, seguiré mi plan original.

—¿Plan original? —inquirí.

—Viviré siete años en este castillo sin tratar con ningún hombre.

No podía permitirselo, la condesa tenía que ir a la fiesta de la reina en el barco del almirante y por eso me apresuré en explicarle:

—Si esta noche no aceptáis voluntariamente la invitación de la reina y os casáis con Essex, la reina os ejecutará.

—En ese caso, cambiaré mis planes —replicó la condesa tras un breve instante de contención.

—Eso está bien —dije respirando con alivio.

—Me ahogaré ahora mismo en el estanque.

—¿QUÉ?

—Pondré fin a mi triste existencia.

Antes de que yo pudiera protestar, la condesa me cerró la puerta del castillo en las narices.

La gente del pasado era mucho más vital que nosotros, pero cuando se trataba de amor, a veces eran realmente un poco extremistas. Con nosotros, en el futuro, los sentimientos de las personas solían ser superficiales (muchos hombres querían más a su iPhone que a su novia), pero en la Inglaterra de Shakespeare, para alguna que otra mujer, tal vez habría sido mejor sentir un poco menos.

Rodeé corriendo el castillo y ví que la princesa se acercaba al profundo estanque. La agarré a toda prisa y le pedí que no se ahogara. Pero, en vez de contestar, la noble dama hizo algo que también hacían las actrices de Hollywood cuando las sujetaba un hombre, al menos las actrices de las comedias más zafias: la condesa me dio una patada en las partes blandas.

Nunca me había complacido menos ser un hombre.

—¡Yeiyeyeyeyei! —grité con voz inquietantemente aguda.

La condesa se había metido en el estanque y el agua ya le llegaba a las



rodillas. No cabía otra elección:

—¡Condesa, os amo! —grité con voz de pito.

María se volvió y me miró con incredulidad.

—¡Es verdad, lo juro por lo más sagrado! —me ratifiqué, ya con un timbre de voz un poco más grave.

—Si eso es cierto —me exhortó—, demuéstramelo.

—¿Demostrarlo? —pregunté sorprendida.

—Bésame.

Habría preferido otra forma de demostrarlo.

—Bésame con pasión.

La habría preferido con mucho. Pero estaba en juego una vida. Así pues, hice acopio de valor, chapoteé en el agua y la estreché en mis brazos. La condesa cerró los ojos y puso boquita de piñón, con lo que quedaba bastante ridícula. La observé dubitativa y me pregunté si yo, cuando era mujer, también tenía un aspecto tan esperpéntico antes de dar un beso.

No había besado a una mujer en toda mi vida, y tampoco había notado nunca un deseo especial de hacerlo.

Excepto una vez en octavo, en una fiesta de pijamas, donde, cuando ya iba un poco piripi y por pura curiosidad adolescente, estuve a punto de probarlo con mi compañera de clase Bille, pero luego Bille prefirió montárselo con Gitta. Eso fue un duro golpe para mi autoestima, puesto que ni los niños ni las niñas habían querido besarme en mi pubertad (por cierto, Gitta es en la actualidad una abogada felizmente casada y Bille es entrenadora de fútbol femenino).

Puesto que dudaba, la condesa acercó sus labios a los míos, lenta y cariñosamente. Yo intentaba decirme todo el tiempo: estás salvando una vida, Rosa, estás salvando una vida... y, visto así, seguro que no es una buena idea crisparse y apartarse porque te sientas incómoda.

Pero antes de que pudiera lanzarme al apasionado beso, oí decir a William:

*—Normalmente me gusta ver a dos mujeres besándose... Pero ahora una de las dos damas se encuentra en mi cuerpo...*

Shakespeare volvía a estar despierto, y aunque me alegraba de verdad por su presencia (en las últimas horas lo había echado mucho de menos), sus dotes para la sincronización continuaban dejando mucho que desear. En aquel momento, no me hacía ninguna falta que se entrometiera. Por eso contesté:

—¡Haz el favor de cerrar la boca!

La condesa me apartó y me preguntó indignada:

—¿Qué pretendes decirme?

Era imposible continuar fingiendo sentimientos hacia ella, sobre todo si Shakespeare iba soltando comentarios. Así pues, opté por otra táctica, una táctica psicológica más sucia:

—Condesa, he mentido, no os amo.

Me miró espantada.

—No puedo amaros —proseguí—. Pero si os ahogáis, la reina me encerrará en la Torre.

La condesa puso cara de más espanto, temía por mí.

—Y si no queréis que sufra una muerte terrible allí, venid conmigo a la fiesta en el barco del almirante Drake.

María guardó un momento de silencio y luego, valerosa, dijo:

—Iré por amor a ti.

Había resultado. Pero me sentía miserable, había manipulado sus sentimientos. Shakespeare notó que tenía mala conciencia y encontró palabras de consuelo para mí:

*—Con ello le has salvado la vida, Rosa. El fin no siempre justifica los medios, por ejemplo, no lo hace cuando alguien escoge el celibato con el fin de no procrear, pero en este caso, sí.*

Shakespeare me hacía sentir bien. Si hubiéramos tenido dos cuerpos, lo habría abrazado sin problemas.

*—Sabes, Rosa, esta noble dama no está realmente enamorada de ti... de mí. Simplemente está muy trastornada por la muerte de su hermano.*

Shakespeare también tenía razón en eso. Y yo deseé encarecidamente que María volviera a ser feliz con Essex y que él la ayudara a mitigar el dolor. Porque en el amor también se trataba de eso: de curar las heridas que te inflige la vida.

Sentada en el carruaje en marcha, con las botas chorreando, me sentí un poco esperanzada con que podría unir a Essex y a María en el barco del almirante. Pero cuando iba a recostarme aliviada en el asiento, Shakespeare me recordó que aún nos quedaba una tarea por resolver:

—*Si Walsingham no recibe en la fiesta el soneto que nos encargó, nos hará encerrar en la Torre. Tenemos que escribir el final lo más deprisa posible si queremos evitar que los verdugos nos enseñen con sus tenazas cuánto miden nuestras tripas.*

—A veces me gustaría que no hablaras tan gráficamente —contesté tragando saliva, y luego añadí—: Por cierto, tengo un par de ideas para el soneto. Necesitamos a alguien concreto a quien dirigir nuestros versos.

—*¿Alguien concreto? —pregunté desconcertado.*

—Una persona por la que sientas algo muy profundo.

—*¿En quién estás pensando?*

Respondí asomándome por la ventana y gritando hacia el pescante:

—Hop-Sing, ¡llévanos a Stratford-upon-Avon!

Durante el trayecto, Shakespeare insistió en que le dijera a quién íbamos a ver. ¿A sus hijos? ¿A fray Lorenzo? ¿A Tybalt, el amante de los cerdos? Naturalmente, no sospechaba a quién visitaríamos. Me daba perfecta cuenta; a esas alturas, estábamos tan íntimamente unidos que podía percibir los temores que a Shakespeare no le agradaba expresar.

—*¿Adónde tengo que ir? —preguntó Hop-Sing cuando el carruaje rodaba por la pequeña ciudad.*

—Al cementerio —contesté.

—Esto se pone cada vez más divdido —replicó Hop-Sing en tono agrídulce. Por lo visto, en la China del siglo XVI ya conocían el concepto de « salcasmo» .

—*No he visitado nunca la tumba de Anne —protesté—. ¡Y no pienso hacerla nunca!*

—No tienes elección. Irás adonde yo vaya con tu cuerpo —expliqué decidida.

—*Eso es extorsión... —increpé, para disimular mi temor.*

—No lo es.

—Entonces, ¿cómo lo llamarías tú?

—Toma de rehenes amistosa —dije sonriendo con malicia mientras Hop-Sing detenía el carruaje delante del cementerio.

El camposanto estaba situado justo al lado de la pequeña iglesia del pueblo desde cuya torre se había lanzado Anne. No era de extrañar, pues, que Shakespeare nunca hubiera querido regresar allí. Por fuera, la iglesia era una monada, podías imaginarte casándote en un templo así, y el cementerio también era pequeño y acogedor, y estaba lleno de flores y de pequeñas lápidas sin pretensiones. La más sencilla era la de Anne. Mientras me acercaba a la tumba, le exigí a Shakespeare:

—¡Compón versos para ella!

—¿Para Anne? —pregunté con voz temblorosa.

—Si quieres llegar a ser un gran escritor, tienes que enfrentarte a tu dolor. Si continúas reprimiéndolo, en el futuro sólo te saldrán obras imperfectas como *Trabajos de amor perdidos*.

—Yo... no estoy tan seguro... —vacilé, atenzado por el miedo.

—Tú qué quieres ser, un gran dramaturgo o alguien un poco por encima de la media que huye cobardemente de sus sentimientos.

—Oh, un poco por encima de la media también está bien —contesté sin mucho entusiasmo.

—Respuesta incorrecta.

—Lo sé —admití tímidamente.

Me detuve y le pedí a Shakespeare que compusiera el final de nuestro soneto de verano. Ante la tumba de su gran amor, Shakespeare intentó hacer acopio de todo su coraje. De hecho, se puso a ello...

Mas no se velará tu...

Pero enseguida volvió a dejarlo.

—No... no puedo... —dije apenas en un susurro.

—Yo estoy contigo —contesté dándole ánimos.

—Más de lo que a veces me gustaría —repliqué sin poder evitar que se me escapara una risita nerviosa.

—Dímelo a mí —repliqué también riendo.

—Mejor no —comenté, riendo para mis adentros un poquito más relajado.

Y aquel pequeño instante de risas al unísono me prestó la fuerza para enfrentarme al fin al luto por la muerte de Anne. Y compuse como jamás antes en la vida había compuesto.

s no se velará tu eterno estío  
i belleza perderás con creces

·á la Muerte a hacer contigo avió  
n estos versos para siempre creces.  
:s esto ha de vivir y tú con ello  
ay hombres con mirada y con resuello.

Cuando Shakespeare acabó, yo tenía lágrimas en los ojos. Con sus palabras había creado algo maravilloso: su amor por Anne sería inmortal. Y, con ello, también la propia Anne. Después de unos minutos de silencio, Shakespeare me dijo con voz suave y relajada:

—*Rosa, me haces sentir bien.*

—Tú a mí, también —respondí con franqueza.

Y, de repente, ya no me pareció para nada absurdo vivir el resto de mi existencia con Shakespeare en el pasado.

Hop-Sing me dejó por la tarde delante del Rose, donde precisamente estaban representando *Romeo y Julieta*. Sin embargo, se trataba de una primera versión no definitiva de la obra. En esa versión, además de todo el romanticismo, también se notaba un tono alegre que se oía en frases frívolas como la que Kempe acababa de gritar al público: « ¡Mejor bien ahorcado que mal casado! » .

Los espectadores lo jalearon. Shakespeare me explicó que pronto reescribiría *Romeo y Julieta* para transformarlo en un romance dramático con final triste. Se proponía que la nueva historia se alimentara de las penas que él había sufrido con Anne.

Al haber compuesto versos junto a la tumba, Shakespeare había conquistado finalmente un nuevo mundo de la escritura. Ahora que se había enfrentado a su sufrimiento, por fin podía convertirse en un gran autor.

Pero antes teníamos que ir a la fiesta de la reina y cumplir nuestra misión. Aunque no podíamos aparecer por allí apestando como apestabamos.

—Tenemos que cambiarnos de ropa. Y lavarnos —le dije.

—¿Lavarnos? ¿Significa eso que... vas a lavarme? —pregunté con cierta desazón.

—Si tienes una idea mejor... —repliqué, esperando que tuviera alguna, pues yo tampoco me moría de ganas de hacerlo.

—Podríamos cambiarnos de ropa y rociarnos con gran profusión de perfume —propuse.

—Esa idea no es mejor —opiné.

—Es verdad —admití compungido.

—¿Hay agua para lavarse en algún sitio? —inquirí. Shakespeare calló, y yo interpreté su silencio—: Eso significa que sí.

A continuación, me guio de mala gana hacia la parte posterior del teatro, donde escogimos algunas prendas elegantes (incluida una aristocrática gorguera) para después. Cogimos una pastilla de jabón y una toalla de un armario y luego salimos a la parte de atrás del teatro, donde había una gran bomba de agua y se cabía de pie debajo.

—¿O sea que ahora vas a desnudarme? —pregunté, con mucho reparo.

—Ducharse con estos trapos apestosos no tiene sentido —repliqué, me quité

las botas y me desabotoné la camisa abullonada.

—*¡Detente!* —exclamé cuando mi torso estuvo al aire libre y Rosa se dirigía a las calzas.

—¿Tienes miedo de que te vea desnudo? —pregunté muy sorprendida.

Shakespeare calló un momento y luego reconoció tímidamente:

—*Sólo había sentido tanta vergüenza como ahora con dos mujeres.*

—¿Con qué mujeres?

—*Primero, con mi madre, cuando empezaba a ser un jovencito que experimentaba sus primeros placeres a solas en el baño.*

—¿Y quién fue la segunda mujer?

—*La segunda fue Anne en nuestra primera noche juntos.*

¿Me estaba comparando con su madre o con su esposa muerta? ¿Sentía algo por mí, igual que por Anne? ¿Podía permitirme pensar algo tan disparatado? No, ¡no podía! Daba igual si se avergonzaba, yo tenía que desvestirme/desvestirlo y tomar una ducha debajo del chorro de agua que salía de la bomba. A decir verdad, estaba muy intrigada por su cuerpo: ¿era tan atractivo y fibroso como suponía?

—Tenemos que lavarnos —dije con determinación, y empecé a quitarme las calzas.

—¿Rosa? —pregunté atemorizado.

—¿Sí?

—*No querrás sondear por curiosidad el goce masculino, ¿verdad...?*

Solté una carcajada.

—*¿De qué te ríes?* —inquirí—. *Poseemos la misma alma y, respecto a eso, tal vez los mismos pensamientos.*

—No te preocupes, William. He visto a bastantes hombres gozando y, créeme, no me gustaría tener esa pinta.

Al desvestirme descubrí que Shakespeare tenía un cuerpo esbelto y musculoso, realmente mucho más atractivo que el de los demás hombres que había visto desnudos (algunos de mis amantes tenían un tipo con el que se podría llegar a ser una estrella de la comedia). Evidentemente, no examiné la entrepierna de Shakespeare; a pesar de la curiosidad, guardé el decoro. Accioné la bomba, me puse debajo y el agua helada me salpicó con fuerza. Sorprendentemente, la sensación fue fabulosa, como una ducha después de la sauna. Cogí el jabón y me lavé a conciencia, y admito que era excitante tocar aquel cuerpo musculoso. Pero, antes de que pudiera continuar disfrutando de ello, entró Kempe y me dijo:

—Henslowe está rabioso por lo de su hija.

Salí de debajo del chorro y empecé a secarme mientras Kempe continuaba hablando.

—Está tan furioso contigo que va a echarnos del teatro. Eso es terrible.

—*Eso no es en absoluto terrible —grité—. Construiremos un teatro nosotros mismos, un teatro que dirigiremos nosotros, actores y escritores. Fuera de los límites de la ciudad, donde no puedan ordenarnos nada ni propietarios de burdeles ni censores de la corte. Libres de obligaciones y de prohibiciones, representaremos las obras más grandes que jamás haya visto el mundo. El mundo entero conocerá nuestro Globe Theatre.*

Shakespeare ardía de entusiasmo y seguramente le habría encantado describir de inmediato el plan a su amigo. Aunque me arrebató su entusiasmo, no le dije nada a Kempe del nuevo teatro. Teníamos que ir a la fiesta y juntar a Essex y María. Así pues, agarré la ropa para vestirme y le dije al actor gordinflón:

—Ya hablaremos en otro momento.

Kempe se quedó parado un instante y contestó:

—De acuerdo; de todos modos, pensaba ir a ver a Kunga.

Se me quedó mirando y se burló en tono amistoso:

—No comprendo qué te ve la hija de Henslowe. Tu Willy es realmente pequeñito.

Y señaló hacia mi entrepierna desnuda. Miré instintivamente y lo comprobé: ¡tenía razón!

—*No es pequeño —protesté—, ¡es que siempre reacciona así con el agua fría!*

Decidí no abundar en el tema y me vestí mientras Kempe se iba tronchándose de risa.

—*Además, el tamaño no importa, ¿verdad, Rosa? Hasta ahora, todas las mujeres me lo han asegurado.*

Sonriendo, pensé: mi querido Shakespeare, hay cosas en las que todas las mujeres mienten.

—*¡Te he hecho una pregunta, Rosa!*

—Tal vez los hombres tengáis problemas —dije sonriéndome, y me puse la gorguera. Era bastante incómoda. La ropa elegante no era práctica en ningún siglo.

—*Las mujeres también os preocupáis sin cesar por los puntos débiles de vuestro cuerpo —repliqué indignado.*

—Eso es verdad —admití, y pensé en mi barriga. Y en mi culo, demasiado grande. Y en otras partes del cuerpo en las que no quería pensar.

—*Rosa... ¡acabo de darme cuenta de algo sorprendente!*

—¿Qué?

—*Los hombres y las mujeres somos en principio completamente iguales.*

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—*Aunque a las mujeres pueda resultaros extraordinariamente chocante... ¡los hombres también tenemos sentimientos!*



—Efectivamente, eso resulta chocante —me burlé.

—*Pero es verdad. Nosotros también sentimos pena, alegría, amor, ira y, sí, por lo que respecta a nuestros cuerpos, incluso tenemos en común la inseguridad. Porque todos somos seres humanos.*

Sí, lo que decía era asombroso. En Stratford, con Shakespeare, había visto hasta qué punto podían ser también profundas las emociones de los hombres. Nunca antes me había figurado que los dos sexos fueran tan similares. Pero en ese momento lo comprendí: aunque en nuestra época no dejaban de parlotear sobre las diferencias entre los sexos y de ello se ocupaban estudios, películas y libros de autoayuda, era mucho más lo que nos unía que lo que nos separaba.

—*El alma de las personas no es ni femenina ni masculina —proseguí.*

—Eso... eso es una buena conclusión —dije sonriendo dulcemente.

—*Y debo agradeceréla sólo a ti —comenté.*

—No me des las gracias a mí, agrádescelo a los viejos monjes shinyen —sonrei.

—*No, ¡te doy las gracias a ti, Rosa! Y estoy ansioso por saber todas las cosas admirables que conoceré contigo de la vida.*

La voz de Shakespeare sonó cariñosa al pronunciar esa frase y me colmó de alegría. A mí también me hacía ilusión todo lo que aún podría conocer con él. Mi vida con Shakespeare me pareció una gran aventura única de la existencia humana. Una aventura que nunca debería terminar. Fue acabar de pensarlo y constaté algo definitivamente: no tenía ganas de regresar al futuro. Quería pasar mi vida allí. En el viejo Londres turbulento, tremendamente excitante y estimulante. Con el hombre que me había dado más que ninguna otra persona: ¡William Shakespeare!

Me dirigí con brío hacia el ostentoso buque de la Armada, que se encontraba anclado en un muelle del Támesis y estaba vigilado por soldados acicalados con uniformes de gala llenos de adornos, que habrían quedado muy bien medio desnudos en las revistas femeninas. Los palos del barco brillaban al sol, las velas estaban empañicadas y la bandera de Inglaterra ondeaba al viento estival. Era increíble: precisamente yo, Rosa, nacida en Wuppertal, iba a una fiesta real y, encima, en el cuerpo de un hombre con el que quería pasar el resto de mi existencia. Sería maravilloso levantar juntos el Globe Theatre o reescribir *Romeo y Julieta* y *Hamlet*. (Eso sí, en las obras incluiría una cláusula de derechos de autor que prohibiría a los futuros directores de teatro ponerlas en escena con actores desnudos). Haríamos reír a la gente. Y que gritaran de júbilo. Y lloraran.

No añoraría nada del futuro, excepto a Holgi, pero con Kempe tenía una versión suya, anterior y más ruda, a mi lado. Y en lo tocante a mi cuerpo, bueno, lo único a lo que tendría que renunciar sería al sexo. Pero el sexo —intenté convencerme— estaba sobrevalorado. Visto retrospectivamente, cambiaría la mitad de mis experiencias sexuales por entradas de cine. Además, mi cuerpo estaba a pocos años de distancia de la menopausia que, por todo lo que se oía contar, no era precisamente para que una mujer se pusiera a bailar la Macarena de alegría. Y, aunque los expertos en terapia de pareja y los directores de cine de arte y ensayo creían en el sexo arrugado en la vejez, a mí siempre me había costado imaginarme participando algún día de esas acrobacias geriátricas. Así pues, ¿qué podía perder si me quedaba?

Sólo tenía que pedirle permiso a Shakespeare.

—William... —empecé a preguntar lo imposible.

—¿Sí, Rosa?

—Yo... Yo...

Yo no tenía ni idea de cómo formularlo. ¿Cómo podías pedirle a alguien que renunciara a su cuerpo en el futuro y lo compartiera para siempre con otra persona? Bueno, Shakespeare también me lo había preguntado en mi presente, pero entonces se encontraba en una situación excepcional. Y aunque, justo antes de regresar al pasado, por un instante pensé concederle un poco más de tiempo dentro de mi cuerpo, no conseguía imaginar que a él le entusiasmara mi

propuesta. Probablemente me contestaría algo así como: «Comparado contigo, Enrique VIII parece mentalmente equilibrado».

—¿Qué quieres?—*requeri.*

—Olvidalo—contesté cobardemente.

—*Si eso te place—dije, respetando el deseo de Rosa.*

Y, efectivamente, no insistió. Y me dio rabia. Si William sintiera algo por mí, y yo quería realmente que lo hiciera, no habría cedido tan fácilmente. ¿O sí? Por eso lo abronqué:

—Te das pronto por satisfecho.

—¿Qué pretendes decirme?

—También podrías preguntarme qué quiero.

—*Ya lo he hecho. Y tú has contestado: «Olvidalo».*

—Pero me habría gustado que me lo preguntaras otra vez y me tendieras un puente para abrir mi corazón.

*¿Rosa quería abrirme su corazón? ¿Albergaba realmente sentimientos hacia mí? ¿Tal como yo había supuesto estando en el futuro? ¿Y qué ocurriría si así fuera? ¿Cómo debía reaccionar?*

—¿Qué deseas?—pregunté entonces con suma inseguridad.

—Bueno, y o... —balbuceé, y dejé de hablar.

Estaba contenta de que volviera a preguntarme, pero seguía sin atreverme a expresar mi disparatada idea, y por eso dije:

—Bah, olvidalo.

—*Puede que los hombres y las mujeres seamos iguales—suspiré—. Pero las mujeres sois más complicadas.*

—Vale —me decidí—. William. —Hice acopio de valor—: ¡Me gustaría quedarme contigo!

—¿Conmigo?—pregunté sorprendidísimo.

—Sí, contigo. Para siempre.

—¿Para siempre?

—No hace falta que lo repitas todo.

—¿No hace falta?

—No.

Shakespeare no contestó más. Seguramente lo había asustado muchísimo.

*Hasta entonces había pensado en Rosa sólo como en una buena compañera. Como en una mujer que nunca habría podido considerar mía: era una igual, aguda, ocurrente. En muchos sentidos, Rosa era fascinante; en algunos, probablemente incluso más fascinante que Anne. Nunca había tenido por posible que una mujer pudiera ser así. ¿Podía ser que, ahora que me había enfrentado a mi duelo por Anne, estuviera por fin abierto a un nuevo amor?*

Antes de que Shakespeare pudiera continuar callando, se me plantificó delante el espía en jefe Walsingham. Bien, así Shakespeare no podría replicar que mi pretensión era descabellada, disparatada e inconcebible.

*Si Walsingham no hubiera aparecido, le habría confesado a Rosa que su idea era descabellada, disparatada e inconcebible. Pero, sorprendentemente, también tentadora.*

—¿Dónde está el soneto? —preguntó Walsingham en tono exigente.

Llevaba una gorguera aún más ancha que la mía y una elegante faja alrededor de su delgada panza. Me saqué del bolsillo una nota en la que había apuntado nuestro soneto durante el viaje de regreso de Stratford a Londres. Walsingham leyó los versos y su semblante adoptó un ademán dulce y conmovido:

—Estas palabras son maravillosas.

—Lo sé —contesté orgullosa de mi participación en el poema. Y aún más orgullosa por Shakespeare, porque se había encarado a su dolor junto a la tumba de Anne.

—Voy a recitarle el soneto a la mujer a la que pertenece mi corazón.

No costaba deducir que esa mujer era la reina. Walsingham me indicó que subiera a bordo de la nave de la Armada. Pusimos juntos los pies en el lujoso barco de vela y me sentí un poquito como en una película de piratas: vi cañones asomando por troneras, un timón de madera y los entramados de cabos de las jarcias, por donde se podía trepar a los palos o a la cofa del vigía. ¿Cuánta gente habría caído trepando por allí? ¿Cuántas veces habrían gritado desde la cofa «¡tierra a la vista!» o «ah, perdón, no quería estamparte la botella en la cabeza»?

En la cubierta principal, unos músicos templaban sus chirimías, trombones y arpas para tocar música de baile. Nobles cortesanas con vestidos anchos de seda miraban discretamente a nobles con uniformes de gala y sables ornados. Y los nobles repasaban a las cortesanas igual que ellas los repasaban. Aquella fiesta era como cualquier otra fiesta, un buen sitio para buscar y encontrar el amor. O sexo ocasional rápido.

Walsingham se fue al camarote del capitán, donde la reina se estaba arreglando para la fiesta.

—¿Crees que Walsingham tendrá éxito? Al fin y al cabo, la reina ama a Essex —le pregunté a Shakespeare, contenta de poder desviar la atención de mi vergonzoso deseo de quedarme con él para siempre.

*—La reina es una mujer que siempre se decide por lo factible. Y lo factible ahora es Walsingham —contesté, y noté perfectamente que Rosa no quería seguir hablando conmigo de su tentador deseo.*

—Pero una relación así no tendría nada que ver con el amor —objeté con vehemencia.

—Claro que sí... *Walsingham la quiere. Y la reina querrá no estar sola.*

Como si ésas fueran las palabras que daban pie a su entrada en escena, la reina salió del camarote del almirante con un vestido dorado resplandeciente y una corona aún más resplandeciente sobre la cabeza. Pero lo más resplandeciente era el hombre que la acompañaba: Walsingham. Así pues, también había aprendido eso del amor, que a veces puede ser increíblemente pragmático.

—Ambos parecen felices —constaté.

—Seguro que el soneto ha animado a los dos viejos a una relación carnal rápida.

—Muchas gracias por meterme otra imagen trastornadora en la cabeza —repliqué, y puntalicé—: No creo que lo hayan hecho. Para que la reina se quite un vestido de éstos hacen falta años...

—En algunos de esos vestidos hay una entrada trasera...

—¡No quiero saberlo! —exclamé, en voz tan alta que algunas cortesanas me miraron desconcertadas.

En aquel momento, la reina dio unas palmadas y los músicos se pusieron a tocar. Los nobles invitaron a las nobles a bailar al ritmo de los joviales sonidos. El alegre baile en corro empezó y la reina bailó con Walsingham con una gracia que sólo era posible en una mujer de su edad. Yo, sin embargo, me preguntaba dónde estaría Essex. Y la condesa María. En vez de las dos almas predestinadas, se me acercó Drake. Llevaba un uniforme de ceremonia rojo con adornos dorados.

—Poeta, quiero que abandones mi nave cuanto antes —dijo téticamente.

Se alejó de mí sin esperar respuesta y sacó a una mujer a bailar. La dama me lanzó una mirada de «no tendría inconveniente alguno en que te castrara un dogo», que sólo admitía una conclusión: seguro que Shakespeare había tenido algo con ella.

*De algún modo, me resultó bochornoso que Rosa se enterara de mi aventura con la esposa de Drake. Era imprescindible que le dijera lo poco que aquella mujer significaba para mí:*

—Hay lirones más apasionados que esa mujer.

—No me interesa —refunfuñé.

Me salió demasiado impulsivamente. Pero es que no quería seguir escuchando con qué mujeres se había acostado. Puesto que volvían a mirarme unos cuantos nobles a causa de mis monólogos, me alejé de la pista de baile arrastrando los pies en dirección a popa.

—Ahora estás realmente celosa —constaté.

Callé. De mala uva. Y el hecho de que estuviera de mala uva significaba que

había dado en el clavo.

*Ya no cabía duda: Rosa albergaba realmente sentimientos por mí. Todo un milagro. Jamás habría pensado que podría resultarle encantador a una mujer que sabía tanto de mí, que conocía mis deslices y mis debilidades.*

Sí, estaba celosa. Y quería quedarme con él. Todo eso admitía una única conclusión; por fin había puesto en orden mis sentimientos por Shakespeare...

*Apenas si podía creerlo. Y aquello me colmaba de felicidad...*

El resultado de la puesta en orden estaba claro...

*Ya no había posibilidad alguna de negarlo...*

Por muy disparatado que aquello fuera...

*Era inconcebible, descabellado...*

También era espeluznante...

*Y también pavoroso...*

Pero hermoso...

*Y excitante...*

Yo...

*La amaba.*

Lo amaba.

*Oh.*

*Ay.*

*¡!*

Seguro que lo que sentía por William no era el verdadero amor. No podía serlo. Porque, hablando en plata, una relación entre dos personas que vivían dentro de un mismo cuerpo, fijo que no era la panacea. Pero me daba igual. Lo que sentía por Shakespeare era más de lo que nunca había sentido por nadie. Y si se me permitía vivir con él y él correspondía a mis sentimientos, eso me haría a buen seguro más que feliz.

Pensándolo bien, en aquel momento el verdadero amor incluso supondría un gran peligro para mí. Porque, si lo encontraba por casualidad en algún sitio, regresaría a mi época, y sin Shakespeare.

¡Al cuerno con el verdadero amor!

Todos aquellos pensamientos me agitaron profundamente. Y me di cuenta de que Shakespeare también estaba hecho un lío. ¿Notaba lo que yo sentía por él? Sólo había un modo de averiguarlo: tenía que confesarle mi amor.

De repente, tuve náuseas. De miedo. Confesarle a alguien tu amor ya es un asunto delicado en la vida normal, sobre todo si del objeto de tu deseo (como me pasó una vez a los veinte y pocos) vas a recibir por respuesta: « Oh, vaya... No te lo había dicho nunca, pero estoy casado... Y, además, ahí está mi tranvía... Adiós... ».

Si te ocurre algo así, te vas a casa, te echas a llorar y escuchas la canción *Nunca más* de Ulla Meinecke. Hasta el final, cuando la muy tonta canta « Nunca más... hasta la próxima vez ». Luego tiras el radiocasete y te lamentas de que los hombres son aún más idiotas que Ulla Meinecke.

Pero en el caso especial de Shakespeare y mío, no podría largarme sin más para compadecerme de mí misma revolcándome en mi camita. ¡Permanecería para siempre con él!

—Eh, bardo. —De buenas a primeras, una voz interrumpió mis pensamientos —. No has hecho muy buen trabajo con la condesa.

Bajé la vista y vi a Essex sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la borda y una botella de *whisky* en la mano. Saltaba a la vista que el conde se había escapado adrede de la fiesta porque, apenado a causa de la condesa, no podía soportar el alegre bullicio. Fue de nuevo asombroso ver aquella versión con melena y calzas de mi exnovio Jan. Aunque en esa ocasión no me afectó porque

aquel hombre ya no despertaba sentimientos en mí. Mi corazón ya no le pertenecía.

*En aquel momento, Essex me traía sin cuidado, yo estaba pensando en cómo y en qué momento podría confesarle mi amor a Rosa, si es que llegaba a atreverme. ¿Qué ocurriría si me rechazaba? En tal caso, no podría despedirme de ella sin más para ir a emborracharme por los prostíbulos.*

—¿Qué ha pasado con la condesa? —preguntó Essex débilmente, y bebió otro trago de *whisky*.

—Bueno, ha surgido una pequeña complicación —expliqué.

—¿Cuál? —quiso saber.

—Iba a quitarme la vida —dijo la condesa, y se nos acercó.

Llevaba un vestido blanco, con el que tenía un aspecto sumamente digno. Como una novia. Una novia muy, muy triste.

—¿Por qué ibas a quitarte tu maravillosa vida? —exclamó Essex preocupado, y se puso en pie de inmediato.

—Porque este poeta no me ama —explicó, tan dignamente como pudo.

Essex me miró entonces muy celoso.

—Querida condesa, en realidad no me amáis —empecé a decir—. Sólo os habéis enamorado de mis dulces palabras. Unas palabras que os emocionaron porque la muerte de vuestro hermano os ha afectado profundamente. Buscabais consuelo en mí, no amor. Ambas cosas pueden confundirse.

Eso también lo había aprendido. Y ahora tenía que aprenderlo la condesa. Y, por lo visto, funcionó: parecía insegura. Ahora se trataba de desanimarla definitivamente.

—Mis tiernas palabras nunca se dirigieron a vos —proseguí—. Y, para demostrároslo, os recitaré otra versión de mi poema. Veamos qué os provocan estas palabras:

En día de invierno te comparo?  
tienes más monotonía y tedio.  
frialdad cual cadáver y encaro  
ueles a zapatos sin remedio.

*La condesa me miró espantada. El poema no era de ninguna manera impecable, pero causaba efecto. Y de eso se trataba. Rosa se aturulló y yo le dicté los siguientes versos:*

¡ás pudiste hacer conmigo avío,  
¡ás la belleza fue en ti tangible,



s tal del interior es atavío,

Los versos de Shakespeare funcionaron. En los ojos de la condesa se apreciaba el desprecio. Pero William se detuvo, en su improvisación no encontraba nada que rimara con « tangible ». Así pues, retomé yo el texto:

por eso para mí eres invisible.

*La condesa ya tenía bastante. Se le notaba claramente. Así pues, pasé a las rimas finales:*

ientras aún haya alguien con resuello,  
es que verte, yo mi muerte sello.

Ya estaba: la condesa se apartó de mí asqueada y se acercó a la borda. En vez de darme las gracias, el conde me miraba también huraño porque había ofendido a su adorada. Tenía que hacer algo para que la condesa se fijara en Essex. Pero ¿qué era ese algo? Entonces, al mirar al agua, se me ocurrió de repente una idea. Me acordé de mi primer encuentro con Jan, cuando lo salvé de morir ahogado. Así pues, me acerqué a la condesa y con todas las fuerzas de que disponía la agarré y la tiré de cabeza por la borda, al Támesis.

María gritó como una posesa y chapoteó espectacularmente en el agua. Como era de esperar, aquellos vestidos no eran aptos para bañarse: la condesa se hundió más deprisa de lo que puede decirse « en caso de duda, consulte a su médico o farmacéutico » .

Al mirar aterrado por la borda, Essex sólo vio burbujas de aire. Ni corto ni perezoso, se desabrochó el cinto de la espada y saltó en pos de la condesa. Se sumergió en el agua, sacó a María a la superficie y la llevó hasta la orilla. Cuando la condesa acabó de resoplar y jadear, lo miró agradecida y enamorada. Al fin había comprendido que Essex era el alma que le estaba predestinada. Yo no sólo había dejado que los dos se casaran en mi época, sino que también los había unido en el pasado. Había cumplido mi misión a bordo del barco y por fin podía dedicarme a mis propios asuntos: tenía que confesarle mi amor a Shakespeare.

Las rodillas empezaron a temblarme de miedo y emoción. Vi a mi lado la botella de *whisky* de la que había bebido Essex y le eché el guante para hacer algo que habían hecho infinidad de enamorados antes que yo: emborracharme para hacer acopio de valor. Me incorporé con la botella en la mano, fui al otro lado del barco, miré al Támesis y observé los botes de remos que pasaban por delante. Estaban adornados con flores magníficas, y unos cuantos artistas

ejecutaban números acrobáticos para divertimento de los invitados a la fiesta. Un malabarista con mazas en llamas patinó, y los nobles espectadores se lo pasaron en grande cuando se chamuscó la nariz a causa del descuido.

Eché un buen trago de la botella. El *whisky* me quemó el gaznate y pensé que, si alguien se bebía la botella entera, sus futuros hijos seguramente serían disléxicos. Pero me sentó bien el brebaje, te confortaba mucho mejor que el Ramazzotti que bebía en mi vida anterior.

Sí, correcto, a mi vida antes de conocer a William y a la llamaba « anterior» .

*Era desolador no poder sentir el alcohol. Embriagarse seguramente habría sido útil para encontrar las palabras correctas del amor en presencia de Rosa.*

Uno de los botes con flores salió de la formación y se acercó lentamente a la popa del barco del almirante, pasando desapercibido para los invitados y los guardias. En el bote iban tres hombres. Vestían ropa de colores tan chillones que incluso a Thomas Gottschalk le habría parecido demasiado psicodélica. También llevaban consigo antorchas encendidas, pero no hacían malabares con ellas. En vez de eso, empezaron a arrojar al agua los ramilletes de flores que había en el bote. ¿Por qué lo hacían? No tuve que esperar mucho la respuesta: quedaron al descubierto unos barriles. De los que salían unas mechas.

De pronto me percaté de que aquellos tres hombres eran los espías españoles que me habían amenazado en casa de Shakespeare por encargo de su misterioso jefe.

Las mechas permitían deducir fácilmente que en los barriles había pólvora. Estaba claro que aquellos tipos querían hacer estallar por los aires el barco del almirante. Ni idea de si se trataba de un atentado suicida o si saltarían a tiempo por la borda y dejarían la carga explosiva en la nave, pero el resultado sería el mismo.

Puesto que yo era la única que estaba en popa, nadie más había descubierto a los terroristas. Mi primera idea fue saltar al agua y alejarme a nado del barco tan deprisa como pudiera.

—*Tenemos que saltar al agua y alejarnos de aquí a nado tan deprisa como podamos...*

Shakespeare y yo pensábamos lo mismo también en lo tocante a ese punto. Sin embargo, todos los invitados volarían por los aires si no los avisaba. Pensé en toda la gente que moriría: la reina, Walsingham, Drake y los nobles que se reían cuando alguien se achicharraba la nariz. Y entonces me di cuenta de algo: ¡buf, ninguno de ellos era simpático ni siquiera por asomo! ¿Iba a arriesgar mi vida por aquellas personas? ¿Y a la vez la de Shakespeare? Eso sería como si alguien pusiera la vida de su amor en juego por un grupo de invitados compuesto por oligarcas rusos, banqueros y Paris Hilton. Además, moriría antes de haber podido confesarle mis sentimientos a William. Sería horrible que mi vida acabara sin haberle abierto mi corazón.

Cuando ya estaba encima de la borda, dispuesta a saltar al agua, me detuvo precisamente la idea de confesar mi amor. En caso de que Shakespeare correspondiera a mis sentimientos, ¿cómo iba a lastrar nuestro amor con la muerte de tantas personas?

Bajé de la borda y dije:

—Tenemos que avisar a los invitados.

—*La probabilidad de que, en ese caso, muramos me parece demasiado grande —objeté.*

—Si no lo hacemos, cargaremos con muchas muertes sobre nuestra

conciencia —repliqué con determinación.

—*De personas cuya humanidad deja muchísimo que desear.*

Shakespeare tenía tanto miedo como yo, pero tenía que superarlo y por eso lo provoqué:

—¿Tú qué eres? ¿Hombre o ratón?

—*Odio esa pregunta.*

—¡Contesta, William!

—*Ratón —respondí titubeando.*

—Otra vez la respuesta equivocada.

—*Hombre —corregí después de unos instantes de titubeo.*

*Y era la verdad, puesto que durante el tiempo que había compartido con Rosa había dejado de ser el ratón que había sido hasta pocos días atrás y me había transformado en hombre. En un hombre que incluso poseía el coraje de enfrentarse a su dolor.*

Eché a correr hacia la cubierta principal. El almirante Drake me salió al paso; por lo visto, él también quería encontrar un poco de tranquilidad lejos de los invitados. Quise avisarlo enseguida y exclamé:

—*Sir Francis...*

—Te he dicho que abandonarás el barco, cerdo —gruñó con rencor.

—Ya... Pero es que hay un bote acercándose por popa... —empecé a parlotear excitada.

—Lo sé —me interrumpió.

—¡Y dentro hay espías españoles!

—Lo sé.

—¡Quieren hacer saltar el barco por los aires!

—Lo sé.

—*El almirante dice «lo sé» demasiado a menudo para mi gusto —le comenté a Rosa, con una sensación desagradable.*

Yo también me había dado cuenta, por eso balbuceé insegura:

—Ejem... Tenemos que advertir a la reina...

—Oh... No lo sé —dijo Drake sonriendo con malicia.

Luego me arrancó brutalmente la gorguera de un tirón y me agarró por el cuello.

—*Me da la impresión de que tiene otros planes —constaté con voz temblorosa.*

Drake me estrangulaba y, sin pelos en la lengua, dijo:

—Como incluso un cabeza de chorlito como tú habrá comprendido, estoy compinchado con España.

Así pues, él era el jefe de los espías. La cuestión era únicamente, ¿por qué? Drake había llevado a la victoria a la flota inglesa contra la Armada española. ¿Por qué ahora se había aliado con los enemigos de la Corona?

—A pesar de mis méritos, la reina no me ha nombrado lord protector. Pero cuando ella muera, los españoles me proclamarán algo aún superior: rey de Inglaterra —declaró con fanfarronería.

El tipo apretó con más fuerza todavía; hasta ese momento, yo no tenía ni idea de cómo podía doler la maldita nuez de los hombres.

—En estas circunstancias, supongo que comprenderás que no voy a permitir que avises a la reina —masculló Drake.

—Jrjjj —resollé de manera poco comprensible.

Apenas podía coger aire. Miré despavorida a mi alrededor para ver si alguien podía acudir en mi ayuda. Pero no había nadie cerca. En el Támesis, nadie veía que me estaban estrangulando junto a la borda; tampoco había nadie en las jarcias que pudiera mirar hacia abajo, y Essex... Essex probablemente seguía en tierra, mirando profundamente a los ojos a la condesa.

—Bueno, bardo, tendrías que haberme hecho caso y haber abandonado el barco a tiempo —dijo Drake sonriendo con malicia.

¿No bastaba con que me estrangulara que encima tenía que dárseles de listo? Estaba a punto de perder el conocimiento y no me quedaba mucho tiempo hasta que la luz de nuestra vida expirara. Pero yo no quería irme de este mundo sin haberle confesado mi amor a Shakespeare. Así pues, dije:

—Te amo, William.

Lástima que sonara como «tjemoguilam».

—Ejem... ¿Qué has dicho? —pregunté desesperado.

—Jjemoguiam —resollé más alto.

—Tienes que resollar más claro —le pedí inquieto.

—Me parto de la risa —refunfuñé, pero sonó como «mpajtoisa».

—¿Y eso qué significa? —inquirí, aún más inquieto.

De pura impotencia, habría resollado «¡jdt!».

Sin embargo, mis jadeos habían puesto bastante nervioso a Drake.

—Por el amor de Dios, me produce dolor de cabeza que una víctima se agite tanto.

Mi compasión hacia él era moderada. Cada vez me estrangulaba con más fuerza y yo me agitaba cada vez más. Sin embargo, poco antes de que perdiera totalmente el conocimiento, Drake anunció de repente y por sorpresa:

—No voy a estrangularte, bardo. Te mataré de un tiro. Será más rápido.

Drake me soltó y yo caí al suelo y boqueé en busca de aire. Oí cómo sacaba la pistola de la bandolera, y no me atreví a mirar la boca del cañón. De pronto comprendí que los delincuentes desearan una venda en los ojos en las ejecuciones sumarias. Sin embargo, lo único que yo deseaba era confesarle mis sentimientos a Shakespeare. Pero ni soñar con poder hablar, continuaba teniendo la nuez aplastada. Entonces, ¿cómo iba a hacerlo? Puesto que Shakespeare y yo mirábamos con los mismos ojos, él no podía verme si lo contemplaba

enamorada o si le representaba algo en una pantomima o me comunicaba mediante el código internacional de señales.

Podría besarme el brazo, claro. Pero eso parecería ridículo de cara al almirante con intenciones asesinas y Shakespeare probablemente pensaría que mi juicio se había despedido antes de hora debido a una grave carencia de oxígeno.

Avancé cuerpo a tierra por el entablado tocándome el cuello dolorido, y Drake despotricó:

—Eso, arrástrate como un vil gusano.

Se lo estaba pasando en grande con todo el asunto. Francamente, me gustaba más cuando se las daba de listo.

—Arrástrate —se burló Drake riendo.

—*Su sentido del humor deja muchísimo que desear —dije con voz temblorosa.*

Mientras el almirante amartillaba la pistola, de repente me di cuenta de que a veces puede no ser mala idea arrastrarse como un vil gusano, pues había visto delante de mí la espada que Essex había tirado al suelo antes de saltar al agua en pos de la condesa. Sin dudarle un instante, intenté cogerla.

Justo cuando el almirante iba a apretar el gatillo, le hice un corte con la hoja en la pantorrilla. Drake gritó, su mano se disparó hacia abajo por el dolor y el tiro salió despedido hacia el cielo.

El *sir* se llevó la mano entre aullidos a la pantorrilla, de donde la sangre salía a borbotones. Me levanté a toda prisa, no pensaba esperar a que Drake pudiera hacer blanco otra vez. Y me planté delante de él con la espada.

—*Tienes que matarlo —le indiqué a Rosa, pues ésa era la única posibilidad de salvar nuestras vidas.*

—Yo... Yo... no puedo —resollé de manera un poco más comprensible; la nuez parecía recuperarse.

—*Tienes que hacerlo —insistí.*

—¿Quieres ser un asesino? —le pregunté a Shakespeare en voz baja.

—*Tienes razón —transigí.*

*No quería morir, pero tampoco quería vivir como un asesino, como una persona que coincide moralmente con reyes, tiranos y papas.*

Drake volvió a apuntarme con la pistola, pero eso no significaba que yo estuviera indefensa. Cierto que no quería matarlo, pero no tenía ningún problema en hacerle un corte en la otra pantorrilla con la espada. El almirante aulló aún más fuerte, casi como un perro al que han dado un pisotón en la cola... con patines de hielo.

Sobresaltado por los alaridos y el disparo, Walsingham se precipitó con sus soldados hacia la popa. Antes de que pudiera exclamar «¿qué diantre ocurre aquí, bardo infame?» , le señalé a los espías españoles de la barca. A la orden de

Walsingham, los soldados corrieron hacia la borda. Los seguí y vimos que los terroristas ya habían llegado con la barca a la nave. Estaban a punto de encender las mechas con el fuego de las mazas. Por lo visto, se trataba realmente de terroristas suicidas (lo cual, pensándolo bien, era una profesión bien rara, pero al menos no había que preocuparse por la jubilación).

Walsingham dio de inmediato la orden de ejecutarlos, los soldados abrieron fuego con sus arcabuces y los espías murieron en un abrir y cerrar de ojos antes de poder prender los barriles de pólvora. En las películas de acción, los tiroteos siempre parecen un juego, pero si ves en directo cómo las balas abaten a alguien, es mejor no haber comido antes sopa de anguila. Shakespeare notó que me compadecía de los terroristas, y me tranquilizó de nuevo:

—*Habrían muerto igualmente dentro de unos minutos. Así es que no les has quitado mucho tiempo.*

Entretanto, Drake se había acercado a Walsingham.

—Ahora debéis ordenar la ejecución del cabecilla —dijo.

Iba a darle vehementemente la razón, pero Shakespeare me advirtió con acierto:

—*Me temo que Drake no está hablando de sí mismo.*

Presa del pánico, señalé a Drake y grité:

—¡Es él!

Walsingham me miró con ojos inexpresivos, mientras Drake decía sonriendo con malicia:

—*¿A quién de nosotros dos creerán, amigo mío? ¿Al héroe de Inglaterra o a un insignificante dramaturgo inmoral?*

—*Oh, cuánto odio las preguntas retóricas.*

—*¡Drake quiere ser prorecto! —le expliqué a Walsingham, sin tener la más mínima idea de qué era eso exactamente. Sonaba a artificio con el que un médico trata las hemorroides (y, pensándolo bien, la profesión de médico especialista en hemorroides era casi tan extraña como la de terrorista suicida).*

Drake se puso un poco nervioso porque yo había expuesto su móvil, y soltó una risa forzada.

—En primer lugar, se dice «protector» y, en segundo lugar, yo no haría saltar por los aires un barco en el que se encontraría mi dulce esposa.

—*¡Precisamente por eso harías saltar un barco por los aires! —me sublevé.*

Walsingham se dirigió entonces a mí:

—Bardo, me habéis prestado un buen servicio con vuestro soneto...

Y sonrió feliz y satisfecho durante un instante de evocación.

—*Qué te había dicho —dije, interpretando la mirada—. El vestido tenía una entrada posterior.*

Yo puse los ojos en blanco. Walsingham se controló y prosiguió hablando en tono frío e impersonal:

—Sin embargo, ahora debo ordenar que os ejecuten por alta traición.

—Concededme ese placer —dijo Drake esbozando una amplia sonrisa.

Walsingham dudó un poco y luego le hizo una señal afirmativa al almirante:

—Como queráis, *sir* Francis.

A mí me daba igual quién iba a matarme. Incluso me había acostumbrado un poco a que fueran a por mí. Y también a pitorrearme de la muerte una y otra vez. En mi interior ardió algo parecido al optimismo: ¡seguro que en esa ocasión también lo lograba! ¡Sobreviviría y le confesaría mi amor a Shakespeare!

La idea me hizo sonreír.

No sabía que pocos minutos después me precipitarían a la muerte.



Drake, el maestro de los jueguecitos sádicos, quiso batirse en duelo nuevamente para celebrar mi muerte en toda regla. Nos plantamos los dos con espada en la cubierta principal. Los invitados al completo se situaron a nuestro alrededor: la reina, Walsingham, las cortesanas y los nobles, y todos se reían con sarcasmo porque el almirante mataría enseguida al traidor. Incluso el malabarista de la nariz chamuscada era capaz de volver a reír.

—*Ya esa gente hemos salvado* —suspiré.

—Yo también me arrepiento un poco —repliqué.

La reina se preparaba para dar la señal de inicio del duelo con su pañuelo de seda. Por el rabillo del ojo vi que un soldado se acercaba a Walsingham y le susurraba algo al oído. Luego, el jefe de los servicios secretos desapareció. Por lo visto, anteponía el trabajo a la diversión homicida.

—*Sería un momento espléndido para un plan* —opiné.

Mi cerebro traqueteaba en busca de uno. La huida era imposible: los soldados vigilaban la borda, de manera que no podía saltar al agua sin más. Además, eso sólo habría provocado que me dispararan con los arcabuces y, acto seguido, sería arrastrada como un cadáver por el Támesis. La reina movió el pañuelo de seda y Drake se acercó lentamente hacia mí blandiendo la espada. Tenía que luchar por mi vida. Mucho más aún: por la posibilidad de mi amor.

Saltaba a la vista que a Drake le dolían los cortes de las pantorrillas; con un poco de suerte no sería tan ágil como yo. Por otro lado, yo no tenía la más remota idea de cómo luchar con la espada. El almirante seguramente también me ganaría aunque necesitara andadores. Por lo tanto, tenía que equilibrar un poco las circunstancias. Pero ¿cómo? ¿Tal vez procurando que nos moviéramos de manera que el sol lo cegara? Miré al cielo, pero estaba demasiado nublado. En cambio, vi la cofa del vigía y en mi cabeza se fraguó un plan audaz, casi disparatado: si trepaba hasta allí, Drake me seguiría y, en el instante en que se dispusiera a abordar la cofa, lo precipitaría al vacío de una patada.

Eso sí, tendría que superar mis escrúpulos ante la perspectiva de matarlo. Porque, desgraciadamente, para que todo acabara, en ese duelo sólo podía haber un superviviente: o Drake o mi amor por Shakespeare.

Sin embargo, apenas se me había ocurrido la idea de subir a la cofa, me

pregunté si yo sería más rápida trepando que Drake. Las posibilidades eran buenas: él tenía las pantorrillas heridas y yo estaba en el cuerpo de Shakespeare, no en el mío, para el que incluso un cuarto de hora de *footing* representaba un deporte extremo.

Justo cuando el almirante se disponía a asestarme el primer golpe, me di la vuelta, eché a correr y salté al cabo más bajo de las jarcias. Sorprendentemente, pude subir sin problemas.

Drake, desconcertado, no me siguió. No estaba seguro de qué debía hacer. Mientras yo continuaba ascendiendo a lo alto, los invitados refunfuñaban, sintiéndose engañados en la diversión. Por eso la reina gritó al cabo de un momento:

—Soldados, ¡abrid fuego!

Las mujeres en puestos dirigentes pueden ser realmente antipáticas.

Los soldados apuntaron lentamente sus armas, y Shakespeare suspiró.

—*Cuando hablaba de un plan, me refería a uno bueno.*

—Ahora mismo no estoy muy abierta a las críticas —repliqué con los nervios de punta.

Los soldados se disponían ya a dispararme. De nuevo no me atreví a mirar las bocas de los cañones, y cerré los ojos. Las balas pronto me dejarían hecha un colador y, si no me mataban al instante, moriría lentamente por herida de bala. Estaba convencidísima de ello. Pero, gracias a Dios, el almirante gritó:

—¡Alto! ¡Ese hombre es mío!

Los soldados bajaron las armas y Drake subió también por las cuerdas de la jarcia. Herida más, herida menos en la pantorrilla, el tipo era rapidísimo trepando. Seguro que en todos sus años a bordo de navios había subido miles de veces volando a un mástil. Yo trepaba tan rápido como podía por la jarcia, pero el almirante pronto me daría alcance: a unos veinte metros de altura, ya sólo lo tenía a tres o cuatro metros de distancia.

Presa del pánico pensé que podría arrojarlo al vacío dándole una patada y a mismo, pero sobre las cuerdas no tenía ni por asomo la posición firme que tendría en la cofa. Por lo tanto, existía el peligro de que, al intentar arrearle una patada, Drake me cogiera la pierna y me tirara. Desde esa altura, al chocar contra la cubierta, mi cuerpo se desparramaría exageradamente.

Por desgracia, aún faltaban casi otros veinte metros hasta la cofa, y el almirante trepaba a un ritmo un cincuenta por ciento más rápido que el mío. Aunque en la escuela la mente se me quedaba en blanco con esos problemas de matemáticas, sabía por instinto que no conseguiría llegar arriba a tiempo.

—*Tienes que hacer rabiar a Drake. Cuando se enfurece, se vuelve descuidado y a lo mejor la ira le hace perder pie. Ofende a su madre, eso siempre es un método eficaz.*

A falta de mejores alternativas, valía la pena intentarlo.

—Vuestra madre es una promiscua —le grité.

Desgraciadamente, él respondió con cachaza:

—¡Es verdad!

—Y una perversa.

Levanté el listón, pero eso sólo le arrancó una sonrisa cansada.

—Desgraciadamente, eso también es verdad.

*¿Por qué no se alteraba Drake, si en nuestro primer duelo le había hecho rabiar algo parecido?*

Aquello parecía no funcionar. Entonces me acordé de sus problemas con su madre castradora y grité:

—Vuestra madre es una castradora de hombres.

—Sólo lo intentó una vez con mi padre. Después de nacer yo —respondió bastante tranquilo.

Seguía acercándose y yo, despavorida, pensé cómo podía provocarlo. ¿Cómo iba a intensificar aquello? Lo único que se me ocurrió sobre la marcha fue algo que había oído decir a uno de mis alumnos en el patio. Así pues, grité:

—Tu madre actúa en pornos gay.

—*¿Qué rediante son los « pornos gay »?* —*inquirí.*

No tenía tiempo para una explicación detallada, y el almirante se limitó de nuevo a sonreír.

—No podrás enfurecerme. Después de nuestro último encuentro, fui a ver a un alquimista y hablé con él de mis problemas con mi señora madre.

Oh, vaya, así que en aquella época ya había precursores de la psicología.

—Me aconsejó que confrontara a mi madre con mi ira. Y eso hice —dijo Drake sonriendo enigmáticamente—. Ahora yace emplomada en el fondo del Támesis.

Estaba claro que a la psicología todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

El almirante se encontraba a unos diez metros de la cofa, justo en la tabla de jarcia situada debajo de mí. Me atraparía en cualquier momento. Entonces, alegrándose antes de tiempo, torció el gesto como si se hubiera sacado el título de psicópata con Hannibal Lecter.

Yo seguía con la espada en la mano. Me frenaba en la ascensión y me pregunté si no debería soltar el lastre. A ser posible, de lleno en la cara de Drake. Y yo misma me respondí la pregunta: Rosa, a veces no eres tan tonta como pareces.

Apunté con la espada justo sobre el cráneo de Drake y la solté, pero como las cuerdas oscilaban sólo le di en el hombro. No obstante, bastó para que perdiera el equilibrio y se precipitara gritando.

Estaba convencidísima de que pronto no sería más que una manchita de puré

sobre la cubierta, y se apoderó de mí la mala conciencia. Pero sólo por un breve instante, ya que, por desgracia, Drake volvió a agarrarse a los pocos metros. Recuperé rápidamente el equilibrio en las cuerdas y continuó la ascensión.

—*Y ahora estamos desarmados —dije exaltado.*

—Si crees que tú lo harías mejor... —le espeté.

—*No lo creo...*

—Bien.

—... *Lo sé.*

Aquella conversación la podría haber tenido una pareja aparcando. Ahora no me habría besado mi cuerpo, sino que lo habría estrangulado, pero no quería quitarle el trabajo a Drake. Seguí trepando a toda prisa hacia la cofa, confiando todavía en que me dispensaría una ventajosa salvadora. Cuanto más subía por la jarcia, más terreno ganaba mi perseguidor.

—*Más deprisa! ¡Más deprisa!*

—Hay una cosa que me haría muy feliz —mascullé.

—*¿Y qué es?*

—Que estuvieras amordazado.

—*¡Y a mí que tú treparas más deprisa!*

Shakespeare y yo ya discutíamos como si fuéramos novios. Y, como a veces ocurre en ese tipo de riñas, si eras honesta tenías que aceptar que el otro también tenía razón de cuando en cuando.

—Lo siento —cedí—, es verdad que tengo que acelerar el ritmo.

—*Yo también siento haberte gritado —repliqué con mala conciencia.*

Siempre hacíamos las paces enseguida, eso era mejor que, como hacían muchas parejas, castigarse mutuamente con el desprecio hasta que a uno de los dos tenían que hacerle una biopsia de la úlcera de estómago. Nuestra manera de pelearnos era un buen presagio para una relación posterior, aunque, eso sí, no demasiado probable.

Enardecida por la reconciliación, intenté trepar más deprisa y alcancé la tabla de jarcia que estaba justo debajo de la cofa. Sólo me hacían falta unos segundos para, jadeando, auparme dentro. Desde esa posición firme, le atizaría una patada tan fuerte a Drake, que ya estaba llegando, que el almirante saldría disparado y no podría sujetarse a ningún sitio. Así pues, la posible salvación estaba muy cerca.

Lástima que Drake me agarrara la pierna justo en ese instante. Y me tirara al vacío.

Me precipité en caída libre unos cinco metros y choqué contra una de las vergas de donde colgaban las velas. El choque me hizo un daño atroz, seguramente me había roto unas cuantas costillas y apenas podía respirar. El cuerpo me resbaló del palo y, sólo gracias a mi deseo de sobrevivir, alimentado

por el amor a Shakespeare, fui capaz de sujetarme con las manos en el último instante. Con los brazos estirados y los dedos aferrados a la verga, quedé balanceándome a unos veinticinco metros por encima de la cubierta.

Intenté auparme, pero estaba demasiado débil para hacer flexiones con los brazos. Así pues, continué balanceándome y ya sólo era cuestión de tiempo que me precipitara al vacío. Una cuestión de poquísimo tiempo, porque ¿cuánto tardaría en perder la fuerza en manos y brazos? ¿Un minuto? ¿Medio? O todavía menos, si teníamos en cuenta que Drake se aproximaba caminando por encima de la verga, haciendo equilibrios con una elegancia de la que sólo era capaz un marino.

Desesperada, pensé en agarrarle el pie con la mano, pero la idea era absurda. Si movía ni que fuera un poco un meñique, ya no podría sujetarme. Algo que también sabía Drake, que dijo esbozando una sonrisa maliciosa:

—Me pregunto qué pasaría si te piso los dedos.

Yo también odiaba las preguntas retóricas.

Me dolían las costillas, me hacía daño respirar y los brazos me ardían como tizonazos. Pero había algo que me ardía aún más: el sentimiento de culpa porque Shakespeare moriría antes de su hora sólo porque yo había entrado en su vida.

—Lo siento —dije con tristeza.

—Demasiado tarde —dijo Drake con acritud.

—¡No hablaba contigo, psicópata! —le rugí.

Resultaba pesado rugir teniendo unas cuantas costillas rotas y colgando de un palo. Pero aún pesaba más el hecho de que Drake tuviera razón: debería habérmelo pensado antes. Debería haber buscado el verdadero amor y haber regresado a mi época en vez de llevar a Shakespeare a aquella situación.

Debido a mi egoísmo, William no vería nunca más a sus hijos, nunca levantaría el Globe Theatre y nunca escribiría las obras que estaba destinado a escribir. Si llegaban a recordarlo en nuestra época, sería únicamente como autor de *Hamlet, una comedia*. Drake ya levantaba el pie lenta y placenteramente para pisarme la mano.

—*Me temo que tenemos que despedirnos definitivamente.*

La voz de Shakespeare no estaba abrumada por el esfuerzo físico y por eso sonó serena, pero en el tono se percibía que él también estaba triste. Luché contra las lágrimas y le contesté:

—Sí, tenemos que despedirnos.

—¡Para siempre! —gritó Drake con entusiasmo.

Yo le rugí más cortante aún:

—¡Tú no te metas!

Se quedó desconcertado y murmuró:

—Artistas... están todos locos...

—*Dijo el hijo soldado de la madre castradora —me burlé.*

Solté una carcajada. Aquello era delirante. ¡Me encontraba al borde de la muerte y Shakespeare volvía a hacerme reír!

Naturalmente, aquello hizo que Drake se enfureciera aún más conmigo.

—Ya veremos si te diviertes tanto cuando te caigas.

Me pisó los dedos. Grité. En esa situación, cualquiera se habría soltado de inmediato. Pero yo quería quedarme con Shakespeare y aguanté el dolor. Por lo

pronto. Eso impresionó a Drake, que apartó el pie y dijo:

—O sea que eres un hombre y no un ratón.

—*¡Porque ese hombre es una mujer!* —repliqué, orgulloso de Rosa.

Qué curioso que en semejante situación una pudiera sentirse tan halagada... Bajé la mirada, los soldados trajinaban a los pies del mástil, ni idea de qué estaban haciendo. Tampoco importaba, ahora se trataba de aprovechar los últimos instantes con Shakespeare. ¿Cuándo, si no, iba a confesarle mis sentimientos? Pero ¿y si él no me correspondía? Entonces sufriría de mal de amores en los últimos momentos de mi vida. ¿Quería morir con el más odioso de todos los sentimientos?

*¿Debía confesarle mi amor a Rosa? No, era una locura. Pronto moriríamos yo, ¿quería agobiarla con mis ridículos sentimientos? Unos dolores increíbles recorrían mi cuerpo, pero los sentía Rosa en vez de yo. Hubiera dado cualquier cosa por estar en su lugar, por quitarle el sufrimiento. Pero era prácticamente imposible. Así pues, decidí distraerla del suplicio en nuestros últimos instantes en este mundo y, con tal fin, empecé a charlar con ella lo más alegremente que pude.*

—*¿Qué es el porno gay?* —pregunté.

—Algo que complacería mucho a los invertidos —gemí como respuesta, mientras mis dedos desfallecían de manera lenta, pero segura.

—*¿Tanto como a ti el bidé?* —bromeé.

—Sí.

De nuevo solté una carcajada, y eso me distrajo del tormento.

—*Entonces tendremos que llevarlo al monasterio de Lorenzo* —propuse—. *Quizá también los bidés.*

Me reí aún más y con ello olvidé el dolor. Shakespeare me hacía sentir bien incluso en aquella terrible situación.

Mi supuesto monólogo y mis risas pusieron nervioso a Drake.

—Me estás tocando las narices —maldijo, y me pisó con rabia la mano. Más fuerte. Más brutalmente. Y yo grité como una condenada.

*El alarido de Rosa me rompió el corazón, aunque en aquel momento yo no lo poseía, el corazón.*

Ya no podía pensar, sólo sentir. Ni idea de si ya tenía los dedos rotos. En cualquier caso, no pensaba soltarme. Pero Drake me pisó de nuevo. Esta vez ya no tuve fuerzas para gritar y se me nubló la vista. Aguantar más tiempo era tanto como imposible.

—*Suéltate, Rosa... no sigas atormentándote* —le supliqué. *Me traía sin cuidado que, en tal caso, yo moriría. No quería que Rosa siguiera sufriendo de manera tan inhumana.*

No me solté... Pero aquello dolía... y mucho.

—*Por favor... —susurré.*

—No quiero que mueras por mí, William —dije llorando; ya no podía seguir luchando contra las lágrimas.

—*Rosa...*

Continué aferrándome a la verga mientras las lágrimas se deslizaban por mi rostro.

—*Te doy permiso... —dije con dulzura.*

—No...

—*Puedes soltarte —me reafirmé.*

Pero yo aguanté tanto como fue posible. Incluso un poco más. Por amor a Shakespeare. Sin embargo, finalmente no pude más.

—Lo siento... Lo siento mucho... —susurré.

—*No tienes por qué —contesté cariñosamente.*

Y, fortalecida por Shakespeare, me solté.



Lo último que le oí decir a Drake cuando mis dedos resbalaron del palo fue:

—Ya iba siendo hora.

Gracias a mi regresión, sabía mejor que nadie, incluido Einstein, que el tiempo era relativo. En ciertas situaciones puede dilatarse en el infinito. Así lo perciben los pacientes sometidos a una colonoscopia, igual que las mujeres con un mal amante o los espectadores de danza contemporánea.

Y eso era lo que yo experimentaba: mientras descendía a toda velocidad, me encontré en otra esfera de la consciencia. Gracias al tiempo dilatado, sentía la caída como un suave y agradable vuelo en planeador. Los dolores se me quitaron y la desesperación desapareció de mi mente. Ya no lloraba y casi podía disfrutar del descenso en picado. Sin embargo, me corroía la duda. ¿No debería revelarle a Shakespeare mis sentimientos?

Yo misma me pregunté: ¿tú qué quieres ser, Rosa? ¿Un hombre o un ratón que se lleva sus secretos a la tumba? De nuevo, una pregunta retórica.

—William, tengo que decirte algo... —empecé.

—¿*Qué es exactamente el porno gay?*

—Ya no hace falta que me hagas reír —comenté con dulzura.

—*Pero uno muere mejor riendo.*

—Puede, pero tengo que confesarte algo importante.

—¿*Que has probado a escondidas el goce masculino?* —pregunté un poco espantado.

—¡Shakespeare!

—*Perdona.*

No tenía tiempo para escaramuzas. Aunque los segundos se dilataran, ya habíamos recorrido la mitad del camino hacia la colisión. Tenía que decirselo. O ahora o nunca.

—¿William?

—¿Rosa?

—Yo... Yo... —me atasqué. Por lo visto, el valor se esfumaba tan deprisa como había llegado.

—¿Tú...? —pregunté, con la disparatada y reavivada esperanza de que Rosa también sintiera algo por mí.

—Yo... yo... te amo.

*Me quedé mudo de felicidad.*

Shakespeare no contestó. Oh, Dios mío, para colmo de colmos, idiota de mí, acababa de poner a Shakespeare en la desagradable situación de tener que darme calabazas poco antes de nuestra muerte. ¿No le había hecho ya bastante daño?

Seguro que estaba buscando las palabras adecuadas, puesto que, en aquella situación, no podía decir simplemente: « Podemos seguir siendo amigos » .

Y, si lo hacía, eso era lo último que yo quería oír antes de morir.

Dijera Shakespeare lo que dijera, yo moriría con males de amor. Aunque, ¿no era mejor eso que no haberle revelado nunca mis sentimientos?

No lo sabía con exactitud.

Estábamos a pocos metros del suelo, hacia el que no quería mirar, y William continuaba sin decir nada. ¿Callaría hasta la muerte para no herir mis sentimientos?

Pensé si no debería pedirle que en vez de darme respuesta me gastara una broma; si no había más remedio, sobre el vestido de la reina; al menos luego me estamparía riendo contra el suelo. Fijo que te morías mejor entre carcajadas que con calabazas. Cuando me disponía a pedirle el favor, Shakespeare dijo con voz dulce:

—*Yo también te amo, Rosa. Con todo mi corazón.*

Era increíble.

Me amaba.

Y yo también lo amaba.

Fue el momento más feliz de mis dos vidas.

Continuamos planeando hacia el suelo.

Unidos.

Dos almas que se dirigían juntas hacia la muerte.

Como Romeo y Julieta.

Sí, bueno, en nuestro caso era realmente una sola alma.

Eso significaba... que yo amaba a mi alma.

Era una locura.

Una locura total.

Cuando llegué ahí, no soportaba ni pizca mi alma. Pocos días atrás, incluso odiaba con todas las de la ley ser yo. Porque yo era un cliché. Estaba convencidísima de que yo no valía nada. Y no tenía la menor idea de todo lo que

había en mí.

Pero ahora conocía mi alma.  
Había aprendido de lo que mi alma era capaz.  
De los sentimientos que mi alma podía albergar.  
De la fuerza que había en ella.  
De su coraje.  
De su alegría de vivir.  
Y de su poesía.

Sí, ahora amaba realmente a mi alma.  
Y había hecho las paces con ella.

Fue sentir todo eso y perder el conocimiento.

Me desperté con esa maravillosa sensación de paz interior. Tardé un buen rato en abrir los ojos. Y más aún en situarme: ¿estaba en la cubierta del barco?, ¿en el agua?, ¿o en el Rose?, ¿o quizá en el cielo?, ¿podía ser?, ¿me había ganado un lugar allí? En cualquier caso, me sentía divinamente.

Claro que en el cielo no habría un hombre correteando en pijama que diría:

—Un momento, voy a ponerme otra vez el albornoz.

Cuando mis ojos consiguieron enfocar de nuevo, reconocí en el hombre del pijama a Próspero. Así pues, volvía a estar tumbada en la caravana del circo. Había regresado a mi época. Y sin el espíritu de Shakespeare en mi cuerpo. Claro, en esa ocasión no había roto las reglas de los monjes shinyen.

Con todo, el hecho de que estuviera de nuevo ahí permitía llegar a una única conclusión: había encontrado el verdadero amor.

Así pues, se trataba realmente del amor a la propia alma.

Pero ¿qué habría ocurrido con Shakespeare en el pasado? Aunque yo lo hubiera abandonado y no hubiera reventado sobre la cubierta como un bote de ketchup, él había seguido precipitándose al vacío. Hacia una muerte segura. Sin mí. Solo. Y probablemente no habría sobrevivido, ¿o sí?

Deseé encarecidamente que un milagro hubiera salvado a Shakespeare, pero ¿cómo iba a averiguarlo jamás? Nos separaban siglos. Y, si le pedía a Próspero que me hiciera regresar con el péndulo, tal vez despertaría dentro de su cadáver. Ciertamente, eso no me haría ninguna gracia. Y a saber si era posible.

Posé la mirada en el portátil del hipnotizador y se me ocurrió una idea: si Shakespeare había sobrevivido, habría escrito todas las obras magníficas que estaba destinado a escribir. Una ojeada profana a la Wikipedia bastaría para descubrirlo. O lo conocía todo el mundo en la actualidad o su rival Marlowe sería considerado el dramaturgo más grande de la historia en su lugar.

Me levanté de un salto, fui hacia el ordenador y abrí el navegador de Internet. En la Wikipedia comprobé que Shakespeare había hecho todo lo que había soñado el último día que pasamos juntos: había convertido *Hamlet* en tragedia, había hecho morir a Romeo y Julieta y había fundado el Globe.

Así pues, Shakespeare había sobrevivido a la caída desde la jarcia. La pregunta era: ¿cómo?

*Walsingham fue informado por uno de sus soldados de que uno de los espías españoles había sobrevivido. Éste, a su vez, confesó que Drake no sólo no tenía problema alguno con hacer saltar por los aires un barco en el que se encontraba su esposa, sino que también era el gran espía de los españoles. En consecuencia, el jefe de los servicios secretos ordenó a los soldados que extendieran una vela sobre la que yo pudiera aterrizar y que, a continuación, llevaran a Drake con su madre... al fondo del Támesis. Desgraciadamente, al caer sobre la tela me rompí varios huesos que no sabía que tenía, como, por ejemplo, el ilion, totalmente desconocido para mí hasta la fecha.*

Aliviada, cerré el portátil. Quizá podría haberle pedido a Próspero que me reenviara de inmediato con Shakespeare para vivir con él. Pero ya no quería. Había comprendido que la finalidad de mi viaje al pasado era otra que quedarme en la Inglaterra de William Shakespeare. Se trataba de encontrarme a mí misma. Y Shakespeare era una parte de mí. Siempre lo había sido. Y siempre lo sería.

Gracias a haber coincidido con él, ahora conocía mi alma y mi gran potencial. Por fin la amaba y ya no me menospreciaba. Notaba una gran alegría interior y era inmensamente feliz. No de manera eufórica, sino satisfecha. Una agradable calidez me inundaba y me colmaba. Me sentía... Sí, no había palabra mejor para decirlo... me sentía animada.

Confíe en que Shakespeare también habría encontrado la paz interior. Si yo había hecho las paces con mi alma, a él tendría que haberle ocurrido lo mismo gracias a los días que pasó conmigo, ¿no? En cualquier caso, el hecho de que hubiera podido escribir sus obras así parecía indicarlo.

*Cuando yacía sobre el entablado del barco, me sentí sorprendidísimo de lo feliz que se podía llegar a ser con el ilion roto.*

—Shakespeare —dijo Próspero interrumpiendo mis pensamientos—. Ya no está usted en este cuerpo, ¿verdad? Quiero decir que aquella chalada no ha vuelto a hacer trampas, ¿no?

—No, aquella chalada no ha hecho trampas esta vez —contesté afablemente. Estar animada te permitía también ser amable con los demás.

—Entonces —replicó el hipnotizador sonriendo—, finalmente has logrado descubrir dentro de ti misma qué es el verdadero amor.

Lo había logrado. Y era maravilloso. Por primera vez en mi vida, era capaz de quererme a mí misma.

—Pero —me vino a la cabeza una idea que expresé de inmediato a Próspero —, lo de «amarse a una misma» no tendrá nada que ver con... cómo lo diría...

con ser muy egocéntrica.

—Al contrario —dijo sonriendo el hipnotizador.

—¿Al contrario? —continué preguntando.

—Sólo cuando uno se ama a sí mismo puede amar de todo corazón a los amigos, la vida, el mundo... o incluso a su pareja.

Dijo exactamente lo que yo intuía y de lo cual me alegré: por fin podría amar de todo corazón. Sin miedo. Sin dudas. Y sin sentimientos de inferioridad como me había ocurrido siempre con Jan.

Tal vez, con mucha suerte, encontraría a mi alma gemela. A un hombre que tuviera la misma sonrisa encantadora que Anne, la esposa de Shakespeare. Ese milagro era posible.

Pero aunque no encontrara a ese hombre, podría tener una vida mejor que la que tenía pocos días antes, puesto que mi felicidad ya no dependía de ninguna otra persona.

—Quizá debería ofrecerles una regresión a todos —le propuse a Próspero—. El mundo sería un lugar mucho más agradable.

—También hay otros modos de encontrarse a uno mismo —contestó el hipnotizador.

—Menos estresantes —dije esbozando una sonrisa.

—Mucho menos estresantes —confirmó Próspero.

—Pero seguro que no son tan divertidos —dije sonriendo más abiertamente.

A pesar de toda la locura, no olvidaría mi emocionante escapada. Había sido la mejor época de mi vida.

De mi vida hasta entonces, para ser exactos. Porque ahora iniciaría una nueva vida maravillosa.

A través de la ventana de la caravana vi que el sol salía por encima de la carpa. Comenzaba un nuevo día y, a partir de entonces, yo iba a disfrutar de todos y cada uno de los días. Le di las gracias a Próspero, me despedí de él con un cordial abrazo y le anuncié que próximamente le enviaría a mi buen amigo Holgi. Luego me dirigí a la puerta de la caravana y la abrí. Los primeros rayos de sol me dieron en la cara y el aire frío de la mañana me acarició la nariz. Respiré hondo, el aire fresco me llenó los pulmones y sentí una alegría de vivir que nunca había sentido antes.

Y así, animada, entré en mi nueva vida.

## EPÍLOGO

### *Cinco años después (tanto en el presente como en el pasado)*

Años después aún seguía colmada de felicidad y de alegría de vivir. Vivía de mi trabajo como autora, escribí musicales, obras de teatro y narraciones. También una novela, que comenzaba con las palabras: « ¡Vaya, hombre, yo era una especie de mujer cliché! » . (A la editorial le pareció muy divertida la idea de que publicara la novela haciéndome pasar por un hombre).

*Estando aún en el lecho convaleciente, escribí la primera comedia que poseía un final totalmente feliz. En Como gustéis, una mujer se hacía pasar por hombre (¿cómo se me habría ocurrido?). La protagonista era el personaje más maravilloso que jamás había creado. Una mujer con temperamento, rebosante de verdadero amor. Y le puse el nombre de Rosalind.*

De hecho, a los pocos meses de mi regreso, conocí a un hombre que sonreía igual que Anne. Con él viví un amor que nunca habría sido tan intenso si yo hubiera continuado menospreciándome. Sí, por lo visto, también había que estar receptiva para encontrar el alma gemela.

*No encontré a ninguna mujer para toda la vida. Pero eso no supuso ninguna desgracia, puesto que estaba en paz con mi alma. El rey del desfloramiento se había despedido de ese mundo. Me ocupaba muchísimo más de mis hijos e incluso visitaba regularmente con ellos la tumba de Anne.*

Me fui de Düsseldorf y regresé a mi ciudad natal junto con mi marido. Tuvimos un hijo y comprobé que, ¡guau!, se puede ser feliz en todas partes, incluso en Wuppertal.

*Construí el Globe Theatre. Como gustéis fue la primera obra que se representó en él y Rosalind se hizo popular desde el principio en todo Londres.*

Envié a Holgi a ver a Próspero, y pasó una época maravillosa en el cuerpo de

*madame Pompadour.*

*Mi mejor amigo, Kempe, pasó una época realmente magnífica en su propio cuerpo.*

Pero, cuando mi marido y el bebé dormían, yo leía las obras de Shakespeare...

*Cuando la función acababa y mis hijos estaban en la cama, escribía sonetos...*

Encontré una obra especial en una antología de sonetos poco conocidos de 1599...

*Dedicados a Rosa, con la esperanza de que los leyera en un futuro lejano...*

Era aquel soneto que una vez escribimos conjuntamente...

*Únicamente compuse de nuevo los últimos versos...*

*Al leerlo, oía en mi mente la voz de Shakespeare...*

*Y me imaginaba a Rosa leyendo las palabras...*

*Con esos versos superábamos los tiempos...*

*Estrechamente unidos...*

*En la amistad...*

*Y en el...*

*Amor:*

se velará nuestro eterno estío  
uestra sonrisa caerá en declive  
á la Muerte a hacernos avío,  
s siempre el vigor que en nuestra alma vive  
tivará a quien mire con resuello,  
ervivirá y nosotros con ello.



## **AGRADECIMIENTOS**

Mi gratitud a Ulrike Beck, la editora con los nervios más templados del mundo, a Marcus Gärtner y a Michael Töteberg, el mejor y más sabio agente del multiverso.



DAVID SAFIER. Nacido el 13 de diciembre de 1966 en Bremen, es un guionista y novelista alemán. Safier estudió periodismo y se formó profesionalmente en la radio y la televisión. A partir del año 1996 comienza a desarrollar su faceta como guionista. Las series que ha realizado son *Mein Leben und Ich (Mi vida y yo)*, *Nikola* y la comedia de situación titulada *Berlin, Berlin*.

Su trayectoria como guionista se ha visto galardonada con premios como el Grimme, el Premio TV de Alemania y un Emmy a la mejor comedia internacional en los Estados Unidos.

En su faceta como novelista destaca la publicación en 2007 de su primera obra titulada *Maldito karma*, publicada en España en 2009. *Jesús me quiere* (2010) y *Yo, mi, me... contigo* (2011) lo han confirmado como uno de los autores más divertidos y alentadores del panorama literario actual. Sus novelas han vendido tres millones de ejemplares en Alemania y están en vías de publicación en veintinueve países. En reconocimiento a su éxito en España, los libreros de Bilbao le han otorgado la Pluma de Plata. *Una familia feliz* (2012) será convertida próximamente en una película de animación.